

EL MAESTRO DE LA AVENTURA

WILBUR SMITH

RASTRO  
EN EL CIELO

Traducción de Horacio Laurora



Smith, Wilbur  
Rastro en el cielo.– 1ª ed.– Buenos Aires : Emecé Editores, 2008.  
3366 p. ; 19x13 cm.

ISBN 978-950-04-

1. Narrativa Sudafricana en Lengua Inglesa I. Título  
CDD SA823

Edición especial

Título original: *Eagle in the Sky*

© 1974, Wilbur Smith  
© 1995, Emecé Editores S.A.

Diseño de cubierta: *Peter Tjebbes*

Todos los derechos reservados

© 2008, Emecé Editores S.A. / Grupo Planeta  
Independencia 1668, C 1100 ABQ, Buenos Aires  
[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

ISBN 978-950-04-

Impreso en Quebecor World Pilar S.A.,  
Calle 8 y 3, Parque Industrial Pilar, Buenos Aires,  
en el mes de marzo de 2008.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723  
Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el previo permiso escrito del editor.

Desde las montañas cubiertas de nieve del ex territorio holandés de los hotentotes, bajaba el viento ululando como un animal extraviado. El instructor, de pie junto a la puerta de su minúscula oficina, parecía agobiado por su chaqueta de aviador, en cuyos bolsillos forrados de lana había hundido sus puños.

Al ver acercarse el Cadillac negro que, conducido por un chofer de color, descendía entre dos hileras de cobertizos semejantes a cavernas blindadas, frunció el entrecejo hoscamente... Porque Barney Venter envidiaba profundamente las ventajas de la riqueza.

Después de girar el Cadillac se detuvo en el sector de los visitantes, frente al muro del cobertizo. Al abrirse la portezuela trasera salió un muchacho que, con un entusiasmo propio de su edad, dijo algunas palabras al chofer y enseguida se dirigió hacia Barney.

El muchacho se movía con una elegancia insólita en un adolescente: no tropezaba con sus pies, demasiado grandes para su cuerpo, que mantenía bien erguido. La envidia de Barney fue acrecentándose a medida que el principito se aproximaba a él. Barney detestaba a los niños mimados, con los que la fatalidad lo obligaba a pasar gran parte de su vida profesional, ya que únicamente los muy acaudalados podían permitirse el lujo de iniciar a sus hijos en los misterios de la aeronáutica.

Dos años antes, a sus cuarenta y cinco, no había podido pasar el severo examen médico del cual dependía su permanencia en el puesto de capitán de líneas aéreas regulares. A partir de entonces comenzó a descender por la ladera opuesta de la colina, lo que quizá finalmente lo convertiría en un piloto venido a menos, a cargo de máquinas destartadas, verdaderos desechos que ciertas compañías dudosas y sin licencia explotaban en rutas clandestinas. A tal condición lo habían reducido su paulatina decadencia física y el natural desgaste producido en él por el tiem-

po. Estos pensamientos lo impulsaron a gruñir cuando el muchacho se detuvo ante él:

—Supongo que eres el joven Morgan.

—Sí, señor. Pero puede llamarme David.

Barney estrechó maquinalmente la mano que el muchacho le tendía y al momento se arrepintió de ello. Aunque delgada y seca, la mano que acababa de apretar era un manojo de nervios y huesos.

—Gracias, David —dijo Barney, con un pronunciado tono de ironía—. Puedes seguir llamándome «señor».

David sólo tenía catorce años. Sin embargo, era casi de la misma estatura que Barney, que medía un metro sesenta y ocho. Repentinamente, al sonreír el muchacho, Barney sufrió el impacto de su belleza, similar al de una fuerza física. Entonces le pareció que los rasgos del joven habían sido tallados con infinita paciencia por un excelso artista. Aquel rostro le produjo un efecto casi extraterreno y teatral. A decir verdad, consideró indecentes sus oscuros cabellos, brillantes y ensortijados, su piel reluciente, delicadamente coloreada y sus ojos profundos y llameantes.

De improviso, tuvo conciencia de que estaba mirando fijamente al muchacho y cayendo en la red que éste diestramente le tendía; entonces volvió su rostro hacia otra parte.

—Vamos —dijo, y condujo a David a través de su oficina, en cuyas paredes colgaban varios calendarios manchados por las moscas y algunos letreros manuscritos, en los que claramente se advertía que no se otorgaban créditos y que estaban prohibidos los vuelos hacia el este.

—¿Sabes algo de aviones? —le preguntó abiertamente al muchacho, mientras atravesaban la fría penumbra del cobertizo, en el que había varias hileras largas de aviones de vistosos colores. Enseguida salieron por las amplias puertas a la diáfana y suave luz del sol invernal.

—Nada, señor. —La franqueza de David alentó a Barney, quien dulcificó un tanto el tono de su voz al decirle:

—Pero deseas aprender, ¿no?

—¡Oh, sí, señor! —respondió enfáticamente el muchacho.

Barney miró a David, cuyos ojos, de tan oscuros, parecían casi negros. Únicamente al sol se percibía en ellos un profundo matiz oriental.

—Bien. Comencemos.

El avión esperaba sobre el suelo de cemento.

—Éste es un monoplaza Cessa 150, de alas altas —comenzó

a decir Barney, mientras giraba en torno a la máquina para inspeccionarla, seguido atentamente por David.

Pero apenas hubo iniciado una breve explicación acerca de las superficies de control y del principio de intensidad de la carga, advirtió que David sabía mucho más de lo que él había supuesto, ya que respondía con exactitud y precisión a sus retóricas preguntas.

—Sin duda has leído algo... —dijo Barney en tono acusatorio.

—Sí, señor —admitió David, mostrando los dientes al sonreír.

Éstos eran extrañamente blancos y simétricos, y su sonrisa irresistible. A pesar de sí mismo, Barney reconoció interiormente que comenzaba a simpatizar con el muchacho.

—Muy bien. Arriba entonces.

Ya dentro de la estrecha cabina, ceñidos ambos por sus correajes respectivos, hombro con hombro, Barney explicó a su discípulo cuanto se relacionaba con los controles e instrumentos y pasó luego a referirse a la puesta en marcha del avión.

—A ver, jovencito, enciende el motor —y dio un golpecito en el botón rojo—. Bien... Ahora gira la llave, como en un coche.

David se inclinó hacia delante y obedeció. La hélice comenzó a girar velozmente y el motor a lanzar fuertes estampidos y a encrespase como un mar embravecido. Por último se estabilizó en un satisfactorio y uniforme gruñido. Luego la máquina comenzó a corretear por el suelo de cemento, mientras David manipulaba con rapidez los timones. Finalmente hizo una pausa, aguardando el visto bueno de su instructor así como las indicaciones relacionadas con el sistema radial, antes de realizar un amplio giro en dirección a la pista.

—Bien. Ahora elige un punto de referencia en el extremo de la pista y enfila hacia él, acelerando lentamente.

La máquina, ansiosa por elevarse, zumbó alegremente hacia las lejanas vallas de señalización.

—Suave con el volante.

Enseguida despegaron, cobrando altura rápidamente.

—Tranquilo —dijo Barney—. Nada de brusquedades con los controles. Debes tratar a la máquina como a una... —Se detuvo, cuando estaba a punto de compararla con una mujer, al advertir la inconveniencia del símil— ...como a un caballo, o sea, has de manejarla serenamente.

David aflojó al instante la fuerte presión que sus manos ejercían sobre el volante y también sobre sus propios controles.

—Eso es, David.

Al mirar de soslayo al joven, Barney sufrió una desilusión. En un primer momento lo había tomado por un «pájaro», perteneciente, como él, a la rara especie de los seres consustanciados con el azul del cielo. Pero he aquí que a su lado veía un rostro paralizado por el temor: dos ventanas nasales, blancas como el mármol, y un par de ojos muy azules, en los que se reflejaban unas sombras parecidas a las proyectadas por los tiburones sumergidos en un mar estival.

—Levanta el alerón izquierdo —le espetó, desanimado, tratando de producirle un *shock* que le arrancase de las garras del miedo.

El ala se elevó y se mantuvo firme, en la misma posición, sin dar señales de rectificación alguna.

—Endereza. —Sus manos perdieron el contacto con los controles, cuando el morro del avión se inclinó hasta apuntar al horizonte.

—Desacelera.

La mano derecha del muchacho se deslizó firmemente hacia el acelerador. Una vez más, Barney lo miró fijamente. La expresión de David no había cambiado. Sin embargo, como en una revelación, Barney comprendió que aquella expresión no la causaba el miedo, sino el éxtasis.

«Es un pájaro», pensó muy satisfecho. Mientras instruía a su discípulo en las nociones básicas de la posición y el equilibrio, su mente se remontó treinta años atrás y se vio a sí mismo —un chico como David— sumido en el éxtasis de su primer vuelo, en un amarillo y destartalado Tiger Moth.

Contorneando las ásperas montañas azules cubiertas de nieve ennegecedora, avanzaron a la zaga del viento salvaje que descendía cerca de ellos.

—El viento es como el mar, David. De pronto sopla y gira en las tierras altas. No debes descuidarte.

David asentía con la cabeza, mientras asimilaba las nociones fundamentales del arte de volar. Pero, con los ojos fijos en lontananza, saboreaba con fruición cada instante de su nueva experiencia.

Tras girar hacia el norte volaron sobre tierras yermas y frías, y después sobre campos desnudos y rosados, envueltos en una humareda color castaño y despojados por las cosechadoras de sus rubias túnicas de trigo.

—Volante y timón a la vez, David —dijo Barney—. Ahora gi-  
raremos hacia abajo.

Se inclinó el ala y giró el morro osadamente, manteniéndose en posición normal respecto del horizonte.

Delante de ellos rompían las olas trazando largas líneas color crema en las playas blancas. El Atlántico, verde y frío, rizado por el viento, aparecía moteado de danzarinas manchas blancuzcas. Hacia el sur nuevamente, siguiendo la línea de la costa... Diminutas figuras se detenían, y colocando sus manos sobre sus ojos les observaban desde las arenas... Hacia el sur, en dirección a la gran montaña chata —insólita desde ese ángulo— que marcaba el límite de la Tierra. Los navíos se apiñaban en la bahía, y el sol invernal relampagueaba en los cristales de los blancos edificios que se sucedían en las boscosas laderas de la montaña.

Un nuevo viraje, confiado y seguro... Barney, con las manos descansando en su regazo y los pies fuera de las barras del timón, en tanto se desplazaban sobre el Tygerberg en busca del aeropuerto.

—Suficiente —dijo—. Déjame a mí.

Después de aterrizar en la pista deslizó la máquina por el suelo de cemento, junto a los cobertizos. Barney cortó el paso del combustible, y el motor, privado de alimento, dejó de funcionar.

Durante un momento guardaron silencio y permanecieron inmóviles y estirados en sus asientos, pero con plena conciencia de haber compartido algo muy importante y significativo.

—¿Conforme? —inquirió, por último, Barney.

—Sí, señor —respondió David, asintiendo con la cabeza.

Acto seguido se desembarazaron de sus correas y descendieron al suelo de cemento, con los músculos endurecidos por la tensión. Sin hablar y caminando a la par, atravesaron el cobertizo y la oficina, e hicieron un alto junto a la puerta. Barney miró al muchacho.

—¿El próximo miércoles? —dijo.

—Sí, señor —respondió David y echó a andar hacia el Cadillac que lo aguardaba. Pero apenas hubo dado una docena de pasos se detuvo; después de vacilar un instante miró hacia atrás.

—Ésta ha sido la experiencia más hermosa de mi vida. Le estoy muy agradecido, señor —dijo tímidamente y reanudó al instante su marcha hacia el coche, seguido por la insistente mirada de Barney.

El Cadillac arrancó y se alejó velozmente. Por último, desapareció en un recodo flanqueado por árboles. Barney rió entre dientes, meneó la cabeza, descorazonado, y retornó a su oficina donde, después de sentarse en su viejo sillón giratorio, cruzó las

piernas a la altura de los tobillos sobre su escritorio. A continuación extrajo un arrugado cigarrillo de su paquete y, después de alisarlo, lo encendió.

—¿Hermosa? —gruñó, mostrando los dientes—. ¡Tonterías!  
La cerilla apagada que arrojó al cesto de papeles cayó fuera.

El timbre del teléfono despertó a Mitzi Morgan; sacó la cabeza de debajo de las almohadas y buscó a tientas el aparato.

—Hola.

—¿Mitzi?

—¿Papá? ¿Vienes hacia aquí?

Semidormida aún, al oír la voz de su padre, recordó que ese día él debía llegar en avión para reunirse con la familia en la casa de la playa.

—Lo siento, querida, pero ha surgido un inconveniente y no llegaré hasta la semana que viene.

—¡Oh, papá! —dijo Mitzi, desilusionada.

—¿Está Davey contigo? —prosiguió su padre rápidamente, para eludir una posible recriminación.

—¿Quieres que él te llame después?

—No. Avísale enseguida, por favor.

Mitzi descendió de la cama y se dirigió, tambaleándose, hacia el espejo, ante el cual se esforzó por ordenar sus cabellos con los dedos. Aquéllos, de un matiz rubio desvaído y erizados, se apelotonaban en lo alto, ante el menor contacto con el sol, la sal o el viento. Sus pecas eran aún más deprimentes, según comprobó al observar su rostro, disgustada.

—Pareces un perro pequinés —dijo en voz alta—, un pequinés pequeño, gordo y pecosito... —y renunció a mejorar su imagen.

David la había visto infinidad de veces con ese aspecto. Cubrió su cuerpo desnudo con una bata de seda, salió al pasillo, dejó atrás el dormitorio de sus padres, donde su madre dormía sola, y penetró en el área más animada de la casa.

La propiedad se componía de una serie de planos abiertos y de galerías de cristal, acero y pino blanco, que se elevaban a lo largo de la costa, fundiéndose con el mar y el cielo. Tan sólo el vidrio la separaba de los elementos. En ese momento el sol naciente le infundía un brillo extraño y realizaba el imponente promontorio del Robberg, que penetraba en el mar a través de la bahía.

El cuarto de juegos estaba sembrado de los restos de la fiesta de la noche anterior. Veinte huéspedes de la casa y otras tantas



personas procedentes de las grandes residencias de fin de semana, que se alzaban paralelamente a las dunas, habían dejado allí alguna huella de su paso: manchas de cerveza en el suelo, ceniceros repletos y discos abandonados, fuera de sus sobres.

Mitzi se abrió camino a través de todo aquel desorden y trepó por la escalera circular que conducía a las habitaciones de los huéspedes. Ante la puerta de David, giró el picaporte y al encontrarla abierta entró en el cuarto. La cama se hallaba intacta, pero los vaqueros y el jersey deportivo estaban sobre una silla y los zapatos habían sido arrojados al azar en el suelo.

Mitzi hizo una mueca y se dirigió hacia el balcón que, situado a cierta altura, daba a la playa, al nivel de las gaviotas que en ese momento revoloteaban sobre los desechos que el mar había depositado allí durante la noche.

Se levantó la bata hasta la cintura y se encaramó a la barandilla del balcón para pasar al siguiente, que se hallaba a la misma altura. Después de saltar al suelo desde la barandilla, descubrió las cortinas y entró en el dormitorio de Marion.

Era su mejor amiga. Interiormente sabía que tan feliz estado de cosas existía sobre todo porque ella, Mitzi, otorgaba un brillo de oropel al pequeño cuerpo y a los grandes ojos de muñeca de Marion, a la vez que constituía para ésta una fuente inagotable de dones y regocijos, de días libres henchidos de gratos acontecimientos.

En ese instante, al ver a Marion dormida, pensó que era muy bella. Su suave y dorada cabellera estaba desplegada en abanico sobre el torso de David. Al desviar su atención hacia su primo, Mitzi experimentó una vaga sensación en el pecho y tuvo la impresión de que un líquido tibio circulaba entre sus piernas.

David era el ser que ella más quería en el mundo: bello, alto y erguido. «Tiene diecisiete años y sus miradas estremecen mi corazón.»

La pareja tendida en la cama había apartado la sábana, a causa del calor nocturno. El pecho de David estaba cubierto por un vello oscuro tupido y rizado, sus brazos y piernas eran musculosos y sus hombros amplios.

—David —lo llamó suavemente, mientras tocaba su hombro—. Despierta.

Él abrió los ojos al instante y la miró, completamente despabilado.

—¿Qué ocurre, Mitzi?

—Ponte los pantalones, guerrero. Mi padre está al teléfono.

—¡Dios mío! —David se sentó en la cama y dejó caer la cabeza de Marion sobre la almohada. —¿Qué hora es?

—Muy tarde —respondió Mitzi—. Deberías utilizar el despertador cuando te hospedas en casa ajena.

Marion susurró una protesta y buscó a tientas las sábanas, en tanto David saltaba del lecho.

—¿Dónde está el teléfono?

—En mi cuarto... pero puedes hablar desde tu habitación con el cable de extensión.

Mitzi le siguió por la barandilla del balcón y se retorció en la cama de David, cuando éste, con el auricular en la mano y arrastrando tras de sí el cable de extensión, comenzó a ir y venir por la gruesa alfombra.

—¿Tío Paul? ¿Cómo estás? —dijo David.

Mitzi hurgó en el bolsillo de su bata hasta que dio con un Gauloise, que encendió con su Dunhill de oro. Pero a la tercera bocanada, David se volvió hacia ella, le hizo una mueca y, quitándole el cigarrillo de entre los labios, se lo llevó a los suyos y aspiró profundamente.

Mitzi disimuló con una mueca la agitación que sentía ante el cuerpo desnudo de David y buscó otro cigarrillo en su bata.

«Se moriría si adivinara lo que estoy imaginando» pensó. Esta idea le produjo una leve satisfacción.

Terminada la conversación, David jugueteó durante un rato con el auricular, antes de volverse hacia ella.

—No vendrá.

—Lo sabía.

—Pero enviaré a Barney para que me recoja en el Lear. Se trata de una conferencia muy importante.

—Por supuesto —dijo Mitzi, asintiendo con la cabeza e iniciando una exacta imitación de su padre: —«Ya es hora de que pensemos en tu futuro, muchacho. Tienes que prepararte para afrontar las responsabilidades que el destino te reserva».

David rió entre dientes, mientras buscaba sus *shorts* y se volvía hacia la puerta.

—Reza por mí, muñeca.

—Necesitarás algo más que oraciones, guerrero —dijo Mitzi, con tono tranquilo.

La marea había barrido suave e insistentemente la arena de la playa, y, cuando David echó a correr a grandes zancadas, trazó en la arena un sinuoso rosario de huellas húmedas, las primeras de ese día.

De pronto el sol naciente brilló suave y rosado sobre el mar e incendió las montañas Outeniqua... Pero David siguió corriendo, sin ver nada de eso, concentrado en la idea de su inminente entrevista con su tutor.

Su vida había llegado a un momento crucial. Completados sus estudios con el bachillerato, se abrían ante él numerosos caminos. Como sabía que el escogido por él provocaría una violenta oposición, dedicaba sus últimas horas solitarias a preparar la defensa de su punto de vista.

Un cónclave de gaviotas arremolinadas en torno de un pez varado en las arenas se elevó como una nube al acercarse él. Durante un momento el sol iluminó sus alas. Pero apenas David se alejó, descendieron de nuevo sobre su presa.

Antes de oírlo vio el Lear que a baja altura se recortaba en el cielo matinal, elevándose y descendiendo sobre la alta mole del Robberg. Súbitamente el aparato, produciendo un alarido sordo, avanzó a lo largo de la costa, hacia David.

Éste se detuvo, respirando fácilmente, a pesar de su larga carrera, y levantó sus brazos sobre su cabeza, a modo de saludo. A través de la cabina de Perspex vio la cabeza de Barney vuelta hacia él y el relámpago de sus dientes, cuando le sonrió y levantó una mano, para responder a su saludo, en tanto pasaba por las inmediaciones.

El Lear viró hacia el mar. Luego, al volver hacia él, una de sus alas casi rozó las crestas de las olas. David se mantuvo firme donde estaba, mientras el bruñido y largo morro del aparato descendía cada vez más, como una jabalina, directamente hacia él.

Sólo en el último momento sus nervios cedieron ante aquella ave de rapiña que se le venía encima y se arrojó sobre la arena húmeda. El golpe de aire producido por el avión le dio en la cara como un latigazo, mientras el Lear volvía a elevarse y giraba tierra adentro, en busca del aeródromo.

—Hijo de puta —murmuró David, en tanto se levantaba y limpiaba su pecho desnudo de la arena mojada que lo cubría. Sin duda Barney se estaría riendo a su costa.

\* \* \*

«Lo he adiestrado perfectamente», pensó Barney mientras, repantigado en el asiento del copiloto del Lear, observaba a David, que en ese momento superaba la difícil línea a partir de la cual la pericia cedía ante lo fortuito.

Barney había aumentado de peso desde que comía el pan de Morgan: su abdomen asomaba tímidamente sobre su cinturón. Los extremos de sus quijadas encerraban, como dos paréntesis, su amplia boca que, vuelta hacia abajo, le hacía parecerse a un sapo irritado. El mechón de pelo que coronaba su cráneo estaba salpicado de sal.

Al observar los movimientos de David, experimentaba por éste cierto afecto, que la agria expresión de su semblante desmentía. Desde hacía tres años era primer piloto del grupo Morgan y él sabía muy bien a quién debía su puesto. Ahora disfrutaba de seguridad y prestigio, y manejaba aviones costosos de hombres acaudalados. Cuando llegara para él el momento de pacer, no dudaba que dispondría de pastos succulentos: el grupo Morgan veía por los suyos.

Este pensamiento le produjo una agradable sensación en el estómago, en tanto contemplaba a su protegido en el puesto de comando del *jet*.

El vuelo prolongado a baja altura, como el que realizaban en ese momento, exigía un alto grado de concentración por parte del piloto. En vano aguardó Barney que su alumno diese muestras de relajación.

Abajo, las doradas y extensas playas de África se extendían sin solución de continuidad, moteadas de rocosos promontorios, pequeños lugares de veraneo y aldeas pesqueras. Delicadamente seguía el Lear la línea de la costa, que ambos habían preferido a la ruta directa, para gozar de un viaje más ameno.

Delante de ellos se extendía otra franja de arena. Pero al pasar aullando sobre ella advirtieron un par de minúsculas figuras femeninas que, llenas de pánico, abandonaron las espumosas olas y corrieron hacia la cuerda demarcatoria de la zona de peligro, donde habían dejado sus bikinis y toallas. Sus nalgas blancas contrastaban visiblemente con el matiz café del resto de sus cuerpos. Los dos se rieron de buena gana de la escena.

—Una imagen refrescante la de esas chicas que huyen, ¿no, David? —dijo Barney, haciendo una mueca de satisfacción, mientras se dirigían hacia el sur, dejando atrás a las dos diminutas bañistas.

Al llegar al cabo de Agulhas giraron tierra adentro, volando a gran altura, sobre una cadena de montañas. Luego David dejó de acelerar y empezaron a descender, más allá de los picos montañosos, en dirección a la ciudad, protegida por su montaña.

Mientras avanzaban a la par, en dirección al cobertizo, Bar-

ney miró desde abajo a David, que ahora lo superaba en estatura quince centímetros.

—No te dejes amedrentar, muchacho —aconsejó a David—. Ya has resuelto lo que harás y debes mantenerte firme en tu decisión.

David subió a su verde MG británico de carreras y cogió la carretera de Waal Drive. Al llegar a las laderas más bajas de la montaña, miró hacia el edificio cuadrangular Morgan, rodeado de otros altos monumentos al poder y la riqueza.

El muchacho se recreó en su arquitectura, clara y funcional como el ala de un avión. Sin embargo, sabía perfectamente que tan libre expresión arquitectónica era engañosa, ya que correspondía a una fortaleza-prisión.

Al llegar a un cruce se apartó de la carretera principal y descendió a la anteplaya, desde donde observó nuevamente la imponente estructura del edificio Morgan, antes de encaminarse a la rampa que conducía a los garajes subterráneos.

En los departamentos de los ejecutivos, situados en el último piso, pasó entre las mesas, tras las cuales las secretarías, seleccionadas por su aspecto físico y su pericia mecanográfica, se sucedían en una larga hilera. Sus bellos rostros se abrían en sonrisas como las flores de un jardín exótico, a medida que David las saludaba al pasar. En el edificio Morgan todo el mundo lo trataba con el respeto debido al futuro heredero.

Martha Goodrich, en su despacho contiguo al *sancta sanctorum*, levantó sus ojos de la máquina de escribir, para examinarlo con aire severo y oficinesco.

—Buenos días, señor David. Su tío lo está esperando. Pienso que podría haberse puesto un traje...

—La veo más bonita, Martha, ahora que está más delgada. Además, ese peinado le sienta muy bien.

Como siempre, sus palabras produjeron el efecto deseado: el rostro de la joven se dulcificó.

—No trate de adularme, como si fuera una de sus complacientes amiguitas —lo previno Martha con aire relamido.

Paul Morgan se hallaba ante la ventana panorámica, contemplando con aire complacido la ciudad que muy abajo se extendía como en un mapa. Sin embargo, apenas entró David, se volvió hacia él para saludarlo.

—Hola, tío Paul. Perdóname. No he tenido tiempo para vestirme... Además, pensé que debía venir inmediatamente.

—Está bien, David.

Paul Morgan miró rápidamente la floreada camisa de David, abierta a la altura del pecho, su ancho cinturón con adornos, sus pantalones blancos y sus ligeras sandalias, y hubo de admitir a regañadientes que todo eso le sentaba muy bien al muchacho. Lucía con tremenda gracia las prendas más extravagantes.

—Me alegro de verte —dijo Paul, mientras alisaba las solapas de su oscura americana de corte tradicional y miraba desde abajo a su sobrino—. Siéntate en esa silla, junto al radiador.

Como de costumbre advirtió que, al estar de pie, David hacía más evidente su escasa estatura, pues Paul era bajo, ancho y pesado de hombros; tenía el cuello grueso y musculoso, y la cabeza agresiva y cuadrada. Como su hija, tenía un cabello áspero y duro, y la nariz chata y respingona. Así eran todos los Morgan y lo normal es que así fueran las cosas. La exótica apariencia de David alteraba el orden natural imperante en la familia.

—En primer lugar, David, me congratulo de tu éxito final... En tal sentido me siento satisfecho —dijo Paul Morgan, en tono grave.

En realidad podría haber añadido «y muy aliviado», porque la actividad estudiantil de David había sido muy tumultuosa: cimas de gloria y caídas desgraciadas, de las que sólo el nombre y la riqueza de los Morgan habían podido rescatarlo. Por ejemplo, el escándalo con la joven esposa del profesor de deportes. Paul nunca había sabido toda la verdad al respecto. Pero estimó que un nuevo órgano para la capilla de la escuela y el nombramiento del damnificado en una universidad extranjera bastarían para suavizar las cosas. Inmediatamente después David había obtenido el codiciado premio Wessels por su dominio de las matemáticas, y todo le fue perdonado. Pero de pronto un día resolvió probar, sin conocimiento de su dueño, el nuevo coche deportivo del superintendente de los comedores escolares, tomando una curva muy cerrada a 160 kilómetros por hora. El coche no respondió a sus exigencias y David surgió de entre sus despojos renqueando y con una horrible marca en una de sus pantorrillas. Se requirió entonces todo el peso del nombre de Paul Morgan para que el funcionario no cancelara el nombramiento de David como jefe de pabellón. Sus prejuicios fueron finalmente neutralizados mediante el reemplazo del coche destrozado por un modelo más costoso y una subvención del grupo Morgan para la reparación y saneamiento de las instalaciones sanitarias de la Casa del Este.

Paul no dudaba que el muchacho era muy impetuoso, pero a la vez estaba seguro de que sabría domarlo, hasta convertirlo en una

herramienta tan afilada como una navaja, ya que veía en David todos los atributos que él exigía de su probable sucesor: inspiración y confianza en sí mismo, mente rápida y espíritu aventurero y, sobre todas las cosas, agresividad y deseo de competir, dos cualidades que Paul definía como características del matador nato.

—Muchas gracias, tío Paul —dijo David, aceptando con recelo sus felicitaciones. Ambos guardaron silencio, mientras se evaluaban mutuamente. Ninguno de los dos se había sentido jamás cómodo en presencia del otro, porque diferían en muchas cosas, aunque se asemejaban en diversos sentidos. Sin embargo, sus intereses generalmente chocaban entre sí.

Paul Morgan se dirigió pausadamente hacia las ventanas panorámicas para que el sol le diese en la espalda, treta a la que solía recurrir cuando deseaba colocar a su interlocutor en una situación de desventaja.

—Por supuesto, no esperaba otra cosa de ti —dijo riendo.

David sonrió, reconociendo tácitamente que su tío estaba actuando con mucho tacto.

—Ahora debemos hablar de tu futuro.

David siguió guardando silencio.

—Las perspectivas que se te ofrecen son francamente prometedoras —dijo Paul Morgan y siguió hablando, ansioso por simplificar la cuestión—. Sin embargo, estimo que debes estudiar derecho y dirección de empresas en alguna universidad americana. Por esta razón he realizado los trámites oportunos para inscribirte en mi antiguo *college*...

—Tío Paul, yo quiero ser aviador —dijo David lentamente.

Paul Morgan hizo una pausa. La expresión de su semblante varió parcialmente.

—Estamos hablando de una carrera... no de pasatiempos más o menos agradables.

—No, señor. Para mí la aviación es un estilo de vida.

—Tu vida se halla aquí, en el grupo Morgan... Por otra parte, respecto a ella, no tienes libertad de acción.

—No comparto su opinión, señor.

Paul Morgan se apartó de la ventana y cruzó la estancia, en dirección a la chimenea. Después de escoger un cigarro en la tabaquera situada sobre la repisa de aquella, volvió a hablar suavemente, sin mirar a David.

—Tu padre era un romántico, David. Cargando en el desierto contra un tanque se curó de ello. Al parecer tú has heredado su romanticismo.

Su tono dio a entender que lo entendía como una molesta enfermedad. Acercándose de nuevo a David, dijo:

—¿Qué piensas hacer?

—Acabo de alistarme en la fuerza aérea, señor.

—¿De veras? ¿Has firmado ya?

—Sí, señor.

—¿Por cuánto tiempo?

—Por cinco años... Servicio breve.

—¡Cinco años! —susurró Morgan—. Y bien, David, no sé qué decirte. Tú sabes que eres el último Morgan. Yo no tengo hijos varones. ¡Qué triste sería que esta vasta empresa no contara con un Morgan en el timón! Me pregunto qué pensaría tu padre de ello...

—Ése es un golpe bajo, tío Paul.

—Yo no pienso lo mismo, David. Es más, creo que el trampo eres tú. Tus bienes, actualmente en fideicomiso, comprenden un enorme paquete de acciones Morgan y otros fondos que te han sido legados con la tácita exigencia de que asumirías los deberes y responsabilidades que ello implica.

«Si al menos me gritara», pensó David, furioso, al tener conciencia de que estaba cediendo ante su tío, cosa contra la cual lo había prevenido Barney. «Si por lo menos, me ordenase proceder de tal manera... Así podría negarme rotundamente a obedecerle.» Pero su tío lo estaba manipulando con suma destreza. Para aquel experto en el manejo de hombres y dinero, un muchacho de diecisiete años era una presa fácil.

—Debes admitir, David, que has nacido para ello. Cualquier desviación en tal sentido implicaría una cobardía y una flaqueza de tu parte. —El grupo Morgan extendía sus tentáculos a su alrededor como una grotesca planta carnívora que intentara atraparlo y digerirlo. —De todas maneras, podemos pedir la anulación de tu contrato de alistamiento. Bastará una simple llamada telefónica...

—Tío Paul —gritó David, tratando de contener aquel torrente de palabras—. Mi padre hizo lo mismo: se incorporó al ejército.

—Sí, pero su caso fue diferente. Uno de los dos tenía que incorporarse. Él era el más joven... Además, hubo otros motivos de índole personal. Tu madre... —Aquí se interrumpió, dejando rota la frase. Luego prosiguió: —Cuando todo pasó regresó aquí para ocupar el puesto que le correspondía. Ahora lo echamos de menos, David. Nadie ha sido capaz de llenar el vacío que dejó. Por mi parte, siempre pensé en ti como en el más indicado para sucederlo.



—Pero es que yo no quiero —dijo David, haciendo un movimiento negativo con la cabeza—. No pienso pasar mi vida aquí —y miró despectivamente la enorme estructura de cemento y cristal que lo rodeaba—. De ninguna manera deseo vivir escudriñando montones y montones de papeles...

—No es como tú supones, David. Se trata de una actividad excitante y variada, de un desafío...

—Tío Paul —dijo David, elevando de nuevo la voz—. ¿Cómo llamaría usted a un hombre que no hiciera más que comer sabrosas comidas y nunca se sintiera satisfecho?

—Basta ya, David.

Paul Morgan, que comenzaba a impacientarse, desechó la pregunta bruscamente.

—¿Cómo lo llamaría? —insistió David.

—Supongo que lo llamaría glotón —respondió Morgan.

—¿Y cómo llamaría a un multimillonario que no piensa más que en acumular dinero?

Paul Morgan permaneció rígido y mudo; clavó sus ojos durante varios segundos en su sobrino antes de responder.

—Te estás poniendo insolente —dijo, por fin.

—No, señor. No lo he dicho pensando en usted, sino en mí. Yo sería el glotón, en tal caso.

Paul Morgan le dio la espalda y se dirigió hacia su escritorio. Después de sentarse en su sillón de alto respaldo, tapizado de cuero, encendió, por fin, su cigarro. Nuevamente guardaron silencio durante largo rato, hasta que, por último, Paul Morgan exhaló un suspiro y dijo:

—Tendrás que curarte de ello como tu padre. De mala gana acepto que malgastaste cinco años.

—No los malgastaré, tío. Me graduaré en la Escuela de Ingeniería Aeronáutica.

—Supongo que tendremos que agradecerte esta pequeña hazaña.

David se acercó a su tío y se mantuvo de pie junto a su silla.

—Muchas gracias. Esto es muy importante para mí.

—Cinco años, David... Después te necesitaré aquí —y sonrió ligeramente para recalcar sus irónicas palabras—: Por lo menos te cortarán el pelo.

David Morgan se desplazaba por el espacio como un joven dios, a cuatro millas de altura, sobre una tierra abrasada color carne. La visera cerrada de su casco, semejante al sombrío ojo de

un cíclope, ocultaba su embelesada y casi mística expresión. Cinco años de práctica no habían mitigado el ansia de poder y soledad que sentía cada vez que manejaba un caza Mirage.

El sol reverberaba ferozmente en el metálico avión, envolviéndolo en su resplandor. Mucho más abajo, las nubes semejabán un mísero y disperso rebaño que huía del lobo del viento.

Este último vuelo despertaba en él una gran melancolía y una sensación de pérdida. Hacia las doce de la mañana del día siguiente expiraría su contrato de cinco años y, de prevalecer la voluntad de Paul Morgan, automáticamente se convertiría en el señor David Morgan, nuevo funcionario del grupo Morgan.

Desechando tal pensamiento se concentró en el puro goce de aquellos preciosos minutos postreros. Pero el hechizo se disipó muy pronto.

—*Zulu Striker One*, aquí Control de Vuelo. Informe sobre su actual posición.

—Control de Vuelo, aquí *Zulu Striker One*. Manteniendo un alcance de noventa y cinco kilómetros.

—Striker One, el objetivo es claro. Las cifras ocho y doce marcan su blanco. Comience ya.

El horizonte giró abruptamente en torno al morro del Mirage cuando ladeó las alas para iniciar un descenso controlado, preciso y definido como el de un halcón.

La mano derecha de David se deslizó rápidamente por el panel selector de armas y se detuvo en el circuito de cohetes.

La tierra se extendía plana, inmensa y monótona, moteada por achaparrados arbustos que desaparecían velozmente hacia los extremos de sus alas, a medida que el Mirage descendía. A esa altura la velocidad del aparato resultaba pasmosa. El primer punto de referencia apareció y desapareció como por arte de magia bajo el plateado morro del avión.

Cinco, seis, siete... Uno tras otro desfilaban los números negros, sobre un deslumbrante fondo blanco.

David accionó el timón de la izquierda y el correspondiente al cohete. Los dos movimientos fueron maquinales. Ante sí vio el dispositivo circular en que culminaría la trayectoria del cohete: una serie de anillos concéntricos que se sucedían, cada vez más pequeños, en torno del montículo central, llamado «botella» en la jerga aeronáutica y rematado por una especie de ojo de buey, que era el blanco propiamente dicho.

David avanzaba a baja altura y velozmente con su mortífera máquina. El velocímetro registraba una velocidad apenas infe-

rior a la del sonido. Apartándose de la ruta se concentró seriamente en la idea del lanzamiento. Cuando estimó que el momento había llegado, enfiló la máquina hacia el objeto «escogido», avanzando directamente sobre el blanco, con un dedo de su enguantada mano derecha firmemente enroscado en torno de la palanca-gatillo.

La ululante máquina plateada se situó en la posición exacta, con el morro ligeramente inclinado hacia abajo, para lanzar el cohete en cuanto la burbuja blanca de la «botella» se hallase en el centro de la mira romboidal del reflector.

Fue una maniobra perfecta, ejecutada con sutil maestría por un piloto hábil. Acto seguido venció la resistencia del disparador de muelle, hecho que no alteró en absoluto la marcha del avión. El silbido del cohete quedó casi ahogado por el estruendo del gran *jet*. Sin embargo, debajo de las alas se dibujó el breve contorno del humo que se desplazaba hacia el blanco. Seguro de que acertaría, David empujó el acelerador hacia delante y aguardó el ruido sordo que produciría el encendido de sus quemadores, los cuales le darían el impulso necesario para situarse fuera del alcance de la barrera antiaérea.

«¡Qué despedida!», pensó, haciendo una mueca y cayendo hacia atrás mientras el morro de su Mirage apuntaba hacia el cielo azul y la fuerza de gravedad lo comprimía contra el asiento acolchado.

—Hola, *Striker One*, aquí Control de Vuelo. Ha sido un golpe maestro. Exactamente en la botella. Espléndido disparo. Lástima que tenga que irse, Davey.

Aquella violación de la sagrada disciplina vigente en el campo de tiro conmovió a David. Sin duda los iba a echar de menos.

Después de oprimir el botón de transmisión situado en el puño de su palanca de control, dijo por el micrófono de su casco:

—Aquí *Striker One*, gracias y adiós, mil gracias a todos.

El personal de tierra también lo aguardaba.

Estrechó las manos de todos. Sus torpes apretones y rudas bromas reflejaban la cordialidad que los años habían consolidado.

Después se dirigió hacia la vasta cavidad envuelta en metal que olía a grasa y aceite, donde había una hilera de relucientes interceptores de agudos morros, que incluso en reposo parecían estar arremetiendo velozmente contra algo.

David se detuvo y dio unos golpecitos en el frío cuerpo metálico de uno de ellos. Cuando entró el asistente, estaba examinando

do el emblema del leopardo alado en el estabilizador de cola de un avión.

—El comandante lo felicita, señor, y le pide que comparezca ante él inmediatamente.

El coronel Rastus Naude era un hombre enjuto y seco como un palo, que lucía su uniforme y las cintas de sus medallas con distraída despreocupación. Naude había pilotado Hurricanes en la batalla de Bretaña, Mustangs en Italia, Spitfires y Messerschmitts 109 en Palestina, y Sabres en Corea. Aunque demasiado viejo para el mando que ahora desempeñaba, nadie se atrevía a decirsele porque, como aviador y artillero, superaba a la mayoría de los jóvenes de la escuadrilla.

—De modo que, por fin, nos libramos de usted, Morgan —fueron sus palabras de bienvenida.

—No. Aún falta el rancho de despedida, señor.

—Hum... —asintió Rastus—. Estos últimos cinco años me ha dado usted bastantes dolores de cabeza. Además, me debe un bidón de whisky —y señaló la silla de duro respaldo que se hallaba junto a su escritorio—: Siéntese, David.

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila. David colocó su casco de aviador en una esquina del escritorio y se dejó caer en la silla desmañadamente, a causa de su ceñido uniforme.

Rastus se retrasó un rato llenando su pipa con el espantoso tabaco negro Magaliesberg, mientras examinaba atentamente al joven que se hallaba frente a él. El coronel reconocía en David las mismas cualidades que le había descubierto Paul Morgan: una agresividad y un espíritu competitivo que hacían de él un incomparable piloto de aviones interceptores.

Rastus encendió por fin su pipa y después de exhalar varias densas bocanadas de humo azul y apestoso, alargó, sobre el escritorio, un fajo de papeles a David.

—Lea y firme —dijo—. Es una orden.

David echó una rápida ojeada a los documentos y luego levantó la vista e hizo una mueca.

—Usted no se entrega fácilmente —admitió.

Uno de los documentos implicaba una renovación, por cinco años más, del breve contrato que acababa de expirar, y el otro aseguraba su promoción de capitán a mayor.

—Hemos empleado mucho tiempo y dinero en hacer de usted lo que es, o sea, desarrollamos su excepcional talento hasta convertirlo, lo digo sin ambages, en un piloto extraordinario.

—Lo siento, señor —dijo David sinceramente.

—¡Maldita sea! —exclamó Rastus encolerizado—. ¿Por qué demonios habrá nacido usted en el seno de la familia Morgan? Con su dinero le cortarían las alas y lo amarrarían a una mesa de despacho.

—No me interesa el dinero —se apresuró a decir David, que a su vez se irritó ante aquella acusación.

Rastus asintió cínicamente con la cabeza.

—¡Hum! —dijo—. Yo también lo odio —y tomando los papeles rechazados por David gruñó—: No es tan abundante como para tentarle, ¿no?

—Coronel, es difícil explicarlo, pero pienso que debo hacer otra cosa... algo muy importante, que aún debo descubrir... y en otro lugar.

Rastus asintió lentamente con la cabeza.

—Está bien —dijo—. Después de tanto ajeteo creo que ya es hora de que lleve a su sufrido comandante a su tertulia y de que eche mano a sus millones para llenarlo de whisky. —Tras ponerse de pie se colocó, mediante un golpe seco, su gorro, que quedó ladeado sobre un ángulo de su cabeza, cubierta por un pelo gris cortado al rape. —Esta noche nos emborracharemos los dos, porque ambos perderemos algo... aunque yo quizá más que usted.

\* \* \*

Al parecer, David había heredado de su padre la atracción que sobre él ejercían las máquinas bellas y poderosas. En cierta ocasión Clive Morgan, que viajaba con su esposa, había incrustado su flamante Ferrari deportivo en un tren de carga al querer cruzar un oscuro paso a nivel. La policía de tráfico estimó que su Ferrari corría a 170 kilómetros por hora en el momento del impacto.

Las disposiciones testamentarias de Clive Morgan respecto de su hijo de once años eran muy complejas y detalladas. El niño quedó bajo la tutela de Paul Morgan y su herencia dividida en una serie escalonada de bienes en fideicomiso.

Al llegar a la mayoría de edad entró en posesión de los primeros bienes, que le daban una renta equivalente a la de un cirujano próspero. Ese día, de acuerdo con la sagrada tradición de los Morgan, su viejo MG verde fue sustituido por una Maserati azul.

Al cumplir veintitrés años pasaron a sus manos las haciendas de ovejas de Karroo, varios establecimientos ganaderos situados en el sudoeste de África y Jabulani, y el extenso coto de caza y finca rural de Sabi-Sand, todos ellos discretamente administrados por sus fideicomisarios.

A los veinticinco años empezaría a disponer de los intereses provenientes del fideicomiso número dos, a la vez que de un gran paquete de valores y títulos negociables correspondientes a dos inmensos complejos urbanos: uno de oficinas y otro de supermercados, además de un conjunto de viviendas en construcción.

A los treinta años le serían transferidos bienes tan importantes como todos los anteriores juntos, y el primero de los cinco paquetes de acciones Morgan propiamente dichas. A partir de entonces, cada cinco años, hasta que cumpliera los cincuenta de edad, recibiría otros bienes y acciones Morgan, escalofriantes por su magnitud y tan deprimentes para su apetito como una mesa exageradamente llena de ricos manjares.

En ese momento David corría velozmente en su coche hacia el sur. Los neumáticos Michelin, con refuerzos metálicos, silbaban salvajemente en el asfalto. El joven pensaba en aquella riqueza como en una gran jaula de oro y en las insaciables fauces del grupo Morgan, siempre dispuestas a devorarlo. Como la celda de una medusa, se hallaba a punto de ser absorbido por el todo, de convertirse en prisionero de su propia opulencia.

Tal perspectiva lo apabullaba, produciéndole una sensación de vacío en el estómago, agravada por los angustiosos latidos que repercutían detrás de sus ojos, resultado de su temeraria pretensión de beber al ritmo del coronel Rastus Naude.

Apretando aún más el acelerador, halló una cómoda vía de escape emocional en el doble opio de la fuerza y la velocidad, y en el ritmo parejo de su marcha vertiginosa.

Las horas se sucedieron tan rápidamente como los kilómetros. De modo que era aún de día cuando llegó al apartamento de Mitzi, sobre los acantilados que daban a la playa de Clifton y a las claras y verdes aguas del Atlántico.

Como de costumbre, el apartamento se hallaba sumido en el caos. Sus puertas estaban siempre abiertas a una caterva de huéspedes transitorios que bebían sus licores, comían en su mesa y rivalizaban en promover alborotos espectaculares.

En el primer dormitorio David halló a una muchacha desconocida, de negros cabellos ensortijados, que luciendo un pijama masculino, se chupaba uno de los pulgares mientras dormía.

En el siguiente tuvo más suerte, ya que lo encontró desocupado, aunque la cama estaba revuelta y sobre la mesita de noche había varios platos sucios y un huevo helado, restos de un desayuno.

David colocó su maleta sobre el lecho y extrajo de ella su traje de baño. Después de cambiarse, salió rápidamente al exterior por la escalera lateral que descendía en espiral hacia la playa. Por último, echó a correr, primero al trote y de pronto a toda velocidad, como si huyera, enseguido, de algún terrible monstruo.

Al final de la playa número cuatro, donde comenzaban las rocas, se zambulló en las frías olas y nadó hasta el borde de la zona de algas de Bakoven. Mientras nadaba, se sintió acribillado por las heladas olas del mar, tan implacables que cuando salió del agua estaba lívido y temblando. Sin embargo, se había liberado de su obsesión y, por lo demás, fue entrando en calor mientras regresaba con una carrera lenta al apartamento de Mitzi.

Para bañarse tuvo que despejar primero el cuarto de baño de una selva de *panties* y otras prendas femeninas que festoneaban el lugar. Acto seguido llenó la bañera casi hasta el borde. Apenas se había introducido en ella, se abrió la puerta principal y entró Mitzi en el apartamento, con la furia del aquilón.

—¿Dónde estás, guerrero? —gritó la muchacha, golpeando puerta tras puerta—. He visto tu coche en el garaje. ¡De modo que sé que estás aquí!

—¡Por supuesto; aquí estoy, muñeca! —exclamó David.

En cuanto Mitzi apareció en el vano de la puerta del baño, los dos sonrieron simultáneamente, mostrando los dientes y haciendo muecas.

Mitzi estaba engordando de nuevo, según lo indicaban las tirantes costuras de su falda. Su busto abultaba amorfo, bajo su suéter escarlata. Dándose por vencida en su lucha contra la miopía, usaba ahora anteojos de armazón metálica, asentados en la punta de su diminuta nariz. Su cabello se transformaba en vello en los ángulos más increíbles.

—¡Qué hermoso eres! —exclamó, en tanto se acercaba a David para besarle. Cuando lo abrazó, cierta cantidad de espuma penetró bajo su suéter. —¿Quieres tomar un trago o beber café? —inquirió Mitzi.

David se sobresaltó ante la mera idea de beber alcohol.

—Me gustaría beber café, muñeca.

Después de servirle café en un vaso, ella se sentó en la tapa del inodoro.

—¡Cuéntame todo! —le ordenó.

Estaban charlando cuando entró la muchacha del cabello negro y ensortijado, aún en pijama y con los ojos hinchados por el sueño.

Mitzi hizo las presentaciones:

—Éste es mi primo David. ¿A que es guapo? Y ésta es Liz.

La huésped se sentó en el cesto de la ropa sucia y miró tan honda y anhelosamente a David, que Mitzi la previno:

—Enfríate, querida. No mires así, mi primo es muy peligroso.

Pero Liz era un ser tan etéreo y silencioso que pronto Mitzi y David se olvidaron de ella y siguieron conversando como si estuviesen solos.

Súbitamente, Mitzi fue al grano:

—Papá te está esperando, relamiéndose los labios como un ogro de la Ivy League. Comí en casa el sábado por la noche. Te nombró infinidad de veces. Qué extraño será verte sentado en el último piso, luciendo un traje negro y deslumbrando a tu auditorio durante las conferencias matinales de los lunes.

David se puso de pie en la bañera, cubierto de espuma y chorreando agua y empezó a frotarse vigorosamente las entrepiernas. Las muchachas lo observaban con interés. Los ojos de la chica de cabello negro se dilataron de tal modo que parecieron abarcar su cara entera.

Al volver a sentarse, el agua de la bañera se desbordó.

—¡No iré! —dijo.

Durante un buen rato reinó un pesado silencio.

—¿Qué te propones? ¿No piensas ir? —le preguntó Mitzi tímidamente.

—Exactamente —respondió David—. No me entrevistaré con el grupo Morgan.

—¡Tienes que ir!

—¿Por qué? —preguntó David.

—Bueno, supongo que existe un compromiso... ¿No le prometiste a papá que te presentarías ante él al terminar tu contrato en la fuerza aérea?

—No —respondió David—. Yo no le prometí nada. Él lo decidió por su cuenta. Cuando has dicho que deslumbraría a mi auditorio en las conferencias matinales de los lunes, he pensado que eso no ocurrirá jamás. Supongo que nunca pensé de otra manera.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

Mitzi se había ya recobrado de su reciente *shock*. Sus regordetas mejillas empezaban a colorearse, a causa de la excitación.



—No sé. De todas maneras, no estoy dispuesto a velar por los intereses de nadie. Yo no tengo nada que ver con el grupo Morgan, que fue creado por mi abuelo y heredado por papá y tío Paul. Para mí es demasiado monumental y frío.

Mitzi se sonrojó y con los ojos relucientes asintió con la cabeza encantada de la rebelión y el desafío inminente.

También David estaba entrando en calor.

—Yo trazaré mi propio camino. Debe de haber algo mejor que eso.

—Sí —dijo Mitzi, moviendo la cabeza de tal manera que sus anteojos casi se deslizaron fuera de la nariz—. Tú eres distinto. Te marchitarías y morirías en una *suite* de ejecutivo.

—Tengo que saber qué es lo que quiero, Mitzi. Es necesario que me vaya de aquí.

Al salir de la bañera, el cuerpo de David, escaldado por el agua, tenía una tonalidad roja oscura y brillante, y exhalaba en sortijados hilillos de vapor. Mientras hablaba se cubrió con un albornoz. Las dos muchachas lo siguieron hasta el dormitorio y allí, sentadas en el borde de la cama, escucharon ansiosamente la formal declaración de independencia de David Morgan y lo estimularon con movimientos aprobatorios de sus cabezas. Sin embargo, Mitzi lo echó todo a perder.

—¿Qué le dirás a papá? —le preguntó de pronto.

Esta pregunta detuvo la torrencial retórica de David, quien, rascándose el velludo pecho, se puso pensativo.

Las dos muchachas aguardaban atentas su respuesta.

—Él no permitirá que te vayas por segunda vez —dijo Mitzi—. Sin duda, se opondrá y tendrás que luchar duramente.

En ese crítico instante David perdió todo su coraje.

—Lo que tenía que decirle, ya se lo he dicho. De modo que no tiene objeto que se lo repita.

—¿De manera que huirás? —le preguntó Mitzi.

—No se trata de una huida —respondió David con fría dignidad, a la vez que echaba mano, en la mesita de noche, de la cartera de piel en la que guardaba un grueso fajo de tarjetas de crédito—. Simplemente, me reservo el derecho de determinar mi acción futura.

Acto seguido se dirigió al teléfono y comenzó a marcar un número.

—¿A quién llamas?

—A la compañía aérea.

—¿Adónde irás?

—A donde se dirija el primer avión que parta del aeródromo.  
—Yo cubriré tu retirada —declaró la leal Mitzi—. Pienso que obras como corresponde, guerrero.  
—Por supuesto —convino David—. Haré mi voluntad... y los obligaré a ceder a todos.  
—¿Dispondrás de tiempo para hacerlo? —le preguntó Mitzi, ahogando su risita.  
La muchacha de oscura cabellera habló entonces por primera vez, con voz ronca y cálida, sin quitar los ojos de David:  
—Desconozco a esa gente, pero ¿no podría ser yo la primera?  
Mientras aplicaba el auricular a su oído, David la miró y advirtió, dulcemente sorprendido, que la chica lo deseaba terriblemente.

\* \* \*

David entró en el abstracto *hall* de cristal y cemento del aeropuerto Schipol, donde hizo un alto para regodearse en la idea de su fuga y del anonimato en medio de la multitud. Súbitamente alguien rozó su codo. Al volverse se halló frente a un alto y sonriente holandés que lo examinaba con atención a través de sus gafas.  
—¿El señor David Morgan?  
David lo miró boquiabierto.  
—Yo soy Frederick van Gent, de la Compañía de Cargadores de Holanda e Indonesia, que tiene el honor de representar a las Líneas Marítimas Morgan en Holanda. Es un placer para mí conocerlo.  
—¡Dios mío, no! —susurró David fastidiado.  
—¿Dijo algo, señor?  
—No. Perdón. Me alegro de conocerlo —respondió David mientras estrechaba resignado la mano del otro.  
—Tengo dos télex para usted, señor Morgan —y Van Gent se los entregó haciendo un molinete—. He venido expresamente desde Amsterdam para dárselos personalmente.  
El primero era de Mitzi, la que había jurado que cubriría su retirada: «Perdón. Abyecta delación paradero tras tremendo interrogatorio. Stop. Sé bravo como un león. Stop. Feroz como un águila. Te ama Mitzi».  
—¡Perra traidora! —dijo David, mientras abría el otro sobre.  
«Comprendo tus dudas, perdono tu conducta. Stop. Confío buen sentido te encauzará camino del deber. Stop. Tu puesto aquí siempre a tu disposición. Afectuosamente Paul Morgan.»

—Viejo ladino y taimado —dijo David y metió los dos mensajes en su bolsillo.

—¿Hay respuesta? —preguntó Van Gent.

—No. Le reitero mi agradecimiento.

Acto seguido se estrecharon las manos y Van Gent, después de hacer una reverencia, se alejó.

Cuando David llegó junto al mostrador de la Avis, la empleada le sonrió con simpatía.

—Buenas tardes, señor.

David deslizó su tarjeta de la empresa sobre la mesa.

—Necesito un vehículo rápido.

—Veamos... ¿Qué le parece un Mustang Mach I?

La joven era una rubia auténtica y tenía un rostro sonrosado, recubierto de crema y sin líneas definidas.

—Precisamente lo que deseo —respondió David.

—¿Es la primera vez que viene a Amsterdam? —le preguntó la muchacha, mientras llenaba el formulario.

—Me han dicho que es la ciudad más alegre de Europa. ¿Es cierto eso?

—Si uno sabe adónde ir... —murmuró la empleada.

—¿Usted me la enseñaría? —le preguntó David.

Ella lo miró desde abajo con ojos calculadores y una expresión neutra en el rostro. Adoptada su decisión, volvió a enfrascarse en sus papeles.

—Por favor, firme aquí, señor. Todo lo pondremos en su cuenta —y bajando la voz—: Si desea aclarar alguna duda respecto de este contrato, llámeme a este número, fuera de las horas de oficina. Me llamo Gilda.

Gilda compartía un apartamento sin ascensor en una casa de dos pisos que daba al canal exterior, con tres muchachas que no se sorprendieron en absoluto, ni opusieron objeción alguna, cuando David ascendió por la empinada escalera con su pequeño equipaje: un estuche Samsonite. Sin embargo, la alegría prometida por Gilda se redujo a visitar una serie de discotecas y cafés poblados de personas desorientadas, que hablaban de revolución y parlotaban de psiquiatría. A los dos días David descubrió que la marihuana tenía un sabor horrible y, además, que le provocaba náuseas y que el espíritu de Gilda era tan blando e indefinido como su aspecto físico. Al observar a quienes, como él, habían llegado a Amsterdam atraídos por su fama de ciudad abierta a todas las ideas y con la policía más comprensiva del mundo, percibió un hondo desasosiego. Entonces, al advertir en sí mismo una inquie-

tud similar, se identificó con ello. Mas cuando el aire frío y húmedo de las tierras bajas llegó hasta él desde los canales, como un conjunto de espectros desprendidos de seres muertos en un ámbito apocalíptico, David, nacido bajo el sol africano, pensó que las invernales efusiones del Norte eran pálidos reflejos de aquel ardor.

Gilda no se mostró muy emocionada en la despedida. Envuelto en las calientes ráfagas producidas por el sistema de calefacción del coche, David se lanzó como un bólido hacia el sur. En las afueras de Numar vio a una muchacha de pie junto a la carretera. Sus desnudas piernas morenas, que sobresalían dulcemente bajo sus *shorts* de tela vaquera de un tono azul desvaído, arrosaban el aire frío. La chica inclinó su dorada cabeza y levantó uno de sus pulgares.

David frenó instantáneamente, arrancando chillidos de protesta a los neumáticos, y retrocedió hacia el lugar en que se hallaba la muchacha. Tenía ésta unos rasgos aplastados de esclava y una cabellera rubia, casi blanca, que pendía en forma de tupida trenza en su espalda. David calculó que tendría unos diecinueve años.

—¿Hablas inglés? —le preguntó, asomándose por la ventanilla.

El frío endurecía los pezones de la chica, que sobresalían como dos minúsculas esferas en la delgada tela de su camisa.

—No —respondió la muchacha—. Pero sé americano. ¿No es lo mismo?

—¡Sube! —dijo David y abrió la portezuela del asiento trasero.

La chica arrojó su bolsa y su saco de dormir enrollado sobre el asiento.

—Me llamo Philly —dijo.

—Y yo David.

—¿Eres actor?

—Por Dios, no. ¿Por qué crees que lo soy?

—Por tu coche... tu cara... y tus ropas.

—Mi coche es alquilado, mis ropas robadas y mi cara es una máscara.

—¡Qué ocurrente! —dijo ella, y apenas se enroscó en el asiento, como un gatito, se quedó dormida.

David se detuvo en una aldea donde comenzaban los bosques de las Ardenas y compró un largo pan tostado, un trozo de carne de jabalí ahumada y una botella de Mont Chandon. Cuando volvió al coche, Philly ya estaba despierta.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

—Ya lo creo —contestó la chica, desmereándose y bostezando.

Por un sendero de leñadores, que se internaba en el bosque, llegaron a un claro. Una larga y dorada franja de sol perforaba la verde y sombría catedral que formaba el exuberante follaje.

Philly descendió del coche y miró a su alrededor.

—Espléndido, Davey, espléndido —exclamó.

David vertió champaña en dos vasos de cartón y cortó en rebanadas la carne con una navaja. Luego se sentaron juntos en un tronco y empezaron a comer.

—¡Qué lugar tan tranquilo y pacífico! A decir verdad no se parece en nada a un campo de batalla. ¿Sabías que aquí los alemanes hicieron su último gran esfuerzo?

Con la boca llena de pan y carne Philly le contestó:

—Yo vi la película, con Henry Fonda y Robert Ryan, pero no me gustó.

—Demasiada muerte y fealdad. En un lugar como éste habría que hacer cosas bellas —dijo David con aire soñador.

Philly tragó el pan que tenía en la boca, bebió un trago de champaña y, tras ponerse de pie lánguidamente, se dirigió hacia el Mustang. Acto seguido echó mano de su saco de dormir y lo extendió sobre la mullida alfombra de hojas muertas.

—Algunas cosas se dicen... y otras se hacen —dijo.

Durante un momento, en París, todo pareció indicar que su amistad sería significativa, como si ambos fueran a compartir algo importante. Cerca de la estación de St. Lazare hallaron una habitación con baño, en una limpia, agradable y pequeña pensión. Después echaron a andar por las calles, desde la Concorde a la Étoile. Fueron a la torre Eiffel y al regresar pasaron por Notre Dame. Por último, cenaron en la acera de un café, en el Boul Mich. Hacia la mitad de la comida llegaron a una conclusión. Súbitamente, de manera simultánea, comprendieron que no tenían nada más que decirse y que cada cual era un desconocido para el otro, salvo en lo concerniente a su relación carnal. Esta idea los dejó paralizados. Sin embargo, pasaron la noche juntos e hicieron el amor de manera mecánica y sin entusiasmo.

Por la mañana, al volver David de la ducha, ella, sentada en la cama, le dijo:

—Te vas...

Como no fue una pregunta, sino una afirmación, David no respondió.

—¿Tienes dinero? —le preguntó.

Ella hizo un movimiento negativo con la cabeza y David sacó un par de billetes de cien francos y los colocó sobre la mesita de noche.

—Pagaré la cuenta abajo —dijo David, mientras tomaba su bolsa—. Ahora descansa.

En ese momento París le resultaba intolerable. De modo que se dirigió nuevamente por la ruta del sur hacia las tierras bañadas por el sol. El cielo estaba cubierto por nubes densas y oscuras. Antes de que llegara a la curva de Fontainebleau empezó a llover de una manera que él sólo creía posible en los trópicos. El diluvio barría la carretera de cemento y empañaba de tal manera el parabrisas que las escobillas no eran lo suficientemente veloces para permitirle una clara visión.

David se sentía muy solo y desanimado por su incapacidad para establecer comunicación con sus semejantes. Aunque todo el mundo conducía con cautela, a causa de la lluvia, él siguió corriendo a gran velocidad. Los neumáticos se desviaban y patinaban sobre la resbaladiza carretera. Ese día la velocidad no le producía el sedante efecto que generalmente ejercía en él. Cuando ya fuera de la zona lluviosa se desplazó hacia el sur de Beaune, la soledad empezó a acosarlo como una jauría de lobos que lo persiguieran muy de cerca.

No obstante, el sol aligeró su espíritu, que se animó aún más cuando, más allá de los muros de piedra y los rígidos contornos verdes de los viñedos, vio fluctuar como una blanca salchicha, en lo alto de un poste, una cilíndrica veleta aeronáutica de lona. Media milla más adelante encontró la salida de la carretera y un letrero que informaba: «Club Aéronautique de Provence». Avanzando en la dirección que éste indicaba llegó a un pequeño aeródromo, flanqueado de viñedos. En el cobertizo había un Marchetti acrobático, tipo F260. David descendió del Mustang y permaneció un rato absorto ante el avión, como un beodo extasiado frente al primer whisky del día.

El francés a cargo de la oficina del club, que tenía el aspecto de un empresario de pompas fúnebres en decadencia, se mostró reacio a alquilarle el Marchetti, aunque David exhibió sus diarios de viaje y su licencia de piloto. El hombre le dijo que podía escoger cualquier aparato menos el Marchetti. David entonces añadió un billete de quinientos francos a su montón de documentos,

el cual desapareció como por arte de magia en el bolsillo del francés, quien a pesar de ello insistió en acompañarlo en el asiento del instructor.

David efectuó un giro completo, lento y espectacular, antes de sobrevolar la verja que servía de límite al aeródromo, en un osado alarde, deteniéndose por momentos brusca y exageradamente. El francés gritó: «*Sacre Bleu!*» y quedó petrificado en su asiento, pero tuvo el buen tino de no interferir en los controles. Después de completar la maniobra, David avanzó en la dirección opuesta. La punta de un ala se hallaba apenas a veinticinco metros de las vides. El francés terminó por relajarse visiblemente, reconociendo así su pericia, y cuando David, media hora más tarde, aterrizó, sonrió apesadumbrado, mostrando sus dientes.

—¡Formidable! —exclamó y compartió con David su almuerzo: salchicha con ajo, pan y una botella de fuerte vino tinto.

La grata sensación de aquel vuelo y el olor del ajo perduraron en él durante todo el trayecto a Madrid.

Allí todo ocurrió como de acuerdo con un plan preestablecido, como si su frenético viaje a través de media Europa hubiera sido el preámbulo del trascendental acontecimiento que viviría en la capital española. Llegó a Madrid al atardecer, realizando la última etapa a toda prisa, para llegar a tiempo a la primera corrida de toros de la temporada. David, que había leído a Hemingway, a Conrad y también a gran parte de la literatura relacionada con la tauromaquia, se preguntó si aquel sistema de vida no tendría algo nuevo que ofrecerle. En los libros, al menos, era bello, fascinante y llamativo, y exigía coraje para llegar, después de duras pruebas, al momento final de la verdad. David reservó un alojamiento en el Gran Vía, cuya elegancia no superaba el mero confort. El portero del hotel le consiguió entradas para el día siguiente. Rendido por el largo viaje, se acostó temprano y despertó fresco y bien dispuesto para todo el día. En la plaza de toros aparcó su Mustang entre los autobuses de los turistas que en gran número poblaban ya el estacionamiento, en los inicios de la temporada.

La fachada del edificio le pareció tan siniestra como un templo pagano, a pesar de los balcones y los azulejos de cerámica. Pero el interior era tal cual lo había visto en las películas y fotografías: el ruedo de arena, limpio y despejado, las banderas recorriéndose en un cielo moteado de nubes, y la orquesta derramando sus vivaces y estimulantes acordes ante la excitada multitud, más entusiasta que las de las contiendas de boxeo o de los parti-

dos internacionales de fútbol. Multitud de rostros blancos murmuraban en las gradas que se sucedían hacia lo alto, excitados por la música.

David se sentó junto a un grupo de jóvenes australianos que ostentaban sombreros de recuerdo. Una bota de vino barato pasaba, entre ellos, de mano en mano. Las chicas chillaban y piaban como gorriones. Una de ellas se inclinó hacia David, tiró de su hombro y le ofreció la bota. Era guapa como una gatita y su ofrecimiento fue un mero pretexto para entablar conversación con él. Pero David rechazó bruscamente ambas invitaciones, y, dirigiéndose hacia un vendedor de bebidas, compró una lata de cerveza. El recuerdo de su fea experiencia parisina estaba aún demasiado fresco en su memoria. Cuando volvió a su asiento exhibiendo la lata de cerveza como un reproche, la joven australiana le dio la espalda y siguió conversando animadamente con sus compañeros.

Mientras llegaban los últimos espectadores, crecía el entusiasmo de la muchedumbre. Dos personas ascendieron por los peldaños que separaban los dos sectores de tribunas y, al llegar frente a David, se colocaron en el sector opuesto, a la misma altura que él. Se trataba de una pareja joven, de poco más de veinte años. Pero lo que atrajo sobre todo la atención de David fue el amor y compañerismo que emanando de ellos parecía brillar a su alrededor al modo de un aura que los aislaba de los demás.

Pasaron delante de David tomados del brazo, y se sentaron en una fila de asientos superior del tendido anexo. La chica era alta y sus largas piernas estaban recubiertas con unas breves botas negras y un oscuro pantalón. Llevaba, además, una chaqueta de ante, color verde manzana, no muy fina, pero elegante y de buen gusto. Su cabello brillaba al sol como carbón recién extraído de una mina y pendía suavemente sobre sus hombros. Su cara, ancha y quemada por el sol, no era bella, ya que tenía una boca demasiado grande y sus ojos estaban muy separados entre sí. No obstante, su color castaño oscuro, con reflejos dorados, recordaba el matiz de la miel silvestre. Como ella, su compañero era de elevada estatura, de piel oscura y recio aspecto, y se mantenía bien erguido. Su musculoso brazo moreno impulsó a la joven hacia su asiento. David lo miró con envidia y sintió contra él una sorda cólera. «¡Qué infame!», pensó.

Los dos jóvenes, con las cabezas unidas, empezaron a hablar en secreto. David desvió los ojos hacia otra parte, porque la vi-



sión de aquellos dos seres tan próximos entre sí acentuó su soledad.

Enseguida comenzó el desfile de toreros. El sol centelleaba en los bordados y lentejuelas de sus trajes, como en las escamas de flamígeros reptiles. Luego sonaron las trompetas de la banda y fueron arrojadas a la arena las llaves del toril. Los toreros desplegaron sus capas sobre la barrera, debajo de sus favoritos y se retiraron del ruedo.

Durante el siguiente intervalo David miró nuevamente a la pareja y se sobresaltó al comprobar que lo observaban, y que la muchacha hacía algún comentario sobre él, apoyada en el hombro de su compañero y con sus labios casi pegados al oído del joven. David experimentó una punzada en el estómago al sufrir el impacto de aquellos ojos color miel. Durante un momento se miraron fijamente. Luego la muchacha desvió bruscamente la mirada, como sintiéndose culpable. Pero su compañero sostuvo abiertamente la mirada de David, muy sonriente, hasta que obligó a éste a mirar hacia otra parte.

En el ruedo salió el toro del toril y cargó violentamente, con la cabeza enhiesta. Sus pezuñas resbalaron en la arena. Era un bello animal, de piel negra y reluciente. Los músculos de su cuello y sus cuartos delanteros se contraían al mover la cabeza hacia uno y otro lado. La multitud rugió cuando, después de girar, arremetió el toro al galope contra el huidizo objeto rojo que tremolaba en el redondel. Los hombres formaron un círculo a su alrededor y realizaron suaves y circulares pases de capa, para que el animal luciera en todo su esplendor y bizarría, y mostrara las puntas color crema de su cornamenta, antes que apareciera el caballo. Éste fue precedido por toques de trompetas: grotesco y burlón tributo rendido a un miserable matungo, de cuello flaco y huesudo, envuelto en sorprendentes arreos y con uno de sus reumáticos ojos cubiertos, para que no viera a la terrible criatura que debería enfrentar.

Burlesco en su acolchado y demasiado frágil para sostener al hombre cubierto con armadura que lo montaba, fue situado por los ayudantes frente al toro. Allí desapareció todo atisbo de belleza. El toro arremetió contra él con la cabeza gacha y despidió al torpe caballejo, girando, contra la barrera. El jinete, inclinado sobre el negro y arqueado lomo del toro, desgarró sus carnes con su pica y hundió el acero, descargando sobre él todo el peso de su cuerpo. Un chorro de sangre brillante y oscura como petróleo crudo se deslizó por las patas del toro hacia la arena.

Enloquecido por el acero empezó el toro a dar cornadas contra el acolchado protector de los flancos del caballo, que se elevó como el telón de un teatro. Los cuernos se introdujeron e hicieron estragos en el descarnado cuerpo del roano, que se quejó horriblemente al ser hendido su vientre. Sus rosadas entrañas y su sangre tiñeron de rojo la arena.

David tenía la boca reseca de horror, en tanto a su alrededor bramaba la multitud sedienta de sangre. Por último, el caballo se derrumbó sobre la ciénaga formada por sus arreos y sus propias tripas.

Los hombres alejaron al toro y comenzaron a vapulear al caballo y a retorcer su cola y pincharle los testículos para obligarlo a levantarse. El caballo permaneció en pie, temblando y desamparado. Luego lo azotaron para que se apartase del ruedo, donde tropezó con sus propias entrañas.

Acto seguido empezaron a hostigar al toro, lenta y tortuosamente, hasta que convirtieron a aquella magnífica bestia en un mero montón de carne ciega, sudorosa y sangrante, que chapoteaba en la cremosa espuma brotada de sus pulmones agonizantes.

David tuvo ganas de gritarles que suspendieran aquel espectáculo, pero oprimido bajo el peso de su propia culpa, al participar en tan repugnante ritual, siguió en silencio la acción, hasta que el toro en el centro del ruedo, comenzó a hender y desgarrar la arena, en su lucha desesperada. Con la cabeza gacha, rozaba con el hocico la arena, en tanto la sangre y la espuma goteaban de sus narices y de su boca abierta. Sus bufidos, ásperos como el ruido de un aserradero, repercutían en los oídos de David más fuertemente que los delirantes bramidos de la multitud. Las patas del toro temblaron cuando éste evacuó un estiércol líquido y amarillo que ensució sus patas traseras. Aquella última humillación encrespó a David que susurró con fuerza:

—¡No! ¡No! ¡Basta! ¡Por favor, basta!

De pronto el hombre del traje de luces y zapatos de bailarín de ballet se dispuso a terminar con el animal. Pero la punta de su espada dio con un hueso y la hoja se arqueó; fue despedida, cimbrando, hacia donde brilla el sol. El toro resopló y lanzó a su alrededor gruesas gotas de sangre, antes de enderezarse de nuevo.

Los hombres levantaron la espada caída en la arena y se la entregaron al matador para que diera fin a su faena. El torero apuntó hacia el animal vencido y moribundo, y otra vez el acero fue desviado por el hueso. David se atrevió, al fin, a gritar:

—¡Basta ya, infames asquerosos!

Dos veces repitió el torero la operación, y en ambas ocasiones saltó la espada de sus manos, hasta que por último el animal cayó por sí mismo, debilitado por la pérdida de sangre y con el corazón destrozado por el esfuerzo y el sufrimiento. Sin embargo, intentó levantarse de nuevo para embestir, pero falto de energías, fue muerto donde se encontraba por una daga que le clavaron en la parte superior del testuz. A continuación fue arrastrado fuera del ruedo por un par de mulas. Sus patas se balanceaban ridículamente en el aire y su sangre trazó una oscura franja parda en la arena.

Aturdido por la monstruosa crueldad del espectáculo, David volvió lentamente la cabeza hacia la muchacha. En ese preciso instante su acompañante, inclinado solícitamente hacia ella, cuchicheaba palabras de consuelo en su oído.

La joven movía lentamente la cabeza, en un gesto de incompreensión, y sus ojos, rubios como la miel, estaban empañados por las lágrimas. Sus labios, separados, temblaban de dolor y las mejillas brillaban bajo sus lágrimas.

Su compañero la ayudó a ponerse de pie y la condujo con sumo cuidado escalera abajo, a ciegas, como a una flamante viuda a la que debiera apartar de la tumba de su esposo.

En torno a él la muchedumbre reía entusiasmada y embriagada por la sangre y el dolor de la víctima.

David se sintió rechazado y aislado en medio de la multitud. Su corazón se apiadó de la llorosa muchacha, único ser real, para él, en ese momento. Luego, considerando que ya había visto demasiado, resolvió no ir jamás a Pamplona. Poniéndose de pie siguió a la muchacha hasta fuera de la plaza, porque tenía deseos de hablar con ella, de manifestarle que compartía su desolación, pero cuando llegó al estacionamiento la pareja ya estaba subiendo a su viejo y destartado Citroën 2CV 100 y aunque echó a correr para alcanzarlos, desapareció de su vista, dejando una azulina estela de humo, mientras rechinaba como una cosechadora. Poco después se incorporó a la hilera de coches que circulaban hacia el este.

David los vio desaparecer con un sentimiento de pena que barrió definitivamente su buena disposición de esos últimos días. Sin embargo, después volvió a ver el Citroën cuando, renunciando a su anterior decisión de asistir a las fiestas de Pamplona, se dirigió al sur. Esta vez el coche de aquellos jóvenes le pareció aún más desvencijado que antes, bajo la blanzuca capa de pol-

vo que lo recubría. En la parte trasera, bajo la lona, asomaba una cubierta. El Citroën, como un borracho, se inclinaba hacia un costado.

Estaba aparcado en una estación de servicio de las afueras de Zaragoza, en la carretera de Barcelona. David abandonó la carretera y se detuvo un poco más allá de los surtidores de gasolina. Un empleado con un grasiento mono estaba llenando el depósito del Citroën bajo la supervisión del muchacho que David había visto en la plaza de toros. Los ojos de David buscaron rápidamente a la joven, pero ésta no se hallaba en el coche. De pronto la vio en el bar al otro lado de la calle, donde estaba regateando con la vieja propietaria. Aunque le daba la espalda, David la reconoció por su enmarañado cabello, amontonado en la parte superior de la cabeza. David cruzó la calle y entró en el bar sin saber aún qué actitud adoptaría ella.

La muchacha llevaba un vestido corto floreado, que dejaba al descubierto sus hombros y gran parte de la espalda, y calzaba abiertas sandalias. Para protegerse del aire helado se había echado un chal sobre los hombros. De cerca se advertía que su piel tenía la suave elasticidad de una sustancia plástica que hubiera sido untada ligeramente con aceite y lustrada. Detrás de su desnudo cuello, el cabello era fino y sedoso, y crecía, ensortijado, en la nuca.

David se acercó mientras ella completaba su compra de higos y contaba el vuelto. Exhalaba la joven un suave perfume estival que parecía provenir de su pelo. Tuvo que esforzarse para no hundir su cara en su densa cabellera.

Al volverse la joven, sonriente, se vio de pronto ante él y lo reconoció enseguida. No era fácil que una muchacha olvidara rápidamente un rostro como el de David. La joven se estremeció, la sonrisa se esfumó de su cara. Inmóvil, clavó en él una mirada inexpresiva. No obstante, abrió la boca ligeramente y sus dorados ojos brillaron suavemente. Con el tiempo David llegaría a familiarizarse con su peculiar aire tranquilo.

—La vi en Madrid, en los toros —dijo David.

—Sí... —añadió ella, asintiendo con la cabeza. Sin embargo, su tono no implicó una bienvenida, aunque tampoco un rechazo.

—Entonces lloró.

—También usted. —Su voz era clara, y su vocalización demasiado impecable y perfecta sólo podía corresponder a una extranjera.

—No —negó David.

—Yo lo vi llorar... —insistió ella con suavidad—, por dentro.

David asintió con la cabeza. De pronto ella le ofreció la bolsa de higos.

—Sírvase uno —le dijo, sonriéndole cálida y amistosamente.

David tomó un higo y clavó sus dientes en la dulce fruta, en tanto la muchacha se dirigía hacia la puerta, sugiriéndole tácitamente que la siguiera.

Mientras caminaban juntos, a través de la calzada, fijaron su vista en el Citroën. El empleado había llenado ya el depósito, y el compañero de la joven la aguardaba, recostado en el capó del viejo y zarandeado automóvil. De repente, al encender un cigarrillo levantó los ojos y los vio. Evidentemente reconoció a David. Al instante se enderezó y arrojó el fósforo recién prendido.

A continuación se oyó un zumbido y un seco estallido. Una llama se extendió, relampagueante, a través de la calzada de cemento, desde un charco de gasolina. En un instante el fuego llegó a la parte trasera del Citroën y las llamas comenzaron a tamborilear coléricamente en la carrocería del coche.

David se apartó de la muchacha y atravesó veloz la calle.

—¡Aleja el coche de los surtidores, idiota! —gritó despertando al conductor de su inmovilidad.

Aquel dichoso día —5 de noviembre— la gente disfrutó de un espectacular despliegue pirotécnico.

David soltó el freno de mano y puso la palanca de cambio en punto muerto. Luego, ayudado por el conductor, empujó el coche hasta el estacionamiento contiguo a la estación de servicio, mientras una multitud brotada, al parecer, de la tierra, profería histéricos gritos de aliento y sugería diversas soluciones, aunque manteniéndose a una distancia prudencial.

Incluso lograron salvar el equipaje, colocado en el asiento trasero, ante que las llamas lo envolvieran totalmente. El empleado de la estación de servicio tardó en aparecer con un enorme extintor rojo. Para delicia de la multitud, que le brindó su aplauso, el hombre bañó el pequeño y patético vehículo en una gran nube de vapor, después de lo cual se extinguió el entusiasmo general. La gente se dispersó entre risas y charlas, después de felicitar al improvisado bombero por su diestro manejo del extintor, en tanto los tres jóvenes contemplaban, entristecidos, los achicharrados y ennegrecidos despojos del Citroën.

—Supongo que ha sido un acto piadoso, porque el pobre ya estaba exhausto —dijo, por último, la muchacha—. Ha sido lo

mismo que pegarle el tiro de gracia a un caballo que se hubiese fracturado una pata.

—¿Estaba asegurado? —inquirió David.

El compañero de la muchacha se rió.

—¿Lo dice en serio? ¿Quién aseguraría un coche como éste? Sólo me costó cien dólares.

Después de reunir las escasas pertenencias salvadas del fuego, la muchacha le dijo algo, muy rápidamente, a su compañero, en una lengua extranjera. Sus palabras, ligeramente guturales, despertaron un recuerdo muy íntimo y remoto en la memoria de David, que enseguida captó su sentido. De manera que no se sorprendió cuando ella lo miró.

—Tenemos que encontrarnos con una persona esta misma tarde, en Barcelona, por un asunto muy importante.

—Vamos —dijo David.

Después de apilar el equipaje en el Mustang, el compañero de la joven encogió sus largas piernas y se acomodó en el asiento trasero. El muchacho se llamaba Joseph, pero la joven le aconsejó a David que le llamara Joe. Por su parte, ella se llamaba Debra. Al parecer los apellidos carecían de importancia a esa altura de su relación.

La muchacha se sentó junto a David, con las piernas decorosamente unidas y las manos sobre su regazo. Una rápida ojeada le fue suficiente para evaluar el Mustang y su contenido. David la observaba mientras ella examinaba su lujoso equipaje, su cámara Nikon y sus gafas Zeiss, colocados en la guantera, y su chaqueta de cachemir, que había arrojado sobre el asiento. De pronto, Debra, al mirarlo de soslayo, pareció descubrir la camisa de seda cruda y el delgado reloj «Piaget» de oro, que asomaba por debajo del puño de la camisa.

—Bienaventurados los pobres... —murmuró la muchacha—. Sin embargo, la riqueza debe de ser muy agradable.

David se regodeó con tales palabras, porque deseaba impresionarla y obligarla a establecer un paralelo entre él y el recio y musculoso joven sentado en el asiento posterior.

—A Barcelona... —dijo riendo, y avanzó con prudencia por las calles de las afueras de la ciudad. Debra miró por encima de su hombro a Joe y le preguntó en el mismo idioma que había utilizado poco antes:

—¿Estás cómodo?

—Sí no lo está, que corra a pie detrás del coche —dijo David en la misma lengua.

La muchacha lo miró estúpidamente antes de exclamar, gratamente sorprendida:

—¡Hola! ¡De modo que habla hebreo!

—No muy bien —admitió David—, porque lo he olvidado casi por completo.

De pronto se vio nítidamente a sí mismo, a los diez años, luchando infructuosamente con un extraño y misterioso idioma cuyas palabras se escribían de derecha a izquierda y basado en un alfabeto compuesto de signos, la mayor parte de los cuales se pronunciaban como haciendo gárgaras en el fondo de la garganta.

—¿Eres judío? —le preguntó Debra, volviéndose en el asiento para observarle de frente y dejando de sonreír, porque la pregunta era muy importante para ella.

David negó con la cabeza.

—No —dijo y se echó a reír—. Soy un monoteísta un tanto incrédulo, que no practica culto alguno, criado y educado en el marco de la tradición cristiano-protestante.

—Entonces, ¿por qué estudiaste hebreo?

—Porque mi madre así lo dispuso —le explicó David, sintiéndose nuevamente abrumado por el peso de una antigua falta—. Ella murió cuando yo era muy pequeño. Simplemente dejé de estudiar ese idioma, que después de su muerte me pareció innecesario.

—Tu madre... ¿era judía? —insistió Debra, inclinándose sobre él.

—Sí —dijo David—. Pero mi padre era protestante. Su boda provocó una gran conmoción. Todo el mundo se opuso a esa unión, pero ambos siguieron adelante y se salieron con la suya.

Debra se volvió hacia Joe.

—¿Has oído? Es de los nuestros.

—Oh, no —protestó David, sin dejar de reír.

—Mazaltov —dijo Joe—. Espero que nos visites alguna vez en Jerusalén.

—¿Ustedes son israelíes? —inquirió David, súbitamente interesado.

—Sabras, los dos —respondió Debra con cierto orgullo y profunda satisfacción—. Estamos pasando aquí nuestras vacaciones.

—Debe de ser un país muy interesante Israel —aventuró David.

—Como ha dicho Joe, espero que nos visites alguna vez —le sugirió Debra intempestivamente—. Tienes derecho a nuestra

hospitalidad. —De pronto cambió de tema: —¿Ésta es la mayor velocidad que alcanza tu máquina? Tenemos que estar en Barcelona a las siete.

Ahora se sentían más cómodos, como si la invisible barrera que los separaba se hubiese derrumbado, o como si ella acabara de expresar un profundo pensamiento. Ya fuera de la ciudad, la carretera se extendía sinuosamente por el valle del Ebro, en dirección al mar.

—Tengan la bondad de apagar sus cigarrillos y de ajustar sus cinturones —dijo David y apretó a fondo el acelerador.

Debra permanecía inmóvil a su lado, con las manos anudadas sobre su regazo. Sus ojos miraban siempre hacia delante, cuando surgía alguna curva inesperada. Las rectas fluían como suaves manchas azules bajo la carrocería del Mustang. En sus labios se dibujaba una sonrisa tenue y extática, y un reflejo dorado fluctuaba en sus ojos. David hubo de reconocer que le atraía la velocidad tanto como a él. Olvidándose de todo, excepto de la muchacha, solamente se preocupó de mantener su rugiente y poderosa máquina dentro de los estrictos límites bien marcados en el asfalto.

En cierto momento, al descender por una sinuosa carretera hacia un valle reseco y polvoriento, por una serie de curvas muy cerradas, David desplazó una y otra vez velozmente su mano del volante a la palanca de cambios, haciendo vibrar el Mustang, en tanto oprimía el pedal del freno, unas veces, con la punta de su zapato, otras, con su tacón. La chica, muy emocionada, rió entonces ruidosamente.

Poco después compraron queso, pan y una botella de vino blanco en el bar de un pueblo, y almorzaron sentados en el muro de un puente, bajo el cual se arremolinaba el agua blanqueada por la nieve recién derretida de las montañas.

Los muslos de David y Debra se rozaron levemente al sentarse uno al lado del otro. Él sintió el calor de su carne joven, a través de sus ropas, y ella en ningún momento intentó retirar su pierna. Las mejillas de Debra se colorearon ligeramente de una manera al parecer no habitual en ella, pese al frío vientecillo que acariciaba sus rostros.

David estaba asombrado de la conducta de Joe, el cual, por completo indiferente al asedio de su chica, se entretenía como un niño arrojando guijarros a las truchas. Súbitamente deseó que Joe opusiera alguna resistencia, que hiciera más valiosa su conquista, porque David ya se había propuesto conquistarla.



Se inclinó sobre la muchacha para servirse otra porción de queso, que olía muy fuerte, y le rozó intencionadamente el pecho, pero Joe no se dio por enterado.

«Vamos, mono ridículo, lucha por ella. No te quedes ahí, sentado», pensó David, adoptando un aire desdeñoso.

Deseaba ponerse a prueba ante aquel individuo grande y fuerte que, seguro de sí mismo, parecía contenerse y controlar perfectamente sus propios movimientos. Su rostro era fornido y un tanto feo, pero a algunas mujeres les gustan ese tipo de hombres. Sin embargo, David no se dejaba engañar por su lenta y displicente risita, porque sus miradas eran rápidas y penetrantes.

—¿Quieres conducir, Joe? —le preguntó de repente.

La lenta y burlona sonrisa de Joe se difundió por su rostro como un charco de aceite, pero sus ojos brillaron, anticipándose a los acontecimientos.

—Espero que no te importe cómo lo hago —dijo Joe.

David lamentó su ofrecimiento, cuando se acomodó en el estrecho asiento posterior.

Durante cinco minutos Joe condujo con prudencia, probó los frenos y la palanca de cambios, para familiarizarse con ellos, y aceleró bruscamente en algunas curvas para comprobar el grado de suspensión del coche y detectar la menor propensión de la cola a desviarse.

—Puedes confiar plenamente en esta máquina —le dijo David.

Joe emitió un gruñido, frunció ligeramente el entrecejo y arrugó su amplia frente, al concentrarse en la operación. Luego hizo, al parecer satisfecho, un movimiento afirmativo con la cabeza y asentó sus manos firmemente en el volante. Debra lanzó un grito cuando, muy resueltamente, trató de alcanzar la velocidad máxima. Al patinar el coche en el primer recodo, David clavó instantáneamente su pie derecho en un inexistente pedal de freno y sintió que se le cortaba la respiración.

Cuando Joe aparcó el coche en la parte exterior del aeropuerto de Barcelona y detuvo el motor, los tres guardaron silencio durante varios segundos. Luego David exclamó en voz baja:

—¡Hijo de perra!

Pero enseguida los tres se echaron a reír. David sintió un leve remordimiento al pensar que le quitaría su chica, porque, a pesar de sí mismo, empezaba a simpatizar con Joe, a regodearse en su lenta manera de hablar y proceder, que evidentemente ocultaba su verdadera naturaleza, y en su tranquila y amplia sonrisa,

que demoraba en florecer plenamente. De modo que tuvo que endurecerse para persistir en su resolución.

Como llegaron mucho antes que el avión, se sentaron a la mesa de un restaurante, desde donde se dominaba la pista de aterrizaje. David pidió un jarro de sangría, en tanto Debra, sentada junto a Joe, charlaba con éste, cogida de su brazo. Tal actitud atemperó el sentimiento de simpatía que David había comenzado a experimentar por Joe.

Al aparecer el camarero con la sangría, aterrizó un avión. Joe, entonces, levantó los ojos.

—Uno de los nuevos executive Gulfstreams. Me han dicho que esas pequeñas máquinas son maravillosas —dijo Joe, y empezó a describir, en un lenguaje técnico que Debra parecía conocer perfectamente, todos los detalles referentes a este tipo de aviones.

—De manera que eres un perito en aeronáutica —dijo David, con tono desafiante.

—Más o menos —respondió Joe.

Pero Debra fue más explícita.

—Joe pertenece a la fuerza aérea —dijo orgulloso.

David los miró fijamente.

—También Debs —agregó Joe, riendo, en tanto David se volvía hacia la joven—. Es teniente.

—Pero de la reserva —objetó Debra—. En cambio Joe es piloto de guerra.

—Piloto... —repitió David estúpidamente.

¿Cómo no lo había advertido al percibir su penetrante y firme mirada, rasgo distintivo de los pilotos de combate, y su manera de empuñar el volante del Mustang? Si se trataba de un aviador israelí debía de haber intervenido en numerosas operaciones... ¡Por todos los demonios! Cada vuelo suyo había sido una operación de guerra. Súbitamente experimentó un hondo respeto hacia Joe.

—¿Qué aviones utilizan en tu grupo? ¿Phantoms?

—¡Phantoms! —exclamó Joe, torciendo la boca—. Eso no son aviones, sino simples computadoras. No. Nosotros somos auténticos pilotos. ¿Has oído hablar de los Mirages?

—Sí, por supuesto —dijo David.

—Yo piloteo esas máquinas.

David comenzó a reírse y a menear la cabeza.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tiene de divertido? —le preguntó Joe, que dejó de sonreír.

—Yo también piloteo aviones Mirage —dijo David, que al mismo tiempo pensó: «No vale la pena que me acalore en este momento»—. He volado en ellos más de mil horas.

El que se asombró entonces fue Joe. Súbitamente ambos comenzaron a hablar al mismo tiempo; mientras tanto Debra volvía la cabeza, ya hacia uno, ya hacia otro de los interlocutores.

David pidió otra jarra de sangría, pero Joe no le permitió pagar y por centésima vez repitió:

—Bueno, con eso ya está dicho todo —y dio con su puño en el hombro de David—. ¿Qué opinas, Debra?

Cuando ya había bebido la mitad de la segunda jarra de sangría, David interrumpió la conversación que hasta entonces había girado en torno al tema aeronáutico.

—¿Se puede saber a quién han venido a recibir? Hemos recorrido media España y aún no sé quién es el individuo...

—Ese individuo es una chica... —dijo Joe riendo.

Debra completó la respuesta:

—...que se llama Hannah —e hizo una mueca a Joe—, la novia de Joe. Como es enfermera en el hospital Hadassah, sólo consiguió una semana de permiso.

—¿Tu novia? —murmuró David.

—Se casarán en junio —dijo Debra, volviéndose hacia Joe—. Dos años ha tardado Joe en decidirse.

El aludido, turbado, rió sordamente. Debra oprimió su brazo.

—¿Su novia? —repitió David.

—¿Por qué insistes con esa pregunta? —dijo Debra.

David señaló a Joe y luego a la joven.

—¿Qué...? —comenzó a decir—, ¿quién... qué demonios...?

Debra, que comprendió enseguida, respondió con los ojos relucientes y jadeando, mientras se llevaba las manos a la boca:

—De modo que creías... que has pensado... Oh, no —y ahogando su risita, en tanto señalaba a Joe y luego hacia sí misma, agregó—: ¿Eso has pensado?

David asintió con la cabeza.

—Es mi hermano —gritó Debra—. ¡Joe es mi hermano, pedazo de estúpido! Nos llamamos Joseph Israel Mordecai y Debra Ruth Mordecai... y somos hermanos.

Hannah era una muchacha delgada, de piernas y brazos largos, cabellos cobrizos y pecas tan grandes como monedas de oro. Joe la levantó en el aire en cuanto traspuso la puerta de la oficina aduanera, y la estrechó en sus brazos.

Pareció entonces muy natural que los cuatro estuviesen juntos. Por un milagro de distribución todo el equipaje halló cabida en el Mustang. Hannah se sentó en el regazo de Joe, en el asiento posterior.

—Disponemos de una semana —dijo Debra—. ¡De una semana entera! ¿Qué haremos en todo ese tiempo?

Todos convinieron en desechar Torremolinos. Se hallaba muy lejos, en el Sur, y por otra parte desde la aparición de *The Drifters*, de Michener, se había convertido en el lugar predilecto de los vagabundos y los homosexuales.

—En el avión un pasajero me habló de un lugar llamado Colera, situado costa arriba, cerca de la frontera.

Llegaron a Colera a mediados de la mañana siguiente y, como la temporada estaba en sus comienzos, no les costó mucho hallar buenas habitaciones en un pequeño hotel situado cerca de la sinuosa calle mayor. Las muchachas compartieron un cuarto, pero David insistió en disponer de una habitación para él solo, de acuerdo con el plan que había trazado, respecto de Debra.

Ésta se puso un diminuto bikini azul, que apenas contenía su busto, más exuberante de lo que David había supuesto. Su piel, suave y bronceada, tenía un matiz parecido al de la caoba. Sin embargo, una estrecha franja, sorprendentemente blanca, asomó en la parte trasera cuando se agachó para recoger una toalla. Debra tenía largas piernas y alta cintura y era una recia nadadora. Sin esfuerzo se mantuvo a la par de David en las frías aguas azules, cuando se lanzaron en dirección de una rocosa isleta situada a un kilómetro de la costa.

Ya en la pequeña isla, que se hallaba a su entera disposición, escogieron un suave declive pedregoso, al abrigo del viento y bañado por el sol. Allí se tendieron, uno al lado del otro, con sus dedos entrelazados. El agua salada alisó los cabellos de Debra, que descendieron sobre sus hombros a la manera de una piel de nutria.

Pasaron la tarde charlando, tendidos al sol... ya que era mucho lo que tenían que contarse.

El padre de Debra, uno de los coroneles más jóvenes de la fuerza aérea estadounidense, durante la Segunda Guerra Mundial, al finalizar la contienda había partido para Israel, donde aún permanecía, con el grado de teniente general, ocupando con su familia una finca en el barrio viejo de Jerusalén que databa de quinientos años atrás.

Debra era *senior lecturer* en inglés, en la universidad hebrea de Jerusalén y, como si se tratara de una actividad secreta, aspiraba tímidamente a convertirse en escritora; ya había publicado un volumen de poemas. Esta noticia produjo un gran impacto en David, quien, apoyándose en un codo, empezó a mirar a la joven con mayor respeto y un poco de envidia, atribuyéndole el poder de anticipar el futuro claramente.

Ella permanecía con los ojos cerrados frente al sol. Varias gotas de agua brillaban como gemas en sus negras y tupidas pestañas. No era una belleza, pero sí muy atractiva y sexy, según pensó David, después de examinarla atentamente. Por supuesto, la haría suya aunque por el momento ello no era una cuestión prioritaria. Por tanto, se contentaba con oírla hablar; Debra se expresaba de una manera muy bella y original, una vez enfrascada en cualquier conversación. Su acento era extrañamente neutro aunque, ahora que la conocía un poco mejor, percibía en su voz un dejo americano.

Debra le dijo que la poesía implicaba, simplemente, la primera etapa de su carrera literaria y que se proponía escribir una novela que ya había bosquejado sobre las experiencias de una joven en Israel, que David consideró muy interesante. Acto seguido se refirió a su tierra y a sus habitantes. Sus palabras produjeron en él una honda nostalgia racial y reavivaron de nuevo su envidia al sentirla tan segura, respecto de sus orígenes y de sus metas futuras. Ella estaba perfectamente situada en la vida y tenía una clara idea de su destino. Por eso era fuerte. De pronto David se sintió débil e insignificante.

Debra abrió los ojos y, parpadeando, a causa del sol, lo miró desde abajo.

—Dios mío —dijo sonriendo— ¡Qué triste estás! ¿He hablado demasiado?

Él negó con la cabeza, pero no respondió a su sonrisa. Entonces ella también se puso solemne y lo observó atentamente. Seco y esponjoso a causa del sol, el pelo de David parecía ahora más fino, suave y oscuro. Sus pómulos y su mentón, finamente esculpados, denotaban un perfecto equilibrio. Sus ojos eran muy claros y ligeramente asiáticos, sus labios gruesos y firmes, y su nariz delicadamente respingada poseía anchas ventanas y era graciosamente recta.

Debra estiró un brazo y rozó su mejilla.

—Eres muy guapo, David... El ser más hermoso que he visto. Él no se movió. Los dedos de ella se deslizaron por el cuello

de David, hasta su tórax, y se enredaron lentamente en el oscuro vello de su cuerpo.

Poco a poco David se inclinó hacia delante, hasta que su boca dio con la de ella. Los labios de Debra eran cálidos y suaves, y tenían el sabor del agua salada. La muchacha levantó los brazos y los deslizó en torno del cuello de David. Mientras se besaban, las manos de él se desplazaban por su espalda y abrieron el broche de su sujetador entre sus suaves y tostados omoplatos. De pronto Debra se puso rígida e intentó apartarlo de sí.

David la apretó suave pero firme, y murmurando sedantes palabras, volvió a besarla. Poco a poco Debra se fue relajando y las manos de él siguieron ablandándola y volvieron a situarse en su nuca. Debra exhaló un suspiro y se estremeció.

Las manos de David, hábiles y expertas, detectaban ahora el menor síntoma de rebelión y sabían evitar toda rudeza susceptible de espantar a la muchacha. Al deslizar hacia arriba la tenue tela de la parte superior de su bikini, David quedó sorprendido y fascinado ante sus firmes y suaves pechos y sus grandes pezones de color rosa oscuro, duros como guijarros.

Fue una experiencia insólita para el joven, que no estaba habituado al rechazo, ni a la contención, el hecho de que Debra colocara las manos sobre sus hombros y lo apartara de una manera tan brusca que le hizo perder el equilibrio. David resbaló roca abajo, se raspó un codo y cayó como un fardo junto al agua.

Lleno de cólera se levantó, en tanto Debra se ponía ágilmente de pie, abrochándose el sujetador. Una zancada de sus largas piernas morenas le bastó para llegar a la orilla, desde donde se zambulló en el agua, en la que chapoteó para llamar su atención.

—Te desafío a correr hasta la playa.

David no aceptó el reto y siguió en pos de ella, sin perder su línea propia de nadador. Cuando emergió, con aire serio, de las aguas encrespadas y poco profundas, ella lo miró atentamente durante un momento y luego hizo una mueca.

—Cuando te enfadas pareces un niño de diez años —le dijo con muy poco tacto.

David regresó con paso firme a su habitación.

Todavía seguía mostrándose digno y distante cuando, hacia el atardecer, descubrieron, frente al mar, una discoteca llamada *Año Dos Mil*, atendida por dos muchachos ingleses. De la mejor manera se apiñaron los cuatro junto a una mesa ocupada ya por dos azafatas y un par de individuos barbudos y harapientos. La música era lo suficientemente ruidosa y su ritmo muy a propósito,

por su vigor, para estremecer el espinazo y aflojar el vientre. Cuando las dos azafatas se comieron a David con los ojos, Debra, ablandada por aquel pequeño juego femenino, abandonó sus maneras frías y displicentes y le dijo que deseaba bailar. Por su parte, él cesó en su personificación del Rey del Hielo.

Adecuándose perfectamente al vivaz ritmo de la áspera música, se identificaron tan grácilmente con los movimientos de aquella danza primitiva, impregnada de espíritu africano, que atrajeron la atención de los restantes bailarines.

Al cambiar el ritmo, Debra se le aproximó y lo oprimió contra su pecho. David sintió que ella le transmitía una fuerza que lo invadía hasta la médula y comprendió que cualquier tipo de relación que mantuviera con aquella mujer sería tempestuosa, sutil y profunda, y se hallaría expuesta a instantáneas explosiones.

Cuando concluyó el disco abandonaron a Joe y Hannah —abrazados frente a una botella de vino tinto— y descendieron por la silenciosa calle hasta la playa.

La luna, derramándose sobre los acantilados que contorneaban la costa, producía en el mar innumerables imágenes amarillentas. La baja marejada silbaba y tosía sobre los guijarros de la playa. Después de quitarse los zapatos echaron a andar por la orilla, dejando que el agua bañara sus tobillos.

En un escondrijo rocoso situado en el ángulo formado por los acantilados, se besaron de nuevo. David se equivocó al pensar que la tranquilidad de ella era una invitación a proseguir la escena bruscamente interrumpida por la tarde.

Debra lo volvió a apartar con más firmeza aún, y exclamó, irritada:

—¿Cuándo aprenderás? ¡Maldita sea! ¿No has comprendido que eso no me gusta? ¿Llegaremos a la misma situación cada vez que nos encontremos a solas?

—¿Qué te pasa? —inquirió David, herido por el tono de su voz y furioso por su nuevo rechazo—. Vivimos en el siglo veinte, querida. Pasó ya la moda de las vírgenes tontas... ¿O es que no te has enterado...?

—Los niños mimados deben crecer antes de dárselas de hombres —le respondió ella instantáneamente.

—¡Gracias! —refunfuñó David—. No estoy dispuesto a tolerar los insultos de una virgen profesional.

—Muy bien, ¿por qué no te vas entonces? —lo desafió Debra.

—¡Excelente idea! —replicó David y, dándole la espalda, se alejó playa arriba.

Debra, que no esperaba tal reacción, empezó a correr detrás de él. Pero de pronto su orgullo la impulsó a detenerse. Apoyada en la roca, se sintió desamparada.

«No debería haberme acometido de esa manera. Lo necesito terriblemente. Pero hace tan poco que perdí a Dudu... Tiene que darme tiempo y no atropellarme de ese modo. ¡Ah... si se adaptara a mi ritmo y me ayudara a recobrar...!»

«¡Qué extraño! —siguió pensando—. Apenas recuerdo a Dudu. Sólo han pasado tres años y, sin embargo, se ha desdibujado de tal manera en mi memoria, que no estoy segura de si le amé realmente. Incluso ya casi no discierno sus rasgos; sin embargo, los de David aparecen nítidos en mi mente. Quizá debiera correr tras él y contarle todo lo referente a Dudu y pedirle, por último, que tenga paciencia y me ayude. Creo que debería alcanzarle.»

Sin embargo, no se atrevió y echó a andar lentamente costa arriba y, a través del pueblo silencioso, se dirigió al hotel.

La cama de Hannah estaba vacía. Quizá se hallara tendida junto a Joe en alguna parte. «Yo debería estar ahora con David —pensó—. Dudu no existe, yo estoy viva y necesito a David.» No obstante, se desvistió lentamente y se arrojó en la cama... Pero no pudo dormir.

En ese momento David, desde la puerta del *Año Dos Mil*, esrutaba a través de la luz fantasmal y neblinosa del local la palpable emanación desprendida de un centenar de cuerpos tensos. Las dos azafatas seguían junto a su mesa, pero Joe y Hannah habían desaparecido.

David se abrió paso entre los bailarines.

Una de las azafatas era alta y rubia. En su rostro, muy inglés, brillaban dos ojos de muñeca de porcelana.

Al ver a David miró a su alrededor, en busca de Debra, para cerciorarse de si estaba solo, antes de sonreírle.

Después de bailar una cara del disco, sin rozarse siquiera, David se acercó a ella y colocó ambas manos en sus caderas. La azafata aproximó sus labios abiertos a su boca.

—¿Tienes habitación en el hotel? —le preguntó.

La joven asintió con la cabeza y se relamió lascivamente los labios con la punta de la lengua.

—Adelante entonces —dijo David.

Era ya de día cuando regresó a su habitación. Tras afeitarse y recoger sus cosas, se sorprendió del residuo de cólera que persistía en él. Arrastrando su equipaje llegó al despacho del propietario del hotel, donde pagó la cuenta con su tarjeta del Diners Club.



Debra salió del comedor con Joe y Hannah. Los tres llevaban encima de sus trajes de baño sus albornoces para ir a la playa y rieron alegremente... hasta que vieron a David.

—¡Hola! ¿Adónde vas? —le desafió Joe.

—Ya estoy harto de España —respondió David—. Siguiendo el buen consejo que alguien acaba de darme, me dispongo a marchar —y experimentó una salvaje sensación de triunfo al advertir una sombra de tristeza en los ojos de Debra.

Joe y Hannah miraron a Debra, pero ésta controló rápidamente el temblor de sus labios y sonriendo demasiado vivazmente tendió su mano a David.

—Gracias por todo, David. Lamento que tengas que irte. Nos divertimos bastante... —su voz descendió y tembló ligeramente—. Espero que encuentres lo que deseas. Buena suerte.

Enseguida se volvió y se encaminó rápidamente hacia su habitación. Después de mirar duramente a David, Hannah le hizo a éste una brusca reverencia y se alejó en pos de Debra.

—Adiós, Joe.

—Te llevaré el equipaje.

—No te molestes —respondió David, tratando de evitarlo.

—No es ninguna molestia, en absoluto —dijo Joe y, quitándole la bolsa de las manos, se dirigió hacia el Mustang, en cuyo asiento trasero lo colocó.

—Te acompañaré hasta la cumbre de la colina y regresaré a pie —dijo Joe, mientras trepaba al asiento posterior, en el que se arrellanó cómodamente—. Un poco de ejercicio me hará bien.

David arrancó velozmente y guardaron silencio, mientras Joe encendía deliberadamente un cigarrillo y arrojaba el fósforo por la ventanilla.

—Ignoro lo que pasó, pero me lo imagino. Davey.

Éste, concentrado en la ruta, no respondió.

—Ella sufrió mucho. Sin embargo, estos últimos días ha cambiado notablemente. Se sentía tan feliz que pensé que superaría la crisis.

David se obstinó en su silencio, sin prestar ayuda alguna. «¿Por qué se meterá en lo que no le concierne, este estúpido?», pensó.

—Ella es un ser especial, Davey. No lo digo porque sea mi hermana, sino porque lo es, realmente. Si la conocieras mejor no pensarías tan mal de ella.

Habían llegado a la cumbre de las colinas que dominaban el pueblo y la bahía. David frenó sobre el mismo borde, pero dejó

el motor en marcha. Desde lo alto observó el brillante mar azul, que bañaba los acantilados y el promontorio sombreado por los pinos.

—Debra estaba a punto de casarse —dijo Joe suavemente— con un muchacho muy distinguido, mayor que ella. Los dos trabajaban juntos en la universidad. Él era conductor de tanques y estaba en la reserva. En el Sinaí fue alcanzado por los disparos enemigos y murió carbonizado en su tanque.

David se volvió y lo miró un tanto ablandado.

—Debra sintió mucho su muerte —prosiguió Joe obstinadamente—. Estos últimos días la he visto, por primera vez, verdaderamente tranquila y feliz. —Encogiéndose de hombros mostró sus dientes al sonreír como un gran perro San Bernardo. —Lamento haberte aburrido con esta historia de familia. Pero lo he hecho con la intención de allanar las cosas. —Y le tendió su enorme mano morena. —Espero que nos visites en nuestro país, que es también tuyo. Me gustaría ser tu guía allí.

David estrechó su mano.

—Creo que debería ir... —respondió.

—Shalom.

—Shalom, Joe. Buena suerte.

Joe descendió del coche. Ya lejos, al volver David la cabeza, lo vio en pie a un costado de la carretera, con las manos en la cintura. De pronto Joe lo saludó con la mano. Pero en el primer recodo desapareció de su vista.

En un olvidado circuito próximo a Ostia, frente a la carretera de Roma, funcionaba una escuela para corredores de Fórmula 1. El curso, de tres semanas de duración, costaba quinientos dólares.

David, que se alojó en el Excelsior, en la Vía Veneto, iba diariamente a la pista. Aunque a la semana sabía perfectamente que no era eso lo que buscaba, siguió el curso completo. La pista implicaba una limitación física que lo constreñía, acostumbrado como estaba a los vuelos a gran altura. Incluso el estruendo y poder de un Ford Tyrell no podían compararse con los de un potente jet interceptor. Aun sin la dedicación ni la motivación que agujoneaban a los demás alumnos, su natural talento y su sentido de la coordinación le permitieron situarse entre los primeros y tuvo la posibilidad de incorporarse a una compañía nueva y en ascenso, que estaba integrando y adiestrando a un

equipo de producción de máquinas para carreras de Fórmula 1. El salario, por supuesto, era irrisorio. Sin embargo, su desesperación casi lo indujo a firmar un contrato por una temporada. No obstante, en el último momento cambió de idea y siguió viajando.

En Atenas vagó durante una semana por los embarcaderos de yates del Pireo y Glyfada, con el propósito de adquirir un yate a motor, para transportar gente a las islas. El mar, el sol y las chicas bonitas eran tres motivos de atracción, al igual que las propias embarcaciones de madera de teca, pintadas y barnizadas de blanco. Siete días le bastaron para advertir que tales embarcaciones eran simples pensiones flotantes para turistas aburridos, mareados y tostados por el sol.

El séptimo día, la sexta flota estadounidense ancló en Atenas.

David, sentado a una mesa de uno de los cafés costeros, bebió *ouzo* al sol, en tanto escrutaba con sus gemelos los portaaerones allí anclados. En sus vastas cubiertas había numerosos Crusaders y Phantoms, alineados en grupos, con sus alas plegadas. Mientras los devoraba con los ojos sintió un ansia casi espiritual, respecto de ellos. Después de recorrer toda la Tierra, según le parecía, ésta no tenía nada que ofrecerle. Abandonando los gemelos miró directamente el cielo azul, en el que se recortaban altas nubes plateadas y relucientes.

Al completar sus ojos el circular itinerario, comprendió claramente adónde iría a parar. Echando mano al vaso lleno de lechoso *ouzo*, entibiado por el sol, le dio vueltas en su boca, que se impregnó del dulce sabor del regaliz.

—Este... Oeste... Mejor será que vuelva a casa.

Al decir esto en voz alta, surgió en su mente la imagen de Paul Morgan, sentado en su alto despacho de acero y cristal. Como un paciente pescador, tendía aquél sus líneas por el mundo entero. En ese preciso instante, la que había arrojado sobre Atenas comenzaba a ser sacudida por su presa. David se lo imaginó recogiendo muy satisfecho el cordel, en cuyo extremo él luchaba vanamente, para no verse arrastrado hacia el centro de operaciones. ¡Qué diablos! Al fin y al cabo podría pilotear algún Impala, como oficial de la reserva. Además, siempre existía la posibilidad de que Barney le permitiera volar en el Lear.

Después de vaciar de un trago el vaso en su garganta se puso súbitamente de pie, sintiendo que su resistencia se debilitaba. En un taxi regresó a su habitación del Grand Bretagne, en la plaza Syndagma.

De tal manera decrecía su oposición, que uno de sus compañeros de mesa, esa noche, fue John Dinopoulos, representante del grupo Morgan de Grecia, un individuo mundano, delgado y esbelto, con un rostro liso y tostado por el sol, cabellos plateados en las sienes y una forma desenfadada y particularmente elegante de vestir.

John había escogido como compañera de mesa para David a una estrella, protagonista de numerosos *westerns* italianos. Se trataba de una joven de relucientes ojos oscuros, cuyo exuberante busto se agitó tremendamente cuando John le presentó a David como un millonario africano traficante de diamantes.

La explotación de minas de diamantes constituía el más deslumbrante, aunque no el principal, quehacer del grupo Morgan.

Los tres comensales se sentaron en la terraza del Dionisos, porque la noche era templada. El restaurante se hallaba enclavado en la roca viva, sobre la cumbre del Licabeto, bajo la iglesia de San Pablo.

Por el camino en zigzag de la iglesia descendía la procesión conmemorativa de la Pascua de Resurrección. A sus pies, un río de antorchas se deslizaba entre los pinos. La brisa difundía los cánticos en la noche. A lo lejos, sobre la cumbre de la Acrópolis, las majestuosas columnas, iluminadas por reflectores, brillaban como marfil antiguo y, más allá, hacia la medianoche, la flota estadounidense volvió a lucir sus guirnaldas alegres, luminosas y fantasmagóricas en las aguas de la bahía.

—La gloriosa Grecia —murmuró la estrella de los *westerns* italianos, como si fuese la voz de la historia, dejando caer una enojada mano sobre el muslo del muchacho, en tanto con la otra levantaba un vaso de rojo vino de Samos ante David, y miraba a éste por debajo de sus tupidas pestañas de una manera muy significativa.

Su discreción era impresionante. Sólo después de comer el plato principal —varios sabrosos trozos de carne envueltos en pámpanos y en una cremosa salsa de limón— se atrevió ella a pedirle que financiara su próxima película.

—Pero éste no es el sitio más apropiado para hablar de un asunto tan importante —cuchicheó la estrella.

—¿Qué lugar mejor que su apartamento?

John Dinopoulos los saludó con la mano e hizo un mohín y un guiño comprensivo, actitud que molestó a David, quien súbitamente captó la vacuidad de tal relación.

El apartamento de la estrella era muy ostentoso, con grue-

sas alfombras y macizas sillas tapizadas con cuero negro. David echó un trago, mientras ella se retiraba a otro cuarto para ponerse ropas más adecuadas para una discusión de alto nivel financiero. En tanto paladeaba el líquido, David advirtió que éste no le agradaba y abandonó el vaso sobre el reluciente mostrador del bar.

La estrella surgió del dormitorio envuelta en una bata de satén blanco, muy abierta en los brazos y el pecho. Sus carnes relucían como el nácar, a través de la tela. Su pelo, suelto, se arremolinaba sobre la cabeza como una gran mata de bucles alocados.

De pronto David sintió náuseas de todo aquello.

—Lo siento —dijo—. John habló en broma. Yo no soy millonario y, por otra parte, prefiero a los muchachos.

Apenas cerró la puerta a sus espaldas, un vaso lleno de líquido se estrelló contra ella.

De regreso a su hotel pidió café y obedeciendo a un impulso repentino tomó el auricular nuevamente y ordenó que lo comunicaran con Ciudad del Cabo.

La respuesta fue sorprendentemente rápida. Desde el otro extremo de la línea llegó la voz adormecida de una muchacha.

—¿Mitzi? —dijo riendo—. ¿Cómo estás, muchacha?

—¿Dónde te encuentras, guerrero? ¿Aquí?

—En Atenas, muñeca.

—¿En Atenas...? ¿Te diviertes?

—Me aburro terriblemente.

—No es para menos —dijo ella en son de burla—. Las muchachas griegas jamás volverán a ser lo que fueron...

—¿Cómo estás, Mitzi?

—Enamorada, Davey. Amo de verdad a una persona, con la cual voy a casarme. ¿No te parece extraordinario?

La dicha que se transparentaba en su voz despertó cierta cólera y envidia en David.

—Me alegro mucho. ¿Lo conozco?

—Sí. Se trata de Cecil Lawley, uno de los ejecutivos de papá.

David recordó a un hombre, de rostro pálido, que usaba gafas y tenía un aire muy solemne.

—Te felicito —dijo.

Otra vez volvió a sentirse muy solo y tuvo conciencia de que muy lejos, en su país, la vida seguía su curso, sin contar con él para nada.

—¿Quieres hablar con él? —le preguntó Mitzi—. Voy a despertarle.

Se produjo un murmullo y un cuchicheo en el otro extremo de la línea y enseguida oyó la voz de Cecil.

—Buen negocio —dijo David.

En verdad lo era, ya que la participación de Mitzi en el grupo Morgan sería, con el tiempo, mucho más importante que la de David. Cecil había descubierto muy disimuladamente un rico pozo petrolífero.

—Gracias, Davey.

La turbación de Cecil fue bien patente, a través de nueve mil kilómetros de cable telefónico.

—Escucha, galán. Si le haces algún daño a esa muchacha te arrancaré el hígado y te lo haré tragar. ¿Estamos?

—De acuerdo —respondió Cecil. Su alarma se reflejó en el débil tono de su voz—. Te pongo con Mitzi.

Ésta charló por valor de cincuenta dólares más, antes de colgar.

Tendido en la cama, con sus manos enlazadas en la nuca, David comenzó a pensar en la flamante felicidad de su rechoncha y bondadosa prima. De pronto decidió concretar algo que borrosamente deseaba hacer desde su partida de España. Echando mano del auricular pidió que lo comunicaran con el conserje.

—Lamento molestarlo a hora tan temprana —dijo—, pero pienso volar a Israel lo más pronto posible. Le agradeceré que disponga lo necesario.

Una leve bruma dorada, procedente del desierto, impregnaba la atmósfera. El gigantesco TWA 747 descendió a través de ella y David alcanzó a divisar las huertas de auranciáceas, color verde oscuro, antes de que las ruedas se deslizaran por la sólida pista.

Lod era similar a muchos otros aeropuertos, pero más allá de sus puertas David contempló un país distinto de cuantos había visitado hasta entonces. Las personas que forcejearon con él por un asiento, en uno de los enormes *sheruts* negros —taxis comunales con muchos anuncios y chirimbolos—, eran más ruidosas incluso que los italianos, los cuales, comparados con ellas, resultaban dechados de discreción y buenas maneras. Sin embargo, una vez dentro del vehículo, parecieron todos compartir una excursión familiar. Un paracaidista, con boina y camisa, que ostentaba en su pecho una insignia aeronáutica y de cuyos hombros pendía una metralleta Uzzi, le ofreció un cigarrillo y en el lado opuesto una vigorosa mocetona, que vestía uniforme color caqui,

y tenía, como muchas israelíes, ojos negros de gacela, que se oscurecían aún más y enternecían cada vez que se posaban en David, compartió con éste un *sandwich* de pan sin levadura, bollos de garbanzos fritos, la consabida pita y el *falafel*, y practicó inglés con él.

Todos los ocupantes del asiento delantero se volvieron hacia ellos para intervenir en la conversación, incluso el conductor, quien, sin aminorar la velocidad del vehículo, subrayaba sus observaciones con tremendos bocinazos e insultos dirigidos a los peatones y a otros conductores.

El perfume de azahar, que fluctuaba pesadamente como una bruma sobre las bajas tierras costeras, quedó para siempre grabado en su memoria con el aroma característico de Israel.

Luego, ya en las colinas de Judea, David experimentó un sentimiento de nostalgia, en tanto avanzaban por la tortuosa carretera, a través de un pinar. En las pálidas y relucientes laderas, cuyas rocas brillaban al sol como osamentas, los plateados olivos se enroscaban entre sí, como graciosamente atormentados, en las terrazas, verdaderos monumentos representativos de la paciente labor del hombre a lo largo de seis milenios.

Todo le resultaba familiar y, al mismo tiempo, sutilmente distinto de las bienamadas colinas del cabo sureño que él consideraba su patria. Ante sus ojos aparecieron flores que nunca había visto: flores color carmesí, como un reguero de sangre, y flores amarillas como el sol, que bañaba dulcemente con una luz rara los declives.

De pronto sintió una angustia similar a un dolor físico, al divisar entre los árboles un par de alas color blanco y chocolate, y la empenachada cabeza de una abubilla africana, símbolo de su país.

A medida que se aproximaba a la mujer que lo había llevado a hacer este viaje y a algo aún incierto para él mismo, experimentaba una excitación vaga e imprecisa, aunque cada vez más intensa.

Por último, tuvo la sensación de que pertenecía a aquella tierra y sintió crecer en su interior una profunda simpatía hacia los jóvenes apiñados en el vehículo.

—Mire —exclamó la muchacha, tocando su brazo y señalando los despojos de guerra sembrados a los lados de la carretera: numerosos vehículos blindados carbonizados, conservados allí en memoria de quienes cayeron en el camino de Jerusalén—. Aquí se luchó.

David se volvió para examinar el rostro de la joven y advirtió en ella el vigor y el aplomo que tanto había admirado en Debra. «He aquí un pueblo que vive sumergido en el presente y que sólo piensa en el día de mañana, cuando el de hoy ha concluido», pensó.

—¿Seguirán luchando? —inquirió.

—Sí —respondió ella sin vacilar.

—¿Por qué?

—Porque uno debe luchar por las cosas nobles —dijo la muchacha e hizo un ademán que pareció abarcar toda la tierra circundante y sus pobladores—, y esta tierra es nuestra y es noble.

—Muy bien, muñeca —convino David, y ambos sonrieron, exhibiendo sus dientes.

Finalmente surgió ante ellos Jerusalén, con sus altos y severos edificios de apartamentos, de piedra amarillenta, semejantes a monumentos erigidos en las colinas y agrupados en torno de la maciza ciudadela amurallada, que era el corazón de la ciudad.

Los representantes de la TWA habían reservado para David un cuarto en el hotel Intercontinental, mientras aún volaba sobre el país.

Desde su ventana miró, por encima del huerto de Getsemaní, hacia la ciudad vieja, con sus torrecillas y sus agujas, y la deslumbrante y dorada Cúpula de la Roca, centro de la Cristiandad y del Judaísmo, lugar sagrado de los musulmanes y, durante dos mil años, campo de batalla y tierra antigua, mil veces renacida. David sintió un hondo sentimiento de respeto. Por primera vez identificó y analizó la porción judía de su ser y estimó que había hecho muy bien al visitar aquella ciudad.

—Tal vez encuentre aquí lo que deseo —pensó en voz alta.

Comenzaba a oscurecer cuando despidió y pagó al chofer en el estacionamiento de la universidad y se sometió al registro de rutina por parte del guardián de la entrada principal. Pronto se habituó a aquel reconocimiento intrascendente, que con el tiempo llegó a pasar inadvertido para él.

En el primer momento le extrañó no ver a nadie en el campus universitario. Pero de pronto recordó que era viernes y que el tiempo se tornaba lento la víspera del sábado.

Mientras se dirigía a la administración para preguntar por Debra, advirtió que en torno a la plaza principal y a la piscina ornamental, los ciclamos estaban totalmente florecidos. Cuando llegó a la oficina de información, el portero estaba a punto de irse.



—Señorita Mordecai... —el portero recorrió la lista—. Sí. En el apartamento británico. Segundo piso del edificio Lauterman —y señaló hacia fuera, más allá de las puertas de vidrio—. El tercer edificio, a su derecha. Entre directamente.

Debra estaba en ese momento en la cátedra. David se sentó en la terraza, en un banco entibiado por el sol. La espera le permitió pensar. De pronto, un frío temblor de incertidumbre recorrió su espalda. Por primera vez, desde su partida de Atenas, se preguntó si podía aguardar una cordial bienvenida por parte de Debra Mordecai. A pesar del tiempo transcurrido no lograba ver claro su actitud hacia ella. La autocrítica era un arte que David nunca había practicado seriamente. Con su rostro y su fortuna, apenas había tenido necesidad de recurrir al autoanálisis. A esta altura de sus reflexiones tuvo, por primera vez, la incómoda certeza de que, como dijo Debra, había procedido como un niño malcriado. Estaba sumido en tales pensamientos cuando un torrente de voces lo distrajo de sus reflexiones. Un grupo de estudiantes acababa de salir del salón de clase. La mayoría de las jóvenes le dirigieron miradas evaluativas al pasar.

Al cabo de un momento apareció Debra con varios volúmenes bajo el brazo. De sus hombros pendía un bolso. Su pelo, peinado hacia atrás, le daba un aspecto un tanto severo. Nada de colorete. No obstante, llevaba una falda de colores, con llamativos dibujos en espiral, color naranja. Sus pies desnudos calzaban sandalias de cuero.

Enfrascada en animada conversación con las dos estudiantes que la acompañaban, no vio a David hasta que éste se puso de pie, junto al parapeto. De pronto quedó inmóvil, como la primera vez que lo vio en el bar de Zaragoza.

David se sorprendió de su propia torpeza: sus manos y sus pies le parecieron de plomo. Sólo atinó a hacer una mueca, a encogerse de hombros y a hacer un ademán que implicaba desprecio de sí mismo.

—Hola, Debs.

Su voz sonó ásperamente en sus propios oídos.

Debra se estremeció y, poseída por el pánico, intentó impulsar hacia atrás los mechones de pelo que caían sobre sus sienes, pero sus libros malograron su intención.

—David... —murmuró y echó a andar hacia él. Pero un paso antes de David se detuvo y miró a sus alumnas. Al advertir su confusión, éstas se alejaron, y Debra se volvió de nuevo hacia David.

—David —repitió. Su rostro reflejaba una profunda desolación—. Dios mío, si tuviera un lápiz de labios a mano...

David se rió, aliviado, y se aproximó a ella con los brazos extendidos. Debra voló a su encuentro, pero entorpecida por sus libros y su bolso profirió algunas exclamaciones de disgusto, hasta que consiguió librarse de ellos. Por último se abrazaron.

—David, David... —cuchicheó Debra, con las manos fuertemente enlazadas tras el cuello del muchacho—. ¡Qué cruel eres! Dime, ¿por qué has tardado tanto en venir? Ya casi te había dado por perdido.

Debra conducía su moto con tal despreocupación que incluso aterrorizaba a los taxistas de Jerusalén —hombres famosos por sus nervios de acero y su desprecio del peligro—, cuando se atravesaban en su camino.

Sentado en el portaequipajes y cogido a su cintura, David la amonestaba amablemente cada vez que, apartándose de la compacta hilera de vehículos, giraba bruscamente, atravesándose en el trayecto de quienes circulaban en dirección contraria, mientras su tubo de escape producía alegres estampidas.

—Soy feliz —le dijo Debra por encima de su hombro.

—¡Magnífico! Pero tratemos de sobrevivir para gozar de nuestra dicha.

—Joe se asombrará al verte.

—Si llegamos a tu casa.

—¿Qué ha sido de tu audacia?

—La he perdido en este preciso instante.

Debra descendió por la sinuosa carretera, hacia el valle de Ein Karem, como si bajara en picada en un Mirage, mientras le describía a gritos las cosas más interesantes del camino.

—Éste es el Monasterio de la Fuente de María, donde la Virgen se encontró con la madre de Juan el Bautista, según la tradición cristiana, que tú conoces al dedillo.

—Deja en paz la historia —le rogó David—. En esa curva hay un autobús.

La aldea, rodeada de olivos, parecía vivir fuera del tiempo. Enclavada en una ladera, con sus templos, monasterios y jardines de altas vallas, constituía un pintoresco oasis. Detrás, en el horizonte, se erguían los edificios de apartamentos de la Jerusalén moderna.

Debra se desvió de la calle mayor hacia la entrada de una estrecha senda, flanqueada por altos muros de piedra desgastados por el tiempo, y frenó ante un portón de hierro.

—Ésta es mi casa —dijo, dirigiendo la moto hacia el pabellón central, donde la guardó antes de entrar por una puerta lateral disimulada en un extremo del muro.

Se hallaban ahora en un gran huerto enmarcado por altos y toscos muros, deslumbradoramente blancos. Abundaban allí los olivos de gruesos troncos retorcidos. Las vides, cargadas de verdes racimos, trepaban por los muros y colgaban sobre sus cabezas.

—El *brig* es un inteligente arqueólogo aficionado —dijo Debra, señalando las estatuas griegas y romanas emplazadas entre los olivos, las ánforas de barro alineadas a lo largo de las paredes y los antiguos mosaicos del sendero que comunicaban con la casa—. Aunque ello está terminantemente prohibido, dedica todo su tiempo libre a realizar excavaciones en yacimientos antiguos.

La cocina parecía una caverna. En su enorme hogar había una moderna cocina eléctrica que desentonaba con el resto de las cosas. Pero las vasijas de cobre relucían y las baldosas encendidas olían agradablemente.

La madre de Debra, una mujer alta y delgada, parecía, en realidad, su hermana mayor. La semejanza familiar era sorprendente. David pensó con agrado que así sería Debra cuando tuviera esa edad.

Al presentarlo, Debra anunció que David se quedaría a cenar, cosa que él había ignorado hasta ese momento.

—Por favor, no quiero molestarlas —protestó David al momento, porque sabía que la noche del viernes tenía una especial significación en las casas judías.

—De ninguna manera nos molestas. Por el contrario, nos sentimos muy honrados con tu presencia —dijo Debra, desoyendo su protesta—. Esta casa es como un hogar para la mayoría de los muchachos de la escuadrilla de Joe, y a nosotros nos gusta que vengan.

Luego la muchacha le sirvió cerveza *Goldstar*.

Se hallaban sentados en la terraza cuando llegó su padre, quien entró en la finca por el postigo del portón, encorvando su elevado cuerpo para evitar el dintel de piedra. Al llegar al jardín el recién llegado se quitó su gorro militar.

Su uniforme, de corte corriente y abierto en el cuello, ostentaba las insignias de su grado y un par de alas sobre el bolsillo del pecho. Sus hombros eran ligeramente redondeados, tal vez porque tenía que encoger a menudo su largo cuerpo en las estrechas

cabinas de los aviones de combate, y su cabeza, semejante a la de un monje moreno y calvo, estaba bordeada por una franja circular de pelo. A través de su bigote cerdoso e hirsuto destellaba un diente de oro. Su nariz era enorme y ganchuda como la de un guerrero bíblico, y sus ojos negros y relampagueantes despedían rayos dorados, como los de Debra. Tan imponente era aquel hombre que enseguida despertó un hondo respeto en David. Éste se puso en pie para estrechar la mano del general, a quien llamó señor, de manera muy natural.

El *brig* examinó a David rápida y atentamente, absteniéndose de mostrarse halagado o desdeñoso.

Posteriormente, David se enteró de que el sobrenombre *brig* era una abreviatura de *brigand* (bandido), nombre con que lo habían bautizado los ingleses antes de 1948, cuando introducía aviones y armas de contrabando en Palestina para la *Haganah*. Todo el mundo, incluso sus hijos, lo llamaban así, excepto su esposa, que le llamaba Joshua.

—David compartirá nuestra cena sabática —le explicó Debra.

—Sea usted bienvenido a esta casa —dijo el *brig*, quien se volvió para abrazar cariñosa y alegremente a las mujeres de la casa, a las que no veía desde el sábado anterior, porque su cargo lo obligaba a permanecer en diversas bases aéreas y a inspeccionar puestos muy distantes.

También Joe llegó con un uniforme de verano color caqui descuidadamente abierto a la altura del cuello. Al ver a David abandonó sus displicentes maneras y, precipitándose sobre él, lo estrechó entre sus brazos de oso, en tanto le decía por encima de su hombro a Debra:

—¿Qué te dije?

—Joe profetizó que vendrías —aclaró Debra.

—Al parecer yo era el único que no lo sabía —protestó David.

En torno de la mesa se sentaron quince personas. La luz de los candelabros destellaba en la lustrosa madera de la enorme mesa del refectorio y en las sabáticas copas de plata.

El *brig*, que lucía una *yamulka* de raso con bordados de oro, un tanto fuera de lugar en su cabeza calva, llenó de vino todas las copas, oró brevemente, e improvisó una bienvenida a cada uno de sus huéspedes. Hannah estaba sentada junto a Joe. Su pelo cobrizo brillaba agradablemente a la luz de las bujías. Al ver a David lo saludó muy sobriamente. Estaban presentes, además, dos hermanos del *brig*, con sus respectivas esposas y sus hijos y nietos. La conversación era ruidosa y confusa, porque los niños

rivalizaban con los mayores para hacerse escuchar, y se hablaba unas veces en hebreo y otras en inglés. La comida era exótica y muy condimentada, y el vino demasiado dulce para el gusto de David, quien, en silencio y feliz, junto a Debra, se regodeaba en la idea de que pertenecía a aquel dichoso grupo humano. Por eso se sobresaltó cuando una prima de Debra se inclinó sobre ésta para hablar con él.

—Debe de estar muy confundido al hallarse por primera vez en un país tan insólito como Israel, al no entender su idioma. Porque supongo que no es judío...

Aunque tales palabras no fueron dichas con mala intención, todas las conversaciones cesaron bruscamente. El *brig* levantó la vista y frunció el ceño instantáneamente, irritado por aquella falta de tacto hacia uno de sus huéspedes.

David sintió que la mirada fija de Debra trataba de inspirarle una respuesta. Súbitamente pensó en tres negaciones capaces de poner fin a cualquier disputa; una procedía del Nuevo Testamento, la otra de la doctrina de Mahoma y la tercera probablemente de Moisés. De ninguna manera deseaba verse excluido de aquella casa, ni del grupo que lo rodeaba en ese momento. Tampoco le agradaba su anterior soledad. Por otra parte, allí se sentía muy cómodo.

Sonriendo, hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Desde luego, siento el cambio, pero no tanto como podría suponerse. Comprendo el hebreo, aunque no lo hablo correctamente. De modo que soy judío, como ustedes.

Debra lanzó un suspiro de placer. Ella y Joe intercambiaron rápidas miradas de aprobación.

—¿Judío? —dijo el *brig* con voz imperiosa—. No parece...

David le explicó su progenie y cuando concluyó, el *brig* asintió con la cabeza y pareció más conforme.

—Además, es aviador —afirmó Debra con jactancia.

El bigote del *brig* se estremeció, como si tuviera vida propia. Tuvo que tapanlo con su servilleta, en tanto examinaba de nuevo a David ecrupulosamente.

—¿Cuántas horas de vuelo? —inquirió el *brig* bruscamente.

—Mil doscientas, señor. Cerca de mil en *jets*.

—¿*Jets*?

—Mirages.

—¡Mirages!

El diente de oro del *brig* destelló furtivamente.

—¿En qué escuadrilla?

—En el grupo Cobra.

—¿Bajo el mando de Rastus Naude? —preguntó el *brig*, clavando en él sus ojos.

—¿Conoce usted a Rastus Naude? —inquirió David, alarmado.

—Volé con él en los primeros Spitfires, desde bases checoslovacas, en el 48. Solíamos apodarlo Butch Ben York (Hijo de paganos). ¿Cómo está ahora? Ya entonces no era un novato...

—Sigue siendo tan hábil piloto como en sus mejores tiempos, señor —respondió David, con mucho tacto.

—Bueno, si Rastus fue su instructor, usted debe de ser medianamente bueno —admitió el *brig*.

En general, la fuerza aérea israelí no utilizaba pilotos extranjeros. Pero David era un judío que denotaba poseer las condiciones de un piloto de combate de primera línea.

El *brig* había captado la sensación de seguridad y el empuje que David transmitía, igualmente reconocidos y apreciados por otro consumado conocedor de hombres jóvenes: Paul Morgan.

A menos que hubiese interpretado erróneamente los signos exteriores de su personalidad —posibilidad remota—, aquél, pensó, era un raro espécimen humano. Al examinar nuevamente a su huésped, a la luz de las bujías, advirtió que su clara y penetrante mirada parecía buscar un lejano horizonte, o sea, que tenía ojos de ametralladorista... y todos sus pilotos eran ametralladoristas.

El adiestramiento de un piloto interceptor duraba muchos años y costaba casi un millón de dólares. Tiempo y dinero se hallaban muy ligados a la supervivencia, en aquel momento crítico de su país. Además, las normas podían adaptarse a las circunstancias.

El *brig* volvió a llenar cuidadosamente la copa de David.

«Hablaré por teléfono con Rastus Naude, para saber algo más acerca de este joven», decidió interiormente.

Debra observaba a su padre, mientras éste interrogaba a David sobre los motivos o la razón gratuita que le habían impulsado a viajar a Israel... y acerca de sus planes para el futuro.

La joven tenía una idea exacta de lo que estaba ocurriendo en el ánimo del *brig*, porque había previsto sus razonamientos. Las razones que la movieron a invitar a comer a David y a exponerle a la curiosidad del *brig* habían sido tortuosas y calculadas.

Al observar a David atentamente experimentó una cálida sensación en la boca del estómago y una especie de contacto eléctrico en la piel, sobre sus antebrazos.

«Esta vez no podrás escabullirte, potro fanfarrón —pensó complacida—. Ahora sabré retenerte. Además, cuento con la ayuda del *brig*.»

Levantó su copa y, por encima del borde, miró sonriente y triunfante a David.

«Lograrás lo que andas buscando, pero en buena ley y a la luz del día», lo amenazó en silencio. Acto seguido exclamó en voz alta:

—*Lechaim!* ¡Por la vida!

David repitió su brindis.

«Esta vez no podrás librarte de mí tan fácilmente —se comprometió David firmemente ante sí mismo, mientras observaba las innumerables y minúsculas chispas doradas que la luz de los candelabros arrancaban de los ojos de Debra—. Te haré mía, por más que tarde en lograrlo y a cualquier precio, mi querida beldad de cabellos negros como plumaje de cuervo.»

El teléfono, situado junto a su cama, despertó a David hacia la madrugada. La voz del *brig* sonó en su oído como la de un hombre alerta y recio, que ya había completado su labor diaria:

—Si no tiene para hoy ningún compromiso, pasará a buscarlo para mostrarle algo muy interesante.

—Por supuesto, señor.

David fue tomado por sorpresa.

—Dentro de cuarenta y cinco minutos estaré en su hotel. De manera que dispondrá de bastante tiempo para desayunar. Le ruego me espere en el *hall*.

El *brig* apareció en un pequeño e indescrutable automóvil particular, que condujo rápida y eficientemente. David se asombró de sus reflejos y coordinación, ya que debía de contar cincuenta y tantos años, edad considerada proveya y venerable.

Mientras avanzaban por la carretera principal hacia el oeste, en dirección a Tel Aviv, el *brig* rompió su largo silencio.

—Anoche hablé con su viejo jefe, quien se mostró sorprendido al enterarse de que usted se encuentra aquí. Luego me dijo que le propuso incorporarlo a su estado mayor antes de su partida.

—Quiso sobornarme —dijo David.

El *brig* asintió con la cabeza e inició una perorata.

David lo escuchaba tranquilamente y observaba complacido el paisaje en extremo cambiante, mientras descendía colina abajo. Después de virar hacia el sur, se encaminaron, a través de una quebrada planicie, hacia Beersheba y el desierto.

—Ahora nos dirigimos a una base de la fuerza aérea, y puedo

asegurarle que estoy violando toda suerte de reglamentos. Pero Rastus me aseguró que usted puede conducir un avión y quiero verificar si me ha dicho la verdad.

David le dirigió una rápida mirada.

—¿Volaremos? —inquirió el joven, profundamente excitado y satisfecho.

El *brig* movió afirmativamente la cabeza.

—Como estamos en guerra habrá de intervenir en operaciones bélicas, a pesar de lo que dice el reglamento. Pero pronto advertirá que aquí apenas respetamos las normas.

Acto seguido le explicó con mucha calma su particular punto de vista, respecto de Israel y de sus luchas y posibilidades de éxito. Varias frases sueltas quedaron flotando en la memoria de David:

«Estamos construyendo una nación y la sangre con que debemos regar sus cimientos hará que éstos sean más sólidos.»

«No deseamos que este país se convierta en un mero santuario para los judíos vencidos de todo el mundo, porque también necesitamos a los judíos fuertes y brillantes.»

«Somos tres millones de personas en lucha contra ciento cincuenta millones de enemigos, que han jurado aniquilarnos.»

«Si ellos pierden una batalla, perderán unas pocas millas de desierto. Si nosotros perdemos, dejaremos de existir.»

«Tendremos que vencerlos nuevamente, porque ellos no aceptan sus derrotas anteriores. Piensan que en 1948 les faltaron pertrechos, y como después de Suez las líneas divisorias fueron restauradas, no perdieron un palmo de terreno. En lo que se refiere al 67, estiman que fueron engañados. De modo que tendremos que vencerlos otra vez para que nos dejen en paz.»

El *brig* hablaba como si lo hiciera con un amigo o un aliado. David se sintió halagado por su confianza y acicateado por la posibilidad de volar de nuevo.

Una plantación de pinos crecía a lo largo de la carretera como una densa cortina. El *brig* aminoró la marcha de su vehículo y se dirigió hacia un portón abierto en la cerca de alambre de púa, donde había un letrero que rezaba: «Centro Experimental Agrícola Chaim Weissman».

Giró hacia un camino lateral y, a través de la plantación, avanzaron hacia otra alambrada y un puesto de guardia rodeado de árboles.

El centinela examinó brevemente los papeles del *brig*, al que conocía muy bien. A continuación reanudaron su marcha entre



los árboles y llegaron a un terreno donde crecían, en esmerados planteles, diversos cereales. David advirtió allí plantas de avena, cebada, trigo y maíz, muy lozanas, bajo el tibio sol primaveral.

Los caminos que separaban los plantíos, trazados como con escuadra, eran de cemento coloreado según el matiz del terreno circundante.

Aquellos lisos caminos de cuatro kilómetros de largo, que se acortaban en ángulos rectos un tanto artificialmente, le resultaron familiares a David.

Al percibir su interés el *brig* asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, son pistas de aterrizaje. Las disimulamos para no incidir en las tácticas del «67».

David reflexionó acerca de ello, mientras se dirigían velozmente hacia un silo de cereales construido con cemento que se elevaba a lo lejos.

En los campos cercanos, tractores color escarlata se hallaban en plena labor y los equipos de irrigación derramaban en el aire un agradable rocío, semejante a un vistoso despliegue de plumas de avestruz.

Al llegar al silo de cemento, el *brig* traspuso con su pequeño coche las anchas puertas de un edificio con aspecto de granero, que precedía al depósito de cereales.

David se sorprendió de la gran cantidad de autobuses y automóviles, perfectamente alineados a lo largo del granero, capaces de transportar muchos centenares de hombres. Sin embargo, el número de tractoristas apenas si alcanzaba a veinte.

También allí había centinelas, con uniformes de paracaidistas. Cuando el *brig* condujo al joven al silo circular, éste advirtió súbitamente que se trataba de un camuflaje, de una maciza y sólida estructura a prueba de bombas, que albergaba un modernísimo y completo equipo de radar y comunicaciones, propio de una gran base de operaciones.

Mientras descendían en un montacargas subterráneo, el *brig* le explicó brevemente que aquello era una combinación de torre de control y de cobertizo con capacidad para cuatro escuadrillas completas de Mirages de combate.

Luego llegaron a otro puesto de control, donde nuevamente fueron examinados los papeles del *brig*.

Un mayor de paracaidistas fue convocado y obligado a dejar pasar a David, a regañadientes, ante la insistencia del *brig*. A continuación éste y David se encaminaron, a través de un túnel al-

fombrado y provisto de aire acondicionado, hacia el vestuario de los pilotos, cuyos immaculados mosaicos, duchas, servicios y armarios hacían que pareciera el guardarropa de un club.

El *brig* había ordenado un equipo completo para David, calculando sus medidas acertadamente. El cabo asistente no tuvo dificultad alguna en proveerle de todo lo necesario: mono, botas, traje de vuelo, guantes y casco.

El *brig* se puso las ropas que guardaba en su armario particular y luego entraron en el salón de recreo, con sus cascos bajo el brazo y moviéndose rígidamente, a causa de los ceñidos uniformes.

Los pilotos en servicio levantaron sus ojos de los tableros de ajedrez y los periódicos y, al reconocer al general, se pusieron de pie y lo saludaron. Pero la atmósfera allí era distendida e informal.

El *brig* hizo una broma y todos se rieron y relajaron, mientras conducía a David al cuarto de órdenes.

Rápidamente, pero sin descuidar un solo detalle, bosquejó la misión de la patrulla que integrarían, y luego sometió a David a una especie de examen, respecto de las técnicas radiales, la identificación aérea y otros pormenores por el estilo.

—¿Está claro? —le preguntó a David y, al asentir éste con la cabeza, prosiguió—: No olvide que estamos en guerra. De modo que debemos golpear duramente todo lo que se oponga a nosotros. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

—Durante las últimas semanas la situación ha sido tranquila. Sin embargo, ayer tuvimos algunos problemas cerca de Ein Yahav, un pequeño encontronazo con una de nuestras patrullas de la frontera. De modo que la situación, en este momento, es un poco más tensa.

Después de echar mano de su casco y de un estuche de mapas, se volvió hacia David, e inclinándose sobre él, clavó en su rostro sus fogosos ojos castaños con reflejos dorados.

—Todo estará muy claro para usted dentro de poco, cuando nos elevemos a diez mil metros de altura. Desde allí abarcará nuestra tierra en su totalidad, desde Rosh Hanikra hasta Suez, y desde el Monte Hermón hasta Eilat. Entonces tendrá una idea de su pequeñez y de cuán vulnerable es frente a los enemigos que nos rodean. Usted dijo que deseaba hacer algo que valiera la pena, y ahora yo quiero que me diga si contribuir a la defensa de tres millones de personas no es una faena digna.

En un pequeño vehículo eléctrico para transporte de personal, descendieron por un largo pasillo subterráneo a un búnker aislado en la punta de una estrella de cemento, en cuyo centro se hallaba el silo. Allí se apearon ante una hilera de Mirages: seis brillantes aparatos de trompas aguzadas, semejantes a una jauría de animales atados, expectantes e impacientes. Un tanto extraños, camuflados como estaban, según el color castaño y verde desvaído del desierto, lucían en sus fuselajes la estrella azul de David.

El *brig* firmó por dos máquinas, haciendo una mueca al escribir «Butch Ben York», bajo el número de orden correspondiente a David.

—Un nombre tan bueno como el mejor para volar —gruñó—. Éste es el país de los seudónimos y los alias.

En cuanto estuvo en su asiento de mando, se sintió a gusto. Allí todo le era familiar. Sus manos se deslizaron amorosamente por los numerosos controles, instrumentos y agujas, en tanto efectuaba la revisión previa al vuelo.

En el limitado espacio del *bunker* los *jets* atronaron sus tímpanos. Su estruendo apenas era aligerado por los orificios existentes en la parte trasera de la estructura de acero.

El *brig*, con la cabeza protegida por un casco de vivos colores, miró y dio la señal de partida a David. Éste le respondió y se estiró en el asiento para cerrar el techo abovedado de la cabina. Delante de ellos las puertas de acero se arrollaban hacia arriba y las señales luminosas pasaron del rojo al verde.

Los aviones no tuvieron necesidad de correr hacia las pistas de despegue ni de ofrecer blanco alguno en tierra. Muy próximos entre sí ascendieron por la rampa, fuera del búnker, y surgieron a la luz del día. Ante ellos se extendía una de las tantas pistas largas color castaño. David empujó su acelerador hacia delante y encendió los quemadores. A través de su acolchado asiento percibió el desplazamiento del poderoso chorro de gas. Las dos máquinas corrieron entre plantíos de cereales verdes y luego se elevaron. Sus pilotos tuvieron la sensación de que se lanzaban sobre alguien. Los aguzados morros de los Mirages apuntaron hacia la inmaculada comba de zafiro del cielo.

Una vez más David experimentó la euforia que siempre sentía al volar en un avión a reacción.

Volaban a poco menos de diez mil metros de altura, evitando hacerlo a la misma altitud o de acuerdo con las pautas establecidas. David situó su aparato bajo la cola del avión del *brig* y dejó

de acelerar hasta que llegó a desplazarse a velocidad de crucero. Sus manos se recrearon en el ritual, ya familiar para él, del vuelo. Mientras su cabeza, cubierta con el casco, giraba incesantemente, en busca del enemigo, escudriñando el cielo a su alrededor, sus dedos maniobraban para neutralizar el punto ciego originado detrás de su propia cola.

El aire era de una pureza irreal. Su limpidez le permitía divisar las cadenas montañosas más distantes, cuyo perfil se destacaba nítidamente, apenas enturbiado por la azulina tonalidad del aire distante. Hacia el norte, el Mediterráneo brillaba al sol como un charco de plata líquida. El mar de Galilea se mostraba verde, frío y suave, y a lo lejos, en el Sur, el mar Muerto aparecía más oscuro y hermético que de costumbre, en su hundido y torturado lecho similar a un desierto.

Dirigiéndose hacia el norte sobrevolaron el Monte Cannelo y los blancos y moteados edificios de Haifa, en cuyas doradas playas el mar elaboraba ondulados festones color crema. Después viraron en la misma dirección y, disminuyendo de velocidad, se dejaron caer lentamente hasta la altura en que volaban las patruillas —veinte mil pies—, al pasar sobre el grande y redondo Hermón, en cuyas alturas y hondonadas persistían las huellas de la nieve como estrías en la coronilla de un anciano.

El verde suave y de ensueño del paisaje, como pintado al pastel, deleitaron a David, habituado a los sepías monocromos de África. En la cumbre de las colinas se amontonaban las casas aldeanas, cuyos muros blancos brillaban cual diadema sobre las laderas y las áreas más oscuras de las tierras cultivadas.

Girando nuevamente hacia el sur se lanzaron velozmente sobre el valle del Jordán y el mar de Galilea, cuyas tranquilas aguas verdes estaban rodeadas de bosques de datileras y los bien cuidados campos del Kibbutzim. A medida que las tierras se tornaban menos agradables y las colinas parecían romperse y torturarse, al ser desgarradas por los *uadis*, como si fuesen las garras de una terrible ave de rapiña, fueron perdiendo altura.

A la izquierda se alzaban las hostiles e implacables montañas de Edom, y debajo, Jericó, como un verde oasis en pleno desierto. Más adelante brillaban débilmente las aguas del mar Muerto. El *brig* siguió descendiendo y las máquinas rugieron tan próximas a las aguas saturadas de sal, que los gases de sus *jets* las rizaron a sus espaldas.

La voz del *brig* resonó, burlona, en los auriculares de David, cuando dijo:

—Nunca más volará usted a menor altura que ésta, es decir, a trescientos metros sobre el nivel del mar.

Mientras volaban sobre las minas situadas en el extremo meridional del mar y se enfrentaban a los áridos desiertos montañosos del sur, comenzaron a cobrar altura nuevamente.

—Hola, Cacto número 1, aquí Flor del Desierto.

Otra vez la radio había roto su silencio, pero ahora David identificó la llamada directamente emitida desde el comando de operaciones de la fuerza aérea, situado en un búnker secreto y subterráneo que él jamás podría localizar. En el comando conocían perfectamente la posición de ambos, retransmitida por las repetidoras de radar.

—Hola, Flor del Desierto —estalló la voz del *brig* e inmediatamente se entabló un diálogo tan informal como la charla de dos viejos amigos.

En verdad ambos lo eran.

—*Brig*, habla Monti. Acabamos de recibir una petición de apoyo desde tu área —y le dio rápidamente las coordenadas—. Una de las patrullas motorizadas de nuestra policía fronteriza está siendo atacada a traición, desde baja altura, por un avión no identificado. ¿Te harás cargo de ello?

—*Beseder*, Monti, de acuerdo —y el *brig* operó el dispositivo que le permitiría volar en las condiciones requeridas, en tanto le decía a David—: Cacto número 2, vamos a interceptar un avión. Adecue su máquina al caso.

Los dos aparatos giraron a un tiempo hacia un nuevo destino.

—No tiene objeto utilizar el radar de proa —gruñó el *brig* en voz alta—. El ruido del atacante se confundiría con la barahúnda de abajo. No podremos localizar fácilmente a ese cerdo en aquellas montañas. Debe usted mantener los ojos bien abiertos.

—*Beseder*.

David ya había aprendido aquella palabra predilecta de los hebreos, en un país donde muy pocas cosas merecían el calificativo de *O.K.*

El joven fue quien primero vio la delgada y negra columna de humo negro que lentamente comenzaba a elevarse, como una línea trazada con lápiz, en el tranquilo y deslumbrante horizonte color azul cobalto.

—Humo en la tierra —dijo David a través del micrófono de su casco—. A las once, abajo.

El *brig* miró de soslayo hacia delante, en silencio, tratando de dar con el humo y, de pronto, lo advirtió en el límite extremo de

su campo visual. Entonces gruñó para sí que Rastus había acertado, por lo menos, en una cosa: David tenía ojos de halcón.

—Acelere. Vamos a atacar —dijo.

David presionó y encendió los quemadores. El acolchado de su asiento golpeó en su espalda, a causa del repentino empuje del avión, y David sintió la drástica alteración producida en el Mirage, cuando éste traspasó la barrera del sonido.

Cerca de la base de la columna de humo algo relampagueó brevemente contra la tierra parda. David entornó los ojos y percibió una forma pequeña, que se desplazaba tan rápidamente como un rayo de sol. Su camuflaje hacía que se confundiera con el telón de fondo del desierto, convirtiéndola en algo tan impalpable como una sombra.

—Avión enemigo girando a la izquierda del humo —señaló.

—Ya lo tengo —dijo el *brig*, y llamó al comando.

—Hola, Flor del Desierto. Estoy sobre él. Por favor, la orden. La decisión, en tal sentido, debía provenir del comando.

La respuesta fue lacónica y precisa:

—*Brig*: aquí Motti. ¡Ataque!

Mientras hablaban, descendían tan velozmente que los detalles del pequeño drama que se desarrollaba en tierra se hicieron comprensibles para ellos.

Tres vehículos patrulleros de la policía fronteriza estaban detenidos en un camino polvoriento. Camuflados hasta casi confundirse con el suelo, parecían tres minúsculos juguetes infantiles perdidos en la inmensidad del desierto.

Uno de los vehículos estaba ardiendo. El humo, como de grasa negra, que les había servido de punto de referencia, se elevaba en línea recta en el aire. Un cuerpo humano yacía espectacularmente en la carretera, arrojado allí como con descuido. La imagen provocó en David un sentimiento de cólera y resentimiento tan profundo como el que había experimentado en la corrida de toros de Madrid.

Los restantes vehículos habían sido abandonados en lugares distantes del camino. David vio a sus ocupantes agachados entre piedras y árboles achaparrados. Algunos hacían fuego con sus pequeñas armas al enemigo que, trazando círculos sobre ellos, se aprestaba a atacarles en picada.

David no había visto nunca aquel tipo de avión. Sin embargo, lo identificó enseguida, porque lo conocía a través de los diagramas técnicos que había estudiado muy a menudo. Se trataba de un Míg 17 ruso, perteneciente a la fuerza aérea siria. Su alto

estabilizador de cola era inconfundible, así como su camuflaje que imitaba la parda tonalidad del desierto, aligerada por los círculos rojos, blancos y negros, con estrellas verdes en el centro, diseminadas en el fuselaje y en las breves alas.

El Mig completó su círculo, descendió velozmente y, por último, se enderezó, para ametrallar a los vehículos estacionados. Ignorando la terrible represalia que le aguardaba, el piloto del Mig se concentró exclusivamente en los hombres indefensos agazapados entre las rocas.

El *brig* se aprestó para el ataque, girando ligeramente, se desplazó sobre la cola del avión sirio, al que acometió a la manera clásica, o sea, desde atrás y más arriba. David se mantuvo en la retaguardia, para cubrirlo y apoyarlo, en caso que fracasara el primer ataque.

El avión sirio volvió a hacer fuego. Sus proyectiles relampaguearon como luces fantasmales sobre hombres y camiones. De pronto, otro camión estalló, como tocado por las llamas, y el humo surgió como de la boca de un dragón.

—¡Maldito! —murmuró David, en tanto apuntaba a espaldas del *brig*, con los ojos fijos en los estragos causados por el enemigo de su pueblo.

Por primera vez se sintió hermanado con las víctimas y experimentó la fría cólera del pastor cuyo rebaño es atacado.

De pronto resonó en su espíritu el verso de Byron: «Cual un lobo a un rebaño atacaron los asirios», y sus manos, por sí mismas, comenzaron a deslizarse sobre los selectores de proyectiles y desplazaron hacia fuera el disparador situado en la moldeada perilla de la palanca de gobierno. Un suave resplandor verde iluminó la mira de su arma, cuando miró a través de ella.

El *brig* apremiaba, cada vez desde más cerca, al Mig, aparentemente desmañado y lento, sobre el que se situó rápidamente. En el preciso instante en que David presintió el disparo, se alteró la posición de las alas del avión sirio. En el momento fatal, advirtiendo el peligro que se cernía sobre él, hizo lo mejor que podía hacer en tales circunstancias: aminoró su velocidad y, a medida que ésta decrecía rápidamente, inclinó una de sus alas hacia la tierra, que se hallaba a 25 metros por debajo.

El *brig*, que ya había efectuado la descarga, malogró el tiro, al descender el piloto enemigo como un boxeador que se agacha para eludir un poderoso golpe. David siguió con los ojos la ardiente trayectoria del proyectil, que hendió el aire encima del aparato color arena. A partir de entonces el *brig* erró todos los

disparos. Ascendiendo en espiral y girando sobre sí mismo trazaba enormes y fulgurantes círculos, furioso consigo mismo, por su fracaso.

Por su parte, David, al advertir la maniobra del Mig, reaccionó instantáneamente con un movimiento reflejo: amortiguó la marcha de su máquina y aplicó los frenos de aire para contener al Mirage.

El Mig trazó una curva cerrada hacia la izquierda. Una de sus alas pareció clavarse en la tierra yerma. David soltó los frenos de aire para elevarse, a fin de realizar la siguiente maniobra. Luego inclinó las alas y se lanzó en persecución del avión sirio que, desesperado, huía siguiendo una línea sinuosa, en tanto el Mirage permanecía suspendido sobre él y como a punto de pararse.

El aparato sirio, más lento y con mayor capacidad de maniobra, giró en el interior del círculo descrito por él. David no podía apuntar con precisión a través de sus miras. Aunque no apartaba su índice derecho del disparador, la oscura silueta del Mig no aparecía nunca en el centro del círculo luminoso de su mira, porque el dispositivo de puntería se elevaba y descendía según la ley de gravedad.

Ante los dos aparatos que volaban en círculo, se erguía una empinada y altísima hilera de acantilados, hendidos por profundos desfiladeros y hondonadas.

El Mig no intentaba superarlos. Por el contrario, escogiendo un estrecho paso entre las colinas, se internó en él como un hurón en fuga, desesperado por librarse de la encarnizada persecución.

El Mirage no se adecuaba a ese tipo de vuelo. David sintió el urgente deseo de encender sus quemadores y de alejarse por encima de las salientes rocosas, pero ello hubiera permitido huir al Mig... y él estaba aún furioso contra el aparato sirio.

En pos de éste se internó en el paso rocoso. Los muros de piedra amenazaban destrozar sus alas en cualquier momento. La hondonada giraba bruscamente hacia la derecha. David inclinó su ala y siguió su marcha. La roca pareció volverse sobre sí misma. David hizo virar lo más posible, de derecha a izquierda, el aguzado morro de su aparato. En el dispositivo indicador del mínimo de velocidad tolerable parpadearon dos luces: una color ámbar y otra roja, en tanto él exigía más de lo razonable de las delicadas condiciones de vuelo del Mirage.

Delante, el Mig seguía su marcha por el túnel rocoso. De pronto el piloto miró hacia atrás por encima de su hombro, y al



comprobar que el Mirage se elevaba lentamente sobre él, volvió hacia sus controles y obligó a su máquina a descender aún más, hasta que sus alas rozaron los muros de piedra.

El viento, muy caliente, se arremolinaba en las colinas. El Mirage daba brincos y se resistía, como queriendo liberarse y cobrar altura, mientras más allá el Mig lo desafiaba, desplazándose fuera del centro de la mira de David.

El valle volvió a curvarse y estrecharse, antes de empinarse y concluir abruptamente frente a una sólida y suave muralla de piedra color púrpura oscuro.

El avión sirio, acorralado, empezó a elevarse casi verticalmente, constreñido por las rocas que le cerraban el paso a los costados y por delante.

David impulsó el acelerador hacia la puerta y encendió los quemadores. Su poderosa máquina rugió, lanzándolo bruscamente hacia delante y se situó con precisión bajo la cola del Mig.

Empezó a transcurrir la interminable fracción de segundo previa al combate. El avión sirio flotaba perezosamente en la mira circular, donde se expandió, hasta cubrirla totalmente, cuando el morro del Mirage pareció rozar el estabilizador de cola del avión enemigo. David sintió como una bofetada la corriente retrógrada de aire producida por el Mig. Entonces oprimió el disparador. El Mirage se bamboleó al lanzar su carga mortal en dirección a la otra máquina. A continuación se produjo un gran estruendo, al confundirse el ruido del cañón con el estampido de las bombas incendiarias.

El avión sirio se desintegró, evaporándose en un chorro de humo plateado, hendido por un brillante relámpago blanco. El cuerpo del piloto fue despedido claramente contra el fuselaje. Durante un momento su perfil cruciforme se recortó en la pantalla de David: brazos y piernas extendidos, el casco todavía en la cabeza y las ropas hinchadas por la corriente de aire. Pero enseguida rozó, al pasar, el acampanado techo de la cabina del Mirage, en tanto éste se alejaba velozmente del valle y cobraba altura en cielo abierto.

Los soldados, moviéndose entre los vehículos, atendían a los heridos y cubrían a los muertos. Pero levantaron sus cabezas hacia David, cuando éste pasó volando a baja altura a lo largo de la carretera. Tan cerca pasó de ellos que percibió sus rostros nítidamente. Vio caras quemadas por el sol, barbas y bigotes, rostros jóvenes que abrían sus bocas para saludarlo y manos que se agitaban.

«Mi pueblo», pensó. Todavía saturado por la adrenalina vertida en su sangre, se sentía eufórico. Mientras sonreía, mostrando los dientes como un lobo a los hombres que se hallaban en tierra, levantó su mano enguantada para saludarlos, antes de elevarse hacia el lugar en que el *brig* le esperaba, volando en círculos.

La luz artificial del búnker les pareció muy difusa después de su permanencia bajo los brillantes rayos del sol. Un ingeniero ayudó a David a descender de la cabina, mientras sus camaradas trepaban al Mirage para reabastecerlo de combustible y proyectiles. En aquella minúscula y eficiente fuerza aérea, un avión era aprestado para la guerra en mucho menos tiempo que en cualquier otra parte. De modo que, en caso necesario, una máquina podía retornar al campo de batalla mucho antes que las del adversario en idénticas circunstancias.

Tras salir con dificultad del fondo de su cabina, David cruzó hacia donde estaba el *brig* conversando con el verificador de operaciones aéreas.

En ese momento el *brig*, con su vistoso casco bajo el brazo, se quitaba los guantes. En cuanto vio a David, su invernal sonrisa dejó al descubierto el resplandeciente diente de oro incrustado en su mullido alvéolo.

Mientras daba un golpecito en el brazo de David, dijo el teniente general Joshua Mordecai:

—¡Ken! ¡Sí! Serás un buen piloto.

David llegó tarde a la cita con Debra para salir a cenar fuera, pero la muchacha ya se había enterado del motivo del retraso por su padre.

Para cenar escogieron el restaurante Select, situado detrás de la Torre de David, en el lado interior de la Puerta de Jaffa de la ciudad antigua.

El modesto local, con las paredes decoradas con cordones, de ninguna manera predispuso a David para la excelente comida que su propietario árabe les sirvió sin dilación: pollo «mousakha», con avellanas y especias, sobre un lecho de «kouskous».

Comieron casi en silencio. Debra captó rápidamente el estado de ánimo de David, todavía poseído por la *tristesse* posbélica y excitado por la adrenalina. Sin embargo, lentamente la buena comida y el fuerte vino Carmelo, le hicieron abandonarse de tal modo que, después de beber unas tazas de café turco, negro e impregnado de semillas de cardamomo, Debra se atrevió a preguntarle:

—¿Qué ha pasado hoy, David?

Él sorbió su café, antes de responderle:

—He matado a un hombre.

Debra dejó su taza sobre la mesa y escudriñó su rostro solemnemente.

David la puso al tanto de todos los detalles relativos a la persecución y muerte de su víctima, y concluyó diciendo débilmente:

—Ahora estoy triste —y se encogió de hombros—, y lamento haber hecho lo que hice.

—Mi padre, que siempre ha sido soldado, afirma que sólo quienes han luchado realmente odian profundamente la guerra.

David asintió con la cabeza.

—Sí. Yo también sé ahora lo que eso significa. Me encanta volar, pero no quiero destruir.

Nuevamente guardaron silencio, cada uno ensimismado en su visión particular de la guerra y esforzándose por traducirla en palabras.

—Y, sin embargo, la guerra es necesaria —dijo Debra, rompiendo el silencio—. No tenemos más remedio que luchar.

—Así es... Tenemos que luchar, acorralados por el mar a nuestra espalda y los árabes enfrente.

—Hablas como un israelí —lo desafió Debra suavemente.

—Hoy he tomado una decisión. Mejor dicho, tu padre me ha obligado a adoptarla. Además, me ha concedido tres semanas para que practique la lengua hebrea y cumpla todos los requisitos exigidos por Inmigración.

—¿Y luego? —inquirió Debra inclinándose hacia él.

—Un nombramiento en la fuerza aérea. Insistí en que debía tener la misma jerarquía que habría ya alcanzado en mi país. Él regateó como un mercader, pero desde el principio comprendió que tendría que ceder, y cedió. Actuaré como mayor, grado en que seré confirmado al cabo de doce meses.

—¡Magnífico, Davey! Serás uno de los mayores más jóvenes en activo.

—Sí —convino David—. Después de pagar los impuestos, dispondré de un salario ligeramente inferior al de un conductor de autobús de mi país.

—No te aflijas —le dijo Debra, sonriendo por primera vez—. Yo te ayudaré en el aprendizaje del hebreo.

—Justamente quería hablar contigo de eso —respondió David, sonriendo a su vez—. Vamos. Salgamos de aquí. Esta noche estoy muy nervioso, y deseo caminar.

Acto seguido echaron a andar por el barrio cristiano. Los puestos de venta, todavía abiertos, estaban atiborrados de ropas exóticas, de objetos de cuero y joyas que olían a especias, comestibles, desagües y rancios olores humanos, casi sólidos, en los estrechos senderos coronados de arcos que se encontraban en lo alto.

Debra lo arrastró hacia el interior de una de las tiendas de antigüedades de la Vía Dolorosa, cuyo propietario se aproximó a ellos casi retorciéndose de placer.

—¡Ah, señorita Mordecai! ¿Cómo está su querido padre? —y el hombre se precipitó en la trastienda para preparar más café para ambos.

—Figura entre los medianamente honestos y teme terriblemente al *brig*.

Debra eligió una antigua y sólida Estrella de David, de oro, con una delgada cadena, también de oro, para colgarla del cuello. Pese a que nunca había lucido joya alguna, David inclinó la cabeza para que ella la colocara en torno a su garganta. La áurea estrella resaltó entonces contra el áspero y oscuro vello de su pecho.

—He aquí la única condecoración que te otorgaremos. Nosotros no concedemos medallas —dijo Debra, sonriendo—. De todas maneras, bienvenido seas a Israel.

—Es hermoso —respondió David, conmovido y turbado por el obsequio—. Muchas gracias —y después de abrochar su camisa sobre el regalo, se aproximó torpemente a ella para besarla. Pero Debra se apartó de él y le previno:

—Aquí, no. El dueño es musulmán y se sentirá agraviado.

—Está bien —dijo David—. Salgamos pues en busca de algún sitio donde podamos hacerlo sin herir los sentimientos de nadie.

Después de trasponer la Puerta del León, en la gran muralla, se sentaron en un banco de piedra rodeado de olivos, en un tranquilo rincón del cementerio musulmán. La luna, plateada y misteriosa, mostraba la mitad de su faz, y la noche, cálida y expectante, parecía tan excitada como una flamante novia.

—No debes permanecer más tiempo en el Intercontinental —dijo Debra, y ambos miraron hacia su arqueada e iluminada silueta, que se erguía en el otro extremo del valle.

—¿Por qué?

—Bueno, en primer lugar porque es muy caro. Tu salario no te alcanzará.

—Supongo que no pensarás que viviré de mi salario —protestó David.

Pero Debra pasó por alto sus palabras y prosiguió:

—Y en segundo lugar, por un motivo aún más importante: como ya no eres turista, no podrás seguir viviendo como tal. Podríamos conseguirte un departamento.

—¿Quién hará las faenas domésticas? ¿Quién lavará y cocinará? —protestó David con vehemencia—. Yo no sé hacer nada de eso.

—Lo haré yo —dijo Debra.

David permaneció inmóvil durante un momento. Luego se volvió lentamente en el banco para mirarla.

—¿Qué has dicho?

—Que lo haré yo —repitió ella firmemente. Pero enseguida su voz tembló—. Si no te opones.

Él guardó silencio durante un largo rato.

—Escucha, Debra. ¿Quieres decir que viviremos juntos, es decir, que haremos completa vida hogareña, con todas sus consecuencias?

—Exactamente.

—Pero...

David no supo ya qué decir. La idea, enteramente nueva para él, le pareció fascinante y llena de prometedoras posibilidades. Sus previas experiencias con el sexo opuesto habían sido más profundas que profundas. Ahora se hallaba en la frontera de un territorio inexplorado.

—Y bien, ¿cuál es tu respuesta? —inquirió Debra, por fin.

—¿Quieres casarte conmigo? —la voz de él se quebró de tal modo que tuvo que carraspear para aclararla.

—Mi querido David, no creo que seas la mejor mercancía que se exhibe en el mercado matrimonial. Eres tan bello como la mañana y es muy divertido pasar un rato contigo, pero también eres un ser egoísta, inmaduro y estropeado estúpidamente por los mimos.

—Muchas gracias, de todo corazón.

—Vamos... No tiene objeto que midas mis palabras, ahora que estoy a punto de arrojar por la borda todos los prejuicios y dispuesta a convertirme en tu amante.

—¡Guau! —exclamó David, en tanto su voz se descongelaba rápidamente—. Me lo has dicho tan directamente, que casi me quedo sin aliento.

—Yo también —le confesó Debra—. Pero te impongo una

condición: aguardaremos hasta que contemos con un lugar apropiado. Debes saber que no nado en la abundancia y que no tengo un alto cargo público.

—No lo olvidaré —convino David—. ¿Ello significa que no quieres casarte conmigo?

Su terror al matrimonio comenzó a esfumarse a raíz de aquella baja valoración de sus aptitudes matrimoniales.

—Tampoco he dicho tal cosa —objetó Debra—. Simplemente resolveremos la cuestión cuando ambos estemos preparados para ello.

—De acuerdo, muñeca —dijo David. Una mueca casi idiota de felicidad se difundió por su semblante.

—Y ahora, mayor Morgan, puede usted besarme —dijo ella—. Pero recuerde y ayúdeme a recordar dichas condiciones.

Mucho después, al separarse, por fin, ligeramente para respirar, una idea inesperada hizo fruncir el ceño a David.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Qué dirá el *brig*!

—Él no vivirá con nosotros —respondió Debra, y se echaron a reír, excitados por sus maliciosos pensamientos.

—En serio, ¿qué les dirás a tus padres?

—Les mentiré muy graciosamente y ellos fíngirán que me creen. Yo me encargaré del asunto.

—*Beseder* —convino él prestamente.

—Estás aprendiendo —dijo ella batiendo sus palmas—. Ahora besémonos de nuevo, pero en hebreo, por favor.

—Te amo —dijo él en hebreo.

—Magnífico, muchacho —murmuró Debra—. Serás un brillante alumno.

Una última duda que quedó flotando en sus espíritus fue disipada por Debra cuando llegaron al portón de hierro del jardín de la casa de la joven.

—¿Sabes qué significa el Bris, la alianza?

—Por supuesto —respondió David haciendo una mueca y una especie de tijera con el primero y segundo dedo de la mano.

A la incierta luz de la noche pareció que ella se ruborizaba. Su voz fue apenas audible cuando dijo:

—Y bien... ¿Qué ocurre contigo?

—Ése es un asunto muy personal, que las chicas deben averiguar por sí mismas —respondió David en un tono severo, y agregó con voz lasciva—: Un asunto difícil.

—Todo conocimiento es valioso —dijo ella en voz baja—. Te aseguro que sabré dar con la respuesta.

Poco después, David advirtió que la adquisición de un simple departamento resultaba tan problemática como la búsqueda del Santo Grial. Aunque se construían multitud de edificios de gran altura con vertiginosa celeridad, la demanda superaba enormemente a la oferta.

El padre de una de las alumnas de Debra, que trabajaba en una empresa inmobiliaria, tomó a pecho su problema. Pero la lista de aspirantes a propietarios de departamentos era muy extensa. Sin embargo, al quedar desocupada una unidad en uno de los edificios más antiguos, el pobre hombre puso en juego toda su influencia para lograrlo.

De pronto, en el momento más inesperado, Debra enviaba un aviso urgente a David, el cual iba a buscarla en taxi a la universidad y de inmediato cruzaban ambos la ciudad como una exhalación para verificar la oferta más reciente.

La última de ellas le hizo recordar a David cierta escena de la película *Lawrence de Arabia*: una alicaída palmera, en primer plano, un espectacular despliegue de vistosas ropas colgadas en ventanas y balcones, los sonidos y olores característicos de un mercado árabe de camellos y el campo de juegos de una escuela de párvulos, durante un recreo, elevándose desde el patio.

El departamento constaba de dos habitaciones y de un supuesto cuarto de baño. Las rosas y guirnaldas del empapelado habían casi desaparecido, salvo en los lugares en que las cortinas habían preservado su chillona coloración primitiva.

David empujó la puerta del cuarto de baño y, desde afuera, inspeccionó el raído linóleo del suelo, y la manchada y estropeada bañera. Luego abrió del todo la puerta y descubrió el inodoro, que languidecía en la penumbra, en tanto su asiento, torcido hacia un costado, semejaba la aureola de un ángel borracho.

—Tu y Joe podrían trabajar aquí —sugirió Debra con aire ambiguo—. En realidad no está mal.

David se estremeció y cerró la puerta como si se tratara de la tapa de un féretro.

—Sin duda, bromeas... —dijo.

La sonrisa viva y resuelta de Debra pareció apagarse y los labios de ésta temblaron.

—¡Oh, David, nunca encontraremos un lugar adecuado!

—Y yo no puedo esperar un minuto más.

—Tampoco yo —admitió Debra.

—Muy bien —dijo David y se frotó las manos fuertemente—. Ya es hora de apelar al equipo de primera.

Aunque ignoraba en qué forma actuaría el grupo Morgan en Jerusalén, halló la nómina de sus componentes en la guía de empresas, bajo el nombre «Morgan Industrial y Financiera». Su director administrativo era un alto caballero de aspecto fúnebre llamado Aaron Cohen, el cual disponía de una serie de oficinas, en el edificio del Leumi Bank, situado frente al Correo central. El hombre se mostró muy contrariado al saber que uno de los Morgan llevaba diez días en Jerusalén sin que él se hubiese enterado de ello hasta entonces.

David le puso al tanto de lo que deseaba, y veinticuatro horas después firmó y pagó por ello. Paul Morgan escogía a sus ejecutivos con cuidado. Cohen era un ejemplo de ello. El precio que David debería pagar por aquel servicio era que al día siguiente Paul Morgan hallaría sobre el escritorio de su despacho un informe completo de la transacción, así como una referencia de su paradero y una relación detallada de sus futuros planes. Pero el asunto era digno de semejante precio.

Sobre el desfiladero Hannon, frente al monte Sión, con una impresionante serie de capiteles, cierta empresa estaba reedificando el barrio de Montefiore como unidad independiente.

Las casas, construidas según tradicionales e inmemoriales normas arquitectónicas, estaban revestidas con la hermosa piedra dorada de Jerusalén. No obstante, en los modernizados interiores había altas y frescas habitaciones, cuartos de baño recubiertos de azulejos, y techos abovedados a la manera de los templos medievales. Casi todas contaban con terrazas propias, amuralladas. La casa que Aaron Cohen adquirió, a precio astronómico, para David, era la mejor de las situadas frente a la calle Malik.

La primera pregunta de Debra cuando recobró el aliento, se refirió precisamente al precio. De pie, bajo el único olivo de la terraza, la joven contempló anonadada la piedra, pulida de tal modo que parecía marfil antiguo. Después deslizó los dedos suavemente por la tallada puerta principal. Con expresión distante y conmovida, exclamó:

—¡David! ¡David! ¿Cuánto costará esto?

—¿Qué importa el precio? Sólo me interesa saber si te gusta.

—Es maravillosa. Pero no podremos comprarla, David.

—Ya la he pagado.

—¿La has pagado? —Debra le miró fijamente. —¿Cuánto te ha costado, David?

—Medio millón, un millón de libras israelíes... Lo mismo da. Sólo se trata de una cuestión monetaria.



Debra se golpeó los oídos con las manos.

—¡No! ¡No puede ser! Si viviera aquí me sentiría culpable.

—¡Oh! ¿De veras? En realidad ya me has dado tu conformidad.

—Eso está por verse, querido. Intenta convencerme —dijo ella enfáticamente.

Se hallaban en el aposento principal que daba a la terraza. Aunque aireado y luminoso, pese a la proximidad del tórrido verano de aquel país, olía a pintura fresca y a maderas barnizadas.

—¿Qué muebles pondremos? —inquirió David.

—¿Muebles? —repitió Debra—. Nunca pensé en ello.

—Supongo que necesitaremos por lo menos una cama doble.

—Maníaco sexual... —dijo ella, y lo besó.

Ningún mueble moderno armonizaba con el techo abovedado, ni con los suelos de piedra. De modo que comenzaron a visitar bazares y tiendas de antigüedades.

Debra resolvió el problema principal al descubrir, en un depósito de chatarra, una enorme cama de bronce, que tuvieron que raspar, para despojarla de la suciedad en ella acumulada. Luego la pulieron y compraron un colchón de muelles que cubrieron con una colcha de encaje color crema, procedente de la cómoda de Debra.

Posteriormente compraron *kelim* y alfombras de lana, a granel, a varios traficantes árabes de la ciudad antigua y cubrieron con ellas los suelos de piedra, que sembraron de cojines de cuero, a manera de asientos, y una mesa baja de madera de olivo con incrustaciones de ébano y nácar. El resto del mobiliario pensaban adquirirlo a medida que descubrieran otras piezas. De no ser ello posible, lo encargarían a un ebanista árabe que Debra conocía, el cual lo construiría de acuerdo con sus deseos. Como la cama y la mesa eran muy pesadas, apelaron a la fuerza muscular de Joe para el transporte de ambas piezas. Joe y Hannah llegaron en su diminuto coche japonés y después de recobrase del impacto que les produjo el palacio Morgan, se pusieron a trabajar con gran entusiasmo bajo la supervisión de David. Mientras Joe gruñía y jadeaba, Hannah desapareció en pos de Debra en la moderna cocina americana, donde admiró ruidosamente y con envidia el lavarropas, el secador, el lavaplatos y los demás artefactos de la casa. Por último, Hannah ayudó a Debra a preparar la primera comida.

David apareció con una lata de cerveza Goldstar y terminada su labor se reunieron los cuatro en torno a la mesa de madera de olivo para inaugurar la casa.

David esperaba que Joe se mostrara un tanto reservado porque, después de todo, era su hermana quien iba a vivir en aquella casa de ensueño. Sin embargo, Joe actuó con naturalidad y disfrutó de tal manera de la cerveza y la compañía de los demás que, por último, Hannah hubo de intervenir.

—Ya es tarde —dijo con voz firme.

—¿Tarde? —le preguntó Joe—. Apenas son las nueve.

—En una noche como ésta es ya muy tarde.

—¿Qué quieres decir? —dijo Joe, mirándola extrañado.

—Joseph Mordecai, eres un diplomático extraordinario —dijo Hannah sarcásticamente.

La expresión de Joe cambió súbitamente cuando miró con aire culpable a Debra y David. Después de beber de un trago su cerveza, tomó de un brazo a Hannah, obligándola a ponerse de pie.

—Vamos —dijo—. ¿Qué estás esperando?

David dejó encendidas las luces de la terraza, que brillaban a través de las rendijas de las celosías de las ventanas. De esa manera el cuarto permanecía suavemente iluminado y los ruidos externos, amortiguados por la distancia y los muros de piedra, se convirtieron en un mero susurro lejano que acentuaba, en lugar de atenuar, su aislamiento.

La cama de bronce brillaba levemente en la penumbra, y la colcha de encaje color marfil olía a espliego y naftalina.

David, tendido en el lecho, observaba a Debra, que mientras se desvestía lentamente, sentía sobre sí las miradas de él y se mostraba más tímida que nunca.

Su cuerpo era delgado y fluía de la cadera a las piernas, joven y tierno, con torpe gracia infantil. Sin embargo, tenía busto y cintura de mujer.

Cuando se sentó en el borde de la cama, David admiró una vez más su plástica y lustrosa piel, el sutil matiz oscuro de las partes expuestas al sol, que había transformado su suave tonalidad amarillenta en un matiz similar al de la miel cocida, y el contraste de los pechos de pezones rosados, con la oscura mata de vello ensortijado que crecía en la base de la suave curva de su vientre.

Debra, todavía tímidamente, se inclinó sobre él y deslizó un dedo por su mejilla, y luego por su garganta y los recios músculos de su pecho, en el que lucía la estrella de oro.

—Eres hermoso —susurró la muchacha, quien comprobó que sus palabras se ajustaban enteramente a la verdad, porque David era alto y elástico, y tenía hombros musculosos y cintura y flan-

cos estrechos. Los planos de su rostro eran puros y perfectos. Quizá su único defecto residía en la excesiva perfección de sus líneas.

Tan irreal le pareció a Debra, que ésta pensó que se hallaba junto a un ángel o una deidad mitológica.

Después de trepar a la cama, Debra se situó a su lado, sobre la colcha de encaje. Tendidos de costado en el lecho, quedaron frente a frente. Aunque no se tocaban, se hallaban tan próximos que Debra sentía el calor del vientre de él como un suave viento del desierto. El aliento de David agitaba su oscuro pelo sobre sus mejillas.

Henchida de felicidad y satisfacción, Debra suspiró como un viajero al final de una larga jornada solitaria.

—Te amo —dijo, por primera vez, y extendiendo los brazos tomó su cabeza. Sus dedos se enredaron en los rizados y tupidos cabellos de la nuca, mientras lo atraía suavemente hacia su pecho.

Mucho después, al filtrarse en el cuarto el frío aire nocturno, despiertos a medias, se deslizaron bajo las mantas.

En tanto se internaban de nuevo en el sueño, Debra murmuró con voz soñolienta:

—Felizmente, el cirujano no será necesario.

David rió entre dientes.

—¿No es mejor valerse por uno mismo?

—Mucho mejor, mi amor... Mucho mejor —admitió ella.

Debra pasó una tarde entera explicándole a David que no necesitaba un lujoso coche deportivo para trasladarse desde su base a la casa de la calle Malik, porque a esa altura de sus relaciones conocía perfectamente los gustos de su amante. En tal sentido le dijo que vivían en un país de jóvenes pioneros, donde no se toleraba la extravagancia ni la ostentación. David se adhirió con entusiasmo a tal punto de vista, porque estaba seguro de que en ese momento Aaron Cohen y sus subordinados recorrían todo el país en busca de algo para él.

Cuando Debra le sugirió la compra de un pequeño automóvil japonés, similar al de Joe, David le respondió que meditaría seriamente acerca de ello.

Un subordinado de Aaron Cohen localizó un Mercedes Benz 350 SL, perteneciente a un ejecutivo alemán residente en Tel Aviv. Dicho individuo, a punto de regresar a Berlín, deseaba vender su coche a un precio razonable y cobrar en efectivo. Una simple llamada telefónica fue suficiente para convenir el pago a través del Crédit Suisse de Zurich.

Se trataba de un coche color bronce, con apenas veinte mil kilómetros registrados en su cuentakilómetros, muy bien cuidado por su dueño.

Al regresar en moto de la universidad, Debra halló un día la gloriosa máquina estacionada en el extremo más alto de la calle Malik, donde una pesada cadena impedía a los automóviles el acceso a la aldea.

Una simple ojeada al vehículo le bastó para identificar a su dueño. Al irrumpir como una tromba en la terraza, Debra estaba realmente irritada. Sin embargo, fingió más cólera de la que sentía.

—David Morgan: realmente eres un hombre imposible.

David, tendido al sol, convino amablemente:

—Enseguida te das cuenta de todo.

—¿Cuánto te ha costado?

—Pregúntame otra cosa, muñeca. Esa pregunta me resulta monótona.

—A decir verdad, eres... —Debra hizo una pausa, en tanto se esforzaba frenéticamente por dar con una palabra fuerte. Al hallarla expresó con alivio: —¡Un decadente!

—Usas una palabra cuyo significado ignoras —le dijo David cordialmente mientras abandonaba los almohadones y se dirigía perezosamente hacia ella.

Aunque era su amante desde hacía apenas tres días, Debra, que interpretó correctamente su mirada, empezó a retroceder.

—Te enseñaré el significado de esa palabra —dijo David—. Ahora te haré una demostración práctica de decadencia en un lugar tan sensible de tu cuerpo, que durante mucho tiempo te acordarás de ello.

Al arremeter él a fondo, Debra corrió a ocultarse tras el olivo, y desparramó sus libros por la terraza.

—¡Déjame! ¡No me toques, bestia!

Él hizo una finta exacta y ella cayó en sus brazos. Enseguida la levantó y la apretó contra su pecho.

—Escucha, David Morgan: si no me dejas en el suelo de inmediato, gritaré.

—Grita, si tienes ganas. ¡Adelante!

Debra gritó, efectivamente, pero de una manera muy comedida, para no alarmar a los vecinos.

Joe, por el contrario, se entusiasmó con el 350.

Un día partieron los cuatro en el coche para probarlo en el si-

nuoso camino del desierto de Judea que comunica con las costas del mar Muerto. El camino puso a prueba el sistema de suspensión del coche y las condiciones de conductor de David. Los cuatro gritaron, excitados, en los recodos. Incluso Debra, venciendo su inicial agresividad, admitió al fin que el coche era hermoso, aunque decadente.

Después nadaron en las frescas y verdes aguas del oasis de Ein Gedi, donde éstas, después de internarse en una especie de honda piscina de piedra, se mezclan con las aguas en extremo saladas del mar.

Hannah, que había llevado su cámara, fotografió a Debra y David sentados sobre las rocas, junto a la piscina.

Debra, que lucía su diminuto bikini, exhibía su cuerpo fino y joven, y vuelta parcialmente hacia David, se reía. Él, de perfil, le respondía con una sonrisa, en tanto un negro mechón de cabello caía sobre su frente. La luz del desierto hacía resaltar la pureza de sus rasgos y las líneas de su bello cuerpo.

Hannah mandó hacer dos copias de la fotografía, y posteriormente aquellos dos trozos de papel brillante serían los únicos vestigios de placer y risas de un día, como una hermosa flor arrancada del árbol de la vida, estrujada y marchita, aplastada y desecada, sin color ni fragancia.

Pero el futuro no había aún ensombrecido la feliz atmósfera de aquel día deslumbrante. Con Joe al volante, regresaron a Jerusalén. Debra insistió en detener el vehículo para llevar a un grupo de jóvenes del cuerpo de tanques, que regresaban con permiso a sus hogares. Aunque David protestó diciendo que era imposible, tres de los muchachos se apretujaron en el vehículo. De esa manera trataba Debra de librarse de la culpa que pesaba sobre su conciencia. Ya en el asiento posterior deslizó sus brazos en torno del cuello de David y a continuación todos empezaron a cantar la canción predilecta de los jóvenes israelíes: «Vivamos en paz».

Durante aquellos días, previos a su ingreso en la fuerza aérea, David holgazaneó descaradamente, desperdiciando el tiempo en pequeñas tareas como, por ejemplo, la preparación de sus uniformes. Por otra parte, rechazó la sugerencia de Debra, según la cual el reglamento que su padre, un general, respetaba, debía con más razón ser respetado por David.

Aaron Cohen le entregó una carta de presentación para su propio sastre. Cohen comenzaba a sentir un gran aprecio por David.

Debra consiguió hacerle ingresar en el Club Atlético Universitario, donde se ejercitaba diariamente en su moderno y excelente gimnasio, y cuya piscina, de dimensiones olímpicas, recorría en toda su longitud veinte veces para mantenerse en forma.

No obstante, en otras ocasiones se limitaba a tomar baños de sol en la terraza o se entretenía manipulando bujías eléctricas o realizando, a petición de Debra, algunas pequeñas faenas domésticas.

Cuando al atravesar las frescas y agradables habitaciones daba con algún objeto que pertenecía a Debra —un libro, un broche—, lo tomaba y lo acariciaba por un instante.

Un día halló a los pies de la cama una bata que ella había arrojado allí descuidadamente. Su penetrante y particular aroma trajo a su memoria la imagen de Debra, produciéndole un intenso dolor físico. Aproximando la sedosa prenda a su rostro aspiró profundamente su fragancia y aguardó, anhelante, su retorno.

Sin embargo, sus libros le enseñaron acerca de ella muchas más cosas de lo que hubiese aprendido durante varios años de observación directa.

Debra tenía muchos volúmenes amontonados en numerosos cestos, en el segundo dormitorio, donde no había muebles y que utilizaron a modo de almacén porque aún no habían conseguido los estantes y armarios que necesitaban.

Una tarde, mientras hurgaba en aquellos cestos, David dio con una extraña mezcla literaria: Gibson y Vidal, Shakespeare y Mailer, Solzhenitsyn y Mary Stewart, entre otros raros camaradas intelectuales. Había allí obras de ficción y biografías, libros de historia y poesía, en hebreo y en inglés, ejemplares en rústica y encuadernados en cuero, y cierto volumen delgado, de cubierta color verde, que estuvo a punto de descartar, antes que el nombre del autor, D. Mordecai, atrajera su atención. Asombrado de su descubrimiento, dio la vuelta a la primera hoja y leyó: «*Este Año en Jerusalén*, poemas de Debra Mordecai».

Ya en el dormitorio, y después de quitarse los zapatos, antes de tenderse sobre la colcha de encaje —ella era muy estricta en este sentido—, pasó la hoja y comenzó a leer.

El volumen contenía cinco poemas, el primero de los cuales se titulaba más o menos como el libro, en recuerdo de una promesa hecha al pueblo judío dos mil años antes y ya cumplida: «El año próximo en Jerusalén». La autora rendía tributo a su patria. Incluso David, cuyas preferencias literarias oscilaban entre Maclean y Robbins, admitió que era una obra de gran calidad. Ciertos versos

eran de una belleza sobrecogedora, otros abundaban en evocadoras alusiones, y algunos destellaban como fugaces resplandores.

David estimó que eran muy buenos, a decir verdad, extraordinarios, y experimentó una extraña sensación de orgullo, tal como si en parte le pertenecieran, y un profundo respeto. Por primera vez se internaba en las insondables profundidades de aquel ser, en el área secreta de su espíritu.

Al llegar al último poema advirtió que era el más breve y el único de índole amorosa, al parecer inspirado por una persona muy amada y ya desaparecida... y, de pronto, tuvo noción de la distancia que media entre la mera excelencia y la magia.

Simultáneamente tuvo conciencia de que estaba temblando ante la música de sus palabras. El vello de sus antebrazos se había erizado a causa del impacto de aquella belleza extraterrestre. Por último, sintió que se ahogaba de tristeza ante una pérdida total y desvanecedora, y que las palabras naufragaban en sus lágrimas. Súbitamente sus ojos pestañearon con rapidez cuando el terrible lamento posterior del poema atravesó su corazón.

Al bajar el volumen a la altura de su pecho, recordó lo que Joe le había contado respecto de un soldado que murió en el desierto... y al oír un ruido intentó ocultar el libro, mientras se sentaba en el lecho. La naturaleza recóndita de aquella poesía lo hizo sentirse culpable como un ladrón.

Desde el vano de la puerta, Debra lo estaba observando tranquilamente, con las manos anudadas, delante de sí y el cuerpo apoyado en el marco.

Sentado en la cama, David sopesó el libro en sus manos.

—Es hermoso —dijo, al fin. Su voz sonó áspera a causa de los versos que acababa de leer.

—Me alegro que te guste —respondió Debra.

David comprobó entonces que ella era tímida.

—¿Por qué no me lo mostraste?

—Porque temí que no te gustara.

—Lo amaste profundamente, ¿no? —le preguntó David suavemente.

—Sí —dijo ella—. Pero ahora te amo a ti.

Al fin llegó su nombramiento y fue evidente que el *brig* tuvo mucho que ver en ello, aunque Joe afirmó que él se había valido de sus propias conexiones familiares para influir en las altas esferas.

David recibió la orden de incorporarse al grupo de Mirages Lance, importante unidad de interceptores apostados en el aeródromo secreto desde el que había efectuado su primer vuelo.

Joe Mordecai, integrante del mismo grupo, no demostró resentimiento alguno cuando fue a la casa de la calle Malik para informar a David al respecto, a pesar de que éste pasaría a ocupar un puesto más alto en el escalafón. Por el contrario, se alegró de tener la posibilidad de volar regularmente con él. Esa tarde se dedicó a presentar a David a los miembros de la escuadrilla, desde «el delfín», es decir, el comandante —un inmigrante francés—, hasta el más humilde mecánico.

En las semanas siguientes, David hallaría en Joe un consejero y auxiliar inestimable, mientras se adaptaba al grupo.

Al día siguiente el sastre le entregó sus uniformes. Vestido con uno de ellos sorprendió a Debra cuando ésta, cargada de libros y comestibles, y usando su trasero a modo de paragolpes, impulsó hacia dentro la puerta de la cocina, con el cabello cayéndole por la espalda y sus gafas ahumadas en lo alto de la cabeza.

Después de dejar caer su carga junto al fregadero, Debra giró a su alrededor con las manos en la cintura y la cabeza inclinada para observarlo mejor.

—Me gustaría que mañana por la tarde fueras a buscarme a la universidad vistiendo ese uniforme —dijo por fin.

—¿Por qué?

—Porque varias arpías andan rondando el edificio Lauterman. Unas son alumnas de mi curso y otras colegas mías. Quiero que te vean, que te observen detenidamente y que se pongan verdes de envidia.

David se echó a reír.

—De modo que no te avergüenzas de mí...

—Morgan, pienso que eres demasiado hermoso para ser de una sola persona, y que deberías desdoblarte y convertirte en dos hermanos gemelos.

Como era el último día que pasarían juntos, David accedió a su capricho y se presentó con su uniforme en el Departamento de Literatura Inglesa.

Con sorpresa advirtió que su vestimenta atraía todas las miradas. En la calle las muchachas le sonreían, las señoras mayores le decían *shalom*, e incluso el portero de la universidad lo saludó con una risita ahogada y una broma. Todos lo miraban como a uno de los ángeles guardianes que habían barrido de su cielo a la muerte.

Debra corrió a su encuentro y lo besó. Después echó a andar a su lado, apoyando su mano orgullosamente en la curva de su



codo. Por último, lo invitó a cenar en el comedor de profesores del edificio circular Belga, que era totalmente de cristal.

Mientras cenaban, una pregunta casual de David sirvió para hacerle comprender el subterfugio con que Debra salvaguardaba su reputación.

—Probablemente no podré salir de la base durante varias semanas. Pero te escribiré a la calle Malik.

—No —dijo ella rápidamente—. Yo no estaré allí. Me sentiría muy sola en nuestra inmensa cama.

—¿Adónde debo escribirte entonces? ¿A casa de tus padres?

—Tampoco. Eso me delataría. Porque cada vez que tú llegaras a la ciudad, yo abandonaría mi casa. Mis padres creen que estoy viviendo en la residencia de la universidad. Les dije que deseaba permanecer cerca de mi cátedra.

—¿Has alquilado un cuarto aquí? —le preguntó David, mirándola con asombro.

—Por supuesto, Davey. Tengo que guardar las formas. No puedo decirles a mis parientes, amigos y superiores que me visiten en una casa compartida con el mayor David Morgan. Aunque vivo en el siglo veinte y en la moderna Israel, soy una judía sobre la cual pesa una larga tradición de castidad y modestia.

Por primera vez David tuvo noción del esfuerzo realizado por Debra.

—Te echaré de menos —dijo.

—Yo también me sentiré muy sola —replicó ella.

—Volvamos a casa.

—Sí —convino Debra, abandonando su cena—. Comeré en otro momento.

Sin embargo, mientras salían del edificio belga, exclamó, exasperada:

—Maldita sea. Necesito otra vez esos libros. Tendremos que ir a la biblioteca. Lo siento, Davey. Es sólo un momento.

De modo que volvieron a la terraza principal y, pasando ante las deslumbrantes ventanas de cristal y metal del restaurante de la Unión Estudiantil, se dirigieron hacia la sólida torre cuadrada de la biblioteca, cuyas ventanas estaban ya iluminadas, porque la oscuridad avanzaba rápidamente. Luego ascendieron por la escalera de la biblioteca. Se hallaban frente a las puertas de cristal cuando un tropel de estudiantes, que salían de aquella, los obligó a hacerse a un lado.

Estaban desandando el camino recorrido poco antes a través de la plaza, con terrazas y ciclamores, hacia el restaurante, cuan-

do de repente la oscuridad nocturna fue desgarrada por el resplandor de una explosión. Las ventanas de cristal del restaurante volaron en mil fragmentos. Fue como si una violenta marejada se hubiese estrellado contra un rocoso acantilado, rociando la atmósfera con una especie de polvo luminoso. Pero se trataba de una espuma letal, que segó la vida de dos alumnas que en ese momento pasaban ante aquellas ventanas.

Inmediatamente después del destello producido por la explosión, una violenta ráfaga de aire sacudió los ciclamos y arrojó a David y a Debra, girando sobre sí mismos, contra las columnas de la galería de la biblioteca. El golpe de aire atronó sus tímpanos y les cortó la respiración.

David atrajo hacia sí a Debra y la mantuvo contra su pecho durante el terrible silencio que sucedió a la ráfaga de aire. Mientras miraban asombrados a su alrededor, una blanca nube fosforescente surgió de las destrozadas ventanas y avanzó por la terraza.

Luego comenzaron a percibir sonidos a través del rumor de sus tímpanos: un leve campanileo, un rumor de cristales hechos añicos y los crujidos de la argamasa que caía y de los muebles despedazados. Los chillidos de una mujer rompieron de pronto el maléfico hechizo.

Oyeron gritos y rumor de pies que corrían. Una estudiante, cerca de ellos, empezó a vociferar histéricamente:

—Una bomba... Han bombardeado el café. —Una de las muchachas que habían caído bajo la lluvia de fragmentos de cristal, se levantó, vacilando, y comenzó a correr en pequeños círculos, sin dirección alguna, y a proferir débiles e inexpresivos chillidos. A través del blanco polvo que la recubría, corría su sangre, oscura, empapando su falda.

Debra, siempre en brazos de David, comenzó a temblar.

—¡Cerde! —susurró—. ¡Cerde inmunda y asesina!

De entre las humeantes ruinas del edificio surgió una figura humana que caminaba bamboleándose con deliberada lentitud. La ráfaga de la explosión había despedazado sus ropas, que pendían en jirones sobre su cuerpo, semejante al de un extraño espantapájaros. Ya en la terraza el hombre se sentó lentamente, se quitó las gafas, milagrosamente intactas, y comenzó a limpiarlas con los jirones de su camisa. De su barbilla goteaba sangre.

—Vamos, deprisa —dijo David, con tono áspero—. Debemos ayudar... —y echaron a correr escalera abajo.

La explosión había derrumbado parte del techo, aplastando y atrapando a veintitrés estudiantes, que estaban conversando mientras cenaban.

Otras habían sido lanzadas como juguetes a través del espacio y bajo el *hall*. Su sangre había convertido aquella dependencia en un humeante osario. Algunas se arrastraban o gateaban o bien se movían espasmódicamente entre los muebles caídos, los trozos de loza y la comida desparramada por el suelo. Una muchacha yacía, retorcida, en el suelo, como si riera en silencio ante aquella broma brutal de la muerte.

Luego se enteraron de que dos muchachas integrantes de El Fatah se habían inscrito en la universidad con documentos falsos y que diariamente habían estado introduciendo, de contrabando, pequeñas cantidades de explosivos en el campus universitario, hasta acumular en él la cantidad necesaria para realizar aquella explosión. Después de colocar bajo una mesa una maleta con un mecanismo regulado en su interior, las dos terroristas habían salido tranquilamente del edificio. Una semana después aparecieron en los televisores de Damasco, satisfechas de su éxito.

Sin embargo, ningún motivo, como tampoco ninguna explicación, podía justificar aquel repentino brote de violencia, tan directo y a la vez tan espantosamente efectivo como un cataclismo natural. El insensato y escalofriante atentado impulsó a los aterrorizados supervivientes a obrar con una especie de frenético dinamismo para salvar a los heridos y retirar de aquel matadero los cuerpos de los muertos.

Éstos fueron colocados sobre el césped, debajo de los ciclamos, y cubiertos con sábanas, rápidamente llevadas hasta allí desde la residencia más próxima. Aquellos largos envoltorios blancos alineados con esmero sobre el verde césped quedaron para siempre grabados en el espíritu de David.

Poco después aparecieron las ambulancias haciendo sonar sus sirenas y lanzando haces de luz para transportar aquella mortal cosecha, y la policía formó un cordón en torno del lugar de la explosión antes que David y Debra se dirigieran lentamente hacia el Mercedes Benz, que los aguardaba en el estacionamiento. Ambos estaban cubiertos de polvo y sangre, y hartos de tanta angustia y mutilación. En silencio se dirigieron a la casa de la calle Malik, donde bajo la ducha se libraron del polvo y el olor que impregnaban sus ropas. Debra enjabonó y lavó con agua fría el uniforme de David para quitarle las manchas de san-

gre. Luego preparó café, que bebieron sentados en la cama de bronce.

—Esta noche han muerto muchos seres buenos y fuertes —dijo Debra.

—Lo peor no es la muerte, es un fenómeno natural y la lógica conclusión de todas las cosas, sino esos cuerpos espantosamente retorcidos y mutilados, y todavía con vida. La muerte impone cierto respeto. Pero las mutilaciones son repugnantes.

Ella lo miró casi con temor.

—Cruelles palabras, David.

—Existe en África un animal fiero y bello llamado antílope negro, que corre en manadas de hasta cien individuos. Sin embargo, cuando uno de ellos es herido por un cazador o maltratado por algún león, los líderes del grupo se vuelven contra él y lo expulsan de la manada. Cierta vez mi padre me dijo que para ganar hay que evitar la compañía de los perdedores, porque su desesperación es contagiosa.

—Por Dios, David. ¡Qué espantoso concepto de la vida!

—Puede ser —convino David—. Pero la vida es espantosa.

Por primera vez esa noche los dos hicieron el amor con cierta desesperación, porque en la víspera de su separación recordaron que eran mortales.

A la mañana siguiente David partió para incorporarse a su unidad y Debra cerró la casa de la calle Malik.

Diariamente, durante diecisiete días, David intervino en dos, y a veces tres, incursiones aéreas. Al oscurecer, cuando no tenía que interceptar aviones enemigos, asistía a conferencias y a la proyección de películas relacionadas con la aviación. Después sólo pensaba en cenar rápidamente y acostarse.

El coronel, el *Delfín*, un hombrecito amable y de mirada inquieta y astuta, voló con David en cierta ocasión y ello le bastó para formarse una opinión al respecto.

Posteriormente David y Joe volaron juntos y aquél trasladó su equipo a un armario situado frente al de Joe, en una dependencia subterránea utilizada para los pilotos escogidos.

Durante aquellos diecisiete días ambos forjaron los últimos eslabones de una estrecha amistad. El brillo y el empuje de David eran contrapesados por la sólida firmeza de Joe.

En todos los casos David era la estrella principal, mientras Joe parecía destinado a ser su acompañante, el hombre que le servía de complemento, el actor secundario, sin ambiciones personales,

cuyo talento consistía en situar a su jefe en la posición ideal de ataque.

En poco tiempo llegaron a formar un formidable equipo, tan perfectamente sincronizado que, en vuelo, se comunicaban uno con otro casi telepáticamente, con la instantánea rapidez con que se comunican los pájaros de una bandada.

Joe, sentado a sus espaldas, equivalía para David a un seguro por un millón de dólares. Invulnerable en su retaguardia, David podía concentrarse en su misión específica, para la cual contaba con su estupenda vista y sus extraordinarios reflejos. David era un piloto de combate en un lugar donde la aeronáutica de guerra era la actitud suprema.

La FAI fue la primera en advertir los defectos del misil aire-aire y en volver al tipo clásico de combate aéreo. Un misil podía ser inducido a actuar estúpidamente cuando se alteraba la idea grabada en su computadora. De cada trescientos misiles lanzados en un combate aéreo, sólo uno llegaba a su destino.

Sin embargo, cuando un piloto artillero introducía su dedo en el disparador de dos cañones de 30 mm, capaces de arrojar mil doscientos proyectiles por minuto, y apuntaba a un blanco situado en la posición de las agujas de un reloj que marca las seis, la posibilidad que tenía el enemigo de escapar era muy inferior a una por cada trescientos disparos.

Por otra parte, Joe tenía una habilidad muy particular. El sistema de radar exterior del Mirage consistía en un complejo y sofisticado dispositivo electrónico que exigía una gran destreza manual. El mecanismo debía ser accionado únicamente con la mano izquierda, y los dedos del operador tenían que ser tan ágiles como los de un consumado pianista. Sin embargo, había aún algo más importante: el operador «debía» sentir el mecanismo y manipularlo a la manera de un amante para obtener óptimos resultados. Joe «lo sentía». David, no.

Día y noche realizaron vuelos de entrenamiento en aviones de combate, a alta y baja altura, sobre blancos móviles. A escasa altitud efectuaron ataques fulminantes simulados y en ciertas ocasiones, volando a gran altura sobre el Mediterráneo, se enzarzaron en combates aéreos.

No obstante, «Flor del Desierto», con mucho tacto, supo alejarlos de todo ataque real o potencial y observaba atentamente a David.

Hacia el final del período de instrucción, el expediente personal de David llegó al escritorio del teniente general Mordecai.

Aunque correspondía al *brig* la responsabilidad de revisar periódicamente los expedientes de los oficiales, en esa ocasión mostró particular empeño en examinar el de David.

El expediente de éste era exiguo, comparado con los gruesos volúmenes de algunos pilotos veteranos. El *brig* pasó de largo ante su propia recomendación inicial y los documentos referentes a la actitud interina de David y detuvo su mirada en los últimos informes y resultados. Haciendo una mueca lobuna leyó los detalles relacionados con la artillería y con satisfacción pensó que David se destacaba entre una multitud de pilotos.

Por último dio con la evaluación particular redactada por el *Delfín*:

«Morgan es un piloto de excepcionales aptitudes. Recomiendo que se lo confirme en su grado y se le permita actuar inmediatamente.»

El *brig* tomó su pluma roja y, haciendo uso de una especial prerrogativa, garrapateó al pie del informe: «Comparto su opinión».

Morgan, como piloto, ya estaba definitivamente asegurado. Ahora debía considerar a Morgan hombre. Su expresión se tornó gélida y severa. La súbita decisión de Debra de abandonar su casa, casi inmediatamente después de la llegada de David a Jerusalén, resultó demasiado sospechosa para aquel hombre habituado a rastrear los motivos íntimos y las intenciones de las personas.

Dos días y unas pocas llamadas telefónicas le bastaron para comprobar que Debra usaba su habitación de la residencia universitaria como una pantalla, y que su verdadero domicilio era mucho más confortable.

El *brig* no aprobaba en absoluto su conducta. Pero a la vez tenía conciencia de que aquello escapaba a sus posibilidades. Por experiencia sabía que su hija había heredado su férrea voluntad. Todos sus enfrentamientos habían desembocado en verdaderos cataclismos, que sacudieron los propios cimientos de la familia y muy pocos habían producido resultados satisfactorios.

Aunque pasaba mucho tiempo entre jóvenes, le costaba sobremanera adaptarse a los nuevos valores y mucho más aceptarlos. Al pensar en la agonía física que había significado su largo y casto noviazgo con Ruth, se sentía tan orgulloso de sí mismo como un veterano que rememorara una de sus viejas campañas.

«Por lo menos ha tenido el buen sentido de obrar discretamente, de no avergonzarnos, y sobre todo de ahorrarle un disgus-

to a su madre», pensó el *brig*, mientras cerraba con firmeza el expediente.

El *Delfín* llamó a David a su despacho para informarle acerca de su nuevo status: actuaría en forma regular, como hombre «nuevo» y de confianza, lo cual significaba que debería pernocar cuatro veces por semana en la base.

David tendría que adiestrarse como paracaidista con armas de fuego. Un piloto en tierra, en territorio árabe, tenía muchas más probabilidades de sobrevivir que actuando en el aire, siempre que estuviese bien preparado para ese tipo de lucha.

David se dirigió directamente del despacho del *Delfín* al teléfono del cuarto de los pilotos y logró comunicarse con Debra antes de que ésta abandonara el edificio Lauterman para ir a almorzar.

—Calienta la cama, muchacha —le dijo—. Mañana por la noche estaré allí.

Mientras se aproximaba con Joe a Jerusalén, en el Mercedes, apenas prestaba oído a la áspera y baja voz de Joe.

De pronto, un pulgar de éste se clavó como un remo en sus costillas.

—Lo siento, Joe, estaba pensando.

—¿De veras? Entonces deja de pensar. Tus pensamientos están empañando las ventanillas.

—¿Qué decías?

—Te hablaba de mi boda... con Hannah.

David recordó que sólo faltaba un mes para la ceremonia, y pensó que las mujeres se sentirían tan perturbadas como un cielo estival por una carga eléctrica poco antes de una tormenta. Debra, en sus cartas, le había comunicado todos los detalles.

—Me sentiría muy feliz si te viera a mi lado actuando de testigo. Para variar, tú serías mi auxiliar y yo me encargaría de dar en el blanco.

Sintiéndose honrado por tal petición, David lo aceptó con la apropiada solemnidad. Interiormente aquello le divertía. Como casi todos los jóvenes israelíes que conocía, Debra y Joe declaraban que no eran religiosos. Sin embargo, David había descubierto que dicha actitud era sólo una pose, ya que tales jóvenes eran en extremo conscientes de su herencia religiosa y muy versados en la historia y las prácticas del judaísmo, y en general cumplían todas sus leyes, mientras éstas no se contradijeran con su moderno y dinámico sentido de la vida.

El vocablo «religión» implicaba para ellos la obligación de lle-

var túnicas negras y sombreros de alas anchas, a la manera ultraortodoxa de Mea Shearim o una existencia rutinaria e insoportable, por lo restringida.

La boda de Joe se ajustaría a la tradición y constituiría un hecho lleno de simbolismo, aunque complicado por algunas rigurosas medidas de seguridad.

La ceremonia se celebraría en el jardín del *brig*, porque Hannah era huérfana y porque aquel apartado lugar era más fácil de proteger, a causa de sus muros, semejantes a los de una fortaleza.

Entre los invitados figurarían numerosos personajes políticos y militares.

—Asistirán por lo menos cinco generales y dieciocho coroneles —dijo Joe— y, además, casi todos los ministros. Incluso Golda ha prometido que hará todo lo posible para hallarse presente. De modo que ofreceremos un magnífico blanco a nuestros amigos de Septiembre Negro —Joe frunció el ceño y después de encender dos cigarrillos ofreció uno de ellos a David—. Si no fuese por Hannah que, como a todas las mujeres, le gustan las ceremonias, yo hubiera ido simplemente a una oficina del registro civil.

—Vamos, Joe, que no engañas a nadie —dijo David, sonriendo burlonamente—. Confiesa que sólo piensas en ello.

—Por supuesto —respondió Joe, desarrugando el ceño—. Me agrada pensar que dispondremos de un hogar propio. Ojalá Hannah hubiera sido más razonable. Pero prefirió fingir un año entero —y moviendo la cabeza—: Gracias a Dios falta poco...

Cuando se apeó del coche en el sendero que bordeaba la casa del *brig*, en Ein Karem, Joe dijo:

—Creo que no vale la pena que te invite a pasar, porque tendrás algún compromiso...

—Has acertado —dijo David sonriendo—. Espero que tú y Hannah nos visiten. ¿Por qué no cenan con nosotros mañana?

—Tengo que acompañar a Hannah a Ashkelon, donde visitará la tumba de sus padres, según lo exige la tradición. Quizás los visitemos el sábado.

—De acuerdo. Seguro que Debra querrá verte. *Shalom*, Joe.

—*Shalom*, *Shalom* —dijo Joe.

David se alejó, cambiando de marchas como si participara en una carrera. Poco después, el Mercedes ascendió velozmente por la colina.

Tensa y expectante, Debra lo esperaba sentada en una silla tapizada de cuero, con las piernas entrelazadas y su recién lavado



cabello reluciente como el ala de un cuervo. Lucía un vaporoso caftán de seda color miel que hacía resaltar el matiz dorado de sus ojos.

Corrió a su encuentro, descalza por la alfombra.

—¡David! ¡David! —exclamó.

David la levantó y giró sobre sí, junto con ella. Ambos rieron al unísono.

Después Debra, muy orgullosa de sí misma, lo condujo a través de las habitaciones para ponerlo al tanto de los cambios y de los nuevos objetos que, durante su ausencia, habían convertido la casa en un verdadero hogar.

David la había convencido de que el dinero carecía de importancia. Luego, de común acuerdo, escogieron el mobiliario. Éste había sido fabricado por el sumiso proveedor árabe de Debra y distribuido según lo resuelto por ella y David. Todos los muebles eran de lustrosa madera oscura y cuero. Los objetos de bronce y cobre resaltaban en sus brillantes tapetes. Sin embargo, había algo que David veía allí por primera vez: un gran lienzo pintado al óleo y colgado por Debra, sin marco, en la pared recién pintada que daba a la terraza. Aquella era la única decoración mural de la casa. Cualquier otra cosa hubiera resultado insignificante a su lado. Se trataba de un áspero y avasallador paisaje, de una escena del desierto, impregnada de un sentimiento de infinitud. Los colores, fieros y ardientes, parecían derramarse en la habitación con los propios rayos del sol abrasador del desierto.

Debra cogió de la mano a David y observó ansiosamente su rostro para captar sus reacciones.

—¡Ajá! —dijo él, por último.

—¿Te gusta? —inquirió ella, aliviada.

—¡Es tremendo! ¿De dónde lo has sacado?

—Es un regalo de la autora, una vieja amiga mía.

—¿Amiga?

—Exactamente. Mañana iremos a Tiberíades para almorzar con ella. Le he hablado de ti y desea conocerte.

—¿De quién se trata?

—De una de nuestras más grandes artistas: Ella Kadesh. Sólo sé su nombre. Puedo asegurarte que pasarás un día muy agradable.

Debra había preparado un plato especial —cordero con aceitunas— que comieron bajo el olivo de la terraza. Nuevamente su conversación se centró en la boda de Joe.

De pronto, David le preguntó abrupta y ansiosamente:

—¿Qué es lo que te impulsó a vivir conmigo... fuera del matrimonio?

Ella pensó un momento antes de responder:

—Me di cuenta de que te amaba y también de que eres demasiado impaciente para aguantar mucho tiempo. En suma, comprendí que si no me decidía pronto, volvería a perderte.

—Hasta hace muy poco no tenía idea de la importancia de tu decisión —dijo él con aire absorto. Debra sorbió su vino en silencio.

—Casémonos, Debs —dijo él de repente.

—Sí —respondió ella, asintiendo con la cabeza—. Pienso que es una idea excelente.

—Enseguida —dijo David—. Lo más pronto posible.

—No antes de la boda de Hannah. No quiero robarle un solo día.

—Está bien —convino David—. Pero casémonos inmediatamente después.

—Morgan, quedas comprometido —dijo Debra.

Como el viaje a Tiberíades duraría tres horas, se levantaron apenas el sol, que se filtraba por la ventana, convirtió la pared, sobre la cama de bronce, en una especie de piel de tigre. Para ahorrar tiempo se ducharon juntos y se sentaron en la bañera frente a frente, hundidos en la espuma de jabón hasta la cintura.

—Ella es la persona más ruda que hayas conocido —le previno Debra, que esa mañana parecía una niña, con el pelo recogido sobre la cabeza y sujeto con una cinta de color rosa—. Cuanto más la impresiones, más ruda se mostrará. Por otra parte, espero que le pagues con la misma moneda. Por consiguiente, David, no debes impacientarte.

David hundió un dedo en la espuma y luego untó con éste la punta de la nariz de Debra.

—Te lo prometo —dijo.

Al llegar a Jericó giraron hacia el norte, a lo largo del valle del Jordán, y luego avanzaron paralelamente a la alta alambrada de púas de la frontera, donde varios letreros advertían del peligro de los campos minados. Las patrullas recorrían la sinuosa carretera.

Como hacía mucho calor en el valle, viajaron con las ventanillas abiertas y Debra se subió la falda hasta la cintura para ventilar sus piernas largas y morenas.

—Mejor será que bajes tu falda, si deseas llegar puntualmente al almuerzo —dijo David.

Debra se apresuró a complacerlo.

—Contigo nunca estoy segura —protestó.

Por último, dejando atrás las tierras áridas, llegaron a la fértil hoya del Kibbutzin, debajo de Galilea, y otra vez la atmósfera cálida y saturada de perfume de azahar tornó difícil y entrecortada su respiración.

Finalmente, al ver brillar las aguas del lago entre las palmeras, Debra tocó el brazo de David.

—Ve más despacio. La casa de Ella se halla a pocas millas de aquí, sobre este margen del Tiberíades. Allí delante hay que girar.

La senda que conducía a la orilla del lago terminaba en un viejo muro de bloques de piedra. Cinco automóviles estaban ya estacionados frente a la casa.

—Ella, como de costumbre, ha invitado a varias personas —dijo Debra, mientras guiaba a David hacia un portón.

Más allá se elevaba un pequeño y ruinoso castillo. Las paredes, desplomadas, formaban extrañas figuras y la piedra se había ennegrecido con el curso de los años. Sobre ellas crecían llamativas enredaderas de buganvillas. La brisa proveniente del lago hacía crujir las hojas de las altas palmeras. Diversos arbustos exóticos florecían en los verdes prados.

Las ruinas habían sido parcialmente restauradas, renovadas y convertidas en una pintoresca e insólita vivienda, a orillas del lago. Había allí un vasto patio y un malecón de piedra, al que estaba amarrada una lancha de motor. En la orilla opuesta del lago se erguían los altos del Golán, semejantes al lomo negro y suave de una ballena.

—Ésta fue una fortaleza de los cruzados —explicó Debra—, un puesto de guardia que garantizaba el tráfico a través del lago; formaba parte de una serie de construcciones similares, que se sucedían hasta el gran castillo de Horns of Hittem, que los musulmanes destruyeron cuando expulsaron de Tierra Santa a los cruzados. El abuelo de Ella adquirió esta propiedad, que se hallaba en ruinas, durante la administración Allenby, y la hizo restaurar después de la guerra de Independencia.

El esmero puesto en la obra de restauración, a fin de mantener incólume la romántica belleza del lugar, constituía un tributo a la visión artística de Ella Kadesh.

Era una persona enorme, alta y gorda, voluminosa. Los dedos de sus manos estaban cuajados de sortijas y piedras semipreciosas y los de sus pies se mostraban a través de abiertas sandalias bajo una capa de pintura carmesí, como vanagloriándose de

su tamaño. Tan alta como David, llevaba, por añadidura, una falda hinchada como una tienda, sembrada de explosivas figuras que acentuaban su volumen hasta el punto de hacerla aparecer dos veces más grande que David. Su roja y flamígera peluca estaba compuesta por hileras de bucles, y de sus orejas pendían dos zarcillos de oro. Parecía que había aplicado paladas de rimmel a las pestañas y rouge a los labios con un pulverizador.

Después de quitar de su boca el cigarro filipino, besó a Debra antes de volverse hacia David, a quien observó atentamente. Su voz sonó áspera y grave, a causa del cigarro y el brandy.

—Nunca pensé que fuera tan guapo —dijo. Debra se asustó al advertir la mirada de David. —No me agrada la belleza física porque a menudo es engañosa, o intrascendente. En general oculta cierto ingrediente letal, a la manera de la belleza de la cobra o la bonita envoltura de una barra de chocolate, dulcemente empalagosa, pero blanca en su centro. —Sacudiendo sus tiernos bucles, llenos de laca, clavó en David sus astutos ojillos. —¡No! prefiero la fealdad a la belleza.

David sonrió, poniendo en juego todo su encanto personal.

—Sí —convino—. Después de conocerla a usted y de conocer algunas de sus obras, comprendo perfectamente tales palabras.

Ella rió de un modo tan áspero que su risa pareció un cacareo y volvió a llevar a sus labios el cigarro filipino.

—Bueno, al menos no hablo con un soldado de chocolate.

Acto seguido deslizó uno de sus enormes y masculinos brazos sobre el hombro de David y se dispuso a presentarle a sus invitados, una docena de intelectuales: artistas, escritores, profesores y periodistas.

David se alegró de hallarse junto a Debra, bajo el tibio sol, bebiendo cerveza y participando de una agradable conversación.

Sin embargo, Ella no le permitió relajarse durante mucho tiempo y apenas se sentaron «al fresco» ante la comida, digna de Gargantúa —aves y pescados fritos—, volvió a la carga con su modo agresivo.

—Su aire marcial y su amaneramiento, su pompa y sus arreos son otras tantas plagas... y su patriotismo y su coraje, su impavidez y sus virtudes caballerescas son como pústulas. Todo eso es mera ficción, una máscara, un pretexto para llenar la tierra de hedionda carroña.

—Me pregunto si opinaría lo mismo si un pelotón de infantes sirios tomara por asalto este lugar y la violara —la desafió David.

—Tan difícil es que alguien, ahora, se acueste conmigo, muchacho, que rezaría para que se me presentara tan magnífica oportunidad. —Ella rió tan ruidosamente y se estremeció de tal manera, que su peluca se inclinó sobre la frente.

Nada se hallaba a salvo de sus desplantes. Volviendo a colocar la peluca en su lugar arremetió de nuevo:

—¡Ah!, su aparatosidad masculina, su egoísmo y su arrogancia... Para usted, esta mujer —y señaló a Debra con la pata de pavo que estaba comiendo— es el mero y casual receptáculo de su ardiente esperma. A usted le importa un bledo que ella sea una promesa, que esconda dentro de sí un gran talento literario. No. Para usted ella es algo para frotar, conveniente para...

—¡Basta ya! —la interrumpió Debra—. No permitiré que ventiles mi vida íntima en público.

Ella se volvió hacia Debra enardecida y dispuesta a proseguir la batalla.

—Tu talento es algo que no puedes usar a tu antojo. Por el contrario, eres su depositaria, en nombre de la Humanidad, a la cual te debes. En consecuencia, tienes la obligación de ejercitarlo, de desarrollarlo y de hacer que florezca y fructifique —usando la pata de pavo como un juez su mano, golpeó con ella su plato, para acallar las protestas de Debra—. Desde que te enamoraste del joven Marte no has escrito una sola palabra. ¿Qué pasa con la novela acerca de la que hablamos en esta misma terraza hace un año? ¿Han naufragado todos tus proyectos en la ciénaga de sus instintos? ¿Te ha ensordecido el clamor de tu sexo?

—¡Basta, Ella! —Debra montó en cólera. Sus mejillas habían enrojecido y sus ojos llameaban.

—¡Sí! ¡Sí! —Ella abandonó la pata de pavo y se chupó ruidosamente los dedos. —Deberías estar avergonzada contigo misma.

—¡Maldita seas! —exclamó Debra, echando chispas por los ojos.

—Maldíceme, si ello te place. Pero en realidad deberías maldecirte a ti misma por no escribir. ¡Escribe, mujer, escribe! —Al echarse hacia atrás en su silla de mimbre ésta rechinó por el desplazamiento de su cuerpo. —Está bien. Ahora iremos todos a nadar. David aún no me ha visto en bikini. Cuando ello ocurra, se olvidará de su flaca y pequeña compañera.

Regresaron a Jerusalén de noche y enrojecidos por el sol. Aunque los asientos del «Mercedes» no habían sido diseñados para complacer a los amantes, Debra se las ingenió para mantenerse adherida al cuerpo de David.

—Ella tiene razón —dijo David, rompiendo, de pronto, un largo silencio—. Tienes que escribir, Debs.

—¡Oh, sí, escribiré! —respondió Debra a la ligera.

—¿Cuándo? —insistió él.

Para distraerlo, se aproximó aún más a David.

—Uno de estos días —susurró Debra, en tanto acomodaba su negra cabellera sobre el hombro de David.

—Uno de estos días —repitió él, remedando su voz.

—No me hagas perder la paciencia, Morgan —dijo Debra, semiadormecida.

—No te vayas por la tangente —dijo David, mientras le acariciaba el cabello—. Y no te duermas cuando te hablo.

—David, querido mío, tenemos toda una vida por delante, y más aún —murmuró Debra—. Tú me has hecho inmortal. Los dos viviremos mil años. De modo que tendremos tiempo para todo.

Quizá los dioses de las tinieblas, al oír tan jactanciosas palabras, rieron entre dientes sarcásticamente y se dieron ligeros codazos.

El sábado Joe y Hannah aparecieron en la casa de la calle Malik y después de almorzar salieron los cuatro de excursión por el valle y el monte Sión. A través de un dédalo de corredores llegaron a la tumba de David, revestida con un espléndido paño bordado, varias coronas de plata y una Tora con cubierta. En el mismo edificio, y después de trasponer unos pocos peldaños, entraron en el aposento donde Cristo participó en la última Cena, tan estrechamente ligadas se hallan las tradiciones cristianas y judaicas en aquella ciudadela.

Luego se adentraron, por la Puerta de Sión, en la ciudad vieja y, tras recorrer la muralla, se dirigieron al centro mismo del judaísmo: la alta pared de grandes bloques de piedra achaflanados, según el estilo de la época de Herodes, que era lo único que restaba del fabuloso segundo templo de aquél, destruido hacía dos mil años por los romanos.

Después de ser registrados en la puerta, se unieron a la caravana de fieles que descendían hacia el muro. En la barrera permanecieron largo tiempo en silencio. David se sintió sacudido por un profundo recuerdo ancestral y tuvo conciencia de un gran vacío en su alma, que deseaba ser llenado.

Los hombres oraban de cara al muro. Muchos vestían las largas chaquetas negras de los judíos ortodoxos. Sus rizos oscilaban sobre sus mejillas, al mecerse y balancearse en su éxtasis religioso. Hacia la derecha del recinto las mujeres se mostraban más sobrias en sus devociones.

Por último, Joe, un tanto confundido y molesto, dijo:

—Creo que voy a decir un *Sb' ma*.

—Sí —convino Hannah—. ¿Me acompañas, Debra?

—Un momento —y mientras se volvía hacia David, Debra extrajo algo de su bolso—. Lo he hecho para ti, para el día de la boda. Pero pónitelo ahora.

Se trataba de una *yamulka*: un gorro para rezar, de raso negro, bordado.

—Ve con Joe —dijo—. Él te dirá qué debes hacer.

Las muchachas se alejaron en dirección al recinto de las mujeres y David se colocó el gorro en la cabeza y en pos de Joe descendió hacia el muro.

Un *shamash*, un anciano de larga barba plateada, se acercó a ellos y ayudó a David a fijar en su brazo derecho una pequeña caja de cuero, que contenía un trozo de la Tora.

—Así estas palabras quedarán grabadas en su alma, en su corazón y en su brazo derecho.

Luego desplegó un *tallit* sobre los hombros de David —un chal de lana adornado con borlas— y condujo al joven hacia el muro, y David comenzó a repetir las palabras del *shamash*:

—Escucha, oh Israel: Dios, nuestro Señor, es uno...

Su voz se fue volviendo más firme a medida que recordaba aquellas palabras ocultas en el fondo de su memoria. De pronto miró hacia lo alto del muro formado de enormes bloques de piedra. Miles de fieles habían introducido en las juntas tiras de papel que contenían oraciones escritas de su puño y letra. En torno a él resonaban las quejumbrosas voces de los que oraban. David tuvo la impresión de que un dorado haz de luz se elevaba desde aquel sagrado lugar hacia el cielo.

Mientras abandonaban el recinto y ascendían por los peldaños, en dirección al barrio judío, David experimentó una cálida y agradable sensación en el vientre.

Esa noche, cuando se sentaron en la terraza a beber cerveza Goldstar y a partir semillas de girasol para extraer sus duras pepitas, su conversación se centró en Dios y la religión.

—Yo soy, ante todo, israelí y, en segundo término, judío —dijo Joe—. Primero, mi país, y mucho después, mi religión.

Sin embargo, David recordó la expresión de su rostro cuando lo vio rezar en el Muro de las Lamentaciones.

Conversaron hasta una hora avanzada. David, que empezaba a tener conciencia de su vasta herencia religiosa, admitió:

—Me gustaría conocer algo más sobre este tema.

Debra guardó silencio. Pero al preparar esa noche la maleta que él llevaría a la base aérea, colocó encima de sus limpios uniformes un ejemplar de *Éste es mi Dios*, de Herman Wouk.

David leyó aquel libro y cuando regresó a la calle Malik pidió más información. Entonces Debra escogió para él varias obras en inglés. Pero cuando David llegó a dominar el hebreo le entregó otros libros en esa lengua. No se trataba exclusivamente de obras religiosas, sino también de libros de historia y de novelas históricas, que despertaron su curiosidad sobre aquel antiquísimo foco de civilización que durante tres mil años había sido una encrucijada y un campo de batalla.

David leyó todo lo que Debra colocó en su maleta, desde Flavio Josefo hasta León Uris. La lectura despertó en él la necesidad de conocer y estudiar el teatro de los sucesos. Tan imperiosa fue la necesidad, que a partir de entonces emplearon casi todo su tiempo libre en explorar los alrededores. Comenzaron sus andanzas en la fortaleza de Herodes, situada en la cumbre de una colina, en Masada, donde los fanáticos habían preferido exterminarse entre sí a someterse a Roma. Allí se desviaron de la ruta turística para visitar otros lugares históricos menos conocidos.

En aquellos largos días soleados, después de recorrer los lechos secos de ciertos *uadis*, en busca de las monedas y puntas de flechas depositadas en ellos por las lluvias, solían sentarse con la canasta del almuerzo en las ruinas de algún acueducto romano y observar a los halcones que se desplazaban cerca de las fuentes termales surgidas del suelo del desierto.

En torno a ellos se erguían altos acantilados de piedra dorada y anaranjada. El aire era allí tan puro y diáfano que les pareció que jamás se enturbiaría, y el silencio era tan profundo, que tenían la impresión de ser los únicos habitantes de la Tierra.

David nunca había sido tan feliz. Aquellos momentos otorgaban un sentido trascendente a la monótona existencia que llevaba en la base aérea y, al caer la noche, la cálida atmósfera de la casa de la calle Malik se impregnaba de risas y de amor.

\* \* \*

Joe y David obtuvieron un permiso para el día de la boda. El *Delfín* los dejó partir sin protestar, ya que él mismo había sido invitado a la celebración y porque la situación era muy tranquila en aquellos momentos.



Al llegar a Jerusalén fueron inmediatamente movilizados para realizar diversas tareas. David trabajó duramente como taxista y camionero, transportando flores, instrumentos musicales y parientes a través de grandes distancias.

El jardín del *brig* fue decorado con hojas de palma y colgaduras multicolores. En el centro de la escena fue colocado el *huppah*, un dosel con símbolos religiosos en azul y oro, la Estrella de David y las uvas y las espigas de trigo, las granadas y demás símbolos de la fertilidad. Bajo él se realizaría la ceremonia nupcial. Mesas de caballetes cubiertas con manteles de vistosos colores y adornadas con vasos llenos de flores y fuentes con frutas fueron distribuidas bajo los olivos; ello permitiría a los trescientos invitados danzar en un espacio libre, frente al palco de madera de la banda, engalanado con banderas.

Las provisiones fueron suministradas, bajo contrato, por una firma especializada, y el menú fue cuidadosamente preparado por el *chef* y las mujeres. Las notas más destacadas, en tal sentido, las constituyeron unos enormes higos chumbos rellenos —símbolos, también, de la fertilidad— y cordero preparado a la manera de los beduinos, servido en descomunales bandejas de cobre.

El domingo, día de la boda, David llevó en coche a Debra a la casa del médico principal del hospital Hadassah. Como Hannah trabajaba con él, como enfermera en el quirófano, el cirujano había insistido en que hiciera en su vivienda todos los preparativos de la boda. Debra se quedó allí para ayudarla y David reanudó la marcha en dirección a Ein Karem. La senda que conducía a la casa era vigilada por un grueso cordón de agentes del servicio secreto y paracaidistas.

Mientras observaba cómo se vestía Joe, y cómo a cada momento encontraba y perdía su anillo y sudaba de nerviosismo, David se tendió en la cama y empezó a darle consejos. Hasta sus oídos llegaban las voces de los invitados reunidos en el jardín.

De pronto David se levantó y se dirigió hacia la ventana. En ese momento un coronel de la fuerza aérea era minuciosamente registrado en el portón de entrada, prestándose a ello muy cordialmente.

—¡Cómo! ¡Registran a la gente! —exclamó David.

—Como Hannah pidió que hubiera pocos guardias en el jardín, resolvieron registrar a todo el mundo en la entrada.

Finalmente Joe había terminado de vestirse y comenzaba a mojar de sudor las axilas del uniforme.

—¿Qué tal estoy? —le preguntó a David, muy nervioso.

—Bestialmente bello —respondió David.

—No exageres, Morgan —Joe hizo una mueca, se encasquetó el gorro y echó una ojeada a su reloj—. Vamos.

En el estudio del *brig* le aguardaban éste, el rabino principal del ejército y otras personas. El rabino, un hombre de suaves maneras, había liberado personalmente la tumba de los Patriarcas en la guerra del 77. Durante el avance sobre Hebrón, después de atravesar con su jeep las líneas árabes en proceso de desintegración, derribó a tiros con su metralleta la puerta del sepulcro, persiguiendo a los guardianes árabes, que chillaban sobre el muro posterior.

Joe tomó asiento junto al escritorio del *brig* y firmó el *ketubah* (contrato matrimonial). Acto seguido el rabino le entregó un trozo de tela de seda, que Joe levantó en señal de posesión ante los testigos, que coreaban su congratulación: *Mazaltous*.

A continuación los amigos del novio se precipitaron en el jardín, atestado de personas, para esperar allí la llegada de la novia. Ésta llegó poco después acompañada por el cirujano principal, que reemplazaba a su difunto padre, y por un grupo de mujeres vistosamente ataviadas, entre las cuales se hallaban Debra y su madre. Todas portaban velas encendidas.

Hannah, a quien David nunca había considerado demasiado atractiva —era demasiado alta y rígida, física y espiritualmente—, apareció transformada en su blanco traje de novia y su velo. Como una nube flotaba su cuerpo entre el niveo oleaje de sus ropas, y su rostro era suavizado por el velo y por su dicha interior, que asomaba en la verde luz de sus ojos. Su cabello rojizo, con reflejos dorados, enmarcaba sus mejillas, y sus pecas eran disimuladas por el maquillaje que las diestras manos de Debra habían aplicado sobre ellas, así como también sobre su huesuda nariz, menos tosca ahora que de costumbre. Hannah, por única vez en su vida, lució, al menos en el día de su boda, un atisbo de belleza.

Joe, grande y hermoso, en su uniforme caqui de la fuerza aérea, avanzó anhelosamente hacia su prometida, ya en la puerta del jardín, listo para bajar el velo sobre su rostro en la ceremonia del *badeken dikalle*.

Después se dirigió hacia el dosel del *huppah*, en donde le esperaba el rabino con un *tallit* sobre los hombros. En pos de Joe avanzaron las mujeres, junto a Hannah, siempre con las velas encendidas. Luego el rabino entonó su bendición, mientras las mujeres y Hannah giraban siete veces consecutivas alrededor de Joe,

formando un círculo mágico, que en la antigüedad tenía por objeto espantar a los espíritus malignos. Por último, los novios se situaron uno al lado del otro, mirando hacia el templo. Mientras los invitados y los testigos se apiñaban a su alrededor, comenzó la ceremonia.

El rabino recitó otra bendición ante una copa de vino, de la cual bebieron los novios. Enseguida Joe se volvió hacia Hannah, cuyo rostro seguía cubierto por el velo, y colocó un sencillo anillo en el dedo índice derecho de Hannah.

—Mediante este anillo quedas unida a mí, de acuerdo con la ley de Moisés e Israel.

A continuación Joe hizo añicos la copa con su tacón y el estrépito del vidrio fue la señal para que comenzaran la música y los cantos, y se desatara la alegría.

David se apartó de Joe y a través de la alegre concurrencia se abrió camino hacia donde lo esperaba Debra.

Llevaba un vestido amarillo y un fresco ramillete de flores sobre su oscura y brillante cabellera.

David aspiró su aroma y tomándola subrepticamente de la cintura susurró en su oído:

—¡La próxima serás tú, amor mío!

—Sí. Por supuesto —murmuró ella.

Joe y Hannah se dirigieron del brazo hacia la improvisada pista de baile. La banda comenzó con una ligera y vivaz melodía, y todos los jóvenes se arremolinaron en torno a los recién casados, mientras los mayores se diseminaban alrededor de las mesas, debajo del enrejado cubierto de hojas de palma.

Sin embargo, pese a las risas y las voces de alegría, los uniformes ensombrecían el ambiente. Casi uno de cada dos hombres lucía los arreos de la guerra, y en el portón del jardín y en la entrada a las cocinas montaban guardia paracaidistas uniformados, de cuyos hombros pendían metralletas Uzzi. Por otra parte, era fácil identificar a los hombres del servicio secreto, los cuales, vestidos de civil, se desplazaban con aire serio, alerta y vigilante, entre los invitados.

David y Debra se unieron a los bailarines. Tan leve, cálida y fuerte le pareció su compañera, que cuando los músicos hicieron un alto, para recobrar el aliento, David se sintió agraviado. Luego condujo a Debra a un tranquilo rincón, donde se dedicaron a burlarse de los invitados de la manera más irrespetuosa. Finalmente Debra, tratando de disimular su risa ante una injuriosa observación, dio un golpecito en el brazo de David.

—¡Eres terrible! —exclamó, inclinándose sobre él—. Estoy muerta de sed y no eres capaz de invitarme a beber.

—¿Un vaso de vino blanco, frío? —le sugirió David.

—Maravilloso —dijo ella sonriendo junto a su rostro. Durante un momento se observaron atentamente. De pronto, David sintió surgir dentro de sí una terrible angustia, una especie de premonición acerca de una posible pérdida. Se trataba de un dolor físico, de una fría sensación que oprimiendo su pecho desvanecía su dicha y su alegría.

—¿Qué te pasa, David? —inquirió Debra, contagiada de su inquietud y apretando aún más su brazo.

—Nada —respondió él, apartándola y esforzándose por dominarse—. Absolutamente nada —repitió, sin poder ahuyentar la fría sensación de su estómago que, de pronto, se convirtió en náusea—. Voy por el vino —dijo, y le volvió la espalda.

Abriéndose paso cortésmente a través de la multitud se encaminó hacia el bar. El *brig*, al verle, le sonrió desvaidamente desde el extremo opuesto del jardín. Joe, que se hallaba con su padre y con un brazo en torno de la cintura de su esposa, lo llamó a voz en grito, riendo. Hannah había echado el velo sobre su cabeza. Las pecas, que comenzaban a emerger a través del maquillaje, resaltaban vívidamente en medio de su encaje nupcial.

David los saludó con la mano, pero siguió andando hacia el bar al aire libre situado al final del jardín. Dominado aún por una honda tristeza, no deseaba hablar con Joe.

De modo que se hallaba lejos de Debra cuando, un tanto jactanciosamente, una hilera de camareros, con chaquetas blancas, entró en el jardín por el portón de hierro. Cada uno de ellos portaba una enorme fuente de cobre, de la que aun a pleno sol se veían surgir espirales de vapor. Un olor de carne, pescado y especias se difundió por el jardín. Se oyeron exclamaciones y gritos de admiración por parte de los invitados. Todo el mundo retrocedió, dejando un espacio libre para que la procesión de camareros avanzara hacia la mesa, situada en la elevada terraza a la que daban las puertas de acceso a la cocina y a la casa.

Al pasar los camareros junto a David, la mirada de éste se desplazó de las succulentas viandas al rostro del segundo camarero de la fila, un hombre de mediana estatura y piel color caoba, con tupido bigote de guías caídas.

El hombre transpiraba. Su rostro brillaba a causa del sudor. Eso precisamente atrajo la atención de David. Las gotas descen-

dían por sus mejillas y pendían de su bigote. Su chaqueta blanca estaba empapada bajo las axilas, mientras llevaba en alto su gigantesca fuente. Al llegar junto a David los ojos de ambos se encontraron. David advirtió que el hombre se hallaba bajo los efectos de una profunda emoción, originada por el miedo o quizá por la alegría. Al sentirse examinado tan atentamente por David, sus ojos se desviaron con nerviosismo hacia otra parte.

La sospecha se deslizó como un aire frío por los brazos de David cuando los tres individuos, después de ascender por la escalinata de piedra, se colocaron en fila ante la mesa.

El mismo camarero, al mirar de nuevo a David y comprobar que éste seguía observándolo, torció la boca y dijo algo a uno de sus compañeros, que también miró a David y comprobó que éste lo examinaba atentamente. Su expresión fue como un toque de alarma que David sintió primero en su pecho y luego en su cerebro. Algo ocurría, algún hecho peligroso y horrendo estaba a punto de suceder. A David no le cabía duda al respecto.

Desesperadamente sus ojos buscaron a los guardias. Dos se hallaban en la terraza, detrás de los camareros, y otro cerca de David junto al portón.

David avanzó anhelosamente hacia él, sin hacer caso de los injuriosos comentarios de quienes se cruzaban en su camino. Como en ningún momento apartó sus ojos de los tres camareros, asistió desde el principio a la escena que, indudablemente, había sido cuidadosamente ensayada. Los tres camareros colocaron las fuentes sobre la mesa, entre las risas y los aplausos de los invitados reunidos abajo en el jardín. Después estiraron las láminas de plástico que recubrían la capa de comida que ocultaba la carga mortal colocada en cada fuente de cobre.

El camarero de rostro atezado tomó una pistola automática de debajo de la cubierta de plástico y girando rápidamente sobre sí mismo disparó a quemarropa contra los dos paracaidistas que se hallaban detrás de él. El estruendo del arma automática resultó ensordecedor en el jardín cerrado. Un rosario de balas casi partió en dos a los guardias, como una monstruosa cuchilla.

El camarero situado a la izquierda de David, que tenía un rostro marchito y simiesco, y ojos semejantes a dos relucientes granos de café, también echó mano de una pistola automática, oculta en su fuente. Luego se inclinó sobre ella y descargó una ráfaga de proyectiles sobre el paracaidista que guardaba el portón.

Sin duda la primera etapa consistía en poner fuera de combate a los guardias. La pistola rugió y estremeció sus puños y va-

rios proyectiles se hundieron en la carne humana, produciendo un ruido sordo, como si la víctima fuera de goma.

El guardia había quitado el seguro de su Uzzi y estaba apuntando a los agresores, cuando una bala dio en su boca y lanzó hacia atrás su cabeza. Su boina de paracaidista se elevó, girando, en el aire, y su ametralladora cayó al suelo y rodó por los mosaicos, en dirección a David, quien se dejó caer en los peldaños de piedra de la terraza, cuando los árabes apuntaron hacia los invitados y descargaron tres ráfagas de ametralladora sobre el patio. Instantáneamente una serie de alaridos, gritos y lamentaciones se confundió con el rugir de las armas.

En el otro extremo del patio un agente de seguridad extrajo su pistola de la funda que colgaba de su hombro y, adoptando la postura de los tiradores, apuntó sosteniendo el arma con ambas manos. El hombre hizo fuego dos veces. El individuo de cara de mono fue lanzado, girando, hasta la pared, pero no se desplomó. Por el contrario, contestó al fuego del agente de seguridad con su pistola automática. Éste se derrumbó y rodó por el pavimento de piedra.

El patio se llenó de gritos de pánico provenientes de la multitud, una jadeante masa humana que chillaba, caía, se arrastraba y moría bajo el impacto de los proyectiles.

Dos balas dieron en el pecho de Hannah, arrojándola de espaldas sobre una mesa llena de copas y botellas que se hicieron añicos. Los brillantes chorros de sangre brotaban de sus heridas empapando su blanco traje nupcial.

El segundo terrorista tiró su pistola cuando ésta estuvo vacía y se agachó rápidamente sobre su fuente de cobre. Cuando se puso en pie tenía una granada en cada mano. Inmediatamente lanzó las dos granadas contra la muchedumbre, que pugnaba por huir. El doble estallido fue devastador: dos blancas llamaradas y una espantosa lluvia de metralla.

Los gritos de las mujeres se tornaron tan ensordecedores como las detonaciones de las armas de fuego. El atacante se agachó una vez más y otras dos granadas aparecieron en sus manos.

Todo se desarrolló en muy pocos segundos. Un breve instante bastó para convertir la fiesta en una espantosa carnicería y en una exhibición de cuerpos mutilados.

David abandonó inmediatamente su refugio, junto a la escalinata de piedra, y rodó por el suelo de baldosas hacia la desechada Uzzi. Luego se arrodilló, apretándola contra la cintura. Su experiencia de paracaidista lo impulsó a actuar de manera automática.

El agresor herido, al verlo, se volvió hacia él y, tropezando, se alejó con gran esfuerzo del muro. Su único brazo pendía destrozado, bajo la manga empapada en sangre de su chaqueta. Sin embargo, levantó la metralleta y apuntó a David.

Pero éste disparó primero. Las balas arrancaron trozos de argamasa en el muro, a espaldas del árabe. David corrigió ligeramente la puntería y entonces sus proyectiles impelieron hacia atrás al atacante, y lo arrojaron contra la pared. El hombre dio un brinco, se estremeció y se contrajo espasmódicamente. Luego se deslizó hasta el suelo, dejando un brillante y húmedo reguero de sangre en el enlucido del muro.

David giró entonces su arma hacia el árabe situado junto a la puerta de la cocina, el cual se aprestaba a lanzar otra granada, con su brazo derecho extendido, a sus espaldas y sus manos cerradas sobre dos mortales esferas de acero. El hombre lanzó un grito de desafío o de guerra, un bronco alarido triunfal, que se elevó muy por encima de los lamentos de sus víctimas.

Pero antes de que pudiera arrojar su granada, David descargó una andanada sobre él. Una docena de balas se incrustaron en su pecho y su vientre. El árabe soltó las dos granadas, que cayeron a sus pies y, doblándose, aferró su cuerpo perforado y trató de contener con las manos la sangre que manaba de sus heridas.

Las granadas, de espoletas muy breves, estallaron casi inmediatamente, envolvieron al moribundo en un círculo de fuego y destrozando su cuerpo de la cintura para abajo. La misma explosión dejó fuera de combate al tercer asesino, hacia el extremo de la terraza. David se puso en pie y cargó escalera arriba.

El tercero y último de los árabes agresores se hallaba mortalmente herido. Su cabeza y su tronco habían sido desgarrados por fragmentos de granada. Sin embargo, todavía con vida, movía débilmente los brazos, buscando a tientas la ametralladora que cerca de él yacía en un charco formado por su propia sangre.

Furioso al advertir que el asesino chillaba y rugía como un loco, David se agazapó en lo alto de la escalera y apuntó hacia el árabe moribundo.

Éste, ya en posesión de la ametralladora, levantó su arma con el aire torvo y concentrado de un borracho. David hizo fuego. La última bala que quedaba en su Uzzi dio en el árabe, sin producir el efecto deseado. Súbitamente, David descubrió que su arma estaba descargada. El percutor golpeó en algo hueco. La recámara se hallaba vacía.

En el otro extremo de la terraza, a salvo de cualquier ataque repentino, el rostro del árabe estaba empapado en sudor y sangre mientras, frunciendo el ceño, trataba de apuntar con el arma que temblaba en sus manos. La vida huía de él rápidamente. Su llama, próxima a extinguirse, vacilaba. No obstante, el hombre realizó un esfuerzo supremo.

David permanecía inmóvil, con su inútil Uzzi en la mano. El ojo ciego de la ametralladora enemiga lo buscaba afanosamente. Por último, se detuvo en dirección a él. David percibió los ojillos del árabe y la súbita expresión burlona y criminal que se expandió por su rostro, al advertir su presencia en el extremo de la mira. El dedo del árabe se aprestaba a oprimir el gatillo.

Desde aquella distancia las balas darían en el blanco como si fuera el chorro de una manguera. David se lanzó escalera abajo, aunque sabía que era demasiado tarde, porque el árabe iba a hacer fuego. Pero de pronto una bala de revólver pasó silbando a su lado.

Media cabeza del árabe fue cercenada por el violento impacto y su cuerpo impelido hacia atrás. El contenido de su cráneo salpicó el muro blanqueado que se hallaba a sus espaldas. Su dedo, al querer aferrarse a la vida, apretó el disparador, descargando su ametralladora. El inofensivo estrépito se perdió entre las vides situadas más arriba.

Aturdido por las detonaciones, David se halló de pronto, al volverse, ante el *brig*, que esgrimía la pistola del agente de seguridad asesinado.

Durante un momento se observaron mutuamente, en silencio. Luego el *brig* echó a andar hacia los cuerpos yacentes de los otros dos árabes. Al llegar junto a ellos los remató uno a uno con un solo tiro en la cabeza.

David le dio la espalda, dejó caer su Uzzi y se encaminó, escalera abajo, hacia el jardín.

Los muertos y los heridos yacían aislados o amontonados, como lastimosos despojos. Los suaves ayes y los gemidos de los heridos, el amargo llanto de las criaturas y las voces de las madres eran más escalofriantes que los gritos y chillidos restantes.

El jardín parecía pintado con sangre. Las paredes estaban salpicadas de rojo y olían a sangre. En otras partes ésta formaba charcos y se deslizaba sinuosamente por el pavimento, o era absorbida brillante y oscura, por el polvo, o goteaba y repique-teaba en el suelo, como la que brotaba del cuerpo de un músico, que pendía de la barandilla del palco de la banda. El tufo dul-



zón y nauseabundo de la sangre se mezclaba con el olor de las viandas condimentadas y del vino derramado, el polvo de yeso, semejante a la harina, y el acre y terrorífico hedor de la pólvora quemada.

La cortina de humo y polvo que todavía flotaba sobre el jardín ocultaba a medias la horrenda carnicería. La corteza de los olivos había sido arrancada en largas tiras por la metralla, dejando al descubierto la madera húmeda y blanca. Los heridos y los aturdidos supervivientes se arrastraban por el suelo sembrado de fragmentos de loza y vidrio. Todos juraban y rezaban, cuchicheaban y gemían, o bien pedían socorro.

David descendió maquinalmente por la escalera. Sus músculos estaban agarrotados y su cuerpo era insensible a toda sensación. Únicamente en las puntas de sus dedos hormigueaba la vida.

Joe se hallaba de pie bajo un olivo desgarrado por la pólvora. Con sus gruesas y fornidas piernas separadas, la cabeza echada hacia atrás y el rostro vuelto hacia el cielo, parecía un coloso. Pero sus ojos estaban herméticamente cerrados y su boca daba la impresión de estar exhalando un silencioso grito de agonía... Joe tenía en sus brazos el cuerpo de Hannah.

El velo de la recién casada había desaparecido y su brillante melena cobriza pendía hacia atrás y casi rozaba el suelo. También sus piernas y uno de sus brazos colgaban flojamente, sin vida. Sus pecas doradas eran bien visibles en la tez blanca como la harina, y sus heridas semejaban pétalos de flores de Pascua sobre la pechera de su traje de novia.

David desvió la mirada, incapaz de asistir al suplicio de Joe. Lentamente atravesó el jardín, presintiendo un terrible hallazgo.

—¡Debra! —dijo, tratando de elevar su voz, que resonó como el áspero graznido de un cuervo.

Sus pies se deslizaron en un charco de sangre espesa y oscura, y tropezaron con el cuerpo inconsciente de una mujer tendida boca abajo, con los brazos extendidos, cubierta con un vestido floreado. David no advirtió que se trataba de la madre de Debra.

—¡Debra! —insistió.

Intentó correr, pero sus piernas no se lo permitieron. De pronto la vio. Se hallaba en el mismo rincón, junto al muro, en que la había dejado.

—¡Debra!

Su corazón pareció elevarse dentro de su pecho. Al parecer ilesa, Debra se hallaba de rodillas bajo una de las estatuas grie-

gas de mármol. Las flores que se había puesto en el cabello seguían en su sitio, y su vestido de seda amarilla tenía el mismo aspecto vistoso y alegre que antes.

De hinojos frente al muro y con la cabeza gacha, parecía estar orando. Sus cabellos negros pendían ante la cara, que se había cubierto con las manos.

—Debra —dijo David, arrodillándose a su lado y rozando tímidamente su hombro—. ¿Estás bien, querida?

Ella bajó las manos lentamente, pero manteniéndolas unidas. Un terrible escalofrío estremeció el pecho de David cuando vio las manos de Debra llenas de sangre roja y brillante como un vino que destellara en una copa de cristal.

—David —murmuró Debra, volviendo su cara hacia él—. ¿Eres tú, querido?

David exhaló un débil gemido de agonía al ver las órbitas saturadas de sangre y una oscura masa gelatinosa congelada en sus negras y tupidas pestañas. Su bello rostro se había trocado en una máscara sanguinolenta.

—¿Eres tú, David? —inquirió ella de nuevo, inclinando la cabeza hacia un ángulo inconveniente.

—¡Oh, Dios mío, Debra! —dijo él, mirándola a la cara.

—No veo, David —dijo ella buscándolo a tientas—. ¡Oh, David, no veo!

Él asió sus manos pegajosas y húmedas y pensó que su corazón iba a estallar.

\* \* \*

La moderna y severa silueta del hospital Hadassab se recortaba nítidamente en el horizonte, sobre la aldea de Ein Karem. El rápido desplazamiento de las ambulancias salvó muchas víctimas, cuya vidas pendían de un hilo. El hospital se hallaba perfectamente equipado para recibir un gran número de heridos de guerra.

Tres hombres —el *brig*, Joe y David— pasaron la noche en vela sentados en los duros bancos de madera de la sala de espera. Cuando se obtuvieron más detalles acerca del ataque terrorista, un agente de seguridad cuchicheó su informe verbal al oído del *brig*. Uno de los asesinos era un antiguo empleado de la empresa abastecedora, donde se lo tenía en gran estima. Los otros dos, sus primos, habían ingresado en la casa, recomendados por él, como empleados interinos. Sin duda alguna sus documentos personales estaban falsificados.

La primera ministra y su gabinete se habían retrasado a causa de una reunión de urgencia y se enteraron del ataque durante el trayecto a la casa de la novia. Por una afortunada casualidad salvaron sus vidas. La jefe del Gobierno hizo llegar sus condolencias personales a los familiares de las víctimas.

A las diez, Radio Damasco transmitió un comunicado en el que AlFatah asumía la responsabilidad del ataque efectuado por un escuadrón suicida.

Poco antes de medianoche el cirujano principal salió del quirófano sin quitarse sus ropas verdes ni sus botas, y con la máscara a la altura de la garganta. Ruth Mordecai se hallaba fuera de peligro, según le dijo al *brig*. Le habían extraído una bala que, después de atravesar uno de sus pulmones, se había alojado bajo su omóplato, logrando salvar el pulmón.

—Gracias, Dios mío —murmuró el *brig*, cerrando los ojos e imaginando lo que hubiera sido su vida sin la que había sido su compañera durante veinticinco años. Luego miró hacia arriba: —¿Y mi hija?

El cirujano hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Todavía están trabajando con ella en el quirófano de cirugía menor —dijo, y después de vacilar un instante agregó—: El Coronel Halman murió hace un momento, durante la operación.

El número de muertos, hasta entonces, se elevaba a once. En la lista de heridos graves figuraban cuatro nombres.

En las primeras horas de la mañana llegaron los empleados de la funeraria con largos canastos mortuorios de mimbre y coches fúnebres. David entregó a Joe las llaves de su automóvil para que siguiera al que transportaba el cadáver de Hannah y dispusiera también los detalles del funeral.

Él y el *brig*, sentados en el mismo banco, ojerosos, desvelados y con los ojos hinchados, pasaron la noche bebiendo café.

En las últimas horas de la mañana se aproximó a ellos el oftalmólogo cirujano. Se trataba de un hombre bien parecido de cuarenta y tantos años, de aspecto juvenil y piel fresca cuyo cabello gris contrastaba notablemente con su tez lisa y sus cándidos ojos celestes.

—¿El general Mordecai?

El *brig* se puso de pie y permaneció rígido. En una noche parecía haber envejecido diez años.

—Soy el doctor Edelman. Haga el favor de acompañarme.

David se puso también de pie, dispuesto a seguirlos, pero el doctor se detuvo y miró al *brig*.

—Soy su novio —dijo David.

—Mejor será que, primero, hablemos nosotros dos a solas, general.

Edelman le hizo una visible seña con los ojos al *brig*. Éste asintió con la cabeza.

—Por favor, David.

—Pero... —comenzó a decir David.

El *brig* oprimió levemente su hombro: aquélla era la primera demostración de afecto que le dispensaba.

—Por favor, muchacho.

David volvió a sentarse en el banco de madera.

En el pequeño cubículo de su despacho, Edelman se instaló junto a un extremo de su escritorio y encendió un cigarrillo. Sus manos eran largas y delgadas como las de una muchacha, y manipulaban el encendedor con el preciso estilo de un cirujano.

—Sin duda usted querrá saber la verdad. —Como ya había observado al *brig* cuidadosamente, siguió hablando sin aguardar su respuesta. —Los ojos de su hija no han sufrido ningún tipo de deterioro. —Pero levantó una mano para anticiparse a la expresión de alivio que ya se dibujaba en los labios del *brig*. Volviéndose hacia el bastidor en el que pendían varias radiografías encendió la luz situada detrás. —Sus ojos se hallan intactos, al igual que sus rasgos faciales. El daño está aquí —y señaló una línea blanca y dura en el enmarañado conjunto de formas vagas y grises captado por los rayos X—. Se trata de un fragmento de acero, de una minúscula partícula proveniente, sin duda, de una granada, y no mayor que la punta de un lápiz. Dicha partícula penetró en su cráneo, muy cerca de su sien derecha, seccionando una larga vena —de ahí su profusa hemorragia— y se desplazó oblicuamente tras los globos de sus ojos, sin rozarlos, como tampoco ningún otro tejido importante. Sin embargo, perforó la zona ósea del quiasma óptico. —Trazó el recorrido de la partícula a través del cráneo de Debra. —Al parecer atravesó el canal y seccionó el quiasma antes de alojarse en el tejido esponjoso del hueso.

Edelman aspiró profundamente el humo de su cigarrillo mientras aguardaba la reacción del *brig*, pero éste no consiguió articular palabra.

—Supongo, general, que advertirá lo que esto significa.

El *brig* negó con la cabeza, al parecer, agotado. El cirujano apagó la luz situada detrás de las radiografías y volvió a su escritorio. Cogió un viejo bloc de papel, que acercó al *brig*. Luego sa-

có un lápiz del bolsillo superior de su chaqueta y dibujó una carta óptica: los dos globos de los ojos, el cerebro y los nervios ópticos, vistos desde arriba.

—Los nervios ópticos se dirigen, uno desde cada ojo, hacia este estrecho túnel óseo, donde se funden. Luego vuelven a separarse en dirección de dos lóbulos cerebrales opuestos.

El *brig* asintió con la cabeza. Edelman clavó la punta de su lápiz en el sitio en que ambos nervios se unían. Los tensos y fatigados rasgos del *brig* revelaron que éste comenzaba a comprender.

—¿Ciega? —inquirió.

Edelman hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¿De ambos ojos?

—Temo que sí.

El *brig* inclinó la cabeza y se frotó suavemente los ojos con el pulgar y el índice.

—¿Para siempre? —preguntó.

—No capta las formas ni los colores, y no distingue la luz de la oscuridad. En el quiasma óptico se advierten huellas del paso del fragmento de acero. Todo parece indicar que el nervio fue seccionado. La ciencia médica carece de una técnica adecuada para restaurarlo. —Edelman hizo una pausa para aspirar profundamente. —En una palabra: su hija padece una ceguera total y permanente.

El *brig* suspiró y miró lentamente hacia arriba.

—¿Se lo ha dicho a ella?

Edelman no pudo sostener su mirada.

—Yo creo que sería más conveniente que se lo dijera usted.

—Sí —dijo el *brig*, asintiendo con la cabeza—. Será mejor. ¿Puedo verla ahora? ¿Está despierta?

—Se le ha administrado un suave tranquilizante. No sufre. Sólo se siente un poco incómoda. La herida externa es insignificante. Pero no intentaremos extraerle la partícula metálica. Ello plantearía un difícil problema de neurocirugía. —Poniéndose de pie señaló una puerta. —Sí. Puede verla. Yo lo acompañaré.

En el pasillo flanqueado por dos hileras de quirófanos de emergencia se alineaban, junto a las paredes, dos filas de camillas, en las que el *brig* reconoció a muchos de sus invitados. Mientras seguía a Edelman hacia la sala de recuperación, situada al final del pasillo, se detuvo para conversar brevemente con uno o dos de ellos.

Debra se hallaba en una cama alta, bajo la ventana. Estaba muy pálida y en su cabello se veían coágulos de sangre seca.

Sus ojos estaban cubiertos con algodón hidrófilo y una gruesa venda.

—Aquí está su padre, señorita Mordecai —le dijo Edelman.

La joven giró rápidamente la cabeza hacia ellos.

—¿Papá?

—Aquí estoy, hija mía.

El *brig* asió la mano que Debra le tendía y estampó un beso en su boca. Los labios de ella estaban fríos. La joven olía fuertemente a anestésicos y desinfectantes.

—¿Y mamá? —preguntó Debra, intranquila.

—Está fuera de peligro —le aseguró el *brig*—. Pero Hannah...

—Ya lo sé —lo interrumpió Debra con voz ahogada—. ¿Cómo está Joe?

—Joe es fuerte —dijo el *brig*—. Curará pronto.

—¿Y David? —le preguntó Debra.

—Está aquí.

Haciendo un gran esfuerzo, Debra se apoyó en un codo. Su rostro resplandeció de expectación y sus ojos, fuertemente vendados, buscaron a ciegas a su alrededor.

—David —exclamó—. ¿Dónde estás? Maldita venda... No te aflijas, David, me la pusieron para que mis ojos descansen.

—No —dijo el *brig*, conteniendo su brazo—. David está esperando afuera.

Ella se hundió en el lecho, desilusionada.

—Por favor, dile que venga —susurró.

—Sí, lo llamaré —dijo el *brig*—. Pero antes tenemos que hablar. Debo decirte algo.

Sin duda ella presintió la verdad en el tono de su voz, porque se quedó inmóvil. Su calma fue muy peculiar, semejante a la de un aterrorizado animal de las sabanas.

Él era un soldado y, como tal, solía reaccionar bruscamente. En esa ocasión trató de suavizar su tono, pero su propio dolor tornó áspera su voz y lo impulsó a hablar brutalmente. La mano de Debra sobre la suya fue la única señal de que ella había comprendido: después de agitarse convulsivamente como un animal herido, la pequeña y tensa mano de la joven permaneció inmóvil en el centro de la grande y huesuda mano del *brig*.

Debra se abstuvo de hacer preguntas y cuando él concluyó permanecieron largo tiempo en silencio. El primero en hablar fue el general.

—Ahora le diré a David que venga —dijo.

La respuesta de ella fue rápida y vehemente:

—No —y apretó fuertemente la mano de su padre—. No. Ahora no. Primero tengo que meditar sobre ello.

El *brig* volvió a la sala de espera, donde David lo esperaba, expectante. Las impecables facciones de éste parecían talladas en mármol blanco, en profundo contraste con el tono azul oscuro de sus ojos.

El *brig* se apresuró a contenerlo ásperamente.

—Por el momento, nada de visitas —le dijo, tomándolo de un brazo—. No podrá verla hasta mañana por la mañana.

—¿Qué ocurre? ¿No está bien? —inquirió David, tratando de liberarse, pero el *brig* lo retuvo y lo obligó a dirigirse hacia la puerta.

—No pasa nada. Ella mejorará. Pero ahora no debe excitarse. Podrá usted verla mañana.

Hannah fue sepultada a última hora de la tarde, en el cementerio familiar, en el Monte de los Olivos. Al pequeño funeral asistieron los tres hombres y un grupo de parientes, muchos de los cuales lloraron a sus propios familiares, caídos en la matanza de la víspera.

Un coche oficial esperaba al *brig* para conducirlo a una reunión del alto mando, en la que seguramente se adoptarían medidas de represalia: otro giro de la inexorable rueda de la violencia desatada en aquella perturbada región.

Joe y David subieron al coche y permanecieron callados en sus asientos. David no intentó siquiera poner en marcha el motor. Joe encendió un cigarrillo para cada uno. Ambos se sentían abatidos.

—¿Qué piensas hacer ahora? —dijo David.

—Disponíamos de dos semanas —respondió Joe—. Pensábamos ir a Ashkelon. —Su voz fue perdiendo intensidad. —No sé... Creo que ahora no tengo nada que hacer.

—Podríamos echar un trago.

Joe hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No tengo ganas de beber —dijo—. Pienso regresar a la base. Esta noche saldrán a interceptar aviones.

—Sí. —David aprobó la idea rápidamente. —Iré contigo.

Como no veía a Debra hasta el día siguiente y la casa de la calle Malik estaría muy fría y desolada, sintió súbitamente el deseo de gozar de la paz del cielo nocturno.

La luna brillaba como una cimitarra, en la suave oscuridad del cielo, y las estrellas, macizas y plateadas, resplandecían como gemas.

David y Joe se elevaron a gran altura, huyendo de las angustiosas tribulaciones terrestres. Aislados en la zona de operaciones, se concentraron en el ritual de la interceptación nocturna.

El blanco era un Mirage de su propia escuadrilla, al que localizaron con el radar, muy lejos, sobre el Negev. Joe fijó la distancia y la trayectoria, mientras David buscaba y por último descubría la movediza estrella de gas del blanco, que se recortaba, rojiza y ardiente, en la aterciopelada negura de la noche.

David realizó una perfecta maniobra de interceptación. Desplazándose bajo la panza del blanco se elevó, de pronto, casi verticalmente, muy cerca del borde de su ala, a la manera de las picudas que, después de seguir, sumergidas, al cebo durante un trecho, irrumpen bruscamente en la superficie del mar. Tan cerca pasaron del Mirage que hacía de blanco, que éste se desvió violentamente hacia la izquierda, al advertir su presencia en el último momento.

Joe, agotado por su angustia, durmió toda la noche, pero David, insomne en la litera de abajo, se concentró en seguir las vicisitudes de su sueño. Cuando, hacia el alba, se levantó para ducharse, Joe continuaba durmiendo. Luego David se dirigió a Jerusalén. Llegó al hospital en el preciso instante en que los rayos del sol, color oro pálido, con matices rosados y nacarados, comenzaban a iluminar las colinas circundantes.

La enfermera de guardia, que se hallaba junto a su escritorio, se mostró brusca y preocupada.

David le sonrió, apelando a todo su encanto personal.

—Sólo deseo saber cómo sigue. Debo reintegrarme a mi escuadrilla esta mañana.

La enfermera, impresionada por su sonrisa o su uniforme de la fuerza aérea, fue a consultar sus listas.

—Creo que se ha equivocado —dijo, al fin—. La única paciente con ese apellido, internada en este hospital, es la señora Ruth Mordecai.

—Ésa es su madre —dijo David.

La enfermera tiró de una hoja que se hallaba en un sujetapapeles.

—Por eso no la encontraba —murmuró, irritada—. Fue dada de alta anoche.

—¿De alta? —David la miró, azorado.

—Sí, se marchó a su domicilio anoche. Ahora me acuerdo. Su padre vino a buscarla en el momento en que yo entraba de servicio. Una chica muy bonita, con los ojos vendados.



—Sí, es ella —David inclinó la cabeza—. Gracias. Muchas gracias. —Y echó a correr escalera abajo, en dirección al Mercedes. Liberado del temor y la duda, corría como si tuviera alas.

Debra había vuelto a casa. De manera que se hallaba sana y salva.

Le abrió la puerta el *brig*, quien lo introdujo en la casa solitaria. El general no se había quitado el uniforme, arrugado y deteriorado. Su rostro, de trazos muy finos, mostraba, sin embargo, líneas muy duras en torno a su boca. Sus ojos estaban hinchados e inyectados en sangre, a causa del dolor, la inquietud y el insomnio.

—¿Dónde está Debra? —le preguntó David, ansiosamente.

El *brig* suspiró y se hizo a un lado para permitirle que entrara.

—¿Dónde está? —insistió David.

El *brig* se hundió en una silla, en el otro extremo de la grande y desnuda habitación, donde sólo había estanterías de libros de aspecto monacal y piezas arqueológicas.

—Ayer no pude informarle porque ella me pidió que no se lo dijera. Discúlpeme, David.

—¿Qué ocurre? —preguntó David muy alarmado.

—Ella deseaba pensar... para adoptar una resolución.

El *brig* se puso de pie y empezó a recorrer la habitación. Sus pisadas resonaban en el hueco suelo de madera. De vez en cuando se detenía y tomando alguna estatuilla antigua, la acariciaba con aire ausente, mientras hablaba, como si ello le procurase algún alivio.

David lo escuchaba con calma y ocasionalmente movía la cabeza, como resistiéndose a creer lo que estaba oyendo.

—Así que no hay esperanza... Está ciega, David, totalmente ciega, y su ceguera no tiene cura. Ha entrado en un mundo oscuro y propio al que nadie puede seguirla.

—¿Dónde está? Quiero verla —susurró David.

Pero el *brig*, haciendo caso omiso de sus palabras, prosiguió recorriendo la habitación.

—Necesitaba tiempo para adoptar una resolución, y se lo concedí. Anoche, cuando volví a verla después del funeral, ya estaba lista. Había estudiado su situación y adoptado una decisión definitiva.

—Quiero verla —repitió David—. Necesito hablar con ella.

Ahora el *brig* lo miró directamente a la cara. La expresión de sus ojos se suavizó y su voz descendió hasta convertirse en un gruñido de compasión.

—No, David. Ella ha resuelto no verlo más. Ha muerto para usted. He aquí sus propias palabras: «Dile que he muerto. Deberá recordarme como era antes, cuando estaba viva».

—¿Dónde está? ¡Maldita sea! —lo interrumpió ásperamente David, saltando de su asiento—. Necesito verla ahora mismo.

Después de cruzar rápidamente el cuarto, abrió la puerta de un tirón.

—No está aquí —prosiguió el *brig*.

—¿Dónde se encuentra? —dijo David, volviéndose hacia el general.

—No puedo decírselo. Me comprometí ante ella, bajo solemne juramento, a no revelar su paradero.

—La encontraré.

—Por supuesto, si la busca con empeño dará usted con ella. Pero entonces perderá la estima o el amor que siente ella por usted —continuó el *brig* despiadadamente—. Le repetiré exactamente sus palabras: «Dile que, en nombre de nuestro amor, de lo que fuimos el uno para el otro, debe dejarme a mi suerte y no intentar volver a verme».

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? —exclamó David, desesperado—. ¿Por qué me repudia?

—Porque sabe que su alteración física no le permite abrigar la menor esperanza, ni justifica promesa alguna, y porque está segura de que nada volverá a ser como antes. En definitiva, porque sabe que ya no podrá ofrecerle lo que usted tiene derecho a esperar de ella. —Interrumpiendo las protestas de David con un tajante movimiento de su mano, prosiguió: —Escuche: ella está convencida de que su amor no duraría mucho. Ahora no podría ser su esposa. Usted es demasiado joven, fuerte y arrogante. —David lo miró fijamente. —Debra está convencida de que el amor que usted siente ahora por ella se marchitaría, fatalmente. Dentro de una semana, de un mes o de un año a lo sumo, se desvanecería. Entonces se sentiría usted atrapado, amarrado a una mujer ciega, y ella no desea tal cosa. Por el contrario, quiere que usted deje de amarla ahora mismo, rápida y misericordiosamente, que su amor no se prolongue inútilmente.

—¡Basta! —gritó David—. ¡Maldita sea! Ya es suficiente.

Al tropezar con su silla, se dejó caer en ella. Durante un momento ninguno de los dos habló. David se mantuvo cabizbajo en su asiento, cubriéndose el rostro con las manos, y el *brig* permaneció inmóvil ante la estrecha ventana. La incipiente luz matinal puso en evidencia sus rudos rasgos de soldado.

—Ella me pidió que lograra de usted la promesa... —su vacilación impulsó a David a mirarlo desde abajo— de que jamás intentará verla.

—No —dijo David, obstinadamente, haciendo un movimiento negativo con la cabeza.

El *brig* suspiró.

—En caso de no aceptar usted su proposición (ella dijo que comprendería, opinión que yo no comparto), me pidió que le dijera lo siguiente: existe en África un animal bello y feroz: el antílope negro. A veces, algún ejemplar es herido por un cazador o maltratado por algún león...

Estas palabras fueron tan dolorosas para David como un latigazo, porque las había pronunciado anteriormente él mismo ante ella, cuando ambos eran jóvenes, fuertes e invulnerables.

—Está bien —murmuró, por fin—. Si eso es lo que ella quiere, me comprometo a no buscarla. Pero de todas maneras no renunciaré a demostrarle que está equivocada.

—Quizá debiera usted abandonar Israel —dijo el *brig*—. Tal vez debiera retornar a su patria y olvidar este episodio.

David hizo una pausa, para medir sus palabras, antes de responder:

—No. Todo lo que me importa en la vida se halla aquí. No me iré de este país.

—Muy bien. Siempre será bien recibido en esta casa —dijo el *brig*, aceptando su decisión.

—Muchas gracias, señor —dijo David y se dirigió hacia el lugar en que había aparcado su Mercedes.

Al entrar en la casa se encaminó hacia la sala de estar. En la mesa de madera de olivo no había un solo libro, y en la pared, sobre el sofá de cuero, ya no pendía el cuadro de Ella Kadesh.

En el cuarto de baño comprobó que todos los objetos de tocador de Debra habían sido retirados del gabinete empotrado en la pared: sus frascos exóticos, pomos y potes. Incluso la ranura donde solía ella colocar su cepillo de dientes estaba vacía.

En su guardarropa no había un solo vestido y en los anaqueles ninguna prenda suya. De ella sólo persistía su perfume y la colcha de encaje color marfil.

David se sentó en la cama y, mientras acariciaba la fina labor de encaje, se sumergió en el pasado.

Sobre la almohada, debajo de la colcha, se dibujaba el duro contorno de un objeto delgado y cuadrangular. David apartó la colcha y cogió un libro verde de escasas páginas, *Este año en Je-*

*rusalén* abandonado allí a modo de obsequio de despedida. Eso fue lo único que ella le dejó.

Al parecer, la matanza de Ein Karem fue la señal para un nuevo y revitalizado brote de violencia y hostilidad en todo Oriente Medio, para una planificada intensificación de las tensiones internacionales. Las naciones árabes realizaron un aparatoso despliegue de armamentos, pagados con petróleo, y una vez más juraron que no sobreviviría un solo judío en la tierra que ellos seguían llamando Palestina.

Se consumaron brutales y despiadados ataques contra blancos inofensivos —embajadas y consulados mal protegidos— en todo el mundo, se enviaban bombas por correo y se tendían emboscadas nocturnas a autobuses escolares en zonas apartadas.

Después las provocaciones se volvieron más audaces y apuntaron directamente al corazón de Israel: invasión territorial, violación del espacio aéreo, operaciones tipo comando, bombardeos, amenazadora concentración de tropas y pertrechos a lo largo de las extensas, vulnerables y cuneiformes fronteras del minúsculo país.

Día tras día, mes tras mes, David y Joe volaban para mantenerse en forma, porque consideraban que el instinto y la reacción instantánea eran más importantes que el pensamiento consciente y la acción razonada.

En los vuelos a velocidades supersónicas, el mayor entrenamiento, en tal sentido, era lo que permitía a un grupo superar a otro. Incluso aquellos jóvenes seleccionados por sus maravillosos reflejos sólo conseguían de sus poderosas máquinas resultados positivos, en un plano en que el error se medía en centésimas de segundos, cuando alcanzaban cierto tipo de perfección extrasensorial.

La búsqueda, identificación, cercamiento y destrucción de un blanco enemigo y el posterior regreso a la base eran otros tantos motivos de preocupación, que felizmente no permitían concentrarse en los problemas y sufrimientos personales.

Sin embargo, la cólera y el dolor de David y Joe parecían duplicar sus energías. A los dos los consumía el deseo de vengarse.

Pronto fueron convocados para incorporarse a los seis grupos de ataque escogidos, a los que Flor del Desierto encargó las más delicadas misiones. Una y otra vez fueron lanzados al combate y cada vez más se hicieron acreedores a la confianza depositada en ellos por el alto mando.

David se hallaba sentado en su cabina, envuelto de pies a cabeza en su ajustado y hermético traje de alta presión y aspiraba oxígeno a través de su máscara, aunque el Mirage estaba aún posado en tierra. En el fuselaje, debajo de su cabina, había cuatro minúsculos círculos blancos, rojos y negros: los cráneos de sus enemigos.

El hecho de que Flor del Desierto hubiese resuelto mantener a la escuadrilla Bright Lance en permanente estado de alerta y con «luz roja», para actuar a gran altura en cualquier momento, implicaba una muestra de confianza por su parte.

Con los tubos de arranque ya listos para transmitir aire comprimido a los compresores e infundir vida a las grandes máquinas y con el personal de tierra siempre tendido junto a los motores, los Mirages podían ser lanzados al espacio en contados segundos.

David y Joe estaban provistos de lo necesario para sobrevivir a más de veinte mil metros de altura, donde, a causa de la escasísima presión atmosférica, la sangre de un hombre no protegido burbujearía como el champaña.

David había perdido ya la cuenta de los incómodos y fatigosos días y horas vividos en su estrecha cabina, en estado de alerta y con «luz roja». La monotonía de la espera sólo era rota por la revisión de las máquinas, que se efectuaba cada quince minutos.

—Última revisión a las once y quince... Dentro de quince minutos descenderemos —dijo David ante su micrófono.

La respiración de Joe llegó a sus oídos antes que su respuesta.

—Dos, alerta. *Beseder*.

Inmediatamente después de abandonar la cabina, cuando otro grupo asumiera la responsabilidad del estado de alerta, David se cambiaría de traje y correría diez o doce kilómetros para combatir la rigidez de sus músculos y para que el sudor borrara la sequedad de su cuerpo. Después...

Repentinamente, un crujido y una voz nueva resonaron en sus oídos:

—Grupo Rojo de Prevención... ¡Adelante! ¡Adelante!

La orden fue reiterada a través de los altavoces del búnker. El personal de tierra entró inmediatamente en acción. Cumplidas ya todas las verificaciones previas y los requisitos de rutina, David se concentró en desplazar el acelerador hacia la posición de arranque. Las toberas silbaron, demostrando que todo marchaba perfectamente. La máquina respondía bien... David puso en juego tan sólo el uno por ciento de su potencial.

Delante de él las puertas automáticas se elevaron.

—Bright Lance Dos: el líder se apresta a despegar.

—Dos, conforme —dijo Joe.

Acto seguido ascendieron ruidosamente por la rampa y se precipitaron en el espacio.

—¡Hola!, Flor del Desierto. Aquí Bright Lance, en pleno ascenso.

—*Bright Lance*, aquí el *brig*. —David no se sorprendió al saber que se hallaba a cargo del plan del alto comando. Las voces, muy personales, y el uso de los nombres de pila impedían que el enemigo interfiriera en las comunicaciones con falsos mensajes. —David, un intruso se está aproximando a gran altura y penetrará en nuestro espacio aéreo dentro de cuatro minutos, si se mantiene en su actual dirección. Según nuestros cálculos, vuela a veinticinco mil metros de altura. Puede ser perfectamente un U2 norteamericano, lo que es muy improbable, o un avión espía ruso que trata de localizar nuestros efectivos recientemente desplazados...

—*Beseder*, señor —respondió David.

—Ascenderemos velozmente para interceptar ese blanco, tan pronto se torne hostil en nuestro espacio aéreo.

—*Beseder*, señor.

—Elévese a seis mil quinientos metros, gire ciento ochenta y seis grados y acelere al máximo para ascender velozmente.

A partir de los seis mil quinientos metros de altura, David siguió volando en línea recta. En su espejo vio el Mirage de Joe muy próximo a su cola.

—Bright Lance Dos. Aquí el líder: comenzamos a correr.

—Dos conforme.

David encendió el dispositivo trasero y desplazó el acelerador al máximo, respecto del quemador posterior. El Mirage dio un brinco. David inclinó ligeramente hacia abajo el morro para tomar velocidad rápidamente. Como un rayo traspusieron fácilmente la barrera del sonido y entonces David se dispuso a actuar a una velocidad supersónica, manipulando suavemente el pequeño casquete superior de la palanca de gobierno.

Su velocidad creció rápidamente: 1-2 Mach... 1-5 Mach...

Los Mirages habían sido liberados de todo peso superfluo: no llevaban misiles suspendidos debajo ni tanques auxiliares de combustible que retardaran su desplazamiento. Su único armamento consistía en dos cañones de 30 mm.

Cómodamente siguieron superando los grados de la escala Mach y cubrieron la distancia entre Beersheba y Eilat en el tiem-

po que un peatón emplearía en recorrer una manzana de casas. Luego su velocidad quedó estabilizada en 1-9 Mach, muy cerca de la barrera térmica.

—David: aquí el *brig*. Lo seguimos al segundo. Su dirección y velocidad son correctas. Prepárese para ascender dentro de dieciséis segundos e iniciar la interceptación.

—*Beseder*, señor.

—Empiezo a contar... ocho, siete, seis... dos, uno. ¡Ya! ¡Ya!

David puso en tensión su cuerpo, y mientras dirigía hacia lo alto el morro del Mirage, abrió la boca y comenzó a chillar para contrarrestar los efectos de la gravedad. No obstante, a despecho de tales precauciones y de su traje de alta presión, el brusco cambio de dirección lo comprimió contra el asiento y su sangre se escurrió de su cabeza. Ante sus ojos todo era gris y luego no vio más que negrura.

El Mirage, sustentado en su cola, seguía volando casi al doble de la velocidad del sonido. Al recobrar su visión, David echó una ojeada al medidor G y comprobó que había sometido su cuerpo a una fuerza casi nueve veces mayor que la de la gravedad para elevarse sin perder velocidad.

Ahora, echado hacia atrás, miró el cielo desierto, en tanto la aguja de su altímetro ascendía con rapidez y su velocidad decrecía paulatinamente. Una breve ojeada le bastó para advertir que el Mirage de Joe se colocaba diestramente en posición debajo de él, ascendiendo a idéntico ritmo que su máquina.

—Líder: aquí el Dos. He entrado en contacto con el blanco —dijo Joe con voz tranquila y segura.

A pesar del esfuerzo que implicaba tan veloz ascenso, Joe, muy atareado con su amado radar, acababa de localizar al avión espía que se desplazaba mucho más arriba.

En tal maniobra, lo que ganaban en altura lo perdían en velocidad respecto del blanco: mientras más ascendían ellos, más se alejaba el enemigo.

Eran como dos flechas que, lanzadas directamente hacia lo alto por la cuerda de un arco, al llegar al límite de su capacidad de avance se detendrían un momento en el espacio, antes de ser atraídas de forma irresistible por la tierra. En aquel fugaz instante límite debían localizar y destruir al enemigo.

David, echado hacia atrás en su asiento, observó con renovado asombro cómo el cielo se volvía azul oscuro y luego, lentamente, un espacio negro acribillado por los dardos ígneos de las estrellas.

Se hallaban en el límite superior de la estratosfera, muy por encima de las más altas nubes y de los fenómenos climáticos que rigen en la tierra. Fuera de la cabina, el aire, tenue y débil, era incapaz de sustentar la vida y apenas mantenía el calor de los gases de los motores. El frío alcanzaba los 60 grados bajo cero.

Las dos máquinas, perdiendo lentamente impulso, se unieron en el punto más alto de una gran parábola. Ahora no tenían la sensación de que volaban. Por el contrario, sintieron que se deslizaban por el oscuro y tremendo océano del espacio. Muy debajo de ellos la tierra brillaba extrañamente, envuelta en un halo fantasmal.

David no tuvo tiempo de deleitarse en su contemplación porque el Mirage parecía vacilar en el aire delgado y traicionero. Sus superficies de control se desplazaban lateralmente o resbalaban, sin «morder».

Joe, concentrado en el blanco, seguía, tranquilo y atento, su carrera. Con cautela avanzaron hacia el enemigo. Balanceándose blandamente, las dos máquinas comenzaron a caer de aquellas hospitalarias alturas.

David miraba fijamente hacia delante, manteniendo hacia arriba el morro de su Mirage para no perder altura, pero el dispositivo de prevención, respecto de la velocidad mínima de vuelo, oscilaba entre el ámbar y el rojo ante él. En ese momento la máquina que mandaba se movía fuera del tiempo y la altura.

De pronto lo vio, terriblemente próximo a él en el aire enrarecido, como un fantasma sustentado en sus dos inmensas alas, o como un negro y gigantesco pez raya en el silencioso y oscuro mar espacial, delante y apenas debajo de ellos, desplazándose serena y calladamente. Su altura le infundía una falsa sensación de invulnerabilidad.

—Flor del Desierto: aquí Bright Lance. Con el intruso en mi visor. Espero su autorización para atacar. —La fría voz de David ocultaba la súbita cólera y el odio que su reciente descubrimiento despertaba en él.

—Esperamos más detalles. —El *brig* eludió una respuesta categórica, ya que implicaba una gran responsabilidad ordenar el ataque a un blanco desconocido.

—Flor del Desierto, se trata de un Ilyushin 17-11, sin mayores rasgos distintivos.

En realidad, no eran necesarios más detalles. Aquel avión sólo podía pertenecer a un país.

David se acercaba al blanco rápidamente, a la menor veloci-



dad posible. Ya estaba casi encima de la otra máquina, cuyas alas habían sido especialmente diseñadas para flotar en la tenue atmósfera de la estratosfera

—Estoy sobre el blanco —previno a Flor del Desierto—. La oportunidad de atacarlo se habrá perdido dentro de diez segundos.

El silencio zumbó en sus audífonos. Sin perder de vista el avión espía, aprestó sus cañones. Las dimensiones de aquél crecían a medida que se acercaba a él.

Súbitamente, el *brig* adoptó una resolución que quizá expondría a su país a una terrible represalia. Sin embargo, no dudó, porque sabía que las cámaras del avión espía estaban registrando muy importantes pormenores del hábil sistema estratégico ideado por su país para resistir la agresión, detalles que de lo contrario caerían muy pronto en manos del enemigo.

—David. —Su voz sonó tajante y áspera: —Aquí el *brig*. ¡Derribelo!

—*Beseder*. —David inclinó levemente el morro de su Mirage, que respondió admirablemente.

—Dos: el líder se dispone a atacar.

—De acuerdo —respondió Joe.

Tan velozmente descendió David sobre el Ilyushin, que cuando éste apareció en su visor comprendió que sólo disponía de escasos segundos para hacer fuego. De modo que apretó el gatillo, apuntando hacia el nacimiento del ala del avión espía, que inmediatamente levantó la cola como un gran pez herido por un arpón de acero.

Durante tres segundos lanzó una lluvia de proyectiles sobre el avión enemigo y observó los destellos y llamaradas que se recortaban en su densa masa negra. De pronto, todo terminó y se sintió caer bajo la panza del gigante, sin poder ofensivo ya, como la cápsula quemada de un cohete.

Joe descendió su retaguardia para proteger su retirada. En su visor apareció el avión espía pendiendo, desamarrado, con sus anchas alas desplegadas y su redondo y largo morro apuntando hacia un cielo negro tachonado de estrellas frías e indiferentes.

Nuevamente apretó el disparador. El avión enemigo se partió en medio de los brillantes relámpagos producidos por las balas de cañón. Un ala se desprendió violentamente y el resto del aparato comenzó su larga caída hacia la tierra.

—Hola, Flor del Desierto: aquí el líder del Bright Lance. Blanco destruido.

David trató de hablar con voz segura, pero sus manos tembla-

ban y una helada angustia estremecía sus entrañas, porque su odio no se había saciado con la muerte de aquel enemigo. Otra vez oprimió el botón que lo pondría en contacto con su compañero.

—Joe, uno más por Hannah —dijo. Pero ahora no hubo respuesta. Después de esperar en vano, durante varios segundos, la vibración del receptor, cerró éste y empezó a manipular su dispositivo doppler, para enviar su señal a tierra.

Joe le siguió silenciosamente a la base.

Debra había contribuido a su madurez y al afianzamiento de su personalidad. No obstante, de pronto, David reaccionó violentamente, a pesar de la presencia de Joe, que hubo de seguir actuando como auxiliar suyo incluso fuera de la base.

En consecuencia, pasaban juntos la mayor parte de su tiempo libre, porque, aunque rara vez se referían a sus respectivas pérdidas, el hecho de compartirlas los aproximaba.

Joe solía dormir en la vivienda de la calle Malik, porque su casa lo entristecía y deprimía. El *brig* casi nunca estaba allí en aquella época agitada, Debra se hallaba en otra parte y su madre, trastornada por el terrible suceso, había envejecido y decaído de tal modo, que representaba muchos más años que los que en realidad tenía. Su herida de bala se había cerrado, pero su deterioro anímico no tenía cura.

David, enloquecido por su angustia, se volcaba en la acción para olvidar. Sólo se serenaba en el espacio. En tierra siempre estaba inquieto y molesto. Joe, enorme y calmoso, a su lado, con mucho tacto lo ayudaba a sobrellevar su difícil situación, ya con una mueca alegre, ya con alguna palabra de aliento.

A raíz de la destrucción del avión espía los sirios iniciaron una campaña de provocaciones, violando con sus patrullas el espacio aéreo israelí, pero interrumpiendo brevemente tal actividad después de cada represalia. Apenas los cazas salían en su persecución huían hasta detrás de sus fronteras, rehuyendo el combate.

Dos veces percibió David en la pantalla de su radar la desvaída luz verdosa que señalaba la presencia de aquellas hostiles patrullas en sus proximidades y en ambas ocasiones se sorprendió del helado sentimiento de odio y cólera que pesaba como una roca sobre su corazón y sus pulmones, mientras guiaba a Joe contra el enemigo. Las dos veces, sin embargo, los sirios, prevenidos por su propio radar, habían girado sobre sí mismos, huyendo veloz y discretamente, como burlándose de ellos.

—*Bright Lance*. Aquí Flor del Desierto; el blanco ha dejado de ser hostil. Interrumpa el plan de ataque.

El Mig 21 sirio había cruzado la frontera de su país.

Las dos veces David respondió tranquilamente:

—Dos: aquí el líder. Plan de ataque interrumpido. Concéntrate en el radar.

Aquella táctica respondía al propósito de destruir los nervios de los defensores. La tensión en los grupos de caza se volvía insoportable por momentos. Las provocaciones estaban a punto de hacer saltar todos los diques de contención. Los incidentes a duras penas podían ser ya evitados, porque los más acalorados y vehementes estaban llevando al país al borde de la guerra. Finalmente tuvo que intervenir el alto mando. Flor del Desierto trató de contenerlos mediante órdenes estrictas. Para ello encargó al *brig* que hablara con los pilotos.

Al echar una ojeada desde su tarima a la atestada sala de los pilotos, el *brig* comprendió que no tenía sentido adiestrar a un halcón y colocarle después una capucha en la cabeza y una correa en las patas para mantenerlo sujeto a la muñeca del cetrero, mientras los patos silvestres volaban sobre ellos.

Iniciando su charla a nivel filosófico, sacó provecho de la estima que le dispensaban los jóvenes pilotos.

—El objetivo de la guerra es la paz. El principio básico de toda estrategia es la paz.

No hubo respuesta por parte de su auditorio.

El *brig* sintió sobre sí la persistente y escrutadora mirada de su hijo. ¿Cómo aplacar a un diestro guerrero que acababa de enterrar el cuerpo mutilado de su flamante esposa? Sin embargo, el general siguió adelante valientemente:

—Sólo un tonto se deja arrastrar al terreno escogido por su enemigo —y yendo directamente al grano—: No permitiré que ninguno de mis jóvenes cachorros nos coloque en una situación para la cual no estamos aún preparados. No quiero dar pretextos a nuestros enemigos, es lo que ellos buscan...

La tensión general decreció. Alguien bajó la cabeza, pensativo. A sus oídos llegó un murmullo de aprobación.

—Si alguno de ustedes quiere pelear, no tiene por qué ir a Damasco. Todos saben mi dirección —por primera vez intentó y logró reír, y al mismo tiempo, consiguió hacer reír a su auditorio—. Estamos de acuerdo, entonces, en que no queremos líos y en que refrenaremos nuestros impulsos. Pero eso no quiere decir que vamos a mantener nuestros traseros pegados a nuestras sillas. Cuan-

do llegue el momento hablaré de nuevo con ustedes y no será para decir suaves palabras ni para pedirles que ofrezcan la otra mejilla... —se oyeron muchos ásperos y graves gruñidos, en tanto concluía su discurso—. Pero tienen que esperar mi orden.

El *Delfín* se puso de pie y ocupó el lugar del *brig*.

—Aprovecharé esta ocasión en que se hallan todos aquí reunidos para comunicarles algo que sin duda enfriará a los impacientes que desean perseguir a los Mig hasta más allá de la frontera.

Acto seguido hizo una señal al ocupante de la cabina de proyección situada en el otro extremo de la habitación. Las luces se apagaron. Se oyó un rumor de pies en movimiento. Muchos tosieron. Alguien protestó, resignado:

—¡Otro espectáculo cinematográfico!

—Efectivamente —dijo el coronel, aceptando el calificativo—. ¡Otro espectáculo cinematográfico! —Y mientras aparecían las primeras imágenes en la pantalla continuó: —Éste es un filme del servicio militar de inteligencia, que muestra un nuevo tipo de misil tierra-aire, entregado por el ejército soviético a la Unión Árabe. Su nombre secreto es *Serpent* y reemplazará al actual *Sam III*. Según la información que poseemos, un sistema basado en tales misiles ha sido instalado y opera en el perímetro defensivo sirio y pronto será montado otro en Egipto. Actualmente son manejados por instructores rusos.

Mientras el coronel hablaba, el *brig*, echado hacia atrás en su silla, observaba los rostros de los pilotos, iluminados por el reflejo plateado procedente de la pantalla. Todos miraban atenta y seriamente aquellos terribles artefactos, que quizá fueran fatales para ellos.

—Dichos misiles son transportados en vehículos especiales. Aquí vemos varias fotografías aéreas de una columna en marcha. Observen que cada vehículo transporta un par de misiles, lo cual implica una enorme amenaza.

En ese momento David Morgan se inclinó hacia delante para examinar atentamente las imágenes. Al percibir su hermoso perfil el *brig* experimentó un profundo dolor y una gran simpatía por él. Sin embargo, su admiración iba ahora acompañada de un hondo respeto hacia su persona, basado en una reconsideración de juicios anteriores. El muchacho habla demostrado ser constante y capaz de abrazar un ideal y de persistir en él.

—Aunque no está probada la superioridad del *Serpent*, en lo que se refiere al diseño, creemos que es más veloz que sus simi-

lares, probablemente su velocidad alcance 2,5 Mach, y que su sistema de orientación se fundamenta en un detector térmico basado en radiaciones infrarrojas y un radar controlado con ordenadores.

Al observar aquel hermoso rostro, el *brig* se preguntó si Debra no habría evaluado erróneamente sus reservas morales... Acaso David fuera capaz de... No. El *brig* hizo un movimiento negativo con la cabeza y buscó a tientas un cigarrillo. David era demasiado joven, amaba en extremo la vida y, por otra parte, había sido estropeado por la riqueza y la idea de su belleza física. De ninguna manera sería capaz de un gran sacrificio. Debra tenía razón. Generalmente acertaba. En realidad, había reaccionado correctamente. Jamás conseguiría retenerlo. Por tanto, debía dejarle completa libertad de acción.

—Se considera que el *Serpent* es capaz de dar en blancos situados a alturas que oscilan entre quinientos y veinticinco mil metros.

Un gran temblor recorrió el auditorio al sopesar los asistentes la amenaza implícita en la nueva arma.

—Su cabeza porta una carga explosiva de un cuarto de tonelada y está provista de una espoleta de seguridad que se inflama si el proyectil pasa a menos de cincuenta metros del blanco. Dentro de esos límites, el *Serpent* es mortal.

El *brig* seguía observando a David. Hacía varios meses que David no visitaba su casa. Después del atentado, había ido a pasar la noche del sábado a su casa, con Joe, en dos ocasiones. Sin embargo, en ambas ocasiones todos se habían mostrado rígidos, evitando mencionar a Debra. Su segunda y última visita había ocurrido casi seis meses atrás.

—Nuestra táctica defensiva será la misma que la aplicada al Sam III.

—¡Roguemos y encomendémonos a Dios! —exclamó alguien provocando risas.

—...giro a máxima velocidad, hacia el misil, para cubrir la irradiación de las toberas, a fin de obligar al *Serpent* a desviarse muy por encima del blanco. Si el misil no variara de trayectoria, se elevarán ustedes en dirección al sol y realizarán un nuevo giro a máxima velocidad. En tal caso, es probable que el misil se sienta tentado a elegir como blanco la radiación infrarroja del sol...

—¿Y si ello no ocurre? —preguntó alguien.

—Entonces diremos: «Escucha, oh Israel, Dios Nuestro Señor es uno» —dijo otro irrespetuosamente.

Pero nadie festejó la antigua blasfemia.

El *brig* reguló su tiempo para encontrarse con David al salir de la sala de los pilotos.

—¿Cuándo nos visitará, David? Hace mucho que no viene por casa.

—Le ruego me disculpe. Supongo que Joe le habrá explicado los motivos.

—Sí, desde luego. Pero, ¿por qué no viene con Joe esta noche? Gracias a Dios habrá abundante comida.

—Lo siento mucho, señor, pero esta noche estaré muy ocupado —respondió inmediatamente David en un tono no demasiado convincente.

—Comprendo —dijo el *brig*, quien al llegar ante la puerta del despacho del coronel se detuvo—. Recuerde que siempre será bienvenido en casa —y le dio la espalda.

—¡Señor!

El *brig* se detuvo y se volvió para mirarlo.

David habló entonces rápidamente, casi como un culpable.

—¿Cómo está ella, señor? ¿Cómo está Debra? ¿La ha visto... recientemente?

—Se encuentra bien —dijo el *brig*, lentamente—. Tan bien como es posible que se encuentre.

—¿Me hará el favor de decirle que pregunté por ella?

—No —respondió el *brig*, haciendo caso omiso del dolor reflejado en aquellos ojos azules—. No, usted sabe que no puedo hacer tal cosa.

David asintió con la cabeza y se alejó.

Durante un momento el *brig* siguió mirándolo. Luego frunciendo el ceño entró en el despacho del coronel.

David condujo a Joe hasta donde comenzaba el sendero de Ein Karem y a continuación se dirigió hacia el sector comercial de Jerusalén Este, donde aparcó su coche ante el enorme y flamante supermercado de Melech Jorge V para efectuar las compras de fin de semana.

Mientras observaba y comparaba ante la cámara frigorífica las chuletas de cordero y los bistecs, tuvo la impresión de que alguien lo estaba mirando.

Al volver hacia arriba sus ojos vio a una mujer escultural con una gran melena rubia y rizada que se hallaba junto a la estantería, hacia el final del pasillo. Su pelo era teñido, según lo demostraban sus negras raíces. David calculó que era mayor que él. Su madurez se revelaba en la amplitud de su pecho y sus caderas y

en las minúsculas líneas que se veían en los ángulos de sus ojos. La mujer lo estaba mirando y observando de una manera tan desvergonzada y sensual que a David se le cortó la respiración. Un rápido escalofrío recorrió su espalda y lo impulsó a volver la vista hacia la carne de la nevera. Se sentía culpable y, a la vez, molesto por la traición de su cuerpo.

Hacía mucho tiempo que no experimentaba el deseo sexual. En realidad, había creído que nunca más lo experimentaría. Repentinamente tuvo ganas de arrojar el paquete de bistecs a la cámara y de marcharse. Sin embargo, permaneció como clavado en el suelo, sintiendo que se ahogaba, al tener conciencia de la presencia de la mujer a su lado; sentía el calor de su cuerpo junto a su brazo y su perfume... un aroma de flores que se confundía con la emanación almizcleña propia de la hembra sexualmente excitada.

—El bistec es muy bueno —dijo ella.

En su voz suave y dulce percibió David el mismo tono expectante característico de la suya. Al mirarla advirtió que sus ojos eran verdes. En rigor, era mayor de lo que él había supuesto. Al parecer tenía cerca de cuarenta años. Llevaba un vestido muy escotado. Su piel, entre sus pechos, parecía de *crêpe*. Éstos eran amplios y maternales. Súbitamente, David tuvo ganas de apoyar en ellos la cabeza. ¡Parecían tan suaves, cálidos y acogedores...!

—Es muy sabroso a medio asar, con setas, ajo y vino tinto —dijo ella.

—¿De veras? —preguntó él con voz ronca.

—Sí —asintió ella con la cabeza, sonriendo—. ¿Quién se lo preparará? ¿Su esposa o su madre?

—Ni una ni otra —respondió David—. Yo mismo lo cocinaré. Vivo solo.

Ella se inclinó un poco más sobre él. Su pecho rozó su brazo.

David estaba aturdido y afiebrado a causa del brandy que había comprado en el supermercado. Después de mezclarlo con cerveza de jengibre para atenuar su fuerte sabor, lo había bebido muy rápidamente.

Ahora, inclinado sobre el lavabo, en el cuarto de baño, sentía que la casa se bamboleaba y giraba a su alrededor. Sus cabellos mojados pendían sobre su frente. Al cerrar un ojo, la temblorosa imagen reflejada en el espejo se endureció y lo miró aviesamente.

—Hola, muchacho —murmuró, mientras estiraba el brazo en busca de la toalla.

Se sentía molesto porque había salpicado agua dentro de su bata. Después de arrojar la toalla sobre una silla, volvió a la sala de estar.

La mujer no estaba allí. En el sofá de cuero persistía la huella de su espalda.

Sobre la mesa de olivo había dos platos sucios. El aire estaba impregnado de humo de cigarrillo y del perfume de ella.

—¿Dónde estás? —gritó con voz áspera y trastabillando en el vano de la puerta.

—Aquí, muchacho.

David se dirigió al dormitorio. Ella estaba tendida en la cama, desnuda, rolliza y blanca, con sus enormes y suaves pechos y su abultado vientre al aire. David la miró fijamente.

—Ven, Davey.

Las ropas de ella estaban tiradas sobre el tocador. David vio un corsé gris y sucio. Su cabello rubio resaltaba en la colcha color marfil.

—Ven con tu mamá —susurró ella ásperamente, abriendo las piernas a modo de invitación.

Al verla tendida en la cama de bronce, sobre la colcha de encaje de Debra, David sintió que la cólera crecía en su pecho.

—Levántate —farfulló.

—Ven a mi lado, pequeño.

—¡Fuera de esa cama!

Su voz sonó tan iracunda que ella se sentó en la cama, un tanto alarmada.

—¿Qué te pasa, Davey?

—¡Fuera de aquí! —La voz de David se tornó más aguda. —¡Fuera de aquí, puta! ¡Lárgate!

Ahora temblaba de pies a cabeza, estaba pálido y sus azules ojos brillaban salvajemente.

Temblando de miedo, ella abandonó presurosamente el lecho. Sus grandes pechos blancos y su trasero se bamboleaban ridículamente, mientras se esforzaba por comprimirlos dentro de su corsé.

Cuando ella se fue, David se dirigió al cuarto de baño y vomitó en el lavabo. Después limpió la casa, lavó platos y cacerolas, frotó las copas hasta que relucieron, vació los ceniceros, abrió las persianas para disipar el hedor de los cigarrillos y el perfume de la mujer que acababa de irse y, finalmente, deshizo e hizo de nuevo la cama con sábanas limpias y alisó cuidadosamente la colcha de encaje.



Después de ponerse una casaca limpia y su gorro militar, se dirigió hacia la puerta de Jaffa, frente a la cual estacionó su coche.

Acto seguido echó a andar por la ciudad antigua, en dirección a la reconstruida sinagoga sefardí, situada en el barrio judío.

Bajo el alto vestíbulo de techo abovedado reinaba una honda quietud.

David permaneció largo tiempo sentado en un duro banco de madera.

Joe, sentado frente a David, estudiaba su posición en el tablero. La arruga que surcaba su frente denotaba su honda preocupación. Tres o cuatro pilotos habían acercado sus sillas a ellos para seguir las alternativas del juego. Las partidas de ajedrez en que ambos se enfrentaban solían atraer la atención general, porque resultaban memorables.

Después de perseguir a una de las torres de Joe durante seis movimientos consecutivos, David acababa de acorralarla. Dos jugadas más le bastarían para demoler su defensa y otra posterior lo obligaría a abandonar.

David hizo una mueca de superioridad cuando Joe resolvió mover uno de sus caballos.

—De nada te servirá eso, querido —dijo David, mirando apenas el caballo, mientras tomaba la torre negra con un alfil—. Mate en cinco jugadas —predijo, mientras colocaba la torre en la caja.

Pero de pronto... aunque demasiado tarde, comprobó que la teatral expresión de angustia de Joe se había transformado lentamente en una beatífica mueca burlona.

Joseph Mordecai solía recurrir a innumerables tretas para hacer caer en sus trampas a sus adversarios. Súbitamente, David miró con alarma al caballo, aparentemente inofensivo, al darse cuenta de que la entrega de la torre había sido una celada.

—¡Oh, qué infame... qué infame farsante! —gimió David.

—¡Jaque! —exclamó Joe, regodeándose en el mal ajeno, mientras realizaba un doble ataque con su caballo, que ponía en peligro a la reina de su adversario—. ¡Jaque! —insistió, exhalando un pequeño suspiro de satisfacción, mientras quitaba de en medio a la reina blanca.

Nuevamente el rey acosado hubo de huir por la única vía de escape que le quedaba.

—¡Mate! —y Joe suspiró de nuevo, mientras su reina se desplazaba desde la retaguardia para sumarse al ataque—. No en cinco jugadas, como has dicho, sino en tres.

Todos lo felicitaron, mientras hacía un guiño a David.

—¿Jugamos otra? —propuso.

David negó con la cabeza.

—Juega con alguno de estos incautos —dijo—. Yo estaré de mal humor durante una hora —y dejó libre el asiento, que enseguida fue ocupado por otra víctima impaciente, mientras Joe redistribuía las piezas sobre el tablero.

David cruzó el cuarto en dirección a la máquina de café. Su traje de piloto le impedía moverse ágilmente. Después de retirar una taza de café y de endulzarlo con cuatro cucharadas de azúcar, se sentó en el rincón más tranquilo del salón, junto a un delgado y joven *kibbutznik*, de rizados cabellos, amigo suyo, el cual estaba leyendo una gruesa novela.

—Shalom, Robert. ¿Cómo estás?

Robert gruñó, sin quitar los ojos de su libro. David sorbió su dulce café caliente. Robert se movía de continuo en su asiento y tosía ligeramente. Sumido en sus propios pensamientos, David empezó a pensar, por primera vez después de muchos meses, en su país. ¿Qué estarían haciendo Mitzi y Barney Venter? ¿Abundarían, esa temporada, los peces con cola dorada en False Bay? ¿Se hallarían en flor las proteas de las montañas del Helderberg?

Una vez más, Robert se agitó en su silla y carraspeó. Al mirarlo, David advirtió que era presa de una gran emoción: sus labios temblaban y sus ojos resplandecían.

—¿Qué estás leyendo?

Divertido, David se inclinó hacia delante para leer el título. El grabado de la cubierta le resultó instantáneamente familiar. Se trataba de un paisaje del desierto, realizado con violentos colores y un gran sentido del espacio, por un artista de honda sensibilidad. Dos figuras lejanas, un hombre y una mujer tomados de la mano, atravesaban el desierto como envueltos en un halo místico y espectral. David pensó que sólo Ella Kadesh podía pintar de esa manera.

De pronto Robert bajó el libro.

—¡Extraordinario! —dijo, con voz velada por la emoción—. Es maravilloso, quizás el libro más bello que se haya escrito.

Como presintiendo su contenido, con una extraña seguridad en tal sentido, David le quitó el volumen de las manos y leyó el título: *Un lugar propio*.

—Me lo recomendó mi hermana, que trabaja en la editorial que lo ha publicado —prosiguió Robert—. Lloró toda la noche, mientras lo leía. Es muy reciente. Salió la semana pasada. Debe

de ser el libro más importante, sobre nuestro país, escrito hasta el presente.

David apenas le escuchaba. Sus ojos estaban fijos en el nombre de la autora, inserto en pequeños caracteres, bajo el título: Debra Mordecai.

Sus dedos se deslizaron rápidamente por la satinada superficie de la cubierta y acariciaron las letras de aquel nombre.

—Tengo que leerlo —dijo suavemente.

—Te lo prestaré en cuanto lo termine —le prometió Robert.

—Necesito leerlo ahora mismo.

—¡De ninguna manera! —exclamó Robert alarmado y casi arrancándole el volumen de las manos—. ¡Esperarás hasta que llegue tu turno, camarada!

David levantó los ojos. Joe lo estaba observando desde el otro extremo del salón. David lo miró con ojos llameantes y acusadores. Joe bajó prestamente los ojos hacia el tablero. A David no le cupo ya duda de que estaba al tanto de la aparición del libro. Poniéndose de pie se dirigió hacia él para increparlo, pero en ese preciso instante una voz surgida de los altavoces resonó en el bunker:

—Todas las escuadrillas en estado de alerta.

En el tablero indicador se encendieron las lámparas rojas junto a cada nombre:

Bright Lance.

Red Lance.

Fire Lance.

David tomó su casco y se unió al tropel de pilotos que con sus trajes de vuelo ascendieron al coche eléctrico de transporte de personal, situado ya en el túnel de cemento, ante la puerta de la sala de pilotos. A duras penas logró colocarse junto a Joe.

—¿Por qué no me lo dijiste? —dijo en tono perentorio.

—Estaba a punto de hacerlo, Davey.

—Por supuesto —lo espetó David en tono sarcástico—. ¿Lo has leído?

Joe asintió con la cabeza.

—¿De qué se trata? —prosiguió David.

—No podría explicártelo. Será mejor que lo leas.

—No te preocupes —musitó David, malhumorado—. Te aseguro que lo leeré —y como en ese momento llegaban al hangar, salió fuera del vehículo y echó a andar hacia su Mirage.

Veinte minutos después se hallaban en el espacio.

Flor del Desierto les ordenó que se dirigieran velozmente ha-

cia el Mediterráneo en auxilio de un El Al Caravelle que en ese momento era atacado con cohetes por un Mig 21 J egipcio.

Apenas los Mirages se aproximaron al avión egipcio, éste se alejó rápido en dirección a la costa, buscando la protección de las baterías de misiles del ejército de su país. Los dos Mirages lo dejaron escapar y escoltaron al avión de transporte hasta Lod, antes de regresar a su base.

Sin sacarse la chaqueta de vuelo ni el mono, David se presentó en la oficina del Delfín, de quien logró un permiso de veinticuatro horas.

Diez minutos antes de que cerraran los comercios, entró a la carrera en una de las librerías de la calle Jaffa. Sobre una mesa, en medio del local, había numerosos ejemplares de *Un lugar propio*, dispuestos a modo de pirámide.

—Es un libro precioso —le dijo la vendedora, mientras lo envolvía.

Después de abrir una lata de *Goldstar* y de arrojar lejos sus zapatos, David se tendió sobre la colcha de encaje y comenzó la lectura, que sólo interrumpió para encender la luz situada sobre su cabeza y para ir en busca de otra lata de cerveza. A veces volvía hacia atrás la hoja para releer algún párrafo.

Relataba el libro la historia de él y Debra, según el argumento que ésta le había contado cierto día en una isla, frente a la Costa Brava. Toda la obra estaba impregnada de la atmósfera del lugar y del espíritu de sus habitantes. David identificó a muchos de los personajes secundarios y se rió con sus ocurrencias. Sin embargo, lo impresionó el destino final de su protagonista que, moribunda en su lecho del hospital Hadassah y con medio rostro destrozado por la bomba de un terrorista, se negaba a recibir a su novio, porque deseaba que éste la recordase como había sido antes del atentado.

Cuando llegó a la última página ya era de día. La noche había transcurrido inadvertida para él.

Abandonó el lecho con la cabeza ligera, a causa del insomnio y asombrado por la percepción de Debra, que tan claramente había captado aquella experiencia y calado en su alma, describiendo emociones que él consideraba intraducibles en palabras.

Después de bañarse, afeitarse y vestirse con ropa de calle, tomó el libro de encima de la cama, examinó nuevamente el grabado de la cubierta y buscó en la contraportada la confirmación de su sospecha. En efecto, allí decía: «Diseño de cubierta: Ella Kadesh».

A esa hora temprana la carretera se hallaba casi a su disposición. De modo que avanzó velozmente al encuentro del sol naciente. En Jericó giró hacia el norte y mientras se desplazaba a lo largo de la carretera fronteriza se acordó de Debra, sentada a su lado, cierto día, con la falda recogida en la cintura, sus largas piernas morenas extendidas y su densa cabellera oscura agitada por el viento.

El viento al estrellarse en la carrocería del Mercedes parecía susurrar en sus oídos: «Deprisa, deprisa...». El constante repiqueteo de los neumáticos lo instaba a seguir ascendiendo hacia el lago.

Después de aparcar su coche junto a la antigua muralla de los cruzados se internó en el jardín situado en la orilla.

Ella Kadesh estaba sentada ante su caballete, en el vasto patio. Sobre la cabeza tenía un enorme sombrero de paja, tan grande como una rueda de vagón, adornado con cerezas y varias plumas de avestruz, de material plástico. Su desgastado mono, rígido a causa de las manchas de pintura seca de vívidos colores que lo cubrían, semejaba la carpa de un circo.

Sin inmutarse miró hacia arriba, manteniendo en equilibrio su pincel.

—¡Hola, joven Marte! —lo saludó—. Me alegro de verlo. ¿A qué debo el honor de su presencia en esta humilde casa?

—Déjese de idioteces, Ella. Usted sabe muy bien por qué estoy aquí.

—¡Qué dulce lenguaje! —Ella estaba fingiendo. David lo comprobó al mirar sus brillantes ojos. —Es una vergüenza que de labios tan bellos surjan tan vulgares palabras. ¿Quiere beber cerveza, Davey?

—No. No he venido a beber cerveza, sino a averiguar dónde está ella.

—¿A quién se refiere?

—Vamos... He leído el libro y he visto su cubierta. Usted sabe dónde está, maldita sea. Usted sabe dónde se encuentra.

Ella lo miró fijamente y guardó silencio durante un momento. Luego, lentamente, su barroco tocado se inclinó afirmativamente.

—Sí —admitió—. Lo sé.

—Entonces dígame dónde se halla.

—No puedo decírselo, Davey. Usted y yo hicimos una promesa. Sí, sé que usted hizo una promesa en tal sentido.

De pronto toda la jactancia de David desapareció. Su cuerpo

fino y joven y su arrogante espalda parecieron doblarse. Ella lo vio perplejo, de cara al sol.

—¿Qué le parece si bebemos cerveza, Davey?

Ella se levantó de su taburete y cruzó la terraza con paso majestuoso. Poco después volvió y le ofreció un alto vaso coronado de espuma. A continuación se sentaron, codo con codo, en el extremo de la terraza, a la tibia luz del sol y al abrigo del viento.

—He estado esperándolo toda la semana —le dijo—. Desde que el libro salió a la luz... porque sabía que éste lo inflamaría. En verdad, es una obra explosiva. Incluso yo he llorado como un grifo abierto durante dos días —y trató de ocultar su tímida risita—. Seguramente usted dudará de ello.

—Este libro nos pertenece a los dos: a Debra y a mí. Nos concierne a ambos, ¿comprende? A nosotros y a nadie más.

—Sí —convino ella—. Pero eso no modifica la decisión, correcta, por otra parte, que Debra ha tomado.

—Debra ha descrito, exactamente, mis sentimientos, todo lo que sentía y sigo sintiendo... y que no soy capaz de expresar en palabras.

—Lo que usted dice tan bellamente es cierto, pero a la vez justifica su decisión.

—¿Qué importa eso? Yo la amo y ella me ama —exclamó David violentamente.

—Ella lo ha dispuesto así porque no quiere que su amor muera o se marchite —para acallar las protestas de David oprimió con inusitada fuerza su brazo—. Debra sabe que no podría avanzar a la par de usted. Escuche, David: usted es fuerte, bello y ágil. Ella trazaría su acción y, a la larga, usted la odiaría por eso.

Otra vez intentó él interrumpirla, pero Ella sacudió su brazo con su poderosa mano, sin soltarlo.

—Se sentiría usted encadenado y no podría abandonarla. Debra está en inferioridad de condiciones y sería una carga para usted. ¿Se da cuenta, David?

—Yo la necesito —refunfuñó David, obstinadamente—. Antes de conocerla estaba solo y ahora estoy nuevamente solo.

—No siempre será así. Tal vez ella haya sido una experiencia provechosa para usted. Además, las heridas espirituales, en los jóvenes, cicatrizan tan fácilmente como sus heridas corporales. Ella quiere que sea usted feliz, David. Lo ama tanto que prefiere dejarle en libertad, y hasta negar su amor.

—¡Oh, Dios mío! —gimió David—. Si pudiera verla breve-

mente. Si pudiera tocarla y hablar con ella, aunque sólo fuese unos minutos...

Ella sacudió su maciza cabeza. Sus mandíbulas temblaron de angustia.

—Debra no aprobaría sus palabras.

—¿Por qué, Ella? Explíqueme por qué. —La voz de David comenzó a elevarse de nuevo, desesperadamente.

—Desconfía de sí misma y piensa que, si lo viese, vacilaría y ocasionaría un desastre aún mayor para los dos.

Durante un momento guardaron silencio y miraron hacia lo lejos, a través del lago. Más allá de las alturas del Golán, comenzaban a elevarse las nubes, blancas y brillantes, bajo los rayos del sol invernal, pero matizadas de azul y de un tono gris difuso. Como hileras de montañas sucesivas seguían hasta el lago. David tembló al ser rozado por una brisa helada que, persiguiéndolos, quería arrojarlos de la terraza.

Después de beber el resto de su cerveza hizo girar lentamente el vaso entre los dedos.

—¿Me hará el favor de transmitirle un mensaje verbal? —dijo.

—Pienso que no...

—Por favor, Ella, dígale...

Ella asintió con la cabeza.

—Dígale que lo que afirma en su libro, respecto de mí, concuerda exactamente con mi gran amor por ella y que éste es tan inmenso que se halla por encima de cualquier obstáculo. Por último, dígale que me permita hacer la prueba.

Ella lo oyó tranquilamente. David movió sus manos como si intentara extraer del aire las palabras que lo ayudarían a convencerla.

—Dígale... —pero se detuvo y meneó la cabeza—. No. Eso es todo. Dígale, simplemente, que la amo, y que deseo verla.

—Está bien, David. Se lo diré.

—¿Me transmitirá luego la respuesta?

—¿Dónde lo encontraré?

David le dio el número de teléfono de la sala de pilotos de la base.

—Hábleme pronto, Ella. No me haga esperar mucho.

—Lo llamaré mañana por la mañana —le prometió Ella.

—Antes de las diez... Tiene que ser antes de las diez.

David se puso de pie e, inclinándose súbitamente hacia delante, besó una de sus abultadas y ásperas mejillas.

—Muchas gracias —dijo—. Usted no es mala...

—Váyase... y déjese de lisonjas. Las propias sirenas de la Odissea correrían a su encuentro si usted las llamase. —Ella aspiró ruidosamente la humedad de su nariz. —Váyase. Creo que voy a llorar y deseo estar sola.

Sus ojos siguieron a David, mientras éste se alejaba cuesta arriba por el césped, bajo las datileras. Al llegar al portón, David se detuvo y miró hacia atrás. Durante un segundo se observaron mutuamente. Luego él traspuso el portón.

Hasta los oídos de Ella llegó el zumbido del Mercedes, que ascendía lentamente por el camino. Después, al lanzarse velozmente hacia el sur por la carretera principal, el zumbido subió de tono.

Ella se levantó pesadamente de su asiento, atravesó la terraza y descendió por la escalera hacia el malecón y los edificios de piedra en que se guardaban los botes. Aquellas construcciones estaban separadas de la casa por un sector de la muralla antigua. Su lancha de motor se bamboleaba en el amarradero, agitada por el viento y el agua. Ella bajó hasta el edificio más grande y apartado.

Ya en la puerta se detuvo un momento en el vano. Las paredes interiores habían sido reparadas y pintadas de blanco. El mobiliario era simple y funcional. Las sencillas alfombras de lana que cubrían el suelo de piedra eran gruesas, ásperas y cálidas. La cama, enorme, se hallaba oculta tras una cortina en la alcoba situada junto a la chimenea.

En el otro extremo se hallaba una cocina de gas, con dos quemadores, sobre la que pendían muchas cacerolas de cobre. Una puerta, situada más allá, conducía al cuarto de baño, que Ella había hecho instalar recientemente.

La única decoración era el lienzo de Ella Kadesh, procedente de la casa de la calle Malik, que colgaba en la desnuda pared, frente a la puerta. Aquel paisaje parecía iluminar y caldear el cuarto. Debajo, una muchacha estaba sentada ante su mesa de trabajo. En ese momento la joven prestaba oídos a su propia voz, que hablaba en hebreo desde una cinta magnetofónica. Extasiada y concentrada en sí misma, miraba fijamente hacia la desnuda pared que tenía enfrente.

De pronto movió la cabeza y sonrió a causa de lo que acababa de escuchar. Luego desconectó el magnetófono y volviendo su silla giratoria hacia otro magnetófono, oprimió un botón y acercando el micrófono a sus labios comenzó a traducir del hebreo al inglés.



Ella la observaba desde la puerta con mirada emocionada.

Un editor norteamericano había adquirido los derechos para traducir al inglés *Un lugar propio*, pagándole, en calidad de anticipo, treinta mil dólares por el texto original y cinco mil dólares por la traducción, ya casi terminada.

Desde donde se encontraba, Ella veía claramente la cicatriz que Debra tenía en una de sus sienes: una brillante mancha blanca, un tanto rosada, sobre el fondo bronceado de su tez... un hoyuelo semejante a la silueta de una gaviota en pleno vuelo dibujada por un niño, o una V no mayor que un copo de nieve, que la embellecía como un lunar postizo. En suma, un diminuto foco del que parecían surgir sus rasgos definidos y regulares. Debra no la ocultaba. Por el contrario, solía peinar hacia atrás sus cabellos y sujetarlos en la nuca con una tira de cuero. No usaba colorete y su cutis parecía lozano y ardiente, suave y aterciopelado.

Pese a su amplio suéter de pescador y a sus pantalones de lana, se advertía que su cuerpo era elástico y delgado, porque nadaba todos los días, incluso cuando soplaban las ráfagas del viento helado del Norte.

Ella se acercó calladamente al escritorio observando atentamente, como de costumbre, los ojos de Debra. Algún día trasladaría al lienzo su expresión. No había en ellos señal alguna de deterioro, nada que hiciera presumir que no veían. Más bien parecía que miraban tranquila y hondamente y que todo lo veían y penetraban. Trascendía de sus ojos una serenidad casi mítica, una profunda sabiduría que provocaba en Ella una gran desazón. Terminada la grabación, desconectó el micrófono y volvió a hablar, sin girar la cabeza.

—¿Eres tú, Ella?

—¿Cómo sabes que estoy aquí? —preguntó, asombrada.

—Porque el aire se agitó cuando entraste... y por el olor.

—Sin duda soy tan grande como para provocar un ventarrón, pero ¿huelo tan mal? —protestó Ella, riendo entre dientes.

—Hueles a trementina, a ajo y a cerveza —respondió Debra olfateando el aire y riéndose con ella.

—Estuve pintando. Después corté ajos para el asado y bebí cerveza con un amigo —dijo ella, dejándose caer en una silla—. ¿Cómo va el libro?

—Ya está casi terminado. Mañana podrá ser entregado a la mecanógrafa. ¿Quieres café?

Debra se incorporó y se dirigió hacia la cocina; Ella no se atrevió a ayudarla, aunque apretaba los dientes cada vez que la

veía junto al fuego y el agua caliente. Debra era en extremo independiente y quería vivir sin la ayuda ni la compasión de nadie.

El cuarto se hallaba en perfecto orden. Todas las cosas estaban dispuestas de modo que Debra pudiera echar mano de ellas fácilmente. De manera que se movía en su pequeño mundo con toda comodidad: realizaba las tareas domésticas que le atañían directamente, preparaba sus comidas y bebidas, trabajaba asiduamente en su obra y pagaba lo que le correspondía en concepto de gastos personales.

Una vez por semana se presentaba el chofer de su editor de Jerusalén para retirar sus cintas magnetofónicas, y sus textos y correspondencia eran mecanografiados. También una vez por semana se dirigía con Ella, en la lancha de motor, a Tiberíades, para hacer compras en las tiendas y nadaba una hora al día, arrojándose al agua desde el espigón.

Con frecuencia iba a buscarla en su lancha un viejo pescador del que se había hecho amiga y pescaba para sí misma, alternándose con él en la tarea de remar.

Más allá del espigón y del prado, en el castillo del cruzado, siempre contaba con la compañía de Ella, una inteligente conversadora. Además, en su pequeño y tranquilo *cottage* podía trabajar horas y horas sin que nadie la molestase. Sin embargo, de noche, en la terrible soledad de su cuarto, bañaba su fría almohada en amargas lágrimas que nadie conocía.

Debra colocó un tazón de café junto al asiento de Ella y fue a sentarse con el suyo ante su mesa de trabajo.

—Ahora espero que me aclares por qué te agitas tanto en tu asiento y tamborileas con los dedos en el brazo del sillón —y sonrió en dirección de Ella, presintiendo su sorpresa—. Sé que te mueres por decirme algo.

—Así es, querida —dijo Ella, tras una pausa—. Así es... —y, aspirando profundamente, añadió—: Como suponíamos, ha venido a visitarme.

Debra colocó su tazón sobre la mesa con mano firme y rostro imperturbable.

—Pero no he dicho dónde te encuentras.

—¿Cómo está? ¿Qué aspecto tiene?

—Está más delgado. Ha adelgazado un poco, según me pareció, y lo vi más pálido que en mi encuentro anterior. Sin embargo, le sienta bien y sigo pensando que es el hombre más hermoso que he visto en mi vida.

—Su pelo... —inquirió Debra—, ¿se lo ha dejado crecer?

—Sí... creo que sí. Es suave, oscuro y tupido en torno de sus orejas y rizado en la nuca.

Debra hizo un movimiento de aprobación con la cabeza y sonrió.

—Me alegro de que no se lo haya cortado —durante un momento volvieron a guardar silencio. Luego Debra preguntó casi tímidamente: —¿Qué ha dicho? ¿Deseaba algo?

—Me ha pedido que te transmitiera un mensaje.

—¿De qué se trata?

Ella repitió exactamente lo que David le había dicho. Cuando terminó, Debra volvió la cabeza hacia lo alto del muro, por encima de su escritorio.

—Por favor, Ella, ahora vete. Necesito estar sola.

—Él me pidió que le comunicara tu respuesta y yo me comprometí a transmitírsela mañana por la mañana.

—Más tarde iré a verte, pero ahora te ruego que me dejes sola.

Ella vio deslizarse una gota brillante por la bronceada, curva y suave mejilla de Debra.

Como una montaña, se desplazó entonces fuera de su asiento y, poniéndose de pie, se dirigió hacia la puerta. Aunque oyó sollozar a sus espaldas a la muchacha, no se volvió.

Después de atravesar el espigón de piedra, ascendió a la terraza. Allí se sentó ante su caballete, cogió el pincel y comenzó a dar iracundas, amplias y ásperas pinceladas en el lienzo.

\* \* \*

Sudoroso a causa de su ceñido y brillante traje de alta presión, David aguardaba ansiosamente junto al teléfono. De vez en cuando echaba una ojeada al reloj del salón de pilotos.

Él y Joe entrarían en el servicio de guardia de prevención de ataques a gran altura a las diez, o sea, diez minutos más tarde. Sin embargo, Ella aún no le había telefoneado.

David se hallaba terriblemente deprimido y su corazón reboaba de desesperación y cólera. Ella se había comprometido a llamarlo antes de las diez.

—Vamos, Davey —lo llamó Joe desde la puerta.

David se puso de pie y siguió a Joe hasta el coche eléctrico. En el momento en que se sentaba junto a Joe oyó sonar la campanilla del teléfono de la sala de pilotos.

—¡Pare! —le dijo al conductor.

Robert, que había acudido al teléfono, le hizo una seña desde detrás del panel de cristal.

—Es para ti, Davey —le dijo, y regresó corriendo a la sala de pilotos.

—Lo siento, David. —La voz de Ella sonó borrosa y lejana. —He intentado llamarle antes, pero la central telefónica...

—Está bien, está bien... —la interrumpió David, que seguía irritado—. ¿Ha hablado con ella?

—Sí, Davey. Sí. Le transmití su mensaje.

—¿Y cuál fue su respuesta? —preguntó él imperiosamente.

—No hubo respuesta.

—¿Qué demonios está usted diciendo? Ella tiene que haber respondido algo.

—Pues bien... —vaciló Ella—. He aquí sus palabras textuales: «Los muertos no pueden hablar con los vivos. Para David yo he muerto hace un año».

David sostuvo el auricular con ambas manos. Sin embargo, éste siguió temblando.

Después de un breve silencio, ella prosiguió:

—¿Me escucha?

—Sí —susurró él—. La escucho.

Se produjo un nuevo silencio que, al fin, rompió David:

—De modo que le dijo eso...

—Sí. Lo siento, Davey.

Joe asomó la cabeza por el vano.

—Eh, David. Corta de una vez. Ya es hora de partir.

—Tengo que cortar, Ella. Muchas gracias por todo.

—Adiós, David —respondió Ella.

A pesar de lo mal que se oía aquel teléfono, David advirtió un dejo de compasión en su voz, que acrecentó su cólera, en tanto se dirigía, junto a Joe, al *bunker* de los Mirages.

Por primera vez se sintió incómodo en la cabina de su avión e inquieto, sudoroso e irritado como si hubiese caído en una trampa. Después le pareció que transcurrían horas y no quince minutos entre uno y otro control de máquina.

Sus auxiliares terrestres estaban jugando al despiste sobre el suelo de cemento. Sus risas y bromas lo hacían odiar la dicha ajena.

—¡Tubby! —vociferó en su micrófono.

Los altavoces situados en lo alto repitieron el nombre. El jefe de ingenieros de su escuadrilla, un joven regordete y serio, trepó velozmente junto a su cabina y lo miró ansiosamente a través del techo de aquella.

—La pantalla está llena de polvo —le espetó David—. ¿Cómo demonios voy a localizar a un Mig en una pantalla sobre la que has tomado tu maldito desayuno?

El motivo de su disgusto era una partícula de carbón que apenas deslucía la reluciente pantalla de la cabina. Tubby en persona había supervisado la limpieza y pulido la pantalla. Sin duda, aquella minúscula mota había sido depositada allí por el viento después de su inspección. Tubby quitó con sumo cuidado la sacrílega partícula y sacó brillo con un trozo de gamuza en el lugar donde aquélla había estado.

La reprimenda, pública e injusta, no correspondía a las maneras habituales de Davey. Pero todos la atribuyeron al nerviosismo propio del estado de alerta. Además, en tales circunstancias era fácil que un piloto confundiera la menor mota de polvo con un Mirage agresor.

—Así está mejor —dijo David frunciendo el ceño y consciente de que se había mostrado excesivamente severo.

Tubby hizo una mueca y saludándolo con el brazo en alto, descendió del avión.

En ese preciso instante David oyó un clic en sus audífonos y enseguida sonó la inconfundible voz del *brig*.

—Grupo de Prevención... ¡Adelante!

Lograda ya la temperatura necesaria y proyectado hacia lo alto por la fuerza impulsora de los quemadores, gritó David:

—¡Hola, Flor del Desierto! La *Bright Lance* elevándose en el espacio.

—¡Hola, David! Aquí el *brig*. Estamos a punto de localizar a un grupo intruso en nuestro espacio aéreo. Creo que se trata de varios aviones sirios de hostigamiento. Se encuentran sobre nuestra frontera y vuelan a ocho mil seiscientos metros de altura. Dentro de tres minutos se volverán hostiles. Aplicaremos el Plan de Ataque Gideon. Su nueva trayectoria es cuarenta y dos grados. Debe usted mantenerse alerta.

David preparó sus cañones e inclinó hacia abajo el morro del Mirage. El Plan Gideon consistía en volar a baja altura para que los ruidos terrestres confundieran al radar enemigo, mientras se aprestaban a situarse en una línea vectorial de ataque, sobre y detrás del blanco.

Descendiendo a escasa distancia de tierra comenzaron a subir y bajar, siguiendo el curso de las onduladas colinas. Tan bajo volaban que los rebaños de negras ovejas persas se dispersaban al zumbir sus máquinas sobre ellos, hacia el Este, en dirección al Jordán.

—¡Hola, *Bright Lance*! Aquí Flor del Desierto: no podemos localizarlo.

«¡Magnífico!», pensó David. «Eso quiere decir que el enemigo tampoco nos ve.»

—El enemigo se muestra hostil ahora, en el sector... —el *brig* le dio las coordenadas—. Busquen su propio contacto.

Casi inmediatamente oyó David la voz de Joe:

—Jefe, aquí el Dos. Estoy en contacto.

David bajó los ojos y observó la pantalla de su radar. Acto seguido manipuló su detector, de acuerdo con el alcance y rumbo señalados por Joe. Se trataba de una peligrosa distracción, volando, como lo hacía en ese momento, a cero pies y a una velocidad mucho menor que la del sonido y con su pantalla de radar en blanco.

Pasaron muchos segundos antes que David viera surgir una luz leve y difusa en el extremo de su dispositivo.

—Contacto firme. Trayectoria prevista. Altitud, ocho mil seiscientos metros. Alcance, cerca de nueve coma seis millas marinas.

David empezó a sentir el familiar hormigueo de su cólera y su odio, semejante al frío contacto de una gran serpiente que estuviese desenrollándose en sus entrañas.

—*Beseder*, Dos. Hacia el blanco y a velocidad apropiada para interceptarlo.

Ahora volaban a velocidad supersónica. David miró hacia lo alto, en dirección a las crestas de los cúmulos que se elevaban desde los sólidos bancos de cumulonimbos situados mucho más abajo. Aquellas elevaciones plateadas y celestes parecían maravillosas esculturas que desafiaban a la imaginación: torres y torreones almenados y esmaltados; héroes altivos o cabizbajos, a causa de alguna desgracia, encabritados caballos de ajedrez; una enorme jauría de lobos lanudos y muchos otros fantásticos animales y, en las profundas brechas intermedias, refulgentes arco iris que entrelazaban las distintas figuras. Había varios centenares de ellos, verdaderas explosiones de color, que giraban y avanzaban a través del espacio, descollando majestuosamente sobre todo lo demás. Más arriba, el cielo, de un matiz azul oscuro que parecía artificial. Cirrocúmulos, tenues y estriados, lo moteaban de gris. El sol arrancaba destellos a los dos veloces aviones de guerra. El blanco no daba aún señales de vida, pero indudablemente se hallaba tras la masa de nubes. David volvió a observar la pantalla de radar, cuyo radio de acción había reducido para

concentrarse en la búsqueda del blanco. Mientras se aproximaban velozmente a éste podía evaluar cada vez más exactamente sus posiciones relativas.

El blanco volaba paralelamente a ellos, a su derecha y a veinte millas de distancia y a un poco más de la mitad de la velocidad desarrollada por los Mirages. El sol, muy próximo a su cenit, se elevaba detrás del blanco. David calculó con precisión su trayectoria para situarse en una línea vectorial de ataque, sobre y a la derecha del blanco.

—Girando a estribor —previno a Joe.

Ambos viraron simultáneamente, colocándose a retaguardia del blanco, de cara al sol. Joe fijó la orientación y el derrotero y el tren de marcha, similar al de una patrulla lenta. Nada indicaba que el blanco hubiese advertido la presencia, a su retaguardia y mucho más abajo, de sus perseguidores.

—Dos, aquí el jefe. Arma tus circuitos.

Sin apartar sus ojos de la pantalla de radar, David oprimió el botón principal del panel correspondiente a los proyectiles.

Al poner a prueba los misiles aire-aire que pendían en los extremos de las alas oyó inmediatamente, a través de sus audífonos, un suave sonido electrónico, indicador de que aquellos «dormían», por no haber detectado aún ninguna fuente de rayos infrarrojos capaz de activarlos. En el momento en que se produjera la activación, acrecentaría el volumen y velocidad del sonido en sus audífonos, hasta convertirse en una serie de gruñidos expectantes, similares a los de una jauría de perros de caza. David bajó su volumen para que no le ensordecieran.

Acto seguido, echó un vistazo al botón correspondiente a los dos cañones gemelos de 30 mm que aguardaban en sus compartimientos situados exactamente debajo de su asiento. El disparador saltó fuera de su escondite, en el extremo superior de la palanca de mando. David extendió la mano y lo rodeó con el dedo índice para familiarizarse con él.

—Dos, aquí el jefe. Comienza a visualizar.

Ello implicaba que Joe debía concentrarse en su radar para guiarle con datos direccionales.

—El blanco está a las diez arriba. Las cifras de alcance son de dos coma siete millas marinas.

David escudriñó con atención las superpuestas y enceguecedoras murallas blancas y luego miró hacia abajo, en busca de algún punto de referencia terrestre o algún pináculo, entre las nubes, que le permitiera concentrar la vista en un punto lejano para

limpiar los puntos ciegos de sus ojos. De lo contrario, los cazadores serían cazados.

De pronto los vio. Súbitamente, desde detrás de una nube alta surgieron los cinco, destacándose en su blancura como minúsculas pulgas sobre una sábana inmaculada. En ese preciso instante Joe volvió a especificar la distancia:

—Cifras de alcance: uno coma tres millas marinas.

Pero los blancos se recortaban tan nítidamente en el espacio, que David distinguía ya claramente sus siluetas de dardos con forma de deltas y los altos estabilizadores de cola característicos de los Mig 21 J.

—Ya los he visualizado —le dijo a Joe—. Son cinco Mig 21 J.

Su tono fue neutro y frío, pero falso, porque en realidad su cólera tenía ahora en qué descargarse. Por lo demás, ya no era ésta una cosa vaga e incolora, ni un sentimiento oscuro y doloroso, sino algo afilado, frío y cortante como la hoja de un estoque.

—El blanco sigue siendo hostil.

Joe confirmó que se hallaban sobre territorio israelí. Pero su tono no fue tan contenido como el de David. Su aspereza le dio a entender a éste que Joe compartía su sorda cólera.

Quince segundos tardaron en completar su giro en la retaguardia del enemigo. David observó sus posiciones relativas y comprobó que, hasta ese momento, su maniobra era perfecta. La formación enemiga seguía marchando tranquilamente, sin la menor idea de que alguien volaba por debajo de ellos y ascendía rápidamente, hacia el sol, por el punto ciego en que el radar de proa no podía detectarlos.

Una vez allí, David, a velocidad de ataque, se elevaría verticalmente hasta situarse a mayor altura y con más posibilidades tácticas que el enemigo. Mirando hacia delante, David advirtió que el azar le ofrecía una gran oportunidad. Una de las enormes masas de nubes con forma de torre le permitiría ascender, sin ser visto, hacia el sol. De modo que le serviría de cortina, como los rebaños de bueyes domésticos a los cazadores boers que se ocultaban tras aquéllos, para acechar a los búfalos salvajes.

—El blanco gira ahora hacia la derecha —lo previno Joe.

Los Mig se alejaban en la dirección señalada, o sea, hacia la frontera siria. Después de completar su maniobra burlesca, haciendo ostentación de los colores del Islam en las barbas del infiel, se apresuraban a ponerse a salvo.



David sintió que una cólera, cada vez más aguda y helada, conmovía sus entrañas. Haciendo un esfuerzo aguardó varios segundos antes de iniciar el ascenso. En el momento decisivo gritó a Joe, con voz siempre inexpresiva y carente de pasión:

—Dos, aquí el jefe. Comienza el ascenso.

—Dos, de acuerdo.

David se apoyó en los controles y ascendió tan vertiginosamente que le pareció que le arrancaban las tripas.

Casi inmediatamente Flor del Desierto captó su presencia en su radar, al alejarse ellos de la barahúnda terrestre.

—Hola. Atención, las dos unidades *Bright Lance*. Ahora estamos sobre su pista. Confirman si son amigos o enemigos.

David y Joe descansaban sobre sus espaldas, mientras ascendían verticalmente. Pero al oír la orden accionaron violentamente sus dispositivos IFF (*Identification Friend of Foe*: Identificación: Amigo o Enemigo). A través de dicho dispositivo un brillante halo contornearía sus imágenes en el receptor del comandante, aunque estuviesen enzarzados en violenta lucha con el enemigo.

—*Beseder*. Los estamos captando a través del IFF —dijo el brig.

Los dos aviones se precipitaron en la nube con forma de columna y se elevaron verticalmente a través de ella. Los ojos de David se dirigían velozmente de los mandos del piloto automático a la pantalla de radar, en la que las siluetas de sus enemigos aparecían duras y brillantes, tan nítidamente, que podía distinguirlos uno a uno.

—El blanco acrecienta su velocidad y gira en forma cerrada hacia la derecha —dijo Joe.

David, que trató de compensar aquella maniobra del enemigo, estaba seguro de que éste no había detectado aún su presencia y de que su giro había sido puramente casual. Una nueva ojeada al radar le permitió comprobar que había alcanzado la altura ideal. Se hallaba a cuatro kilómetros de distancia, sobre el enemigo, con el sol a sus espaldas, o sea, en la posición más ventajosa posible.

—Virando para cumplir la última etapa previa al ataque —alertó a Joe y ambos comenzaron a poner manos a la obra: la acción decisiva que los lanzaría como a dos cohetes al espacio.

El blanco se hallaba exactamente delante de ellos. El visor se iluminó y su luz se reflejó débilmente en la pantalla de David. Los misiles laterales comenzaron a captar las primeras emanaciones

de rayos infrarrojos, débiles aún, procedentes de sus víctimas y a gruñir suavemente en los audífonos de David.

Todavía cegados por la densa nube gris que atravesaban velozmente dieron de pronto con el cielo azul completamente despejado.

Delante y debajo de ellos se abría una honda depresión espacial, un valle flanqueado por altas cordilleras de nubes y, más abajo, muy próximos, los cinco Mig, bañados por el sol, lanzaban destellos plateados, como cinco bonitos juguetes. Sus marcas rojas, blancas y verdes parecían alegres y llamativas, las formas geoméricamente acordadas de sus alas y colas se equilibraban armoniosamente y las tomas de las toberas, semejantes a las bocas de otros tantos tiburones, parecían boquear al aspirar el aire.

Los cinco aviones formaban una V un tanto libre. Dos se mantenían a retaguardia, uno a cada lado del líder. En los escasos segundos de que dispuso para observarlos, David los identificó perfectamente. Los cuatro aviones laterales eran sirios. Una indefinible sensación de desaliño y torpeza trascendía de ellos y daban la impresión de que eran manejados por novatos carentes de confianza en sí mismos y de destreza profesional. Eran, pues, unos blancos débiles y fáciles.

Sin embargo, aunque no hubiese ostentado tres círculos rojos en su fuselaje, hubiera sido fácil identificar al avión líder como perteneciente a un instructor ruso, a algún astuto veterano con sangre de halcón, duro, sagaz y peligroso como una iracunda y negra mamba.

—Ataca a los dos aviones de la izquierda —ordenó David a Joe, reservándose para sí el Mig líder y las dos máquinas de la derecha.

Los misiles gruñeron ansiosamente en los audífonos de David: ya habían husmeado las veloces masas de gas que se desplazaban debajo y ululaban ansiosos por destruir.

David se puso en contacto con el mando.

—Hola, Flor del Desierto. Aquí *Bright Lance*, frente al blanco. Estoy esperando órdenes estrictas de ese mando para atacar.

La respuesta llegó casi instantáneamente:

—David, aquí el *brig*. Suspenda ataque —el tono era imperativo, apremiante—. Repito: aléjese del blanco. Ya no es hostil. Plan anulado.

Molesto por la orden, David echó una ojeada a la profunda brecha espacial entre las nubes y advirtió a sus espaldas el largo y pardo valle del Jordán. Al cruzar determinada línea terres-

tre, ellos, los que se defendían, se convirtieron en agresores. No obstante, siguieron acercándose al blanco velozmente. Ahora se trataba de una mera fanfarronada contra un enemigo desprevenido.

«Los atacaremos» resolvió David, movido por un frío desig-  
nio. Cortando su comunicación con el comando, le dijo a Joe:

—Dos, aquí el jefe. Atacaremos.

—¡No! ¡Repito que no! —exclamó Joe enseguida—. El blanco  
ya no es hostil.

—¡Acuérdate de Hannah y acata mi orden! —gritó David.

A continuación colocó su mano sobre el timón de la izquier-  
da y desvió su máquina levemente hasta que el Mig más cercano  
apareció en sus visores. A medida que se aproximaba silbando  
agudamente al blanco, éste se agrandaba como un globo que se  
infla.

Después de un largo y dramático silencio, llegó a sus oídos la  
voz ronca y estrangulada de Joe:

—Dos, conforme.

—Mata, Joe, mata —chilló David, mientras su dedo vencía la  
resistencia del resorte del disparador.

Acto seguido oyó un suave y doble silbido, apenas discerni-  
ble en medio del estruendo del jet. Desde los extremos de las alas,  
los misiles liberados iniciaron su marcha sinuosa e irregular, en  
tanto se orientaban hacia sus respectivos blancos, dejando una  
oscura estela de vapor mas allá, delante de David.

De pronto los Mig advirtieron su presencia y al oír el grito de  
su jefe se dispersaron como un banco de sardinas, veloces y pla-  
teadas, al ser atacado por una picuda.

El avión sirio más retrasado avanzaba muy lentamente. De  
modo que apenas inició la fuga fue rozado en la cola por uno de  
los misiles que, siguiéndolo en su giro, se unió a él en un mortal  
abrazo.

La onda expansiva sacudió la máquina de David. No obstan-  
te, su estruendo fue absorbido por otro más potente cuando el  
Mig, envuelto en la nube verdosa producida por el impacto, se  
hizo mil pedazos. Una de sus alas se elevó velozmente, girando  
sobre sí misma y una nube de humo, con forma de flor, se des-  
plazó velozmente al costado de David.

El segundo misil escogió el aparato que ostentaba círculos ro-  
jos, o sea, el del jefe del grupo, pero el piloto ruso, reaccionando  
rápidamente, viró en forma tan cerrada que el misil pasó de lar-  
go, sobre él, y desorientado no logró seguirlo en su giro. Mientras

se lanzaba en persecución del ruso, David vio que el misil se desintegraba en medio de una nube verdosa, en el otro extremo del valle de nubes.

El piloto ruso inició un arriesgado giro hacia la derecha, seguido por David. Mirándole a través del círculo imaginario que los separaba, David observó cada detalle de la máquina enemiga: el casco escarlata del piloto, los llamativos círculos del fuselaje, los garabatos árabes que lo identificaban e incluso cada uno de los remaches que sujetaban la reluciente envoltura metálica del Mig.

David impulsó hacia atrás con todas sus fuerzas la palanca de dirección, porque la gravedad contraía la carga de los controles y se oponía a sus esfuerzos para transmitir más peso al Mirage. De fracasar en su intento las propias alas se desprenderían del fuselaje.

Por otra parte, la gravedad lo perturbaba a él mismo, aspirando insidiosamente la sangre de su cabeza. De modo que su visión se oscureció, el llamativo color del casco del piloto enemigo se fue apagando hasta convertirse en un borroso matiz pardo y David se sintió comprimido contra su asiento.

En torno de su cintura y sus piernas su traje de vuelo fue acentuando su presión tan brutalmente como una hambrienta pitón y comenzó a impedir la libre circulación de su sangre a partir de la parte superior de su torso.

Con todos los músculos en tensión, David trató de contrarrestar aquella especie de succión de su sangre y dirigió su Mirage hacia lo alto, moviéndose a la manera de un yo-yo desde un imaginario carrete. Como un motociclista sobre «el muro de la muerte», se remontó a gran altura, tratando de aventajar una vez más a su adversario.

El campo de su visión se redujo hasta volverse gris y quedó circunscrito al interior de la cabina. Clavado en su asiento, tenía la boca abierta, en tanto sus párpados intentaban cerrarse. Su mano derecha debía hacer un hercúleo esfuerzo para mantenerse en contacto con la palanca de control.

En un extremo de su campo visual el indicador de la velocidad mínima de vuelo le hizo un guiño como un pequeño ojo, cambiando del ámbar al rojo y previniéndole así que se hallaba al borde de una catástrofe, cortejando al desastre, al acercarse al límite mínimo de velocidad supersónica.

David llenó de aire sus pulmones, gritó con todas sus fuerzas y oyó repercutir su propia voz, a través de la niebla gris que lo

rodeaba. Mediante ese esfuerzo logró regar con un poco de sangre oscura su cerebro. Su visión se aclaró brevemente, lo indispensable para permitirle advertir que el Mig, anticipándose a su «maniobra yo-yo», se había elevado hasta muy cerca de él, ascendiendo ahora por el «muro de la muerte», junto a su flanco desguarnecido.

No le quedaba a David otra opción que la de huir de aquella situación antes de que los cañones del Mig apuntaran directamente hacia él. Girando rápidamente hacia la izquierda ascendió verticalmente. Sus quemadores, todavía rugiendo al máximo de su poder, consumían vorazmente el combustible y ponían un límite a sus desesperados esfuerzos.

Graciosa y ágilmente, como una danzarina de ballet, el ruso lo siguió fuera del círculo y se aprestó a acompañarlo en su próxima maniobra. En su espejo posterior, David lo vio situarse en posición de ataque. Entonces viró nuevamente fuera del círculo y ascendió verticalmente, rompiendo el cerco de su adversario, mediante su rápido giro.

Giros y balanceos, virajes y más virajes, para salvar la vida. Mientras los realizaba, David comprobó que no se había equivocado al juzgar al ruso. Se trataba de un oponente muy peligroso, rápido y duro que, anticipándose a cada una de sus vueltas y revueltas, volaba siempre tan próximo a él, que parecía que lo iba a rozar de un momento a otro.

Vueltas y más vueltas... trazando grandes parábolas, cada vez más arriba... girando de nuevo, mientras de los extremos de sus alas surgían estelas giratorias de vapor, que dibujaban sedosos arabescos en el duro azul del cielo.

A David le dolían los hombros y los brazos de tanto luchar contra los controles de amortiguación y la gravedad. Se sentía enfermo, a causa del drenaje sanguíneo y la carencia de adrenalina en su sistema. Su fría iracundia combativa fue convirtiéndose paulatinamente en una helada desesperación, ya que cada maniobra suya para descolocar al ruso era neutralizada por éste, y las fauces del Mig, semejantes a las de un tiburón, colgaban y vibraban siempre junto a su hombro o su vientre. Toda la pericia y las dotes naturales de David como piloto eran contrarrestadas por el arsenal de recursos combativos de su experimentado rival.

En cierto momento en que volaban ala con ala, David echó una ojeada hacia afuera y vio nítidamente el rostro del hombre, exactamente su frente y sus ojos, sobre su máscara de oxígeno.

Su piel era blanca como un hueso y sus ojos, muy hundidos, semejaban las órbitas vacías de una calavera.

Inmediatamente, David prosiguió girando y serpenteando, luchando contra la gravedad y gritando, para escabullirse de las garras del miedo.

Luego giró a medias fuera del círculo, pero enseguida invirtió el sentido de su marcha, sin conciencia de lo que hacía. El Mirage se estremeció en señal de protesta y perdió velocidad. Al advertir su maniobra el ruso se precipitó desde arriba sobre él, por su flanco derecho. David entonces impulsó con todas sus fuerzas hacia delante la palanca de mando y dio un recio puntapié al timón de la izquierda. El Mirage descendió en tirabuzón. La sangre que la fuerza de la gravedad había alejado, como succionándola, de su cabeza, retornaba ahora a ésta, a través de su cuerpo, irrigándola totalmente y transmitiendo a su visión un brillo rojizo. Ello se debía al sentido inverso de la fuente de gravedad. Una de las venas de su nariz estalló bajo la presión creciente y súbitamente su máscara de oxígeno se llenó de tal modo de sangre caliente que sintió que se ahogaba.

El ruso le siguió en picada y luego en su nueva maniobra.

David sentía el metálico sabor salobre de la sangre en su boca, mientras gritaba y tiraba violentamente la palanca de gobierno. El morro del avión apuntó hacia arriba, iniciando un nuevo ascenso y otra vez la sangre se alejó de su cabeza, pasando del rojo al negro en una fracción de segundo. De pronto vio al ruso dispuesto a seguir el juego. Pero al llegar al punto culminante de su ascenso, David se lo quitó de encima mediante un veloz giro que sorprendió al ruso, el cual, al retrasarse una centésima de segundo en sus cálculos, apareció súbitamente bamboleándose torpemente en el visor de David. Era casi imposible errar aquel blanco. El fuego del cañón salpicó salvajemente el cielo, como el agua de una manguera el césped de un jardín. El Mig permaneció en los visores de David tal vez una décima de segundo, pero en ese brevísimo lapso David percibió un relámpago, un brillante parpadeo bajo el techo de la cabina de su piloto. A continuación, David giró sobre sí mismo y describió una veloz curva. El avión ruso se mantenía en la brecha, pero perdía espacio en su vacilante marcha y dejaba tras de sí un reguero de blanco vapor, procedente de la cabina del piloto.

«He dado en el blanco», pensó David, eufórico. Su miedo se transformó de nuevo en cólera, en un odio feroz y triunfal. Nuevamente se elevó mediante otra maniobra tipo «yo-yo». Esta vez

el Mig no pudo oponer resistencia. Ya en el límite tope de su ascenso, David giró hacia un costado. El avión ruso apareció entonces en el centro de su mira.

David hizo fuego instantáneamente. Sus bombas incendiarias dibujaron un festón en el aire y luego estallaron en innumerables estrellas fatídicas contra el plateado fuselaje del Mig.

El ruso interrumpió su giro, inició una suave caída en picada y siguió volando en línea recta, sin tratar de eludirlo, quizás a causa del deterioro de sus controles. David se colocó a su retaguardia y le apuntó.

Una nueva descarga dio en el Mig, que comenzó a desintegrarse. Pequeños trozos inidentificables del aparato tocado pasaron a gran velocidad cerca de David. No obstante, el ruso siguió firme.

Después de otro disparo de David, el morro del Mig se inclinó hasta situarse verticalmente, en dirección de la tierra. Todavía con gran poder se desplazó velozmente hacia abajo como una plateada jabalina. Si se lanzaba en su persecución, David correría el riesgo de perder sus propias alas. De modo que, desviándose, observó al aparato ruso, que volaba hacia tierra a una velocidad sin duda superior a 2 Mach. Por último, aquél estalló como una bomba levantando una tremenda columna de polvo y humo, que durante muchos segundos se mantuvo inmóvil sobre la plana planicie siria.

David apagó sus quemadores y verificó la cantidad de combustible que le quedaba. Todos los indicadores se hallaban apenas más arriba de la muesca que señalaba el agotamiento del combustible. Finalmente comprobó que en su última caída en picado, en persecución del Mig, había descendido hasta mil seiscientos metros de tierra y que se hallaba sobre territorio enemigo. A tan baja altura su situación era muy peligrosa.

Gastando una preciosa cantidad de combustible, giró hacia el oeste y a velocidad de combate ascendió verticalmente para situarse fuera del alcance de las baterías antiaéreas. Luego escudriñó el cielo en busca de algún indicio de Joe o de otro Mig, aunque lo más probable era que los sirios se hallaran en ese momento junto a Alá en el jardín de las huríes o bien al lado de sus madres, en sus respectivos hogares.

—*Bright Lance* Dos. Aquí el jefe. ¿Me oyes?

—Jefe. Aquí Dos —respondió Joe inmediatamente—. Te estoy viendo. ¡En nombre de Dios, aléjate de allí!

—¿Cuál es mi posición?

—Estamos en territorio sirio, a cincuenta millas de la frontera. Nuestro curso para base es de doscientos cincuenta grados.

—¿Qué tal te ha ido?

—Liquidé a uno. El otro logró huir. Después me dediqué a observarte.

David pestañeó sorprendido al sentir descender por su frente, desde debajo de su casco, un copioso sudor. Su máscara brillaba y estaba pegajosa, a causa de su hemorragia nasal. Le dolían los hombros y los brazos y se sentía como borracho y con la cabeza floja a consecuencia de las oscilaciones en la fuerza de gravedad y de los combates recientes. Sus manos temblaban de debilidad sobre la palanca de control.

—Despaché a dos cerdos —dijo David—: Uno por Debra y otro por Hannah.

—Cállate, Davey —la voz de Joe sonó duramente, a causa de su tensión—, y preocúpate por ponerte fuera del alcance de las baterías antiaéreas y los misiles de tierra. Aligera tus planos de cola y larguémonos de aquí.

—Imposible —respondió David—. Tengo poco combustible. ¿Dónde te encuentras?

—Mi posición es ésta: diez arriba, a ocho mil metros de altura. —Mientras hablaba, Joe se irguió en su asiento e inclinándose hacia delante, a pesar de las correas que aprisionaban sus hombros, observó la diminuta forma cuneiforme de la máquina de David, situada mucho más abajo que la suya. David ascendía muy lentamente, demasiado lentamente, para ir a su encuentro y volaba a muy baja altura. David era en extremo vulnerable en ese momento y Joe temió por él. Frunciendo el entrecejo dentro de su máscara, Joe, muy intranquilo, escrutó el cielo y la tierra en busca del menor indicio de peligro. Dos minutos les bastarían a ambos para ponerse a salvo, pero esos dos minutos serían lentos, interminables.

Casi no reparó en el primer misil. El personal terrestre debió de permitir que David sobrevolara la plataforma de lanzamiento para lanzar posteriormente el proyectil... porque Joe advirtió de pronto su estela de vapor, alcanzando rápidamente a David.

—Misil... ¡Gira a la izquierda! —aulló la voz de Joe dentro de su máscara—. ¡Apártate! ¡Apártate!

David giró instantáneamente y ascendió verticalmente, eludiendo el impacto del misil, que siseaba en su dirección.

—¡Pasó de largo! —gritó Joe.

El misil siguió su carrera loca a través del espacio y comenzó



a desviarse, ya hacia un lado, ya hacia otro, en busca de un blanco hasta que, por último, se destruyó a sí mismo.

—Sigue adelante, Davey —le estimuló Joe—, pero mantente alerta, porque lanzarán otros.

Los dos vieron partir el siguiente misil desde un vehículo terrestre camuflado. Había muchos de éstos en una rocosa colina que se erguía en una llanura calcinada por el sol. El Serpent surgió de la roca y ascendió velozmente hacia la pequeña máquina de David.

—¡Aligera tus planos de cola y espéralo! —le dijo Joe, mientras el misil convergía inexorablemente y con pasmosa velocidad sobre el Mirage de David—. Gira hacia la derecha y ¡huye..., huye! —chilló.

David viró violentamente y otra vez el Serpent pasó sobre él. Pero ahora el misil no perdió el contacto con el blanco y girando sobre sí mismo se dispuso a atacarlo de nuevo, orientado por sus detectores.

—Todavía te sigue —gritó Joe—. Enfila hacia el sol, Davey... Avanza de cara al sol.

El morro del Mirage apuntó hacia la gran esfera deslumbrante que ardía sobre varias cordilleras de nubes sombrías. El Serpent le siguió en su marcha ascendente con la terrible terquedad de un autómatas.

—Ya está sobre ti, Davey. ¡Huye...! ¡Huye!

David desvió el Mirage fuera de su vertical trayectoria y empezó a precipitarse a tierra como una piedra, mientras el Serpent, atraído por la descarga de rayos infrarrojos procedentes del sol, se dirigía hacia éste olvidándose del Mirage.

—Has conseguido librarte de él. ¡Ahora aléjate, Davey, aléjate de allí! —le rogó Joe. Pero por el momento, el Mirage se mantenía a la deriva.

En su desesperado ascenso en dirección al sol la máquina de David había perdido toda capacidad de maniobra y parecía chapotear torpemente en el espacio. Deberían transcurrir muchos segundos para que se volviese de nuevo ágil y flexible. Pero entonces sería demasiado tarde... porque Joe acababa de observar un tercer misil, que avanzaba como un dardo flamígero y humeante hacia el Mirage de David.

Joe sólo tuvo conciencia de lo que hacía cuando ya se hallaba descendiendo en picada a toda velocidad. Su medidor Mach indicaba una velocidad que doblaba la del sonido. Apuntando hacia la cola del avión de David, atravesó oblicuamente la tra-

yectoria de éste, situándose bajo la cabeza del Serpent, que avanzaba hacia aquél.

Cuando el pequeño ojo de cíclope del radar del Serpent captó su presencia y el calor de sus tubos de escape, más penetrante y tentador que el que surgía del escape de David, prefirió el nuevo blanco y se desvió en su dirección, dejando libre a David.

Fascinado y horrorizado, David vio cómo Joe, interrumpiendo su descenso en picada, aprovechaba su velocidad para ascender en dirección al sol. El misil lo siguió suavemente, acercándose a él con suma facilidad. Al ver al Serpent en su espejo, Joe dejó de elevarse y, en el último momento, giró para alejarse... Esta vez el Serpent no permitió que se burlaran de él. En esta ocasión acompañó en su giro a Joe, cuya máquina, como la de David anteriormente, permaneció a la deriva y desamparada. El misil hizo impacto en ella, y Joe y su aparato perecieron juntos en medio de un brusco estallido flamígero.

David siguió volando solo. Su Mirage había recobrado la capacidad de vuelo a gran velocidad. Con la garganta seca de horror, miedo y angustia, se sorprendió de sus propios gritos.

—¡Joe...! ¡Oh, no, Joe! ¡Por Dios, Joe, no...! ¿Por qué has hecho eso?

Delante de él, a través de las brechas, que aquí y allá se interponían entre las densas nubes, vio el Jordán.

—Tú deberías ser el que regresara a la base, Joe —dijo—, tú... —y sintió un gran nudo en su garganta.

Pero el instinto de conservación seguía siendo tan fuerte en él que haciendo un viraje miró hacia atrás para aclarar su punto ciego y, de repente, vio avanzar hacia él el último misil. Éste se hallaba aún muy lejos y tenía la apariencia de una pequeña mota oscura, contorneada por un tenue festón de humo negro. Sin embargo, lo observaba ávidamente con su pequeño ojo maligno.

En cuanto lo vio, David comprendió que era el que le estaba destinado por las parcas. Los ataques eludidos hasta entonces habían desgastado sus nervios y ofuscado su discernimiento de tal manera que experimentó una suerte de abatimiento fatalista al ver avanzar hacia él al misil. Sin embargo, decidió apelar a sus últimas reservas para realizar un supremo esfuerzo.

Contrayendo sus ojos hasta convertirlos en dos ranuras y con el rostro y su máscara empapados en sudor, abrió totalmente el acelerador con la mano izquierda y asió, con toda la fuerza que

le transmitía su desesperación, con la mano derecha la palanca de control y juzgó fríamente su situación.

Cuando el misil se hallaba ya casi sobre él, gritó lo más recia- mente que le permitieron hacerlo sus pulmones y giró hacia un costado. Sin embargo, se equivocó por una fracción de segundo. Al virar el avión, el misil pasó lo bastante cerca como para que el ojo fotoeléctrico de su dispositivo de fusión registrara su som- bra. El ojo parpadeó e instantáneamente el misil estalló.

En ese momento el Mirage se hallaba en pleno giro y el techo de su cabina en el centro de la trayectoria del misil, que dio de lleno en el aparato, éste dio varios tumbos como un hombre que tropezara en su carrera y perdió altura y capacidad de maniobra.

La campana de la cabina fue perforada por un fragmento de acero. Otro dio en el asiento blindado de David, produciendo un ruido metálico y luego golpeó su brazo izquierdo, sobre el hueso del codo, de tal manera que aquél, inutilizado por el impacto, ca- yó sobre su regazo.

Un viento helado penetró por el averiado techo de la cabina, al iniciar el Mirage una carrera suicida a través del espacio. Tam- bién se estrellaba en el morro, a causa de sus imperfectas manio- bras, y daba de lleno en sus planos, en cada uno de los giros efec- tuados a alta velocidad. David se sentía oprimido por las correas, sus costillas estaban magulladas y su carne despellejada desde los hombros hacia abajo. Por otra parte, su brazo fracturado le do- lía espantosamente.

Trató luego de mantenerse erguido en su asiento mientras es- tiraba el brazo sobre su cabeza, echaba mano de la manivela del inyector y cubría sus ojos con las gafas. Esperaba que la carga si- tuada bajo su asiento estallase, liberándole de su condenado Mi- rage, pero no ocurrió nada.

Desesperado, soltó la manivela y se esforzó por manipular el segundo mecanismo de ataque, situado entre sus pies, bajo su asiento. Aunque dio un tremendo tirón no hubo respuesta. Su asiento no funcionaba. El impacto enemigo había dañado algu- na de sus partes vitales. De modo que tuvo que arreglárselas sin él para pilotear con un solo brazo, a muy baja altura. Aprisionan- do fuertemente con su mano derecha el moldeado remate de la palanca de gobierno, trató de controlar su máquina, mientras és- ta descendía alocadamente, se estremecía y giraba sobre sí mis- ma. Conducía por instinto únicamente, porque estaba malheri- do, y el cielo y el horizonte, la tierra y las nubes daban vueltas vertiginosamente ante sus ojos.

David tenía conciencia de que estaba perdiendo rápidamente altura, porque cada vez que la tierra oscilaba en su campo visual, la veía más próxima y amenazadora. Sin embargo, siguió esforzándose por hacer girar su avión en sentido contrario.

Se hallaba ya muy cerca de tierra cuando su máquina comenzó a responder a sus deseos. De pronto disminuyó levemente la furia de sus giros. Oprimiendo a la vez la palanca de dirección y el timón, David probó de nuevo y el Mirage se mostró ahora más dócil. Dulcemente, acarició y cortejó a su máquina como a una amante y ella empezó a volar en línea recta. Pero se hallaba mortalmente herida. El impacto del misil la había averiado tan seriamente que se movía dificultosamente y parecía enferma. La ruda vibración de los motores la estremecía. David supuso que el compresor se habría desequilibrado a causa de la pérdida de alguna de sus aspas. Dentro de unos minutos, quizá de algunos segundos, su avión se desintegraría. De ningún modo era ya capaz de cobrar altura.

Al echar una rápida ojeada a su alrededor, David comprobó, estremecido, que, después de tan terrible descenso, se hallaba tan sólo a setenta o cien metros de tierra. Aunque no estaba muy seguro del sentido de su marcha, su *doppler* indicaba que, en general, se dirigía hacia Israel.

Su máquina trepidaba cada vez más. Ahora oía los agudos chirridos del metal que se resquebrajaba. Todo intento de llegar a la base sería inútil. Además, volaba demasiado cerca del suelo para arrojar a cualquier parte la campana de la cabina, desabrochar las correas y abandonar aquella. Una sola opción le restaba: la de aterrizar cuanto antes.

Mientras pensaba, su mano sana, obrando por sí misma, tiró de la palanca de mando hasta colocarla entre sus rodillas. Después dejó caer el tren de aterrizaje. La rueda delantera le permitiría mantener en pie a su máquina el tiempo suficiente para que fuera perdiendo velocidad y no capotara.

Al mirar hacia delante vio un bajo cerro pedregoso y una rala vegetación verde. Sin duda allí le acechaba el desastre. Pero más allá, en campo abierto, vio campos arados, una sucesión de huertas bien cuidadas y cierto número de elegantes edificios. Era un buen augurio. Aquellas muestras de orden y laboriosidad lo convencieron de que se había internado en Israel.

Encogiendo su estómago, como para ayudar al Mirage a elevarse sobre los famélicos dientes de granito, pasó rozando las desiguales rocas. Varias mujeres que trabajaban en una huerta hi-

cieron un alto en su labor y volvieron hacia él sus cabezas. Tan cerca pasó de ellas, que percibió claramente el asombro y temor reflejados en sus rostros.

Un hombre que se hallaba sentado en un tractor azul saltó a tierra rápidamente al pasar David a escasos metros de su cabeza.

Cerradas ya las llaves del combustible e interrumpidas todas las conexiones se dispuso David a afrontar el ritual postrero de un aterrizaje violento.

Ante sí se extendía el campo suave y pardo, claro y despejado. Acaso tuviera suerte y todo saliese bien.

El Mirage iba perdiendo paulatinamente velocidad, con el morro hacia arriba. La aguja indicadora de su velocidad, respecto del aire, descendía constantemente: 400 kilómetros por hora... 380, 360... hasta que descendió por debajo de la velocidad mínima de vuelo (300 kilómetros).

De pronto David advirtió que el campo estaba surcado por una red de canales de irrigación de cemento, de unos cinco metros de ancho por dos y medio de profundidad. De modo que se trataba de una operación arriesgada. Incluso un tanque Centurion hubiese corrido serio peligro en ella.

Nada podía hacer ya David para eludir aquellas fauces de cemento. De modo que siguió descendiendo y logró que el Mirage aterrizara suavemente.

«Sedosamente, como un gato que orina en un trozo de terciopelo», pensó ásperamente y con plena conciencia de que toda su pericia no le serviría absolutamente de nada. «Incluso Barney se habría enorgullecido de mí.»

Aunque el terreno era áspero, el Mirage se posó en él, cabeceando, bamboleándose y sacudiendo sin piedad a David. No obstante, la máquina, asentada sobre sus tres ruedas, iba perdiendo velocidad normalmente. Sin embargo, corría a razón de 170 kilómetros por hora cuando dio con un canal de irrigación.

El tren de aterrizaje saltó muy lejos, partido en mil pedazos, como un bizcocho, y el morro del avión se clavó en la más lejana pared de cemento, la cual cortó el metal como una guadaña. El fuselaje, en el que David seguía prisionero, ceñido por sus correas, rodó velozmente a través del campo. Las alas se desprendieron y el resto del aparato se deslizó sobre el liso terreno hasta que, por último, quedó inmóvil y desamparado como una ballena en tierra firme.

El lado izquierdo del cuerpo de David estaba como paralizado: no sentía ni su brazo, ni su pierna. Maltratado y entorpecido

por las correas, se sentía aturdido y perplejo en medio de un silencio inesperado.

Durante muchos segundos permaneció inmóvil en su asiento, incapaz de moverse y de pensar. Luego, el penetrante olor del *avtur* —combustible del *jet*—, que se había derramado a causa de la ruptura de tanques y tubos, despertó en David el temor instintivo que todo piloto siente por el fuego. Entonces, con la mano derecha tomó la palanca que servía para levantar la campana de la cabina. En esa operación malgastó diez preciosos segundos, y comprobó que aquélla estaba trabada. Acto seguido su atención se concentró en la herramienta de acero especialmente diseñada para ese tipo de emergencia, la cual se hallaba en una cavidad, debajo de la palanca que acababa de manipular. Levantándola en el aire se echó hacia atrás en su asiento y golpeó con ella la campana de la cabina, sobre su misma cabeza. El hedor del combustible se volvía cada vez más insoportable y llegó a saturar toda la cabina. David escuchaba ya el punzante tintineo del metal al rojo vivo.

Su brazo izquierdo estorbaba sus movimientos: no lo sentía y estaba inutilizado. Las correas lo mantenían firmemente amarrado a su asiento. De manera que tuvo que hacer un alto en su ataque a la campana para aflojarlas.

Después comenzó a golpear de nuevo, hasta que abrió una brecha del ancho de una mano en el techo de la cabina. En tanto se esforzaba por ampliarla, en alguna parte del deteriorado fuselaje se rompió un tubo de presión de combustible y un chorro de *avtur* se elevó a gran altura y roció la campana de la cabina como un aspersor de jardín. El combustible descendió por la comba de la campana y escurriéndose por la abertura que David estaba practicando, fluyó como una corriente helada por sus pómulos, hirió sus ojos y empapó sus hombros y la parte delantera de su traje de presión.

David comenzó a orar. Por primera vez en su vida las palabras sagradas adquirieron sentido para él y en cierto modo su terror se atenuó.

«Escucha, oh Israel, Dios, Nuestro Señor, es uno.»

Rezaba en voz alta, mientras golpeaba la campana, que iba cediendo lentamente. La suave lluvia portadora de la muerte seguía salpicando su rostro. Con la mano sana tiró de los bordes de la brecha y arrancó varias láminas del transparente material. Sus guantes se desgarraron y su sangre embadurnó el mellado contorno de la abertura.

«Bendito sea Su nombre, cuyo glorioso reino es por siempre...»

La abertura era ya suficientemente grande. Al elevarse en su asiento se enredó en los tubos de oxígeno y los cables de radio adheridos a su casco. Le era imposible echar mano de ellos con el brazo izquierdo maltrecho. Al clavar la vista en éste advirtió que brotaba sangre de la manga de su chaqueta. No le dolía la herida. Por el contrario, le produjo un cómico efecto el retorcido aspecto de su brazo, a la altura del codo.

«Amarás a Dios, Nuestro Señor, de todo corazón...», susurró, mientras con su mano derecha se libraba, de un tirón, de la cinta del casco que ceñía su barbilla y lo dejaba caer sobre las tablas del suelo. El avtur impregnó su revuelta cabellera oscura y empezó a gotear por la nuca y detrás de sus orejas. Entonces pensó en las llamas del infierno.

Trabajosamente se arrastró fuera de la abertura de la campana y pensó que ya ni siquiera las oraciones lograrían mantener a raya a las hordas del miedo, desatadas contra su alma.

«Porque la ira de Dios se encenderá contra ti...»

Mientras yacía con la cara enterrada en el suelo polvoriento oyó voces humanas. Entonces levantó la cabeza y vio correr hacia él, a través del campo, a las mujeres de la huerta. Sus voces, agudas pero débiles, pronunciaban palabras en hebreo. Se hallaba en Israel.

Apoyándose en el fuselaje del Mirage se puso de pie. Su brazo fracturado colgaba de su costado izquierdo. Haciendo un esfuerzo, trató de gritar a las mujeres:

—¡Cuidado! ¡Apártense! —Pero como su voz resultó un graznido gutural, las mujeres siguieron corriendo hacia él.

—¡No se acerquen! —volvió a graznar, en su terrible desgracia. Su traje de vuelo le impedía casi moverse y el combustible, frío como el hielo, comenzaba a evaporarse en su rostro y su cabello.

Un charco de avtur, que había en el interior del fuselaje, se calentó al entrar en contacto con la cubierta al rojo vivo del compresor del *jet*. Su escasa volatilidad se elevó hasta un grado próximo al de ignición. La menor chispa procedente del equipo electrónico bastaría para inflamarlo.

Después de un sordo y terrible rugido, floreció el Mirage en una llamarada color carmesí y una nube de humo ennegrecido. El viento desgarró las llamas y las expandió en un sinfín de gallardetes y banderolas que todo lo envolvía. David comenzó a ca-

minar, titubeando, en medio de aquel rugiente horno que parecía consumir al propio aire; contuvo la respiración para que el fuego no calcinara sus pulmones. Cerrando los ojos para defenderse de las llamas echó a correr a ciegas. Su cuerpo y sus miembros estaban protegidos por el traje, las botas y los guantes a prueba de fuego, pero su desnuda cabeza se hallaba impregnada de combustible.

Mientras corría, aquella ardía como una antorcha. Su cabello ensortijado al extremo por el calor, se había convertido en una hedionda masa inflamada. Su cuero cabelludo y la piel de su nuca y su rostro se hallaban inermes ante la acción del fuego. Las llamas devoraron sus orejas y casi toda su nariz, escoriaron su tez, convirtiéndola en un tejido lleno de ampollas y después penetraron en su carne, consumieron sus labios y atacaron sus dientes y parte de su maxilar inferior. También corroyeron sus párpados y desgarraron la carne de sus mejillas.

Mientras seguía corriendo a través del aire inflamado y el humo pensó que antes le hubiera costado creer que se pudiese sufrir de tal manera, porque aquello excedía cuanto pudiera imaginarse, ya que afectaba sus sentidos y su espíritu. No obstante, sabía que no debía gritar. El dolor era una cosa oscura que adquiría vívidos matices al llegar a sus ojos firmemente cerrados, algo que rugía en sus oídos como todos los vientos del mundo y que mortificaba su carne con mil agujones y látigos y garfios ardientes. Era, en suma, una cosa infernal. Pero como debía impedir que penetrara en su cuerpo, siguió corriendo sin proferir un solo grito.

Las mujeres se detuvieron bruscamente ante la barrera de fuego y humo negro que se elevó súbitamente en torno del avión, semejante a un insecto aplastado, y del piloto que huía despavorido.

La impenetrable y sólida muralla de humo y llamas ocultó cuanto había detrás, obligándolas a retroceder, presas del pánico, al envolverlas en su hálito abrasador. Formando un pequeño grupo permanecieron inmóviles, jadeantes y con los ojos descajados.

De pronto, al descorrer el viento las densas y oleosas cortinas de humo vieron avanzar dando tumbos hacia ellas una cosa espantosa, un cuerpo abrasado y humeante y una cabeza en llamas.

Ciegamente, el cuerpo surgido del humo se dirigió hacia el grupo, arrastrando los pies y vacilando sobre la suave tierra. Un brazo colgaba en uno de sus costados. Perdida el habla, las mujeres lo miraban paralizadas por el miedo.



Sin embargo, poco después, una de ellas, una robusta muchacha de recio cuerpo moreno y cabellos negros, profirió un grito de compasión y echó a correr hacia él.

Mientras iba a su encuentro se despojó rápidamente de su amplia y gruesa falda de lana, dejando al descubierto sus fuertes piernas bronceadas. Al llegar junto a David agitó su falda en torno de la cabeza de éste y apagó las llamas que todavía intentaban penetrar en su carne. Las otras mujeres, imitándola, envolvieron a David en sus ropas, en tanto él caía y rodaba por tierra.

Sólo entonces comenzó a gritar David, a través de su boca sin labios y sus dientes desguarnecidos.

Jamás olvidarían ellas sus aullidos y sus cejas, pestañas y párpados, casi totalmente devorados por el fuego. Sus ojos azul oscuro se hallaban rodeados de una reluciente máscara de carne húmeda y achicharrada. Súbitamente, los pequeños vasos sanguíneos de su rostro, oprimidos por el calor, estallaron, derramando su contenido. Mientras él seguía gritando, la linfa y la sangre comenzaron a burbujear en sus dos cavidades nasales, lo único que subsistía de su nariz, y su cuerpo se retorció y estremecía convulsivamente, acometido por violentos y terribles espasmos.

Las mujeres tuvieron que sujetarlo para inmovilizarlo y evitar que clavara las uñas en su destrozado semblante.

Todavía gritaba cuando el médico del *kibbutz* desgarró con un escalpelo la manga de su traje de presión para inyectar morfina en los crispados músculos de su brazo.

En el mismo instante en que se desvanecía la última imagen nítida captada por el radar, el *brig* oyó decir al joven oficial a cargo de tal dispositivo:

—Contacto interrumpido.

Un gran silencio invadió el *bunker* del comando.

Todos lo miraban.

El *brig* se encontraba inclinado sobre el aparato, con sus enormes y huesudos puños hundidos en ambos costados de la cintura. Su rostro permanecía rígido e inexpresivo, pero sus ojos llamaban de furor.

Todavía le parecía estar oyendo los frenéticos gritos de sus dos pilotos, a través de los altavoces situados sobre su cabeza, mientras se llamaban mutuamente, en el momento del peligro supremo.

Todos allí habían oído la voz áspera de David, cargada de miedo y horror: «¡Joe...! ¡Oh, no, Joe! ¡Por Dios, Joe, no...!», y te-

nían plena conciencia de lo que tales palabras significaban, es decir, comprendieron que habían perdido a ambos.

El *brig* seguía aún aturdido por el súbito y espantoso desenlace de aquella misión aérea.

Desde el momento en que perdió el control de sus dos subordinados comprendió que el desastre era inevitable.

Ahora su hijo estaba muerto.

Tuvo ganas de gritar, de protestar contra la fatalidad de todo aquello. Durante varios segundos mantuvo sus ojos cerrados. Cuando los abrió ya había recuperado su autodomínio.

—¡Alerta general! —ordenó en tono enérgico—. Todas las escuadrillas con «luz roja»... —Sabía que hacía frente a una posible crisis internacional. —Quiero una cobertura aérea total sobre el área en que cayeron. Pueden haber saltado en paracaídas. Añadan dos Phantoms y formen un «paraguas» sobre ellos. Además, varios helicópteros deben partir inmediatamente, con paracaidistas y equipos médicos.

Todo el personal del *bunker* empezó a actuar rápidamente de acuerdo con el estado de alerta general.

—Comuníqueme con la primera ministra —dijo, por último, el *brig*.

Tendría que dar muchas explicaciones.

Mientras tanto, dedicó varios segundos de su precioso tiempo a maldecir en tono acre y rotundo a David Morgan.

El médico de la fuerza aérea echó una ojeada al rostro achicharrado de David y juró en voz baja.

—Nos sentiremos muy felices si lo salvamos.

Después de untar con vaselina y de vendar flojamente su cabeza, el médico lo dejó en manos de quienes lo cubrieron enseguida con una sábana y lo transportaron en una camilla al helicóptero Bell 205 que esperaba en la huerta.

En el diminuto campo de aterrizaje para helicópteros del hospital Hadassah esperaba un equipo médico. Una hora y cincuenta y tres minutos después de haberse estrellado contra el canal de irrigación, David había pasado de la sala de esterilización a la unidad especial para quemados, situada en el tercer piso del hospital: un pequeño mundo, aislado y tranquilo, donde todos usaban máscaras y largas batas esterilizadas y cuyo único contacto con el mundo exterior se establecía a través de varias ventanas de cristales dobles. Incluso el aire que allí respiraban había sido previamente higienizado, purificado y filtrado.

Sin embargo, David se hallaba tan envuelto en las suaves y oscuras nieblas de la morfina, que no oía las voces de las enmascaradas figuras que trabajaban a su lado.

—Quemaduras de tercer grado en toda el área afectada.

—No intente siquiera lavarle, ni tocarle, enfermera. Por lo menos hasta que se estabilice. Lo rociaremos con Epigard y le inyectaremos tetraciclina cada cuatro horas para evitar la infección.

—No lo tocaremos durante dos semanas.

—Muy bien, doctor.

—Ah, escuche, enfermera: quince miligramos de morfina cada seis horas. Creo que vamos a sufrir mucho.

El sufrimiento era algo infinito, un océano interminable cuyas olas se estrellaban contra las costas de su alma. A veces el oleaje de su angustia se elevaba de tal manera que al desplomarse amenazaba pulverizar su razón. En otras ocasiones el mar se serenaba, meciéndose dulcemente a un suave ritmo. Entonces él flotaba en el océano de su angustia, en dirección al lugar en que la niebla de la morfina lo protegía. Mas de pronto ésta se disipaba y un sol abrasador se abalanzaba sobre él y David se retorció y aullaba. Su cráneo parecía hincharse y dilatarse y a punto de estallar... Y las ramas terminales de sus nervios clamaban para que el dolor cesara de inmediato.

Pero luego la bienamada aguja se clavaba en su carne y una vez más la niebla protectora lo envolvía.

—No me gusta su aspecto. ¿Hemos hecho algún cultivo, enfermera?

—Sí, doctor.

—¿Qué hemos obtenido?

—Temo que estreptococos.

—Bien. Lo que yo suponía. Cambiaremos la medicación. Le administraremos cloxacilina para ver si responde mejor.

El dolor estaba ligado a un olor a carroña, a cosa muerta mucho tiempo atrás, a gusanos entre sábanas sucias, a vómitos y excrementos, a basura húmeda acumulada en oscuros callejones. Comprobó que aquel hedor provenía de su propia carne podrida, de las partes de su cuerpo atacadas por los estreptococos.

Éstos eran combatidos con drogas. Pero de pronto su sufrimiento se acentuó a causa de la fiebre infecciosa y de la espantosa sed, que ninguna cantidad de líquido podía aplacar.

La fiebre suscitaba pesadillas y fantasmagorías, que lo torturaban en una medida que excedía su capacidad de resistencia.

—¡Joe —clamaba en su agonía—, trata de volar hacia el sol! ¡Gira hacia la izquierda, Joe...! ¡Ahora! —y estallando en sollozos agregaba con su boca mutilada y deforme—: ¡Por Dios, Joe, no!

Hasta que la enfermera nocturna, no pudiendo soportar aquello por más tiempo, aparecía, presurosa, con la jeringa. Entonces sus alaridos se convertían en balbuceos y, por último, en débiles lamentos y gemidos, bajo los efectos adormecedores de la droga.

—Ahora, enfermera, utilizaremos vendas con acriflavina.

Antes de cambiar sus vendas, cada cuarenta y ocho horas, le aplicaban anestesia general, porque su cabeza era una masa de carne viva, blanda e inexpresiva como un dibujo infantil de trazos y colores toscos, sin cabellos, ni orejas, con estrías y motas amarillentas y, en algunas partes, purulenta y con señales de podredumbre.

—Veo que responde bien a la cloxacilina, enfermera. Su aspecto es más saludable.

La carne desnuda de sus párpados se había contraído como los tersos pétalos de una rosa, dejando al descubierto, de forma permanente, los globos de sus ojos. Para mitigar la molestia que éstos le producían y protegerlos contra la terrible infección que afectaba al resto de su cabeza, llenaron sus órbitas con un ungüento amarillo que le impedía ver.

—Le aplicaremos un pedicelo abdominal. Por favor, enfermera, prepare el quirófano para esta tarde.

Llegó el momento del bisturí. David aprendería poco después que el dolor y el bisturí vivían en terrible maridaje.

Después de cortar un largo trozo de carne y piel de su abdomen, aunque no del todo, ya que lo dejaron adherido a éste, en uno de sus extremos, lo envolvieron a la manera de una gorda salchicha. A continuación ataron su brazo sano, o sea, el que no estaba enyesado, a un costado de su cuerpo y cosieron el extremo libre de la salchicha a su antebrazo, para habituarlo a alimentarse con la sangre proveniente de aquélla. Por último, lo transportaron de nuevo a su lecho, donde quedó inmovilizado, ciego y desamparado con el pedicelo adherido a su brazo, como una rémora al vientre de un tiburón.

—Felizmente hemos salvado sus ojos —dijo una voz, con orgullo, casi con cariño.

Al mirar hacia arriba, David los vio por primera vez. Sobre su lecho, y en círculo, se estiraban varias cabezas, con las bocas y las narices cubiertas con máscaras quirúrgicas. Pero sus ojos, con

residuos de unguento y recién lavados con cierto líquido, distorsionaban todas las imágenes.

—Ahora nos dedicaremos a los párpados.

Nuevamente el bisturí, pero ahora hendiendo y remodelando los contraídos y pesados párpados y las suturas. El bisturí y el dolor físico, y el familiar, enfermizo y hediondo olor del anestésico que saturaba su cuerpo y parecía rezumar por sus propios poros.

—Magnífico. Vencida ya la infección, podemos empezar.

Libre ya su calva cabeza de los ríos de pus que la habían manchado, estaba húmeda y relucía, lisa y roja como un cóctel de cereza, a medida que iban reviviendo los tejidos. Sus orejas semejaban dos nudos o trozos de carne retorcida. Sus dientes, maravillosamente blancos y perfectos, eran siempre visibles donde los labios habían sido devorados por el fuego. Una larga y gruesa línea ósea indicaba la exacta posición de su mandíbula. Su nariz era una mera excrecencia y sus ventanas parecían las bocas de dos cañones de escopeta. Sólo sus ojos seguían siendo hermosos: color azul oscuro el iris e inmaculadamente blanca la esclerótica, entre los párpados, de chocante matiz carmesí y las negras y primorosas suturas circundantes.

—Comenzaremos por la nuca. Por favor, enfermera, prepare el quirófano para esta tarde.

Fue una especie de variación sobre el tema del bisturí. Después de extraer varias tiras de piel sana de sus muslos, las unieron entre sí para cubrir una ancha superficie de carne viva, a través de varias sesiones y analizando los resultados, después de cada una de éstas, mientras David, tendido en su camilla, sufría indeciblemente.

—Ésta no resultó. Temo que tendremos que sacarla y probar de nuevo.

Mientras sus muslos desarrollaban una nueva piel, arrancaron otras tiras de sus pantorrillas. Cada una de esas fuentes de tejido se convirtió en un suplicio para David.

—¡Magnífico! Ahora le haremos un gran injerto.

Lentamente, el casquete de piel nueva se extendió, desde la nuca, a través de su cuero cabelludo. Los diversos injertos de piel, entretejidos, conformaron una trama regular, semejante a las escamas de un pez, que tenía el aspecto de una cosa firme y labrada en relieve.

—Ahora podemos ya quitar el pedicelo.

—¿Preparo el quirófano para esta tarde, doctor?

—Hágame el favor, enfermera.

David se enteró de que en la unidad de quemados operaban todos los jueves, y llegó a temer las rondas matinales de tales días, en que el doctor con su cohorte de ayudantes al completo, reunidos alrededor de su camilla, lo tocaban, punzaban y discutían acerca de la reconstrucción de sus tejidos, con un candor abstracto que le ponía la carne de gallina.

Al liberar la gorda salchicha de carne sana de su abdomen, ésta quedó pendiendo de su brazo como una blanca y grotesca sanguijuela que se alimentara de su antebrazo. Después levantaron su brazo, lo sujetaron con tiras, transversalmente, contra su pecho, y cortaron el pedicelo y lo cosieron a su mandíbula y a la excrecencia carnosa que hacía las veces de nariz en su cara.

—El edema ha desaparecido. De modo que esta tarde le haremos un injerto óseo de mandíbula.

A la hora convenida abrieron su pecho, hendieron su cuarta costilla lateralmente y extrajeron de ella una larga porción de hueso, que injertaron en su deteriorada mandíbula. Luego adhirieron y cosieron el pedicelo a aquélla.

Los jueves debía soportar el bisturí y el hediondo olor del anestésico, y los días intermedios, el dolor de su carne maltratada y de las curaciones.

Posteriormente modelaron su nueva nariz, con sus correspondientes ventanas, y terminaron de reconstruir sus párpados. Más tarde realizaron los últimos injertos, detrás de sus orejas, e hicieron una doble incisión, en zigzag, alrededor y debajo de su mandíbula, porque la cicatriz que allí contraía sus tejidos tendía a tirar de la barbilla hacia el pecho. Sus nuevos labios se integraron perfectamente en su carne y con el tiempo llegó a controlarlos lo suficiente para formar palabras y hablar claramente.

La última zona de carne viva quedó, por último, cubierta por una especie de labor de retacitos, a base de injertos de piel y carne.

El peligro de infección desapareció y fue trasladado del ambiente esterilizado en que había estado hasta entonces a otro en el que de nuevo vio rostros humanos y no meramente ojos que lo observaban desde encima de blancas máscaras quirúrgicas. Las caras que ahora veía eran alegres y cordiales y correspondían a personas que se enorgullecían de haberlo arrancado de las garras de la muerte y de haber revitalizado su carne devastada.

—Desde ahora podrá recibir visitas. Supongo que ello le agrada —dijo el doctor, un joven cirujano distinguido, que había renunciado a un puesto muy bien remunerado en una clínica sui-

za, para hacerse cargo de aquella unidad de quemados y cirugía plástica.

—No creo que venga mucha gente a visitarme —dijo David, quien durante los nueve meses de su permanencia en la unidad de quemados no había tenido ningún tipo de contacto con el mundo exterior.

—¡Oh, sí vendrán a verle! —dijo el doctor—. Muchas personas han preguntado por usted varias veces durante el proceso de su curación. ¿No es así, enfermera?

—Así es, doctor.

—Cuando vengan de nuevo, infórmeles de que ya pueden visitarle —agregó el doctor.

El doctor y sus colaboradores se dispusieron a retirarse.

—Doctor —le llamó David—, quisiera mirarme en un espejo.

Todos guardaron silencio y se sintieron molestos. Aquella petición, reiteradamente formulada durante varios meses, había sido siempre rechazada.

—¡Maldita sea! —exclamó David irritado—. No podrán negarme eso eternamente.

El doctor hizo un ademán a sus acompañantes para que se alejaran y, mientras aquéllos salían de la sala, regresó junto a la cama de David.

—Está bien, David —asintió gentilmente—, le conseguiremos un espejo, aunque será difícil encontrar uno aquí.

Por primera vez, en los muchos meses transcurridos desde que lo conocía, David vislumbró asombrado una profunda compasión en aquel hombre que no se había encallecido en medio de tantos seres terriblemente doloridos y deformados.

—Debe usted comprender que su aspecto actual no será permanente. Yo no he hecho más que curarle en carne viva y hacer que su cuerpo sea nuevamente un mecanismo viable. Una vez más es usted un ser funcional. No ha experimentado la pérdida de ninguna de sus facultades. Pero no lo engañaré diciéndole que es hermoso. Sin embargo, aún puedo hacer mucho para mejorar su aspecto. Sus orejas, por ejemplo, podrán ser remodeladas con el material que he reservado para tal fin... —y señaló el trozo de pedicelo que aún pendía del antebrazo de David—. Además, hay mucho que trabajar en su nariz, su boca y sus ojos —y atravesando lentamente la sala miró hacia afuera, hacia el sol, durante un momento. Luego giró sobre sí mismo y volvió junto a David.

—Pero... le hablaré con franqueza. Lo que yo puedo hacer es muy relativo. Los músculos de la expresión y los otros, más pe-

queños y delicados, situados en torno de los ojos y la boca, han quedado inutilizados y no podrán ser reemplazados. Los folículos de las pestañas, cejas y cabellos fueron borrados por el fuego. Podría usted usar peluca, pero...

David se volvió hacia la mesilla que había junto a su cama y extrajo de un cajón su cartera, de la cual sacó una fotografía, tomada mucho tiempo atrás por Hannah, en la que aparecían él y Debra, sonriéndose mutuamente, en la laguna rocosa del oasis de Ein Gedi, y se la entregó al médico.

—¿Así era usted, David? Jamás imaginé que tuviera un rostro semejante. —Una sombra de tristeza cubrió los ojos del cirujano.

—¿Podrá usted devolverme ese aspecto?

El cirujano examinó con más detenimiento la fotografía de aquel joven dios de oscura y revuelta cabellera y perfil perfecto.

—No —respondió—. Ni siquiera aproximarme a él.

—Eso es todo lo que quería saber —dijo David, mientras volvía a echar mano de la fotografía—. Según acaba usted de decir ahora tengo un cuerpo funcional. ¿Qué le parece si dejamos las cosas como están?

—¿No desea someterse a otro tratamiento de cirugía plástica? Todavía podemos hacer mucho.

—Doctor, he vivido bajo el cuchillo durante nueve meses, con el sabor de los antibióticos y los anestésicos en mi boca y aspirando su hedor todo ese tiempo. Y bien, ahora sólo pienso en huir del dolor, y en respirar, en paz, un poco de aire puro.

—Muy bien —aprobó el cirujano cordialmente—. No hay prisa en tal sentido. Podrá usted volver cuando lo crea conveniente —y echó a andar hacia la puerta de la sala—. Ahora trataré de conseguir un espejo.

Había uno en el cuarto de enfermeras, más allá de las puertas dobles, al final del pasillo. La habitación estaba vacía y el espejo colgaba en el muro, sobre el lavabo.

El cirujano permaneció en el umbral, apoyado en el marco de la puerta. Mientras encendía un cigarrillo observaba a David, que avanzó hacia el espejo y se detuvo bruscamente al verse reflejado en aquél con la bata azul del hospital sobre su pijama. Se vio alto y bien proporcionado, con unos hombros amplios y una cintura estrecha. Su cuerpo seguía siendo bello y flexible.

Sin embargo, la cabeza que lo coronaba parecía surgida de una pesadilla. Al hablar, involuntariamente, en voz alta, su boca, semejante a una cuchilla, se abrió en un gesto de simpatía. Era



una boca rígida y sin labios, como la de una cobra, y estaba orlada por una línea blanca y áspera.

Fascinado por aquella imagen horrorosa, David se aproximó al espejo. Su densa melena negra había ocultado siempre a sus ojos la forma extrañamente oval de su cráneo. Nunca habría sospechado que éste se proyectara hacia atrás de esa manera. Ahora que su cabello había desaparecido, veía su calva y curva cabeza recubierta por una piel gruesa, entretejida y abultada. Su rostro semejaba una obra de retazos unidos por las suturas de sus tensos pómulos, que le daban un aire vagamente asiático. Pero sus ojos aparecían redondos y asombrados bajo sus toscos párpados y sobre la carne aparentemente muerta e hinchada de sus mejillas.

Su nariz era una informe masa de carne, que armonizaba con sus otras burdas facciones y sus orejas, dos nudosas carnosidades surgidas al azar a ambos lados de su cabeza. En general ésta daba la impresión de una cosa blanda, pelada y basta.

Su boca, que más bien parecía una larga cicatriz, se crispó brevemente en un horrendo rictus y luego volvió a su helada inmovilidad anterior.

—No puedo sonreír —dijo David.

—Por supuesto que no —respondió el cirujano—. Le será imposible controlar sus expresiones.

El aspecto más terrible de su situación no estribaba en su carne torturada y retorcida, ni en sus muy visibles cicatrices y suturas, sino en su inexpresiva máscara. Sus rasgos, como petrificados desde mucho tiempo atrás, carecían de calor humano y eran incapaces de reflejar emoción alguna.

—Sí, pero si hubiese visto a mi compañero... —dijo David suavemente.

El cirujano rió entre dientes, regocijado.

—Mañana le quitaremos los puntos, detrás de las orejas. Después cortaré los restos de pedicelo de su brazo... y entonces le daremos de alta. Más adelante podrá usted venir cuando lo desee.

David deslizó su mano suavemente por su calva y remendada cabeza.

—Ahorraré una fortuna en cortes de cabello y hojas de afeitarse —dijo.

El cirujano se volvió y echó a andar rápidamente por el pasillo para permitir que David comenzara a familiarizarse con su nueva cabeza.

Las ropas que le habían dado eran baratas y no se ajustaban a sus medidas: unos pantalones y una camisa abierta por delante, una chaqueta ligera y sandalias. Cuando pidió algo para cubrir su espantoso cráneo, una enfermera le consiguió un gorro de paño y a continuación le dijo que un visitante le estaba aguardando en la superintendencia del hospital.

Se trataba de un mayor perteneciente al despacho del capitán director, un hombre flaco, de cabello canoso, fríos ojos grises y boca dura y tensa, que se dio a conocer, pero se abstuvo de estrecharle la mano. Acto seguido el visitante abrió un expediente sobre el escritorio frente al cual se hallaba.

—Cumpliendo órdenes superiores he venido a exigirle su formal renuncia a la Fuerza Aérea Israelí —le espetó el mayor.

David lo miró fijamente. En sus largos y febriles insomnios, la idea de volver a volar lo había atraído como una perspectiva paradisíaca.

—No entiendo... —farfulló David, quien, después de extraer un cigarrillo de su paquete y de malgastar el primer fósforo, aspiró profundamente aquél, apenas la segunda cerilla se encendió—. Dice usted que debo renunciar. ¿Y si me niego?

—Entonces no tendremos más remedio que convocar un consejo de guerra, ante el cual será acusado de negligencia culpable en el cumplimiento de su deber y de negarse a obedecer, frente al enemigo, una orden superior.

—Está bien —dijo David, asintiendo lentamente con la cabeza y aspirando el humo del cigarrillo, que le irritó los ojos. —Al parecer no tengo otra opción.

—He traído los documentos pertinentes. Por favor, firme aquí y aquí. Luego firmaré yo en calidad de testigo.

David se inclinó sobre los papeles y estampó las dos firmas. La pluma crujió excesivamente en la silenciosa habitación.

—Muchas gracias.

El mayor reunió los papeles y los guardó en su cartera de documentos. A continuación saludó a David con una inclinación de cabeza y echó a andar hacia la puerta.

—De modo que ahora soy un marginado —dijo David en tono suave.

El mayor se detuvo y se volvió hacia él. Durante un momento se miraron fijamente. Luego el rostro del mayor se alteró ligeramente y sus fríos ojos grises adquirieron una expresión feroz.

—Es usted responsable de la destrucción de dos aviones de guerra, irremplazables, cuya pérdida nos ha ocasionado incal-

culables perjuicios. Ha sido el causante de la muerte de uno de nuestros hermanos, de un oficial israelí, y responsable de una situación que llevó a nuestro país al borde de una guerra que pudo costarnos muchas otras vidas jóvenes... y poner en peligro nuestra propia supervivencia como nación. Por otra parte, tales acciones han desconcertado a nuestros amigos extranjeros y favorecido a nuestros enemigos —hizo una pausa para aspirar profundamente—. Mi departamento recomendó su enjuiciamiento, que, en nuestra opinión, debía culminar con la pena de muerte. Se ha salvado usted gracias a la intervención personal de la primera ministra y del mayor general Mordecai. Yo creo que, en lugar de lamentar su suerte, debería usted considerarse muy afortunado.

Acto seguido el mayor le dio la espalda. Sus pasos resonaron en el suelo de piedra mientras se dirigían resueltamente hacia la puerta.

Solo, en medio del impersonal y frío vestíbulo del hospital, David sintió muy pocos deseos de transponer las puertas de cristal giratorias para salir al encuentro del sol primaveral. De pronto recordó que igual sentimiento acometía, según le habían dicho, a quienes recobraban su libertad después de cumplir una larga condena.

Por eso, antes de llegar a las puertas, giró hacia un lado y descendió a la sinagoga del hospital.

Durante largo tiempo permaneció sentado en un rincón del tranquilo vestíbulo cuadrangular. Desde las ventanas de cristales de colores, situadas muy arriba en los muros de la nave, comenzaron a penetrar los dardos multicolores del sol. La paz y belleza del lugar persistían, en cierta medida, en su ánimo infundiéndole coraje, cuando, después de atravesar la plaza, tomó un autobús que se dirigía a Jerusalén, en el que se colocó en uno de los asientos posteriores, junto a la ventanilla.

El vehículo echó a andar lentamente colina arriba, en dirección a la ciudad.

De pronto, David tuvo la impresión de que alguien lo observaba. Al levantar la cabeza vio frente a él a una mujer con dos niños. Pobrementemente vestida, fatigada y prematuramente envejecida, mantenía en su regazo al más pequeño, un niño cubierto de harapos.

La niña, de cuatro o cinco años, tenía, por el contrario, un rostro angelical, en el que se destacaban sus grandes ojos negros y su ensortijada y tupida cabellera. De cara hacia atrás y con uno

de sus pulgares metido bien dentro de su boca, la pequeña observaba a David, por encima del respaldo, con el candor y la profunda atención de que sólo son capaces los niños.

David experimentó una gran simpatía hacia ella y un hondo anhelo de comunicación y calor humano, algo que había echado de menos durante largos meses.

Inclinándose hacia delante en su asiento, trató de sonreír, al tiempo que extendía un brazo suavemente, para tocar el de la niña. Ésta se quitó el dedo de la boca, encogió su cuerpo para eludir su contacto y, volviéndose hacia su madre, se aferró a su brazo, ocultando la cara en su pecho.

David descendió en la siguiente parada y, abandonando la carretera, comenzó a ascender por la pedregosa ladera de la colina.

La atmósfera, cálida y soñolienta, estaba saturada del perfume de las flores de los melocotoneros. Las abejas zumbaban...

David llegó sin aliento y con paso vacilante a la cresta de la colina. Su larga permanencia en el hospital lo había desacostumbrado a las largas caminatas. Aunque no se trataba de eso solamente. El episodio del autobús lo había sacudido en su fuero más íntimo.

Sus ojos escrutaron anhelosamente el cielo límpido y azul. Hacia el borde y a gran altura flotaban varias nubes plateadas. Le hubiese gustado elevarse más arriba de ellas, porque sabía que en el espacio hallaría la paz que tanto ansiaba.

Un taxi lo dejó frente a la casa de la calle Malik. La puerta principal cedió antes de que lograra introducir la llave en la cerradura.

Perplejo y alarmado entró en el cuarto de estar, que encontró tal cual lo había dejado muchos meses atrás. Sin embargo, alguien había barrido y limpiado la habitación y colocado un ramo de flores frescas en el florero que se hallaba sobre la mesa de madera de olivo: un enorme conjunto de dalias amarillas y escarlatas.

David percibió un olor a comida caliente y muy condimentada, que implicó un suplicio de Tántalo para él, después de haber comido durante tanto tiempo en el hospital.

—¡Hola! ¿Quién está ahí? —preguntó.

—¡Bienvenido al hogar! —respondió una voz conocida detrás de la cerrada puerta del cuarto de baño—. No te esperaba tan temprano. Me has sorprendido con la falda levantada y las bragas caídas.

Dos pies se arrastraron por el suelo del cuarto de baño. Después funcionó estrepitosamente el depósito del inodoro y, por último, la puerta se abrió violentamente para dar paso a la imponente figura de Ella Kadesh.

Cubría su cuerpo un enorme caftán, de colores tan vívidos como una hoguera; y su cabeza, algo semejante a un sombrero rural australiano, color verde manzana, cuya ala había doblado hacia arriba, en uno de sus costados, sujetándola con un descomunal broche de jade y un manojito de plumas de avestruz.

Sus recios brazos se proyectaron hacia delante en un gesto de bienvenida y su cara fue hendida por una mueca enorme y expectante, que persistió en ella hasta mucho después que sus ojos brillantes y pequeños se ensombrecieran de horror.

Al llegar frente a él inquirió con voz insegura:

—¿David? ¿Eres tú, David?

—Hola, Ella.

—¡Dios mío! En el dulce y santo nombre de Dios, ¿qué te han hecho, mi bello y joven Marte?

—Escucha, pajarraco —dijo él ásperamente—, si empiezas a gimotear te arrojaré escalera abajo.

Ella hizo un gran esfuerzo para dominarse y reprimió las lágrimas que ya comenzaban a asomar a sus ojos. Pero sus mandíbulas temblaban y su voz resultó gangosa y apagada, mientras lo estrechaba contra su pecho con sus enormes brazos.

—Tengo varias latas de cerveza en la nevera. Además, he preparado curry para los dos. Te agradará el curry. Es lo que hago mejor...

David comió con feroz apetito y bajó la explosiva comida con cerveza helada, en tanto Ella disimulaba su compasión y aturdimiento bajo un torrente de palabras.

—No me permitieron visitarte. Sin embargo, todas las semanas preguntaba por teléfono cómo seguías. De modo que me mantuve siempre en contacto con el hospital. Además, me hice muy amiga de la enfermera. Ella fue quien me dijo que hoy vendrías aquí. Por eso me apresuré a llegar para darte la bienvenida.

Ella trataba de no mirarlo a la cara. No obstante, cada vez que sus ojos se encontraban, los de la pintora se ensombrecían, a pesar de los esfuerzos que ésta hacía por mostrarse alegre.

Cuando David terminó por fin de comer, le preguntó:

—¿Qué harás ahora, David?

—Me hubiera gustado volver a volar. Ésa es mi vocación. Pero me han obligado a renunciar, porque no acaté sus órdenes. Joe

y yo perseguimos al enemigo hasta más allá de la frontera. De modo que han prescindido de mis servicios.

—Joe y tú cometieron una locura que casi provoca una guerra.

David asintió con la cabeza.

—En verdad procedí como un demente. Aquel día no estaba en mis cabales, a causa de lo que le ocurrió a Debra.

Ella le interrumpió instantáneamente.

—Sí, me lo imagino. ¿Tomamos otra cerveza?

David movió afirmativamente la cabeza y formuló la pregunta que desde hacía rato tenía en la punta de la lengua:

—¿Cómo está Debra?

—Muy bien, Davey. Ha comenzado a escribir un nuevo libro que superará —si ello es posible— al primero. Creo que llegará a ser una escritora muy importante.

—¿Y su visión? ¿Ha mejorado?

Ella negó con la cabeza.

—Ya se ha habituado a ello. Al parecer, ya no se preocupa en absoluto de sus ojos. De igual modo que tú te acostumbrarás a la nueva situación...

David no la escuchaba.

—Ella, durante todo el tiempo que pasé en el hospital alimenté la esperanza, aun sabiendo que ello no me serviría de nada, de que algún día recibiría noticias tuyas, una carta, algún mensaje...

—Debra no se enteró de nada, Davey.

—¿No se enteró? ¿Qué quieres decir? —inquirió él en tono imperativo, inclinándose sobre la mesa, para cogerla de la muñeca.

—El padre de Debra se enfureció cuando Joe... murió, y te culpó de ello.

David asintió con la cabeza. Su inexpresiva máscara no dejó traslucir su sentimiento de culpabilidad.

—De modo que le dijo a Debra que habías abandonado Israel y regresado a tu país. Todos juramos guardar silencio en tal sentido, y Debra está convencida de que eso fue lo que ocurrió.

David soltó la muñeca de Ella, echó mano de su vaso de cerveza y sorbió la espuma que lo coronaba.

—Todavía no has respondido a mi pregunta. ¿Qué harás ahora, David?

—Aún no lo sé. Creo que tendré que pensarlo.

Un viento áspero y ardiente descendía de las colinas y riza-  
ba y ennegrecía la superficie del lago, a la vez que adornaba con

festones blancos las crestas de las olas. A lo largo de la costa curvada, las lanchas pesqueras tiraban incesantemente de sus amarras, y las redes, en los secaderos, ondulaban como velos nupciales.

También agitaba el viento el pelo de Debra y lo hacía flotar en el aire como una nube y adhería su vestido de seda a su cuerpo, haciendo resaltar sus pechos redondos y pesados y sus largas piernas.

Se hallaba junto al muro almenado del castillo del cruzado. Con las manos apoyadas en el puño de su bastón, parecía estar mirando más allá de las aguas.

Ella Kadesh estaba sentada cerca de Debra, sobre un trozo derrumbado de mampostería, al abrigo del viento. Sin embargo, apretaba el sombrero contra su cabeza, mientras hablaba, sin quitar sus ojos de Debra, para observar sus reacciones.

—En aquel momento pensé que eso era lo mejor que podíamos hacer. Por eso me comprometí a ocultarte la verdad. No deseaba torturarte.

—Nunca más vuelvas a hacer tal cosa —la interrumpió Debra, bruscamente.

Ella hizo un mohín de resignación y prosiguió:

—Yo ignoraba su verdadero estado, porque nunca me permitieron verlo. Supongo que procedí cobardemente al dejar las cosas como estaban.

Debra sacudió, irritada, la cabeza, pero guardó silencio. Una vez más se asombró Ella de la agresividad de aquellos ojos ciegos, porque, de pronto, al volverse Debra hacia su interlocutora, dos minúsculas chispas de color miel producidas en sus órbitas dejaron traslucir claramente su agitación interna.

—En realidad callé porque me pareció que no debía distraerte. ¿Comprendes, querida? Te vi tan bien dispuesta y enfrascada en tu nuevo libro que pensé que no ganaríamos nada al informarte de su estado. De modo que resolví cooperar con tu padre... y esperar los acontecimientos.

—Entonces, ¿por qué me lo has dicho ahora? —preguntó Debra—. ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de idea? ¿Le ha ocurrido algo a David?

—Ayer David fue dado de alta en el hospital Hadassah.

—¿En el hospital? —Debra estaba perpleja. —¿Quieres decir que ha estado todo el tiempo allí, nueve meses en el hospital, Ella? No lo creo. ¡Es imposible!

—Es la verdad, Debra.

—Debieron de herirlo muy gravemente. ¿Qué le pasó? ¿Se ha curado ya?

Como Ella guardaba silencio, Debra dio un paso en su dirección.

—¿Por qué no respondes?

—El avión de David se incendió y él sufrió quemaduras muy graves en la cabeza. Ahora está completamente restablecido, pero...

Ella volvió a vacilar. Debra buscó a tientas hasta que dio con una de sus manos.

—¡Continúa, Ella!, pero ¿qué?

—David no es ya el hombre más hermoso que he conocido.

—No entiendo.

—Ya no es un muchacho esbelto y lleno de vida. A cualquier mujer le costará ahora permanecer mucho tiempo a su lado y más aún enamorarse de él.

Debra la escuchaba con atención, como en éxtasis. Sus ojos parecían concentrados en una dulce imagen.

—Él tiene plena conciencia de su aspecto actual y creo que trata de ocultarse a los ojos de la gente. Habla de volver a volar, según parece, como de una forma de evasión. En suma, sabe que está solo y aislado del mundo externo por su máscara...

Los ojos de Debra se nublaron. Ella imprimió, entonces, un tono más serio y amable a su voz.

—Pero hay alguien que jamás verá su máscara —dijo Ella, atrayendo hacia sí a la muchacha—. Alguien que lo sigue viendo como él era antes del accidente.

Debra oprimió con fuerza la mano de Ella y comenzó a sonreír. Su sonrisa parecía originarse en lo más profundo de su ser.

—Ahora él te necesita, Debra —prosiguió Ella suavemente—. Tú eres lo único que le queda. ¿Anularás tu anterior decisión?

—Tráelo aquí lo más pronto posible.

David ascendió por la larga escalera que conducía al estudio de Ella. Como era un día brillante y soleado, llevaba unos ligeros pantalones de seda, de color bronce, una camisa de manga corta, con abertura en «V» en el cuello y sandalias descubiertas. Sus brazos se veían muy blancos por la falta de contacto directo con el sol. El negro vello de su pecho contrastaba visiblemente con la crema que cubría su piel. Se había encasquetado, además, un sombrero de paja blanca y anchas alas para defender del sol sus cicatrices y atenuar con su sombra el feo aspecto de su rostro.



Al hacer un alto sintió brotar el sudor bajo su camisa y el bombeo de sus pulmones. Pero apenas llegó a la terraza se olvidó de su cuerpo y del temblor de sus piernas. Como aquella se hallaba desierta, se dirigió hacia las puertas cerradas, internándose en la sombra.

Ella Kadesh, sentada sobre una alfombra de Samarcanda, en el centro del pavimento de piedra, constituía en sí misma un sorprendente espectáculo, porque ostentaba una breve bikini adornada con rosas, que casi desaparecían bajo los gruesos rollos de carne que pendían sobre aquél desde sus pechos y su abdomen.

Se hallaba Ella en la posición yoga de Padmasana, o sea, del loto inmóvil: sus macizas piernas estaban enroscadas y entrelazadas como dos pitones apareados. Sumida en honda meditación, mantenía sus manos delante de sí, palma contra palma, y los ojos cerrados, y había cubierto su cabeza con una peluca color jengibre, semejante a la de un juez.

David se recostó en el marco de la puerta y echó a reír aun antes de recobrar el aliento. Su risa, que comenzó como un débil y fatigoso cloqueo, culminó de repente en una risotada surgida de las profundidades de su pecho, con tan tremenda violencia que sacudió su desvalido cuerpo y estremeció sus pulmones.

No se trataba de una explosión de alegría, sino de una reacción catártica de los postreros residuos de su dolor. Nuevamente aceptaba la vida y el reto que ella implicaba.

Ella Kadesh debió de interpretar así su risa, ya que permaneció sentada como un alegre Buda sobre la brillante alfombra. Después abrió uno de sus ojillos, tornando aún más grotesca y cómica la escena.

David se apartó de la puerta dando tumbos y se dejó caer en una silla.

—Tu alma es un desierto, David Morgan —dijo Ella—. No tienes el menor sentido de la belleza. Toda hermosura se marchitaría en el estercolero...

El resto de sus palabras resultó inaudible al empezar ella también a reír suavemente. Después su pose yoga se diluyó como la jalea en un día abrasador y comenzó a responder a cada grito de él con otro grito y a cada risotada de David con una carcajada.

—Estoy clavada aquí —jadeó Ella, al fin—. ¡Eh, tú, bobalicón, ayúdame!

David se acercó a Ella dando tumbos, se puso de hinojos y se

esforzó por desenredar sus piernas. Por último, éstas se separaron, en medio de leves crujidos y chasquidos y Ella cayó de bruces en la alfombra, gimoteando y riendo entre dientes.

—Fuera de aquí —dijo en tono quejumbroso—. Déjame morir en paz. Ve junto a tu amante, que se halla en el espigón.

⇄Ella lo vio partir rápidamente, y en cuanto David desapareció de su vista se puso de pie trabajosamente y se acercó a la puerta. De pronto su risa murió.

—Pobrecitos, mis dos gatitos mutilados. Ojalá no me haya equivocado —susurró. La sombra de una duda oscureció su rostro, pero desapareció enseguida—. Bueno, de todas maneras, Kadesh, ya es demasiado tarde para arrepentirte. Deberías haber pensado antes en ello, viejo mamarracho.

Una llamativa toalla y una chaqueta de playa estaban extendidas sobre el espigón. Junto a ellas, desde una radio de transistores surgía, a todo volumen, una ruidosa y sensual melodía rock. A lo lejos, en la bahía, nadaba Debra, sola, con poderosos movimientos, en estilo crol. Sus brazos morenos brillaban húmedos al sol en cada una de sus brazadas y sus pies producían una espuma blanca al agitar el agua.

De pronto dejó de nadar y se puso de pie en el agua. Cubría su cabeza un gorro de baño chato y blanco. David advirtió que prestaba oídos a la música y se orientaba por ella, ya que poco después comenzó a nadar de nuevo hacia el espigón.

Al llegar junto a éste abandonó el agua, se quitó el gorro y sacudió sus cabellos. Su cuerpo oscuro y tostado por el sol aparecía enjorado por innumerables gotas. Sus músculos eran firmes y duros. Con paso resuelto y seguro ascendió por los peldaños de piedra y echó mano de la toalla.

Mientras se secaba, David, que se hallaba muy cerca de ella, la devoró con los ojos, como si tratara de ponerse al día, respecto de su cuerpo, después de tan larga ausencia. Porque, aunque lo tenía bien grabado en su memoria, había olvidado muchas cosas. Su pelo, por ejemplo, era más denso y sedoso que el de la otra Debra, la de sus recuerdos. Por otra parte, su piel tenía una plasticidad y un brillo que no existían en aquélla. Además, era más oscura que antes, casi del mismo color de sus ojos. No cabía duda de que había permanecido muchas horas al sol todos los días. Rápidamente y con gran naturalidad, arrojó al suelo la toalla, ajustó la parte superior de su breve y tenue vestido y, después de abrirlo por delante, sostuvo durante un momento en su mano

uno de sus redondos pechos para colocarlo en una posición más cómoda. David se sintió tan necesitado de ella que no pudo contenerse. De manera cautelosa se aproximó a Debra. La grava crujió levemente bajo sus zapatos.

Instantáneamente la adorable cabecita se volvió hacia él y luego permaneció inmóvil, alerta a todos los sonidos. Sus ojos, inteligentes y expresivos, estaban totalmente abiertos y parecían mirar fijamente algo situado a pocos centímetros de él. David giró la cabeza para mirar tras de sí.

—¿David? —inquirió suavemente—. ¿Eres tú, David?

Él trató de responder, pero su voz no le obedeció. Su respuesta resultó un sonido ahogado. Entonces ella corrió hacia él rápidamente, estirando al máximo sus largas piernas, como una potranca excitada, con sus brazos extendidos hacia delante y el rostro resplandeciente de júbilo.

David la levantó en sus brazos y ella se aferró a su cuerpo ferozmente, casi con ira, como si acabase de recuperar algo que le había sido obstinadamente negado.

—Te he echado mucho de menos, David —dijo también con iracundia—. ¡Dios mío!, si supieras cuánto he sentido tu ausencia —e incrustó sus labios en la muerta boca, semejante a una cuchillada, de aquella máscara de carne.

Debra era el primer ser humano en muchos meses que lo trataba sin reserva, sin apiadarse de él y sin repugnancia. David sintió que su corazón se dilataba y fortalecía. Sus brazos se contagiaron del furor de ella.

Por último, Debra echó hacia atrás su torso y apoyó fuertemente su cadera contra la de él, sin vergüenza, regodeándose en su éxito, orgullosa de haber despertado al hombre en él. Súbitamente sus manos se deslizaron por el rostro de David y recorrieron su nuevo contorno, sus inesperados ángulos y planos. Cuando él intentó apartar su cara, Debra le contuvo y prosiguió su reconocimiento facial.

—Mis dedos me dicen que sigues siendo hermoso...

—Tus dedos mienten —cuchicheó él.

Pero ella, haciendo caso omiso de sus palabras, hundió aún más su cadera en la de él.

—Además, acabo de recibir un urgente mensaje de la zona Sur —dijo, riendo y casi sin aliento—. ¿Me hace el favor de acompañarme, caballero? —y tomando de la mano a David, rompió a correr rápidamente escalera arriba, arrastrando en pos de sí al muchacho.

David se sorprendió de su agilidad y aplomo. Debra le condujo a su *cottage*. Mientras él miraba a su alrededor, atentamente, Debra cerró la puerta con cerrojo. Premeditadamente el cuarto se volvió fresco, íntimo y en penumbra.

Ya en la cama el cuerpo de ella siguió tan fresco y húmedo como en el lago. Pero sus labios ardían cuando abrazó fuertemente a David. Los dos cuerpos jóvenes y bellos se entrelazaron ávidamente, como si cada uno intentara encontrar un santuario en el interior del otro. Desesperadamente trataron de refugiarse en la carne y buscaron y hallaron en sus brazos y piernas la manera de aliviar la soledad y lobreguez de sus vidas.

El acto sexual, por reiterado que fuese, no satisfacía todas sus necesidades. Por eso, incluso en los lapsos intermedios, no se separaban en ningún momento.

Dormían estrechamente abrazados y se buscaban a tientas, soñolientos pero ansiosos, cuando durante el sueño sus cuerpos se distanciaban, aunque sólo fuese un brevísimo instante. Hablaban siempre tomados de la mano. De vez en cuando ella deslizaba sus dedos por el rostro de David y éste clavaba su vista en sus dorados ojos. Hasta cuando Debra preparaba sus sencillas comidas, él permanecía a su lado o a sus espaldas, para que al moverse ella lo sintiera siempre junto a sí. Parecían temer que algo pudiera separarlos.

Durante cuarenta y ocho horas no abandonaron para nada el santuario del *cottage*. El tercer día salieron a dar un paseo en torno del lago. Después se arrojaron al agua desde el malecón y más tarde se tendieron en el suelo, bajo el ardiente sol.

Sin embargo, cuando Ella los miró y saludó con la mano desde la terraza y David le preguntó a Debra si quería ir a su encuentro, ésta respondió rápidamente:

—No... Todavía, no. Aún no estoy preparada para compartirte con nadie. Espera un poco más, David, por favor.

Otros tres días hubieron de transcurrir para que se hallaran dispuestos a subir al estudio de Ella.

Ésta, según su costumbre, preparó un almuerzo pantagruélico. David y Debra se alegraron infinitamente al enterarse de que serían los únicos invitados.

—Ya estaba pensando en enviar por ti a varios camilleros, Davey —dijo Ella, acompañando sus palabras con una risita obscura.

—No seas grosera, Ella —dijo Debra, con aire relamido. Su piel se sonrojó hasta adquirir un matiz rosa oscuro.

Ella estalló en una de sus habituales carcajadas de alegría, tan contagiosa, en esa ocasión, que obligó a sus huéspedes a reír al unísono.

Sentados bajo las palmeras bebieron vino en cántaros de barro, comieron a dos carrillos y hablaron y rieron libremente. David y Debra, enfrascados en sí mismos, no advertían la sutil observación de Ella.

Debra acababa de sufrir una dramática metamorfosis. Disipadas su fría reserva y la coraza con que había ocultado sus emociones, se convirtió en un ser pujante y lozano, vivificado por el amor.

Sentada junto a David festejaba, eufórica, sus ocurrencias y se inclinaba hacia él continuamente para tocarlo y acariciarlo y comprobar que seguía a su lado.

Al echar una nueva ojeada a David, Ella se esforzó por sonreír con naturalidad, pero no pudo evitar, avergonzada, una honda sensación de repugnancia y piedad ante aquella monstruosa cabeza.

La pintora no dudaba que, aunque le viese todos los días durante veinte años, aquel rostro siempre la perturbaría.

De pronto Debra rompió a reír ante un nuevo chiste de David y, volviendo su cara hacia él, le ofreció su boca con patética inocencia.

—¡Terribles palabras! —dijo, riendo—. Creo que debes realizar un acto de contrición.

Cuando la gran cabeza mutilada se inclinó sobre ella y la estrecha ranura de la boca de David rozó sus labios, Debra respondió apasionadamente a su reclamo.

Resultaba, en verdad inquietante, y a la vez extrañamente conmovedor el contraste existente entre el bello rostro bronceado y la horrible máscara de David.

«He obrado como correspondía... Por primera vez en mi vida he hecho lo que tenía que hacer», pensó Ella, al observarlos con vaga envidia. Aquellos dos seres indisolublemente unidos se sentían fortalecidos por sus tragedias individuales.

Su relación, nacida de un deseo carnal, de una mera chispa brotada al azar, había trascendido a una esfera superior.

Ella recordó con amargura a sus amantes, una larga serie de figuras masculinas que se sucedían hasta donde alcanzaba su memoria, un tropel de imágenes, ahora tan borrosas, que le parecían irreales. ¡Ah!, si hubiera existido algo capaz de ligar su vida a la de alguno de aquellos hombres... si hubiese sobrevivido

en ella, de tales relaciones, algo más sólido que un puñado de palabras recordadas a medias, que el vago recuerdo de algún hombre trepando sobre su cuerpo o de algún furtivo y remoto acoplamiento.

Al oírla suspirar, Debra y David la miraron inquisitivamente.

—¿Estás triste, Ella, querida? —dijo Debra—. Perdón... Somos dos egoístas.

—No estoy triste, pequeños míos —negó Ella, con vehemencia, mientras espantaba sus viejos fantasmas—. Me siento muy feliz, por ustedes. Poseen algo maravilloso, potente y bello. Protéjanlo como a sus propias vidas —y levantando su copa agregó—: Brindo por ustedes, David y Debra, por su amor invencible a causa del sufrimiento.

Durante un momento guardaron silencio, mientras brindaban con un vino rubio, bajo un sol también rubio. Pero enseguida recuperaron su anterior alegría.

Satisfechas las primarias exigencias del deseo y después de acercarse mutuamente hasta donde se lo permitían las limitaciones de la carne, comenzó el acoplamiento espiritual. Hasta entonces nunca habían hablado de verdad. Simplemente habían utilizado las palabras como un conjunto de símbolos superficiales, incluso durante su vida en común en la casa de la calle Malik.

Mas de pronto comenzaron a hablar, realmente.

Ciertas noches, en que no dormían, aprovechaban las fugitivas horas nocturnas para explorar en la oscuridad sus mentes y sus cuerpos y se alegraban al comprobar que tales exploraciones no concluirían nunca, porque sus almas eran insondables.

La joven ciega le enseñó a David a ver de día. De repente él comprendió que hasta entonces no había sabido utilizar sus ojos. Constreñido a ver por los dos, hubo de sacar el mayor provecho posible de sus ojos. La insaciable Debra lo obligaba a describir concienzuda y claramente los colores, las formas y los desplazamientos de los seres y las cosas.

Por su parte, David, recuperada la confianza en sí mismo, que había perdido a raíz de la desfiguración de su rostro, le enseñó a Debra a creer en él, ya que se anticipaba cada vez más a las necesidades de la muchacha.

Debra se atrevía, ahora, a ir a cualquier parte, porque contaba con un guía que, llegado el caso, la pondría sobre aviso mediante un leve roce de su mano o una palabra oportuna. Desaparecidas las fronteras de su mundo, reducido hasta entonces al *cottage* y una pequeña zona circundante, incluido el espigón,

donde se había orientado perfectamente por sí misma, podía ir actualmente adonde se le antojara.

No obstante, al comienzo apenas se aventuraron más allá del lago o las colinas que descendían hacia Nazaret.

Solían nadar diariamente en las verdes aguas del lago y recrearse todas las noches haciendo el amor en la encortinada alcoba.

El cuerpo de David volvió a ser tan delgado y recio y a ostentar el matiz bronceado que había tenido anteriormente.

Todo parecía haberse encarrilado perfectamente cuando Ella formuló su pregunta:

—¿Cuándo reanudarás tu nuevo libro, Debra?

—Algún día, durante los próximos cien años —respondió Debra, riendo frívolamente.

Una semana más tarde preguntó Ella a David:

—¿Has resuelto ya qué vas a hacer, Davey?

—¡Sí! Exactamente lo mismo que estoy haciendo ahora —contestó David.

—¡Por siempre jamás! —se apresuró a respaldarlo Debra—. Por toda la eternidad.

Súbitamente, sin pensar en las consecuencias ni estar realmente preparados para ello, resolvieron un día confundirse con la masa del pueblo.

David tomó prestada la lancha a motor, y después de recibir una lista de artículos de consumo, de manos de Ella, enfiló hacia Tiberíades. La embarcación, proa en alto, avanzó velozmente a lo largo de la costa del lago, dejando una blanca estela en pos de sí. El viento rociaba sus rostros con agua.

Después de atracar en el pequeño puerto naval de Lido Beach, ascendieron a la ciudad.

David estaba tan absorbido por Debra que la multitud que los rodeaba era una cosa irreal para él. Aunque advirtió algunas miradas curiosas sobre sí, no prestó atención.

Pese a que la temporada estaba en sus comienzos, la ciudad se hallaba atestada de visitantes. Los autobuses eran estacionados en la pequeña plaza situada al pie de la colina y a lo largo de la costa del lago, porque en la ruta de los turistas no cabía un alfiler.

La bolsa de plástico que portaba David pesaba cada vez más y estaba a punto de dejar caer parte de su contenido.

—Pan... Ya está todo —dijo Debra, verificando mentalmente la lista de provisiones.

Al pie de la colina, bajo los eucaliptus y protegida por una sombrilla de vistosos colores, hallaron una mesa junto a la cual se sentaron, sin soltarse nunca, para comer pistachos y beber cerveza, sin prestar atención a nada ni a nadie, pese a que las otras mesas estaban todas ocupadas.

El lago resplandecía y las colinas, de suaves contornos redondeados y bañadas por el sol, parecían muy próximas.

Varios Phantoms pasaron zumbando sobre el valle a baja altura, en cumplimiento de alguna misión misteriosa.

David los vio perderse hacia el sur, con total indiferencia.

A la caída del sol se dirigieron al sitio en que estaba amarrada la lancha a motor. David ayudó a Debra a descender a la embarcación. Más arriba, sobre el murallón, un grupo de turistas, quizá peregrinos, conversaban animadamente. Por su acento parecían proceder de Limehouses, Golders Green y Merseyside, aunque a David se le escapaban los matices más característicos de su pronunciación.

Después de poner en marcha el motor se alejaron del murallón, encaminándose hacia la entrada del puerto. Debra se hallaba junto a David. El motor rugía alegremente.

Un turista voluminoso, de rostro colorado, miró hacia abajo, desde el murallón, y seguro de que el ruido del motor ahogaría su voz, dio un codazo a su mujer y exclamó:

—Mira a esos dos, Mavis. La bella y la bestia, ¿no?

—Calla, Bert. A lo mejor entienden.

—Vamos, mujer, seguramente sólo hablarán en ídish u otra lengua por el estilo.

Al sentir Debra que el brazo de David se endurecía bajo su mano y que éste, indudablemente ofendido e irritado intentaba desprenderse de ella, asió con fuerza su antebrazo para contenerlo.

—Por favor, Davey, querido, no hagas caso. Alejémonos de aquí.

Incluso cuando ya estaban a salvo y seguros en el *cottage*, David siguió guardando silencio. Debra sintió que la tensión de su cuerpo se había propagado por la propia atmósfera del cuarto.

Sin decir palabra cenaron una comida consistente en pan y queso, pescado e higos. Debra no sabía qué decir para distraerle, porque también a ella la habían herido profundamente las palabras del desconocido.

Más tarde, en el lecho, no podían conciliar el sueño. David permanecía boca arriba, con los brazos extendidos y pegados al



cuerpo y los puños cerrados. Cuando la situación le resultó intolerable, Debra se volvió hacia él y acarició su rostro, sin saber aún qué decirle.

—No quiero ver más a nadie. ¿Para qué necesitamos a la gente?

—Por supuesto, no la necesitamos en absoluto —dijo ella.

—Hay, en el corazón de la sabana africana, un lugar remoto, lejos de todo centro poblado, llamado Jabulani. Mi padre lo compró hace treinta años para utilizarlo como coto y pabellón de caza. Ahora es mío.

—¿Cómo es Jabulani? Cuéntame... —dijo Debra, apoyando su cabeza en el pecho de David.

—Se trata de una vasta llanura que incluye varios bosques mopani y mohobahoba, algún voluminoso baobab y alguna zona pantanosa. En los claros crece una hierba color oro y palmeras ilala, cuyas hojas cuelgan como dedos de mendigos. En el confín de la llanura se yergue una serie de colinas que desde lejos tienen una coloración azul. Sus picos semejan las torrecillas de un castillo de cuento de hadas, formadas por tumbados bloques de granito. Entre las colinas existe un gran manantial que no cesa de manar. Jamás se ha secado y su agua es clara y agradable.

—¿Qué significa la palabra Jabulani? —inquirió Debra, al terminar él su descripción.

—Jabulani significa «lugar delicioso» —respondió David.

—Quiero ir allí contigo —dijo Debra.

—¿No echarás de menos Israel? —le preguntó David.

—No —contestó ella, moviendo la cabeza—, porque lo llevaré conmigo aquí dentro, en mi corazón.

Ella los acompañó a Jerusalén, ocupando todo el asiento posterior del Mercedes. Se había ofrecido para ayudar a Debra a elegir los muebles y enseres que llevarían a su nuevo domicilio y para embalarlos y despacharlos por vía marítima. El resto lo vendería. Aarón Cohen se encargaría de poner en venta la casa. David y Debra sintieron una honda tristeza al pensar que otra gente ocuparía su casa.

Luego, David dejó allí a las dos mujeres y se dirigió a Ein Karem, donde estacionó su Mercedes junto al portón de hierro del jardín.

El *brig* le estaba esperando en el «cuarto prohibido», o sea, en el sombrío aposento del piso superior que daba al patio. Cuando David lo saludó desde el vano de la puerta, el general levanta-

tó la cabeza y lo miró fríamente. Sus rasgos de acero no se relajaron en absoluto y en sus duros ojos de guerrero no brillaba ni una chispa de piedad ni de calor humano.

—Viene usted a verme con sus manos manchadas con la sangre de mi hijo —dijo.

David, helado ante aquel recibimiento, sostuvo firmemente su mirada. Después de un breve silencio, el *brig* le indicó una silla de alto respaldo, situada junto a la pared más distante de donde él se encontraba.

David cruzó la habitación, muy erguido, y se sentó.

—Si no hubiera usted sufrido tanto, hubiese tenido que responder de ello ante mí —dijo el *Brig*—. Pero el odio y la venganza son estériles, según usted mismo ha comprobado.

David miró al suelo.

—De modo que no insistiré en eso para no incurrir en los errores que condeno en usted, que es un joven violento. La violencia, placer de necios, es un recurso extremo para los sabios. Sólo se justifica para defender lo que nos corresponde legalmente. En cualquier otro sentido que se la emplee implica un abuso. Usted abusó del poder que le otorgué, y tal abuso provocó la muerte de mi hijo y llevó a nuestro país al borde de la guerra.

El *brig* se puso de pie junto a su escritorio, cruzó la habitación y deteniéndose delante de la ventana miró hacia el jardín de abajo.

Los dos permanecieron en silencio, mientras el general acariciaba su bigote y recordaba a su hijo.

Por último, el *brig* aspiró profundamente y se volvió.

—¿Para qué ha venido a verme? —preguntó.

—Para decirle que deseo casarme con su hija, señor.

—¿Se trata de una petición o de una orden? —inquirió el general en tono perentorio. Acto seguido y sin esperar la respuesta de David, regresó a su escritorio y se sentó de nuevo—. Si vuelve usted a abusar de mi confianza, si la hiere de alguna manera o la hace desdichada, le iré a buscar dondequiera que se encuentre. No le quepa la menor duda.

David se puso de pie, encasquetó su gorro de paño en su áspera cabeza y bajó ostensiblemente su ala.

—Nos gustaría que usted asistiera a la boda. Debra me encareció que los invitara: a usted y a su esposa.

El *brig* asintió con la cabeza.

—Puedo asegurarle que estaremos presentes.

La sinagoga de la Universidad de Jerusalén es un edificio blanco y deslumbrante, que recuerda por su forma la tienda de un nómada del desierto, hinchada por el viento.

Los ciclamores se hallaban en flor. Los invitados eran más numerosos de lo previsto ya que, además de los allegados, se hallaban allí los colegas universitarios de Debra, Robert y otros componentes de su grupo aéreo, Ella Kadesh, el doctor Edelman —el cirujano oculista con rostro de niño—, que había operado a Debra, Aarón Cohen y una docena más de personas.

Después de la sencilla ceremonia nupcial se dirigieron, a través de los terrenos de la universidad, a los salones alquilados por David para la fiesta. Ésta fue tranquila, con pocas risas y bromas. Los jóvenes pilotos, ex compañeros de David, se retiraron temprano, porque debían retornar a la base y con ellos desapareció toda posibilidad de alegría.

La madre de Debra, aún no repuesta totalmente de sus heridas y perturbada por la idea del inminente alejamiento de su hija, se convirtió en una llorosa presencia gris. Debra se esforzó inútilmente por consolarla.

Antes de abandonar la reunión el doctor llevó aparte a David.

—Obsérvela constantemente para detectar enseguida el menor síntoma de atrofia en sus ojos o nebulosidad o rojez en ellos... y preste atención a cualquier molestia o jaqueca.

—La vigilaré continuamente.

—No vacile en escribirme cuando tenga alguna duda, por trivial que sea.

—Muchas gracias, doctor.

Después de estrecharse las manos, dijo el doctor Edelman:

—Mucha suerte en su nueva vida.

Incluso Debra, que había mostrado una voluntad de hierro durante muchas horas, se derrumbó por último, al igual que su madre y Ella Kadesh. Junto a la valla que separaba a los viajeros de quienes los despedían, en el aeropuerto de Lod, las tres lloraron amargamente, colgada cada cual del cuello de las otras dos.

El *brig* y David se mantuvieron aparte, rígidos y desmañados, fingiéndose ajenos al lloro del trío, hasta que el primer aviso dirigido a los viajeros por los altavoces, les dio un pretexto para estrecharse brevemente las manos. A continuación David tomó por el brazo a Debra y la apartó suavemente de sus familiares. Poco después ascendieron por la escalerilla del Boeing y sin mirar atrás penetraron en el avión.

El gigantesco aparato despegó y luego giró hacia el sur. Como de costumbre, el espacio serenó a David. Todas las preocupaciones y tensiones de los últimos días quedaron en tierra y su espíritu se aligeró, excitado por lo que le prometía el futuro. Acercándose a Debra, oprimió su brazo.

—¡Hola, Morgan! —dijo.

Debra se volvió hacia él y le sonrió dichosa, ciegamente.

\* \* \*

Debieron permanecer algún tiempo en Ciudad del Cabo, antes de huir hacia el norte, hacia su santuario de Jabulani.

David alquiló una *suite* en el Hotel Mount Nelson. Allí pudo solucionar numerosos problemas pendientes, que habían ido acumulándose durante su ausencia.

Los contadores que manejaban sus fondos en fideicomiso le impusieron diez días de dedicación a sus asuntos. Durante ese lapso estudiaron minuciosamente en el gabinete de la *suite* una montaña de cuentas y documentos.

En dos años sus ingresos habían excedido, en general, a sus gastos y la parte no utilizada de aquellos debía ser reinvertida. Por otra parte, como en breve entraría en posesión del tercer grupo de bienes en fideicomiso, debía completar ciertas formalidades al respecto.

Debra estaba impresionada por la tremenda riqueza de David.

—Debes de ser casi millonario —dijo, realmente asombrada.

La palabra millonario correspondía al más alto grado de opulencia que Debra era capaz de imaginar.

—No soy solamente un niño bonito —dijo David.

Debra experimentó un gran alivio al oírle hablar tan ligeramente de su aspecto físico.

Mitzi y su nuevo esposo los visitaron en la *suite*. Sin embargo, la cena resultó un fracaso. Aunque Mitzi se esforzó por actuar como si nada hubiese ocurrido y siguió llamándole guerrero, era evidente que sus sentimientos y ella misma habían cambiado. En un estado de gestación muy avanzada, Mitzi estaba más deformada de lo que David creía posible que estuviera jamás. Sólo al promediar la cena descubrió David el motivo de la reserva con que actuaba la pareja. En el primer momento pensó que ello se debía a su rostro desfigurado. Pero más tarde varió de idea. Durante media hora, Mitzi elogió a Cecil y se refirió a sus grandes progresos en el Grupo Morgan. Por último dijo que Paul Morgan le

dispensaba toda su confianza. Luego Cecil preguntó con aire inocente:

—¿Piensas incorporarte a nuestro grupo? Creo que podrías sernos útil en algún área... ¡Ja,ja!

David los tranquilizó, al decir con calma:

—No, muchas gracias. No te inquietes por mí, Cecil. Te doy mi bendición y espero que con el tiempo sucedas a tío Paul.

—Por Dios, yo no lo he dicho en tal sentido —exclamó Cecil, nervioso.

Mítzi fue más explícita:

—Creo que estará a la altura de su cargo, guerrero. Por otra parte, a ti nunca te interesó ese puesto, ¿no?

Como no volvieron a encontrarse con la pareja y Paul Morgan se hallaba en Europa, David pudo cumplir sus obligaciones familiares sin sobresaltos ni molestias y concentrarse en los preparativos de su viaje a Jabulani.

Barney Venter pasó una semana con ellos, mientras buscaba un avión que se adaptara a las estrechas pistas de aterrizaje situadas en plena maleza y que a la vez le permitiera a David disfrutar de su actividad predilecta.

Finalmente escogieron un bimotor Piper Navajo (dos poderosos motores Lycoming de 300 HP), seis asientos y tren de aterrizaje de tres ruedas.

Barney Venter se desplazó alrededor de la máquina con los brazos en jarras.

—Bueno, no es un Mirage —dijo, y dio un puntapié a una de las ruedas. Pero enseguida calló y echó una fugaz ojeada al rostro de David.

—Ya estoy harto de Mirages, de los aviones que dan dentelladas —dijo David.

El día previo al de la partida David visitó, con Debra, una granja situada en las cercanías de Paarl. La mujer del granjero, que criaba perros, les mostró las perreras. Un cachorro de labrador se dirigió directamente hacia Debra, apoyó su fino hocico en su pierna y olfateó su perfume. Debra se agachó, buscó a tientas la cabeza del cachorro y después de acariciarle durante un momento aproximó su nariz al animal y aspiró el olor de su piel.

—Huele a cuero viejo —dijo—. ¿De qué color es?

—Negro —respondió David—. Negro como un zulú.

—Entonces lo llamaremos Zulú —dijo Debra.

—¿De modo que eliges éste? —le preguntó David.

—No —dijo Debra riendo—, yo diría más bien que él nos ha elegido a nosotros.

A la mañana siguiente, mientras volaban hacia el norte, el cachorro, indignado porque lo habían colocado en el asiento trasero, se encaramó de un salto en el hombro de Debra y luego se colocó cómodamente en su regazo. Al parecer, ambos consideraron muy satisfactoria tal solución.

—Creo que ahora tengo un rival —refunfuñó David.

Desde la parda meseta de la elevada sabana el terreno descendía bruscamente, como un acantilado, hacia la sabana cubierta de maleza del sur de África.

David escogió como punto de referencia la pequeña aldea de Bush Muck Ridge y el largo y estrecho río Sabi, que se deslizaba sinuosamente como una serpiente a través de los abiertos bosques de la planicie. Poco después alteró su rumbo ligeramente hacia el norte. Diez minutos más tarde divisó la baja silueta azul de las colinas, que surgían repentinamente de la llanura.

—Allí está, exactamente delante de nosotros —le dijo a Debra que, contagiada de su emoción, abrazó aún más estrechamente al cachorro y se inclinó hacia David.

—¿Cómo es Jabulani?

—Colinas cubiertas de árboles enormes. De cuando en cuando, rocas grises, semejantes a torres. Abajo, densos bosques de arbustos. Aquí y allá, charcas que brillan suavemente en los intersticios del oscuro follaje. Mi padre las llamó «El collar de perlas», y eso es lo que parecen —dijo David—. Se originan en las aguas que descienden, cuando llueve, por las tierras en declive situadas más allá de las colinas. Luego desaparecen tan bruscamente como surgieron, en la tierra arenosa de la planicie —siguió explicando, mientras el avión giraba, perdiendo lentamente altura, en torno de las colinas—. Esas charcas dan a Jabulani un carácter especial, ya que proveen de un elemento esencial a las aves y animales salvajes de la planicie. Miles de ellos son atraídos desde muy lejos por las «perlas». —A continuación enderezó la máquina y desaceleró para aterrizar—. Allí está la finca: paredes blancas y techos de bardas, que la mantienen fresca en verano; profundas verjas y sombreadas y altas habitaciones... Amarás este lugar.

La estrecha pista de aterrizaje parecía despejada y segura, aunque la cilíndrica veleta de lona pendía en sucios jirones en su poste. David giró prudentemente, antes de avanzar en línea rec-

ta para aterrizar. Poco después el avión, ya en tierra, corrió hacia un pequeño hangar de ladrillo rodeado de árboles. David dio una patada al freno de las ruedas y apagó los motores.

—Ya hemos llegado —dijo.

\* \* \*

Jabulani, una de las muchas fincas rurales lindantes con el Parque Nacional Kruger —la más espectacular reserva natural del mundo—, no rendía utilidad alguna porque, como las restantes, no era apta para la agricultura. Por otra parte, pocas de ellas eran utilizadas para apacentar animales domésticos. Su inmenso valor residía en sus sabanas pobladas de arbustos y recorridas por innumerables animales salvajes, y también en la pacífica atmósfera de sus enormes espacios libres, tan apreciados que cualquier hombre acaudalado está dispuesto a pagar una fortuna por la menor parcela de dicho *Lebensraum*.

El abuelo de David había adquirido Jabulani, pagando a razón de unos pocos chelines por hectárea, porque en su tiempo no era más que un desierto virgen.

Con el correr de los años, Jabulani se convirtió en coto de caza familiar y, como Paul Morgan nunca se sintió atraído por la sabana, la finca había pasado a manos del padre de David y posteriormente a poder de su hijo. Ahora aquellas siete mil doscientas hectáreas de llanura y bosques africanos eran de un valor incalculable.

A pesar de ello, la familia Morgan apenas había reparado en Jabulani en los últimos quince años. El padre de David, apasionado cazador, solía ir a la finca con su hijo, durante las vacaciones escolares de éste. Pero después de la muerte de su padre las visitas de David a Jabulani habían sido cada vez más breves y espaciadas. La última la había realizado siete años atrás, en compañía de varios camaradas suyos de la escuadrilla Cobra.

En aquel entonces se hallaba la heredad a cargo de Sam, el mayordomo-capataz-guardabosques negro, quien era un excelente administrador.

Sam se esforzaba porque hubiera siempre limpias sábanas de hilo en las camas y que los suelos estuvieran en todo momento bien lustrados, los muros exteriores inmaculados como la nieve y los cercos en perfectas condiciones. David recordaba haber visto la heladera siempre llena de churrascos y el bar bien provisto de los mejores tipos de licores.

Sam dirigía a una disciplinada servidumbre compuesta por seis alegres y eficientes auxiliares.

—¿Dónde está Sam? —fue la primera pregunta que David formuló a los dos criados que corrieron a su encuentro desde la casa.

—Se fue.

—¿Adónde?

La respuesta fue un elocuente encogimiento de hombros, característico por otra parte de los africanos. Los uniformes de los criados estaban sucios y desgarrados y las maneras de aquéllos denotaban una total desidia.

—¿Dónde está el Land-Rover?

—No funciona.

En la casa aguardaban a David muchas otras sorpresas desagradables. Todas las dependencias se hallaban en deplorable estado y tenían el aspecto de viviendas abandonadas y descuidadas por sus dueños, desde sus estropeados techos de paja negra y podrida hasta los muros, llenos de manchas grises y pardas. El yeso se caía en pedazos.

Dentro todo estaba sucio, cubierto de polvo y salpicado por todas partes de los excrementos de las aves y reptiles que anidaban en las techumbres.

Las telas metálicas que habían protegido las amplias barandas contra los insectos, comidas por la herrumbre, colgaban en tiras en muchas partes.

Las huertas estaban ahogadas por la maleza y las verjas a punto de derrumbarse. Incluso el terreno inmediato a los edificios se hallaba cubierto de espesa cizaña. No sólo el Land-Rover no funcionaba. Tampoco funcionaban la bomba de agua, el depósito del inodoro, el generador eléctrico, ni los vehículos motorizados.

—Esto es un desastre —le dijo David a Debra, mientras se sentaban, con sus tazas llenas de té fragante, en el peldaño exterior.

Afortunadamente, David, previsor, había llevado víveres de emergencia.

—¡Oh, Davey, si supieras cuánto lo siento...! Porque me encanta este lugar tranquilo y sereno. Casi me parece que mis nervios se relajan por sí mismos.

—¡Oh, no te aflijas! Yo no me inquieto por ello. Estas viejas chozas fueron construidas por mi abuelo en los años veinte, e incluso entonces eran endebles —la voz de David denotaba una de-



terminación y un ímpetu que Debra no advertía en él desde hacía largo tiempo—. Este deterioro será un buen pretexto para tirar todo abajo y construir nuevos edificios.

—¿Nuestra casa? —le preguntó Debra.

—Sí —dijo David, eufórico— ¡Exactamente eso!

El día siguiente volaron a Nelspruit, la mayor ciudad de las inmediaciones, y durante una semana estuvieron tan absorbidos por las cuestiones inmediatas que olvidaron por completo sus problemas más importantes. Con un arquitecto trazaron cuidadosamente los planos de su nuevo hogar, teniendo en cuenta sus especiales necesidades: un aireado y amplio estudio para Debra; un despacho y un taller para David; una cocina cómoda y segura para una cocinera ciega; varios cuartos, sin nada que implicase un cambio de nivel entre uno y otro, y por último una *nursery*.

Cuando David le describió a Debra dicha dependencia, ella le preguntó muy discretamente:

—¿Estás planeando algo que me incumbe directamente?

—A su debido tiempo te enterarás de ello —le prometió David.

El edificio de los huéspedes se hallaría a gran distancia de la casa propiamente dicha y sería autosuficiente, y el pequeño campamento de chozas de la servidumbre se levantaría 900 metros más allá, entre los árboles y tras una estribación del collado rocoso que se elevaba a espaldas de la casa principal.

David sobornó a un contratista de Nelspruit para que pospusiera sus restantes obras, cargara sus obreros en cuatro grandes camiones y partiera con ellos hacia Jabulani.

Los trabajos se iniciaron en el edificio principal. Simultáneamente David se dedicó a reacondicionar la estrecha pista de aterrizaje y reparó las bombas de agua y todos los artefactos susceptibles de volver a funcionar. No obstante, el Land-Rover y el generador eléctrico debieron ser reemplazados.

Dos meses después la finca ya era habitable y pudieron instalarse en ella.

Debra colocó sus magnetófonos bajo las grandes ventanas que daban al sombreado jardín delantero, a través de las cuales la brisa vespertina refrescaba la habitación, impregnándola del aroma de los franchipanes y las nochebuenas.

Mientras David estaba enfrascado en la tarea de transformar Jabulani en una confortable heredad, Debra se dedicaba a ordenar sus cosas.

Rápidamente exploró y fijó en su mente como en un mapa el contorno de su medio ambiente. Varias semanas más tarde se mo-

vía en su nuevo hogar con la seguridad de una persona de visión normal y había acostumbrado a sus criados a colocar todos los objetos, después de usarlos, siempre en los mismos lugares. Zulú, el cachorro de labrador, se desplazaba continuamente a su lado como una brillante sombra negra. Desde el principio había comprendido que Debra necesitaba de su constante colaboración. Por tanto, la había convertido en el centro de su vida. También advirtió que era inútil mirarla fijamente o mover la cola ante ella y que para llamar su atención tenía que gemir o jadear. En otro orden de cosas llegó a la conclusión de que su ama era un poco tonta y que la única manera de evitar que cometiese estupideces tales como caerse en la escalinata o tropezar con algún cubo dejado en el pasillo por un criado negligente consistía en empujarla con su pata o su hocico.

Debra se impuso enseguida un metódico plan de trabajo que la retenía en su estudio hasta mediodía, con Zulú enroscado a sus pies.

David construyó una gran jaula de pájaros bajo los árboles situados frente a su ventana. De modo que todas las grabaciones de Debra tenían un fondo musical formado por los gorjeos y parloteos de seis variedades de pájaros silvestres. Por otra parte, Debra había descubierto en Nelspruit una mecanógrafa que hablaba hebreo, a la cual David entregaba sus cintas magnetofónicas cada vez que volaba a la ciudad en busca de comestibles o a retirar la correspondencia. A su regreso, traía consigo un montón de cuartillas mecanografiadas que revisaba junto con Debra. David leía en voz alta esos textos y la correspondencia y hacía las correcciones que ella le indicaba. Con el tiempo se habituó a leer de esa manera, desde los periódicos hasta las novelas.

—Contigo a mi lado no necesito para nada a Braille —solía decirle Debra.

Sin embargo, eso no era todo. David debía describirle cada faceta y dimensión del nuevo ambiente en que vivían.

Aunque Debra no vería jamás la multitud de pájaros que bebían y se bañaban bajo su ventana, muy pronto aprendió a identificar cada reclamo y a distinguir a los nuevos huéspedes.

—David, acabo de descubrir un nuevo pájaro. ¿Cómo se llama? ¿Qué aspecto tiene?

Su esposo tenía entonces que describir no sólo su plumaje, sino también sus hábitos y peculiaridades.

A veces le pedía a David una exacta descripción de los edificios e inquiría si armonizaban con el ámbito natural, o bien de-

seaba enterarse de las travesuras de Zulú, el perro labrador. Otras veces exigía un minucioso retrato de cada criado, una pintura pormenorizada del paisaje que se divisaba desde su ventana o formulaba preguntas acerca de otros aspectos de su nueva existencia.

Terminada la obra, los albañiles marcharon y no quedó una sola persona extraña en Jabulani. No obstante, sólo cuando llegaron de Israel los muebles y demás enseres, procedentes de la casa de la calle Malik, se convirtió Jabulani en su nuevo hogar.

La mesa de madera de olivo fue colocada bajo la ventana de su cuarto.

—Hasta ahora no he trabajado, realmente... Me faltaba algo —dijo Debra, acariciando la tabla de ébano con incrustaciones de marfil.

Sus libros fueron alineados en varios anaqueles, en la pared más próxima a su mesa. Los sillones de cuero del cuarto de fumar hacían juego con los tapetes de pieles de animales y las espesas alfombras de lana.

Cuando David colgó el lienzo de Ella Kadesh sobre la chimenea, Debra localizó su exacta posición mediante el tacto.

—¿No crees que debería estar una milésima de pulgada más arriba? —le preguntó David seriamente.

—Basta de charla, David Morgan. Deseo saber exactamente dónde se halla.

Luego fue armada la gran cama de bronce y extendieron sobre ella la colcha color marfil. Debra brincó alegremente de un extremo a otro del lecho.

—Ahora sólo falta una cosa —dijo.

—¿Qué? —preguntó él, fingiéndose perplejo y ansioso—. ¿Algo muy importante?

—Acércate —dijo Debra, curvando un dedo para indicarle que se aproximara—. Te demostraré que en verdad lo es.

Durante varios meses, acaparada su atención por la organización de la finca, no se apartaron de sus inmediaciones. Mas de pronto no hubo ya urgencia de nada y cesó el movimiento en toda la casa.

—Poseemos siete mil doscientas hectáreas de tierra e innumerables vecinos de cuatro patas. Ha llegado el momento de echarles una ojeada —dijo David.

Poco después colocaron en una bolsa su almuerzo frío y ascendieron los tres a su nuevo Land-Rover. Zulú fue relegado al asiento trasero.

La carretera descendía hacia el «collar de perlas», punto central de la vida de la finca. Al llegar a su destino dejaron el coche bajo los árboles y descendieron al lugar en que se hallaban las ruinas de la casa de verano, de techumbre de paja, en la orilla de la charca principal.

El agua despertó los instintos de Zulú, el cual se zambulló en ella y nadó hacia el centro de la charca, visiblemente complacido. El líquido diáfano como el aire en la superficie, se tornaba oscuro en las profundidades de la charca.

David escarbó en la barrosa orilla y extrajo una gorda y rosada lombriz de tierra, que arrojó enseguida al agua, a pocos pies de él. Una forma oscura, tan larga como un antebrazo, surgió rápida del fondo de la charca y agitó la superficie.

—¡Zas! —exclamó David, riendo—. Todavía quedan aquí algunos peces gordos. Otro día traeremos las cañas de pescar. En mi infancia solía pasar aquí días enteros.

La selva despertaba en él lejanos recuerdos, mientras vagaban a través de las cañas de la orilla. Paulatinamente, David fue sumiéndose en un profundo silencio.

—¿Qué ocurre, David? —le preguntó Debra, que captaba todos sus cambios de humor.

—Los animales han desaparecido —dijo, asombrado—. No he visto ni uno solo desde que salimos de la finca, ni siquiera un duiker. —Deteniéndose en un lugar libre de cañas, donde el suelo descendía suavemente hacia el agua, agregó: —Éste era un abrevadero muy concurrido. Noche y día los animales hacían cola para beber. —Soltando a Debra se agachó para examinar detenidamente la tierra. —Apenas se ven huellas de animales: unos pocos kudus y alguna pequeña manada de mandriles. Hace meses, quizás años, que no pasan por aquí otros animales.

Cuando regresó junto a Debra ésta le preguntó dulcemente:

—¿Estás contrariado, David?

—Jabulani sin animales no vale nada —gruñó él—. Ven, veamos qué ocurre en el resto de la hacienda. Noto algo raro aquí.

La pequeña excursión de placer se convirtió en una desesperada búsqueda. David inspeccionó la espesura y los claros, recorrió los lechos secos de los ríos y detuvo su Land-Rover para examinar en su arena cualquier posible signo de vida salvaje.

—Ni siquiera un impala, no hay rastro de ellos —dijo afligido y ansioso—. Antes los había aquí por millares. Recuerdo haber visto pasar por estos lugares innumerables manadas. Casi junto

a cada árbol había un sedoso impala color castaño, ágil como un danzarín de ballet.

Girando hacia el norte, avanzó entre los árboles, por una senda llena de malezas.

—He aquí una dehesa intacta, tan lozana como un jardín bien cuidado.

Poco antes de mediodía llegaron a la polvorienta y desigual carretera que corría a lo largo del límite septentrional de Jabulani. La cerca divisoria se hallaba en pésimas condiciones: en algunos sectores, torcida; en otros el alambre estaba roto. Muchos de los soportes se habían quebrado al nivel del suelo.

—¡Maldición! ¡Qué desastre! —exclamó David, en tanto viraba a través de una brecha abierta en la cerca, en dirección de la carretera. A continuación avanzó durante dos millas a lo largo de la cerca, hasta que llegó al recodo desde el cual el camino se dirigía directamente hacia Jabulani.

Hasta la placa de bronce con el nombre de la finca que su padre había hecho colocar sobre los pilares del portón, y de la que tanto se había enorgullecido, colgaba completamente deteriorada.

—Bueno, creo que aquí hay mucho que hacer —dijo David, con cierta complacencia.

Media milla más allá de los portones la carretera giraba bruscamente, flanqueada por altas hierbas.

De pronto, en medio del camino arenoso, surgió un magnífico kudu, un fantasma gris, cuyo poderoso cuerpo estaba surcado por rayas blancas. Con la cabeza enhiesta y ostentando sus largos cuernos negros, con forma de tirabuzón, parecía estar escuchando, con sus orejas erguidas.

Pero sólo permaneció en tal postura un fragmento de segundo, porque enseguida, aunque el Land-Rover se hallaba aún a doscientos metros de distancia de él, huyó como un torbellino gris. Sus grandes cuernos parecían proyectarse desde su lomo, mientras volaba a través de la maleza, pegando una serie de ágiles y alegres brincos.

Tan rápidamente se perdió de vista que a David le pareció que había sido un producto de su imaginación, mientras se lo describía a Debra.

—Ha desaparecido nada más vernos. En otro tiempo estos animales eran tan mansos que teníamos que espantarlos a palos de la huerta.

Nuevamente se apartó de la ruta principal y cogió una senda

lateral cubierta de cizaña. Los brotes de las plantas silvestres eran allí muy altos y gruesos. David enfiló directamente en su dirección, en su pequeño y resistente vehículo.

—¿Qué diablos estás haciendo? —gritó Debra, tratando de hacerse oír por encima de los crujidos y silbidos de las ramas de los árboles.

—En este país, al abandonar una carretera, hay que abrirse camino por su cuenta.

Siete kilómetros más adelante dieron de repente con la carretera corta-fuego, que marcaba el límite oriental de Jabulani, o sea, la línea divisoria entre ellos y el Parque Nacional, mayor en extensión que el Estado de Israel, con sus dos millones y medio de hectáreas de tierras vírgenes. Aquella vasta área de trescientos ochenta y cinco kilómetros de largo por ochenta de ancho donde vivían más de un millón de animales salvajes, era la más importante reserva de vida animal de África.

David detuvo el Land-Rover, paró el motor y se apeó de un salto. Después de una pausa iracunda comenzó a jurar nerviosamente.

—¿A qué se debe tanta alegría? —le preguntó Debra.

—Mira esto. ¡Simplemente, mira esto! —vociferó David.

—Ojalá pudiera hacerlo.

—¡Oh, perdón, Debs! Aquí hay una cerca... ¡para impedir que pasen los animales! —Tenía aquella ocho pies de altura y estaba sostenida por gruesos postes de madera dura, tan anchos como el muslo de un hombre. El tejido de alambre era muy resistente. —Nos han encerrado. ¡La gente del Parque Nacional nos ha dejado incomunicados! Con razón no hay aquí un solo animal.

Mientras regresaban a la finca, David le explicó a Debra que nunca había existido valla alguna entre Jabulani y el Parque Nacional Kruger. Tal situación había sido muy útil para ambas partes, ya que los ricos pastos y las perennes charcas de Jabulani contribuían a la supervivencia de los animales en las épocas de sequía y escasez.

—Parece que te preocupan mucho los animales salvajes —dijo, por fin, Debra, que había estado acariciando la cabeza del Labrador en silencio, pero alerta, mientras David hablaba.

—Sí. De repente he descubierto que es muy importante. Cuando los animales recorrían libremente estos lugares, yo daba por descontada su presencia. Pero ahora que no están me parecen muy importantes —y riendo violenta y amargamente, agregó—: Supongo que no seré el primero que habla así en África.

Durante más de una milla guardaron total silencio. Mas de pronto David dijo en tono enérgico:

—Los obligaré a arrancar esa cerca. No permitiré que nos aislen. Ahora mismo hablaré con el jefe de los guardianes.

David había conocido a Conrad Berg en su infancia cuando éste, simple guardián aún, se hallaba a cargo del sector sur del parque. Con el paso del tiempo se fueron gestando una serie de leyendas en torno de aquel hombre. Dos de ellas le describían perfectamente.

Cierto día, al anochecer, hallándose en un lugar muy apartado de la reserva, su camión quedó inutilizado. Berg resolvió entonces regresar a pie a su vivienda. De pronto se vio acometido por un enorme león. La fiera le desgarró media espalda y clavó sus dientes en su clavícula y su brazo. No obstante, Berg se las ingenió para matar al león, hiriéndolo una y otra vez en la garganta con un pequeño puñal hasta que le atravesó con éste la yugular. Inmediatamente después recorrió cinco millas, de noche, seguido por una jauría de hienas, que lo seguían de cerca, expectantes, aguardando a que cayera de un momento a otro.

En otra ocasión el propietario de una finca lindante con el parque mató furtivamente a uno de los leones de Berg con su escopeta, después de internarse media milla en la reserva. Dicho cazador, alto e influyente funcionario estatal, le dijo a Berg en son de burla:

—¿Qué piensa hacer al respecto, amigo mío? ¿Le agrada conservar su puesto?

Haciendo caso omiso de la presión ejercida sobre él desde arriba, Berg se obstinó en reunir pruebas y citó por último al funcionario. Pese a que la presión se acentuó a medida que se acercaba la fecha en que el funcionario debía comparecer ante el tribunal, Berg se mantuvo firme. El importante personaje hubo de sentarse, finalmente, en el banquillo de los acusados y fue sentenciado a pagar una multa de mil libras o cumplir seis meses de trabajos forzados.

Sin embargo, posteriormente, le dijo a Berg, mientras le estrechaba la mano:

—Muchas gracias por su ejemplo de coraje.

Quizá debido a ello, Berg era ahora el jefe de los guardianes.

De acuerdo con lo convenido telefónicamente con David, Berg se hallaba junto a la cerca divisoria. Era un vigoroso individuo de elevada estatura, rostro rojizo y tostado por el sol y hom-

bros anchos. En sus musculosos brazos persistían las cicatrices de las heridas que le había producido el león.

Conrad Berg lucía los *suntans* y el sombrero ancho característicos de los guardianes del parque, así como también el emblema verde de la institución en sus hombreras.

A sus espaldas se hallaba parado un camión Chevy color castaño, con la insignia del parque en su portezuela. Dos *rangers* negros estaban sentados en la parte trasera del vehículo, uno de ellos con un rifle en las manos.

Berg tenía sus puños en jarras, el sombrero echado hacia atrás y cara de pocos amigos.

A tal punto parecía un animal feroz dispuesto a defender su guarida, que David le dijo a Debra entre dientes:

—La cosa no será fácil.

Después de detener su coche en las proximidades de la cerca de alambre, David se dirigió, con Debra, hacia aquélla.

—Señor Berg, yo soy David Morgan. Recuerdo haberle visto a usted en mi niñez, cuando mi padre era el propietario de Jabulani. Me agradaría presentarle a mi esposa.

La expresión de Berg varió ligeramente. Sin duda se hallaba al tanto de los rumores relacionados con el nuevo dueño de Jabulani, porque se trataba de un área despoblada y porque, por otra parte, le incumbía enterarse de cuanto ocurría en ella. No obstante, no esperaba encontrarse con un joven terriblemente mutilado que tuviera una esposa bella y ciega.

Haciendo gala de una torpe galantería, Berg se quitó el sombrero, pero al advertir que la joven no se enteró de ello murmuró vanas palabras de bienvenida, y cuando David le tendió su mano a través de la cerca, se la estrechó con suma cautela.

Actuando en equipo, Debra y David descargaron todo su encanto personal sobre Berg, un hombre simple y franco.

Lentamente, las defensas del guardián fueron cediendo a medida que conversaban, Berg se entusiasmó con Zulú. Como él tenía varios perros labradores, la conversación se centró en este tema. Debra extrajo del bolso un termo y David sirvió café en vasos a todos los presentes.

—¿Ése no es Sam? —inquirió David, señalando al *ranger* que se hallaba en el camión con el rifle de Berg.

—Hum... —Berg se puso en guardia.

—Antes trabajaba en Jabulani.

—Vino al parque por su propia cuenta —explicó Berg, anticipándose a una posible recriminación.



—Supongo que no me reconoce debido a mi aspecto actual... Pero recuerdo que era un excelente *ranger*. Jabulani se ha venido abajo desde que él la abandonó —admitió David, antes de iniciar un ataque frontal—. Pero hay otra cosa que ha contribuido decisivamente a la decadencia de Jabulani: la cerca de alambre —y pateó uno de los postes.

—¿De veras?

Berg agitó la espuma de su café y la volcó en tierra.

—¿Por qué han puesto esa cerca?

—Por un buen motivo.

—Mediante una especie de pacto de caballeros mi padre y los administradores del parque resolvieron que no hubiese vallas entre Jabulani y la reserva. Nosotros podemos brindarles a ustedes el agua y los pastos que necesitan.

—Con todo el respeto que siempre sentí por el difunto señor Morgan, le diré, sin embargo, que nunca fui partidario de la frontera abierta —dijo Berg lentamente.

—¿Por qué?

—Su padre era un *sportman* —Berg escupió la palabra como si fuera un trozo de carne podrida—. Cuando mis leones se acostumbraron a verlo y empezaron a acercarse al límite, su padre comenzó a mostrarse aquí con dos asnos para atraerlos fuera del parque.

David abrió la boca para protestar, pero cambiando de idea la cerró lentamente al sentir que las cicatrices de su cara se cubrían de manchas y motas rojas, provocadas por la vergüenza. Berg tenía razón. De pronto se acordó de los asnos y de varias pieles de león puestas a secar en la parte trasera de Jabulani.

—Mi padre nunca fue un cazador furtivo —dijo David en defensa de su progenitor—. Tenía licencia de cazador y nunca mató un solo animal fuera de los límites de su propiedad.

—Por supuesto, no fue un cazador furtivo —admitió Berg—. Era demasiado inteligente para comprometerse. Su padre sabía que si me desafiaba saldría de aquí despedido por un cohete que lo convertiría en «el primer hombre en la luna».

—¿Por eso pusieron la cerca?

—No.

—¿Por qué entonces?

—Porque durante catorce años Jabulani ha pertenecido a un propietario a quien le importaba un bledo lo que ocurría en su finca. El viejo Sam, aquí presente —y señaló al *ranger*, que seguía en el camión—, hizo todo lo posible por salvar Jabulani. Sin em-

bargo, no pudo evitar que se convirtiera en el paraíso de los cazadores furtivos. Tan pronto los pastos y el agua de lo que usted habla con tanto entusiasmo atraían fuera del parque a mis animales, éstos eran tiroteados por cualquier aficionado amigo del gatillo que pasaba por aquí. Cuando Sam intentó hacer algo al respecto fue terriblemente vapuleado y, como eso no fue suficiente para detenerlo, alguien, una noche, prendió fuego a su choza. Dos de sus hijos murieron carbonizados.

David se estremeció, horripilado. Sus mejillas se encendieron al recordar otras llamas y otra carne chamuscada.

—Yo ignoraba eso —dijo con voz áspera.

—No... Lo que pasa es que usted estaba muy ocupado en amontonar dinero o entregado a los placeres —dijo Berg, irritado—. De modo que, por último, Sam vino a verme y yo le empleé en el parque. Más tarde resolví colocar esta cerca.

—Jabulani está desierta. Sólo he visto unos pocos kudus y algún que otro duiker. Los demás animales han desaparecido.

—Exacto. En poco tiempo barrieron cuanto había en ella.

—Yo quiero que Jabulani vuelva a ser lo que fue.

—¿Para qué? —se burló Berg—. ¿Para convertirse en un *sportman* como su padre? ¿Para venir todos los fines de semana desde Johannesburgo en avión con varios amigos a cazar a tiros a mis leones? —de pronto, al ver a Debra, el rostro de Berg se tornó morado—. Perdón, señora Morgan. En realidad no quise decir tal cosa.

—No es nada, señor Berg. Su frase fue muy expresiva.

—Muchas gracias, señora —y se volvió, furioso, hacia David—. ¿Piensa fundar el Servicio Privado de Safaris Morgan?

—Le aseguro que no permitiré que nadie dispare un solo tiro en Jabulani —dijo David.

—Salvo cuando se trate de la olla. Todos dicen lo mismo y de repente estalla un nuevo Waterloo.

—No —dijo David—. Ni cuando se trate de la olla.

—¿Comerá usted la carne del carnicero? —le preguntó Berg, con aire incrédulo.

—Escuche, señor Berg: si quita usted esta cerca yo proclamaré a Jabulani reserva natural privada.

Berg, que estaba a punto de hablar, se contuvo. Al oír la declaración de David las palabras murieron en su boca, que quedó abierta y colgando. Luego Berg la cerró lentamente.

—¿Tiene usted idea de lo que eso significa? —dijo, por fin—. Se colocaría usted completamente en nuestras manos, quedaría

supeditado a nosotros mediante un contrato legal y otras cosas por el estilo, carecería de licencia de propietario y no podría cazar leones, porque éstos corresponderían a un área ganadera.

—Sí, lo sé perfectamente. Ya he estudiado el asunto. Pero hay algo más: yo me comprometería a cercar los otros tres límites de la finca, a entera satisfacción de ustedes, y a mantener la fuerza de guardabosques privados que ustedes consideren necesaria. Todos los gastos correrían de mi cuenta.

Berg levantó pausadamente su sombrero y se rascó, pensativo, la cabeza, apenas recubierta por unos cuantos pelos largos y grises.

—Bueno —dijo en tono apesadumbrado—. ¿Cómo podría yo rechazar una oferta semejante? —Y por primera vez desde que se encontraron comenzó a sonreír. —Según parece, habla usted en serio.

—Mi esposa y yo residiremos aquí de forma permanente... y no queremos vivir en un desierto.

—¡Hum! —exclamó Berg, asintiendo con la cabeza y admitiendo, por fin, la posibilidad de que alguien pensara de aquella manera. El extraño sentimiento de repulsión que había experimentado en un primer momento ante aquel rostro espeluznante empezaba a disiparse en él.

—Creo que deberíamos dar un escarmiento a un par de esos cazadores furtivos a los que usted acaba de referirse —dijo David.

En la cara grande y roja de Berg surgió una alegre mueca.

—Pienso que me agrada tener un vecino como usted —dijo Berg, tendiéndole por segunda vez la mano a través de la cerca. David retrocedió cuando la poderosa mano de Berg hizo crujir sus nudillos.

—¿Le agrada cenar mañana con nosotros? —le preguntó Debra a Berg, exhalando un suspiro de alivio—. Traiga a su esposa.

—Será para nosotros un gran placer.

—Abriré una botella de whisky —dijo David.

—Muchas gracias —respondió Conrad seriamente—, pero mi esposa y yo sólo bebemos ginebra Old Buck, con un poco de agua.

—Muy bien. Les serviremos ginebra —dijo David, también con aire serio.

Jane Berg era una mujer delgada, de más o menos la misma edad que su marido. Tenía el rostro chupado, rugoso y tostado

por el sol y una cabellera descolorida, en la que se advertían algunas franjas grises.

Como dijo Debra más tarde, era, quizás, el único ser en el mundo capaz de asustar a Conrad. Le bastaba decir: «Estoy hablando, Connie», para contener cualquier desborde oratorio de su gigantesco marido. Una significativa mirada suya a un vaso vacío era suficiente para que Berg se lanzara en busca de más bebida. Jamás podría Conrad terminar tranquilamente un relato o una frase, porque Jane lo interrumpía a cada momento para hacer alguna corrección. Berg debía aguardar a que terminara sus rectificaciones para reanudar sus exposiciones.

En aquella ocasión, Debra escogió con sumo cuidado el plato principal —carne fría— para no contrariar el gusto de sus dos invitados. Conrad comió cuatro con evidente agrado, pero rechazó el vino que le sirvió David.

—Con este veneno se mató uno de mis tíos —dijo Berg, quien bebió ginebra hasta con el postre. Después de cenar se sentaron ante la chimenea, grande como una caverna, en la que brillaba un alegre fuego de leña.

Asistido por Jane, Conrad explicó entonces a David los problemas que éste debería afrontar en Jabulani.

—De vez en cuando vienen algunos negros de las áreas tribales del norte.

—O a través del río —añadió Jane.

—O a través del río... Pero no hacen mucho daño. Colocan trampas de alambre y matan algunos animales.

—Pero de una manera muy cruel. Los pobres animales se van consumiendo lentamente durante días y días, mientras los alambres penetran hasta sus huesos —detalló Jane.

—Como le decía, apenas distribuyamos aquí varios *rangers*, con ganas de trabajar, los negros dejarán de molestar. Los intrusos más peligrosos son los cazadores furtivos blancos, con sus modernos rifles y sus lámparas de caza...

—...de monte —corrigió Jane.

—...de monte... En dos temporadas exterminaron a todos los animales de Jabulani.

—¿De dónde vienen? —preguntó David, que volvió a sentir la misma cólera de pastor al acecho que había experimentado cuando surcaba el cielo de Israel.

—A noventa y cinco kilómetros al norte de aquí, en Phalabora, hay una gran mina de cobre, donde trabajan varios centenares de mineros, cuya única distracción es la caza de venados. An-

tes solían venir aquí y mataban cuanto hallaban a su paso. Pero ahora pensarán que no vale la pena viajar desde tan lejos en busca de tan poca cosa. De todas maneras eran simples aficionados, cazadores furtivos de fin de semana.

—¿Cuáles son los profesionales?

—A unos cincuenta y cinco kilómetros de aquí, donde la carretera de Jabuli se encuentra con la carretera nacional.

—En un lugar llamado Bandolier Hill —completó Jane.

—...hay una tienda de productos generales. Se trata de una de esas factorías que comercian a pequeña escala con quienes pasan por la carretera. Pero sus principales clientes son los nativos de las áreas tribales. Su dueño y administrador lleva allí ocho años. Durante todo ese tiempo lo he seguido de cerca, pero el hijo de puta es el tipo más hábil... perdón, señora Morgan... que he conocido.

—¿Él es el principal? —le preguntó David.

—Sí —contestó Conrad asintiendo con la cabeza—. Si lo toma prisionero resolverá usted el cincuenta por ciento de su problema.

—¿Cómo se llama?

—Akkers. Johan Akkers —le ayudó Jane.

La ginebra estaba surtiendo efecto en ella: sus ojos recordaban cada vez más a los de una lechuza. Además, le costaba hablar claramente.

—¿Cómo lo atraparemos? —preguntó David, con aire pensativo—. No hay en Jabulani muchas cosas que puedan tentarlos. Los escasos kudus que tenemos son tan salvajes que no vale la pena darse el trabajo de cazarlos.

—No. Ahora no hay nada aquí que pudiera tentarlos, pero a mediados de septiembre...

—Más exactamente en la primera semana de septiembre —dijo Jane con firmeza. Sus cabellos comenzaban a pender como cuerdas desde sus sienes.

—...en la primera semana de septiembre, cuando los marulas que rodean sus charcas se llenen de frutos, mis elefantes le harán a usted una visita. No hay nada que les agrada más que las bayas de marula. Por alcanzarlas derribarán la cerca y antes de que yo tenga tiempo de repararla, una gran cantidad de animales de caza se precipitará en Jabulani detrás de esos colosos. Le apuesto cualquier cosa a que nuestro buen amigo Akkers engrasará entonces sus escopetas, con la boca llena de baba. Una hora después de la caída de la cerca ya se habrá enterado de ello.

—Pienso —dijo David lentamente— que mañana podríamos bajar a Bandolier Hill para echar un vistazo a ese caballero.

—Le aseguro que no tiene nada de caballero —dijo Jane Berg con seguridad.

El camino que descendía hacia Bandolier Hill era muy desigual y estaba cubierto por una densa capa de polvo que se elevaba detrás del Land-Rover como un pendón y seguía flotando en el aire mucho tiempo después del paso del vehículo.

La colina, circular y densamente arbolada, daba a la carretera principal pavimentada.

La factoría se hallaba a cuatrocientos o quinientos metros del cruce de caminos, en medio de un tupido bosque de mangos, de brillante follaje verde oscuro.

Se trataba de un tipo de edificio muy común en África: una poco atractiva estructura de ladrillos de adobe, con un techo de chapa acanalada. Sus muros estaban enteramente cubiertos de pósters de propaganda de numerosos artículos: desde cajas de té hasta pilas para linternas.

David detuvo el Land-Rover en el polvoriento patio, junto a la empinada escalinata. En lo alto de ésta había un desvaído letrero que rezaba: «Bandolier Hill. Productos Generales».

A un lado del edificio se hallaba estacionado un viejo camión Ford verde, con matrícula local. En la sombra proyectada por la escalinata había unas doce posibles compradoras en cuclillas: mujeres africanas del área tribal, que llevaban largos vestidos de algodón estampado. Sus rostros reflejaban una paciencia inmemorial y una total falta de curiosidad hacia los ocupantes del Land-Rover. Una de las mujeres estaba amamantando a su hijito con un pecho tan enorme y largo que la criatura, de pie junto a ella, podía observar cómodamente a los recién llegados, sin dejar de succionar el negro y arrugado pezón de su madre.

En medio del patio había un poste grueso y recto, de cinco metros de altura, coronado por una estructura de madera semejante a una caseta de perro.

David profirió un grito de asombro al ver salir de aquella pearrera a un enorme animal de piel color castaño que se dejó caer velozmente desde lo alto del poste, a la manera de un pájaro. Una cadena, fijada en uno de los extremos del poste, se hallaba sujeta en el opuesto a una gruesa correa que ceñía la cintura del animal.

—Es uno de los más viejos y enormes mandriles que he visto en mi vida —dijo David, quien seguidamente se lo describió a Debra.

El mandril avanzó hasta donde se lo permitía la cadena y, arrastrando las patas, comenzó a trazar un círculo en la tierra. Los eslabones chirriaban y bamboleaban a sus espaldas. Mientras efectuaba tan aparatosa demostración, su tupida melena se agitaba sobre sus hombros. Cuando completó el círculo, se sentó de cara al Land-Rover, adoptando una postura que lo asemejaba a un repelente ser infrahumano. Proyectando hacia fuera su maxilar inferior, el mandril observaba atentamente a David y Debra con sus pequeños y hundidos ojos color castaño.

—¡Qué horrible bestia! —exclamó David.

Pesaría unos cuarenta kilos y tenía un largo hocico perruno y una apretada hilera de dientes amarillos. Después de la hiena, el mandril es el animal más odioso de la sabana. Cruel, astuto y avaro, tiene todos los defectos del hombre y ninguna de sus virtudes. Aquél miraba fijamente y sin pestañear; a cada momento bajaba la cabeza rápidamente, como dispuesto a embestir.

Mientras David miraba atentamente al mandril, un hombre salió de la tienda y se recostó en uno de los pilares de la cerca.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Morgan? —preguntó con voz lenta.

Era un individuo alto y enjuto, que llevaba unos pantalones color caquí, un poco arrugados y no muy limpios, y una camisa abierta en el pecho. Calzaba pesadas botas y sus pantalones estaban sostenidos por tirantes.

—¿Cómo sabe mi nombre?

David lo miró desde abajo: el hombre, de edad madura, tenía una cabeza con forma de cúpula y pelo corto y gris. Sus dientes encajaban muy mal en sus rosadas y brillantes encías de material plástico. Su piel, sobre los pómulos, aparecía muy tensa. Sus ojos, hundidos en sus órbitas, le daban el aspecto de una calavera.

Al oír la pregunta de David hizo una mueca burlona.

—Oí decir que tenía la cara llena de cicatrices y una esposa ciega. ¿Quién podía ser sino el nuevo dueño de Jabulani? Me dijeron también que ha construido una nueva casa para vivir allí.

Sus manos, enormes y desproporcionadas respecto de su delgado cuerpo, eran muy poderosas y los músculos de sus antebrazos resistentes como sogas.

Inclinándose un poco y siempre recostado en el pilar de la cerca, extrajo de sus bolsillos una navaja de gran tamaño y un trozo de carne oscura y seca —el charqui americano, el *boucan* del Caribe o el *biltong* de África—, cortó una tajada como si se

tratara de una porción de tabaco prensado y se la metió en la boca.

—Y bien, ¿qué puedo hacer por usted? —dijo, masticando ruidosamente, triturando con violencia la carne.

—Necesito clavos y pintura —dijo David, descendiendo del Land-Rover.

—Según me dijeron, usted, hasta ahora, hacía todas sus compras en Nelspruit.

Akkers, con calculada insolencia, examinaba minuciosamente el mutilado rostro de David.

De pronto, éste descubrió que los hundidos ojos del comerciante eran de un matiz verde sucio.

—¿No hay una ley que prohíbe la tenencia de animales salvajes enjaulados o encerrados? —el tono de David fue punzante, porque desde el primer momento Akkers le había repugnado.

—¿El señor es abogado? —le preguntó Akkers, siempre masticando y volviendo a sonreír sarcásticamente.

—Simplemente le preguntaba...

—Tengo el permiso correspondiente. ¿Desea verlo?

David hizo un movimiento negativo con la cabeza y se volvió hacia Debra para trazarle, en hebreo, una rápida semblanza del individuo.

—Creo que se ha dado cuenta del motivo de nuestra visita y que busca camorra.

—Me quedaré en el coche —dijo Debra.

—De acuerdo —respondió David, y empezó a ascender por la escalinata de la cerca—. ¿Qué pasa con la pintura y los clavos? —inquirió.

—Entre —respondió Akkers, sin dejar de sonreír burlonamente—. Detrás del mostrador está mi ayudante negro. Él le atenderá.

David vaciló un instante y luego entró en el local, que olía a jabón fenólico, petróleo y harina de maíz. Los estantes se hallaban abarrotados de comestibles, medicamentos patentados, mantas y piezas de algodón estampado. Del techo pendían montones de excedentes militares —botas y gabanes, destrales y linternas—. En el suelo había montones de envases de hojalata, mangos de picos, sacos de harina de trigo y maíz y los mil artículos siempre a la vista en los comercios de los comerciantes rurales.

En cuanto vio al dependiente africano, David se dirigió hacia él para efectuar su compra.



Afuera, Debra descendió del Land-Rover y se apoyó ligeramente en su portezuela. El labrador la imitó y poco después comenzó a oler los pilares de cemento de la cerca, sobre todo los lugares donde, antes que él, otros perros habían descargado sus chorros de orina amarilla contra el revoque blanqueado.

—Bonito perro —dijo Akkers.

—Muchas gracias —respondió Debra, inclinando cortésmente la cabeza.

Akkers dirigió una breve y astuta mirada a su mimado mandril. Hombre y animal se comprendieron instantáneamente. El mandril, como había hecho poco antes, bajó, nervioso, la cabeza, se levantó y volvió junto al poste. En dos saltos estuvo arriba y enseguida desapareció por la abertura de la perrera.

Akkers hizo otra mueca burlona y cortó una nueva rodaja de *biltong*.

—¿Le agrada Jabulani? —le preguntó a Debra, al tiempo que ofrecía al perro la negra y seca rodaja de carne.

—Nos sentimos muy cómodos allí —replicó Debra fríamente, para evitar todo diálogo con él.

Zulú olfateó el manjar que le ofrecía, mientras su cola oscilaba como el péndulo de un metrónomo. No hay perro insensible al penetrante olor y al sabor del *biltong*. Zulú devoró el trozo de carne. Dos veces más le ofreció Akkers una rodaja y los ojos del can resplandecieron, en tanto su sedoso hocico se humedecía con saliva.

Las mujeres acuclilladas en la sombra, junto a la cerca, observaban la escena con profundo interés. Habiendo visto anteriormente a otros perros en idéntica situación, aguardaban expectantes. David seguía en el interior del edificio y Debra, por ser ciega, ignoraba lo que ocurría.

Akkers cortó una rodaja de *biltong*, mayor que las anteriores, y se la ofreció a Zulú. Pero cuando éste se abalanzó sobre ella retiró su mano para atormentar al perro. Zulú, atraído irresistiblemente por el *biltong*, después de haberlo saboreado, intentó hincar el diente en la carne que nuevamente le era ofrecida. Pero de nuevo la mano de Akkers se burló de él. El negro y húmedo hocico de Zulú temblaba de ansiedad y sus suaves orejas permanecían erguidas, a la espera del premio.

Akkers descendió por la escalera, seguido por el anhelante perro. Al pie de aquélla le dio a oler una vez más a Zulú la rodaja de *biltong*, diciéndole al mismo tiempo en tono apremiante:

—Agárralo, muchacho —y arrojó la carne contra la base del poste del mandril. Zulú saltó hacia delante y cayó, sobre sus enor-

mes patas todavía algo torpes de cachorro, dentro del círculo cuya circunferencia, trazada en el duro suelo por el mandril, señalaba el alcance de la cadena. Acto seguido, se precipitó sobre el poste y empezó a escarbar en el polvo desesperadamente en busca del trozo de *biltong*.

Instantáneamente salió el mandril de su jaula y como un pardo remolino se desplazó a lo largo del poste con sus miembros extendidos y sus mandíbulas desencajadas. Su boca semejaba una enorme trampa roja, circundada de dientes largos, amarillos y puntiagudos. Silenciosamente llegó el mandril al suelo. Sus músculos se encogieron para absorber mejor el impacto y enseguida despidieron su flexible cuerpo, con las patas hacia delante, sobre el desprevenido cachorro. Sus cuarenta kilos de peso se estrellaron en el lomo de Zulú. Éste rodó por el suelo, despavorido, y profirió un chillido lastimero. Pero el mandril, sin darle tiempo a levantarse, ni a valerse de su ingenio, se lanzó sobre él.

Al oír el lamento de su perro, Debra corrió en su dirección, sorprendida pero no alarmada.

Zulú, patas arriba, exhibía su vientre desguarnecido y apenas recubierto por una rala pelambre negra y sedosa. Su inmaduro pene se proyectaba patéticamente en el aire. El mandril se encogió y luego se arrojó sobre él. Sujetando el cuerpo del cachorro con sus cuatro poderosas y peludas patas, inclinó la cabeza y clavó sus largos dientes amarillos en el vientre de Zulú.

El cachorro profirió un terrible grito de agonía, al que se sumó un chillido solidario, por parte de Debra, que corrió hacia él.

Al pasar Debra ante Akkers, éste adelantó rápidamente un pie y le puso la zancadilla. La joven, que cayó de rodillas, apoyó sus manos en la tierra.

—No se meta, señora —la previno Akkers, sin dejar de sonreír sarcásticamente—. Si interfiere podrían lastimarla.

El mandril hundió sus largos y corvos colmillos en el tierno vientre del cachorro mientras empujaba lejos de sí el cuerpo de Zulú, con todo el vigor y la fiereza de que eran capaces sus manos y sus patas. La débil pared estomacal del cachorro cedió y por la brecha surgieron sus tripas, semejantes a cuerdas purpúreas. Poco después colgaban éstas como festones de la mandíbula del mandril.

Al chillar nuevamente el despanzurrado animalito, Debra se puso de pie, manoteando a ciegas.

—¡David! —gritó salvajemente—. ¡Socorro, David!

Éste corrió hacia la puerta, desde el interior del edificio y du-

rante un momento observó la escena que se desarrollaba en el patio. Pero inmediatamente tomó uno de los mangos de pico amontonados junto a la puerta, saltó fuera de la cerca y en tres zancadas llegó donde se hallaba Zulú.

El mandril, al verlo, soltó al cachorro y con pasmosa agilidad giró sobre sí mismo, se abalanzó sobre el poste y trepó por éste hasta el techo de la perrera. Excitado y con aire de triunfo, empezó a dar saltos allí arriba, mostrando al chillar en una jerga ininteligible sus quijadas manchadas de sangre.

David dejó caer el mango y con sumo cuidado levantó el negro cuerpo descalabrado que se arrastraba por el suelo. Ya en el Land-Rover desgarró su chaqueta de monte y con una tira de su paño vendó el desgarrado vientre de Zulú y empujó con su puño hacia el interior de aquél las colgantes entrañas.

—¿Qué ocurre, David? —le preguntó Debra.

Mientras atendía al cachorro, David le explicó lo acontecido, clara y sucintamente, en hebreo.

—Sube al coche —le dijo, por último.

Cuando Debra se hubo sentado en el asiento posterior del Land-Rover, David depositó al herido labrador en su regazo y luego corrió alrededor del coche para sentarse en el asiento del conductor.

Mientras tanto, Akkers, de nuevo junto a la puerta de su tienda y con sus pulgares enganchados en sus tirantes, seguía riendo. Su dentadura postiza producía una especie de cloqueo en su boca abierta, mientras se balanceaba sobre sus talones.

—¡Eh, míster Morgan! —gritó Akkers, riendo estúpidamente—. ¿No se lleva los clavos?

David se volvió, con el rostro tenso y arrebatado. Las cicatrices de su frente y sus mejillas se inflamaron y sus ojos azul oscuro llamearon de cólera. Como una exhalación ascendió por la escalera, con los puños apretados contra sus muslos. Su boca era un tajo pálido y áspero.

Akkers retrocedió rápidamente y se situó detrás del mostrador, del cual extrajo una vieja escopeta de dos cañones, cuyos dos percutores amartilló con un vertiginoso movimiento de su grueso y huesudo pulgar.

—En defensa propia y ante varios testigos, míster Morgan —y sonrió sádicamente—. Si avanza un poco más lo veremos a usted también con las tripas fuera.

David se detuvo en lo alto de la escalera. La escopeta, sostenida por una mano poderosa, apuntó hacia su abdomen.

—¡Date prisa, David, por favor! —lo llamó Debra ansiosamente desde el Land-Rover. El débil cuerpecillo del cachorro se retorció en su regazo.

—Nos volveremos a ver —la cólera trabó la lengua de David.

—Será muy divertido —dijo Akkers.

David le dio la espalda y echó a correr escaleras abajo.

Sólo después que el Land-Rover girara hacia la carretera envuelto en una nube de polvo, bajó Akkers su escopeta y salió de la tienda. El mandril descendió de su perrera y corrió a su encuentro. De un salto trepó a su cintura y se aferró a su amo como una criatura.

Akkers sacó una golosina de uno de sus bolsillos y la colocó tiernamente entre los terribles dientes del mandril.

—Eres adorable —cloqueó, mientras rascaba su puntiagudo cráneo recubierto por un mechón de pelo gris semejante a un gorro. El mandril miró a su amo desde abajo, con sus estrechos ojos castaños, y empezó a farfullar suavemente.

A pesar de que el camino era muy desigual, David cubrió los 55 kilómetros del trayecto en veinticinco minutos. El coche patinó cuando al llegar a Jabulani frenó bruscamente frente al hangar. Con el cachorro en brazos, corrió hacia el avión.

Durante el vuelo, Debra, que llevaba a Zulu en su regazo, acariciaba a éste constantemente. Su falda se empapó en la negra sangre del animal.

El cachorro se mantuvo tranquilo. Sólo de vez en cuando exhalaba algún quejido. Desde su W-T, David consiguió que un coche los fuese a esperar al aeródromo de Nelspruit. Cuarenta y cinco minutos después de iniciado el vuelo, Zulu se hallaba en la mesa de operaciones de la clínica veterinaria.

Durante más de dos horas estuvo concentrado el veterinario cirujano en la tarea de restaurar las retorcidas tripas y suturar las varias capas del músculo abdominal.

Tan graves eran las heridas y la infección del cachorro, que David y Debra no se atrevieron a regresar a Jabulani hasta que Zulu no estuvo fuera de peligro.

Cinco días más tarde retornaron a la finca con el perro, todavía débil y fuertemente vendado. David desvió el avión expresamente para pasar sobre la tienda del traficante de Bandolier Hill.

El techo de chapa brillaba al sol como un espejo. David, que sentía una fría cólera, adoptó una firme decisión.

—Este hombre es una amenaza... para nosotros y para lo que deseamos construir en Jabulani.

Debra aprobó con la cabeza, mientras acariciaba con suavidad al perro, porque su propia cólera, tan violenta como la de David, le impedía hablar.

—Voy a aplastarle —dijo David lentamente, recordando las palabras del *brig*: «Sólo se justifica la violencia cuando la empleamos para defender lo que nos pertenece». El avión trazó una curva cerrada y enfiló hacia la estrecha pista de aterrizaje de Jabulani.

Conrad Berg los visitó nuevamente para echar otro trago de ginebra Old Buck y comunicar a David que su solicitud de que Jabulani fuese declarada reserva natural había sido aprobada por la junta administradora del parque y que la documentación respectiva estaría en condiciones de ser suscrita dentro de poco tiempo.

—¿Quiere que quite la cerca ahora mismo?

—No —respondió David con aire sombrío—. Por ahora dejemos las cosas como están. No quiero alarmar a Akkers.

—Sí... —aprobó lentamente Conrad—. Tenemos que atraparlo —y llamó a Zulú para examinar su cicatriz, que atravesaba su panza como un rayo zigzagueante—. ¡Qué hijo de puta! —gruñó, pero enseguida miró con aire culpable a Debra—. Perdón, *mistress* Morgan.

—Apruebo enteramente sus palabras, señor Berg —dijo ella suavemente.

Zulú, con la cabeza inclinada hacia un lado, observaba atentamente los labios de Debra, mientras ésta hablaba.

Como todos los seres jóvenes, el cachorro recuperó su lozanía rápidamente.

El tupido bosque de marulas que al pie de las colinas contorneaba el «collar de perlas» empezó a cubrirse de flores.

Los troncos, rectos y recios, estaban coronados por un tupido y frondoso follaje. Sus rojas flores ofrecían a la vista un soberbio espectáculo.

Casi todos los días David y Debra vagaban por los bosques y descendían por una áspera senda a las charcas.

Zulú recobró las fuerzas en aquellos despreocupados paseos que terminaban en una breve práctica natatoria y después se sacudía complacido las gotas que perlaban su cuerpo, mojando generalmente a los que lo observaban.

Con el tiempo, los innumerables frutos verdes y redondos como ciruelas de los marulas amarillearon al madurar y su áci-

do aroma llegó a todas partes llevado por la cálida brisa vespertina.

Entonces apareció la manada de elefantes del Sabi, que acababa de abandonar los exuberantes cañaverales para ir en busca de los frutos de los marulas.

Abrían la marcha dos viejos elefantes que desde hacía cuarenta años realizaban un peregrinaje anual al «collar de perlas». Detrás iban quince hembras seguidas, a su vez, por otras tantas crías e igual número de adolescentes.

Avanzaba la manada lentamente desde el sur, desparramándose momentáneamente para comer. Como un grupo de galeones grises y fantasmales parecían navegar los elefantes a través de la maleza. Sus estómagos, sobrecargados, producían un sordo ruido.

Ocasionalmente, al sentirse atraído por algún árbol muy elevado, unas veces uno, y otras veces otro de los dos elefantes mayores apoyaba su frente en el tronco elegido y durante un momento se mecía rítmicamente, en tanto acumulaba energías para el ataque. Poco después hacía fuerza, de golpe, contra el árbol y éste crujía y se desmoronaba con un estrépito. Dos o tres bocados de hojas tiernas del extremo superior de la copa lo dejaban satisfecho. Otras veces desgarraba el tronco y atiborraba su boca de corteza antes de reanudar su marcha hacia el norte.

Al llegar a la cerca de Conrad Berg los dos elefantes mayores se adelantaron para examinarla. Durante un rato permanecieron muy juntos, como si se consultaran mutuamente, abanicándose con sus enormes orejas grises. De vez en cuando recogían una buena cantidad de arena con sus trompas, que enseguida arrojaban sobre sus lomos para espantar a los tábanos.

Durante los cuarenta años que llevaban en la reserva, habían recorrido ésta en todas direcciones, de modo que conocían perfectamente sus límites.

Mientras contemplaban la cerca parecían tener plena conciencia de que derribarla implicaría un acto criminal y un baldón sobre su reputación y buen nombre.

Conrad Berg hablaba completamente en serio cuando discutía con David respecto del sentido del bien y del mal que poseían «sus» elefantes.

Berg los miraba como a escolares, a los que había que enseñarles buenos modales, y cuando cometían transgresiones, imponerles castigos.

Entre éstos figuraban: la compulsión, las flechas empapadas en alguna droga y en los casos extremos la ejecución lisa y llana con un fusil de grueso calibre. Esta última pena se aplicaba a los elefantes incorregibles que irrumpían salvajemente en los cultivos, atacaban a los automóviles o ponían en peligro la vida humana.

Terriblemente tentados los dos viejos elefantes se alejaron de la cerca y retornaron junto a las hembras y sus crías, que aguardaban pacientemente su decisión entre los espinos.

Durante tres días deambularon los elefantes a lo largo de la cerca y comieron, descansaron y aguardaron en sus proximidades.

Pero de pronto el viento, soplando hacia el norte, llevó hasta ellos el denso e irresistible aroma de las bayas de los marulas.

David detuvo su Land-Rover en la franja corta-fuego y se rió de buena gana.

—¡Adiós cerca!

Por razones de prestigio paquidérmico o tal vez simplemente movido por el deseo de destruir por destruir, ningún elefante adulto quiso pasar por la brecha abierta por otro. Cada uno escogió su propio poste —de dura madera y empotrado en una base de cemento—, al que sin esfuerzo quebrantó a ras de tierra.

A lo largo de casi dos kilómetros la cerca de alambre de púas fue derribada y aplastada contra la franja corta-fuego.

Cada elefante se desplazó por su respectivo poste como un volatinero sobre una cuerda para evitar las púas de alambre.

Después enfilaron en masa compacta hacia las charcas, junto a las cuales pasaron la noche saboreando las amarillas bayas. La orgía elefantina terminó hacia el alba.

Entonces, de nuevo en masa compacta y en orden, emprendieron velozmente el regreso para ponerse a salvo en el parque, quizás acosados por un sentimiento de culpa y remordimiento y confiando en que Conrad Berg atribuyera el delito a otra manada.

Sin embargo, la caída de la cerca permitió el acceso a Jabulani a muchos animales que desde largo tiempo atrás suspiraban por sus ricos pastos y sus profundas charcas, entre otros los horrendos kius, pequeños y azules, de monstruosas cabezas, coronadas por absurdas melenas belicosas y cuernos corvos. Burdas imitaciones del poderoso búfalo, estos payasos de los matorrales daban cabriolas alegremente y se perseguían entre sí, corriendo circularmente. Sus compañeros, las cebras, de aire más digno,

despreciaban tales extravagancias y trotaban ordenadamente hacia las charcas, con sus cabezas y orejas erguidas. Sus rollizas ancas estriadas brillaban al sol.

Conrad Berg y David se encontraron junto a los restos de la cerca. Después de apearse de su camión, Sam, el *ranger* africano, avanzó cautelosamente sobre la alambrada tras ellos.

Conrad hizo un movimiento negativo con la cabeza y sonrió tristemente, mientras inspeccionaba con cuidado la arruinada cerca.

—Por aquí han pasado «Mohamed» y su compinche «El Tuer-to». Conozco perfectamente sus huellas. No pudieron con su genio... esos dos hijos de puta... —Berg miró hacia el Land-Rover, en el que se hallaba Debra.

—Comparto su opinión, señor Berg —dijo Debra, anticipándose a sus excusas.

Sam, que había estado yendo y viniendo por la suave senda, se acercó a ellos.

—¡Hola, Sam! —lo saludó David.

Mucho había costado persuadir a Sam de que aquel rostro terriblemente desfigurado pertenecía a David, el joven *nkosi* al que había enseñado a rastrear las huellas de los animales, a cazar y a robar en las colmenas silvestres sin matar a las abejas. Sam saludó a David con una reverencia. El ayudante de Berg tomaba muy en serio su uniforme y se comportaba como un verdadero guardián.

Era difícil precisar su edad, ya que, como todos los *nguni* —los aristocráticos guerreros africanos—, tenía una redonda y suave cara de luna llena. Sin embargo, el cabello, muy corto y en-sortijado, que desde sus sienes asomaba bajo su sombrero gacho, era blanco como la nieve. Por otra parte, David sabía que había trabajado en Jabulani durante cuarenta años. De modo que tendría alrededor de sesenta años.

Sam informó rápidamente a Conrad acerca de lo ocurrido, describiendo las características y especificando el número de animales que se habían internado en Jabulani.

—Entró también un hato de búfalos, cuarenta y tres... —hablaba Sam en zulú corriente, lengua que David aún comprendía—. Son los mismos que abrevaron en Ripape Dam, cerca de Hlangulene.

—Akkers correrá detrás de ellos... porque del lomo del búfalo joven se obtiene el mejor *biltong* de África —observó Conrad.

—¿Cuánto tiempo tardará Akkers en enterarse de que la cerca ha sido derribada? —preguntó David.



Pero Conrad se había enzarzado en una veloz discusión con Sam, que David no pudo seguir más allá de las primeras frases. No obstante, al final, Berg le tradujo el diálogo.

—Sam afirma que Akkers ya se ha enterado. Todos los servidores de Jabulani, y sus esposas, compran en su tienda y él les paga por este tipo de información. Por otra parte, Sam y Akkers se odian a muerte. Sam sospecha que Akkers fue el promotor de la paliza que le dieron, una noche oscura, en una carretera solitaria. Sam estuvo tres meses en el hospital. También acusa a Akkers de haber incendiado su choza para obligarlo a abandonar Jabulani.

—Eso colma la medida, ¿no? —dijo David.

—El viejo Sam está ansioso por ayudarnos a atrapar a Akkers. Además, tiene un plan...

—Me gustaría conocerlo.

—Escuche: mientras usted resida en Jabulani, Akkers se limitará a cazar furtivamente de noche, con una lámpara de monte. Como es muy hábil, jamás lo atraparíamos.

—¿Qué haremos entonces?

—Debe decirles a sus servidores que permanecerá dos semanas en Ciudad del Cabo. Akkers se enterará enseguida y pensará que podrá hacer lo que se le antoje en Jabulani.

Durante una hora discutieron los detalles del plan. Por último se estrecharon las manos y se separaron.

Mientras regresaban por la espesura a la finca dieron con un claro cubierto de altas hierbas. Varios penachos, blancos y brillantes, fluctuaban como copos de nieve encima de la hierba mecida por el viento.

—Allí hay algo —dijo David, deteniendo inmediatamente el motor del coche.

Durante un momento guardaron silencio.

Poco después David advirtió que la cortina de hierba se abría y cerraba, impelida por varios cuerpos pesados. Luego vio avanzar lentamente en su dirección tres penachos de plumas, sobre el lomo de una bestia invisible, que pacía sin detenerse.

—¡Ah...! ¡Son búfalos! —exclamó David, al ver surgir la gran silueta negra del bóvido que abría la marcha. Éste se detuvo apenas vio el Land-Rover en el lindero del bosque.

El animal levantó la cabeza y los observó atentamente desde debajo de sus enormes cuernos, con el hocico levantado y sin alterarse: todos los habitantes del parque eran casi tan mansos como los animales domésticos.

Gradualmente emergieron de la hierba los restantes búfalos. Todos, al llegar frente al vehículo, se detuvieron un instante para observarlo y luego siguieron paciéndose tranquilamente.

Como había dicho Sam, eran cuarenta y tres. Algunos, viejos y muy finos y de un metro ochenta de estatura, hasta la espaldilla, pesarían alrededor de mil kilos. Sus cuernos, macizos y romos en los extremos, nacían en el centro de sus cabezas, se curvaban hacia abajo y luego se elevaban. Ásperos en el arranque, se tornaban negros y relucientes en sus puntas.

Sobre sus lomos y sus patas gruesas y cortas pululaban los picabueyes, pájaros de plumaje desvaído, pico color escarlata y ojos brillantes como cuentas. A veces, agachando sus cabezas, los picabueyes atrapaban las garrapatas y otros inmundos parásitos que se alimentaban de la sangre de los búfalos, en los repliegues de la epidermis de sus miembros. De cuando en cuando, las enormes bestias resoplaban, brincaban y sacudían sus colas como látigos al clavar los picabueyes sus agudos picos en algún lugar delicado de su anatomía: bajo sus colas o en sus colgantes, negros y ásperos escrotos. Entonces los pájaros revoloteaban y silbaban a su alrededor, mientras esperaban que los búfalos se calmasen para reanudar su búsqueda.

David se dedicó a fotografiar al rebaño hasta que la luz se lo permitió. Al anochecer emprendieron el regreso.

Antes de cenar, David descorchó una botella de vino, que bebieron, muy juntos, sentados en la escalinata, escuchando los ruidos de la noche provenientes de la espesura: los reclamos de las aves nocturnas, el leve zumbido de los insectos y los mil rumores y crujidos misteriosos producidos por infinidad de pequeños animales.

—¿Recuerdas que una vez te dije que eras un niño malcriado y poco apto para el matrimonio? —le preguntó Debra dulcemente, dejando caer su negra cabellera sobre su hombro.

—Nunca olvidaré tales palabras.

—Pues bien, ahora quisiera retractarme formalmente de esa afirmación.

David la apartó suavemente para estudiar su semblante. Debra, según su costumbre, sonrió tristemente cuando sintió sobre sí la mirada de David.

—En aquel momento me enamoré de un muchachito malcriado que sólo pensaba en faldas y coches veloces —prosiguió Debra—. Pero ahora poseo un hombre, un verdadero hombre —volvió a sonreír—, y el hombre me agrada más que el niño.

David la atrajo de nuevo hacia sí y la besó. Su beso fue lánguido y prolongado. Después Debra exhaló un suspiro de felicidad y volvió a apoyar su cabeza en el hombro de David. Durante un momento guardaron silencio. Luego ella dijo:

—Estos animales salvajes son muy importantes para ti...

—Prosigue —la estimuló él.

—Y bien, comienzo a comprender que también lo son ahora para mí, aunque hasta hace poco los desconocía en absoluto.

—Me haces muy feliz.

—David, este pequeño lugar, tan perfecto y apacible, es como el Edén, antes de la caída...

—Te aseguro que haremos de él un edén —le prometió David.

Avanzada la noche, un disparo de arma de fuego lo arrancó de su sueño. Incorporándose rápidamente, David se alejó de Debra, plácidamente dormida, y se dirigió a la escalinata.

El sonido se repitió, apenas audible esta vez, en la noche tranquila. La distancia lo convirtió en un simple chasquido. Sin embargo, David se enfureció al imaginar el haz luminoso de una lámpara de monte, que inexorablemente recorría la espesura hasta dar con un animal azorado e inmóvil, como hipnotizado, cuyos ojos encandilados brillaban cual dos gemas: blanco perfecto para un fusil con mira telescópica. Después, el silencio nocturno sacudido por una detonación, un largo destello en la boca del arma, una bella cabeza impulsada hacia atrás por el impacto del proyectil y, por último, el sordo choque de un cuerpo contra la dura tierra, las coces postreras y, nuevamente, el silencio.

David sabía que toda persecución sería inútil, porque seguramente el cazador tenía algún compinche en las colinas que lo pondría sobre aviso mediante una señal luminosa apenas se encendiese una luz en la finca o algún motor de automóvil fuese puesto en marcha. En tal caso la lámpara de monte se apagaría y el cazador furtivo desaparecería en la maleza. David registraría en vano la vasta extensión de Jabulani. Su presa, muy hábil y experta en la tarea de matar, sólo podría ser vencida por una persona más astuta.

El joven no podía conciliar el sueño. Despierto junto a Debra, escuchaba su respiración y de vez en cuando los lejanos disparos de fusil. El animal, manso e inocente como todos los habitantes del parque, correría un breve tramo y se detendría después de cada detonación, sin comprender el sentido de aquel

haz misterioso y enceguecedor que avanzaba, oscilando, en su dirección.

David sentía crecer la cólera dentro de sí. Hacia el alba arribaron los buitres: negras motas en el ciclo rosado. Cada vez más numerosos, y agitando sus enormes alas, comenzaron a trazar amplios círculos antes de precipitarse en tierra. David habló por teléfono con Conrad Berg, que se hallaba en Skukuza Camp. Después él y Debra, junto con Zulú, subieron al Land-Rover, bien abrigados contra el frío matinal, y orientándose por los buitres se encaminaron hacia el lugar en que el cazador furtivo había sorprendido a los búfalos.

Al acercarse a la primera res muerta, los comedores de carroña se dispersaron: hienas de lomo oblicuo, horrendas y cobardes, trotando lentamente hacia los árboles, observándolos por encima de sus deformes espaldillas y haciendo muecas, como excusándose; pequeños chacales rojos de lomo plateado y orejas erguidas que se alejaron a paso tardo hasta situarse a distancia prudencial, en tanto los miraban fija y ansiosamente. Los buitres, menos tímidos, bullían sobre la víctima como larvas gordas y pardas, chillando y riñendo entre sí, ensuciando el ambiente con sus hediondos excrementos y las plumas que se desprendían de sus cuerpos. Sólo cuando el Land-Rover estuvo muy cerca de ellos alzaron vuelo pesadamente hacia las copas de los árboles, donde permanecieron grotescamente agazapados, con sus calvas cabezas escamosas proyectadas hacia delante.

Dieciséis búfalos yacían, muertos, en hilera, a lo largo de la línea recorrida por los buitres. Todos con el vientre hendido, para servir de alimento a los buitres. Sus lomos y solomillos habían sido extraídos por una mano experta.

—¿Los mató para extraer de ellos unas cuantas libras de carne? —preguntó Debra con aire incrédulo.

—Así es —respondió David en tono sombrío—. Y a veces hacen cosas peores: matan un ñu simplemente para hacer un matamoscas con su rabo o a una jirafa para sorber el tuétano de sus huesos.

—No comprendo por qué un hombre ha de hacer tal cosa —dijo Debra con voz desesperanzada—. ¿Tan necesitados están de esa carne?

—No —dijo David—. Se trata de algo más profundo. Este tipo de caza es una cuestión de coraje. Se practica por la emoción que procura: para ver caer a un animal, oír sus agónicos

alaridos y sentir en el aire el olor de la sangre fresca... —su voz se ahogó cuando agregó—: En este sentido debes alegrarte de no ver.

Conrad Berg, que los halló junto a los búfalos muertos, dispuso enseguida que sus *rangers* trocearan a aquéllos.

—No tendría sentido desperdiciar esta carne, que puede alimentar a un montón de gente.

Después ordenó a Sam que estudiara las huellas.

Cuatro hombres habían intervenido en la cacería clandestina: uno calzado con zapatos de suelas de goma y los restantes descalzos.

—Hombre blanco, grande, de piernas largas. Tres negros llevando carne... Aquí... y aquí goteó sangre.

Lentamente siguieron a Sam a través del monte abierto. Apartando la hierba con un largo palo, éste se dirigió hacia la desigual carretera principal.

—Aquí caminar para atrás —observó Sam.

—La vieja treta de los cazadores furtivos experimentados —explicó Conrad con aire sombrío—. Siempre caminan de espaldas al cruzar el límite. De ese modo el que hace la ronda, al ver las huellas del hombre y el animal, piensa que aquél ha salido y éste ha entrado.

Las huellas de los animales pasaban por la brecha abierta en la cerca, atravesaban la carretera y ya en la tierra tribal se detenían en el sitio en que había estado estacionado un coche, tras una densa cortina de ébanos silvestres. Las huellas del vehículo, que había andado allí dando saltos, avanzaban por la tierra arenosa y se dirigían a la ruta principal.

—¿Han sacado el molde en yeso de las huellas de los neumáticos? —preguntó David.

—¿Para qué perder el tiempo? —dijo Conrad, moviendo la cabeza—. Estoy seguro de que los utiliza únicamente en estas incursiones y que luego los esconde.

—¿Qué pasa con los casquillos? —insistió David.

Conrad rió brevemente.

—Están en su bolsillo. Un hombre tan astuto no deja pruebas en su camino. Por el contrario, las va recogiendo mientras avanza. No... Tendremos que tenderle una trampa —Berg fue rápidamente al grano—. ¿Dónde cree que deberíamos apostar a Sam?

—Se me ocurre que podríamos ubicarlo en alguna de las colinas próximas al Collar de Perlas. Desde allí dominará todo Ja-

bulani y verá enseguida cualquier nube de polvo que surja en el camino. Además, podrá hacer fuego en ambas direcciones.

Después de aparcar el Land-Rover en el hangar abierto, dejó la llave de contacto puesta para arrancar en cualquier momento, y partió en el Navajo directamente hacia el oeste para sobrevolar Bandolier Hill y los edificios situados entre los mangos.

Aunque no advirtieron allí señal alguna de vida, siguió volando en la misma dirección hasta que la colina se perdió de vista en el horizonte. Luego, trazando un amplio círculo, enfiló hacia el sur, con destino a Skukuza, la principal cabaña del Parque Nacional Kruger.

Conrad Berg aguardaba en su camión al Piper, en la pequeña pista de aterrizaje. Jane había puesto jarros con flores en el cuarto de huéspedes.

Se hallaban a ochenta kilómetros al noroeste del territorio de Jabulani.

A David le pareció que había vuelto a la época del Grupo «rojo» de Prevención. Se hallaba ahora junto al Navajo, estacionado bajo la sombra de un gran árbol, al final de la estrecha pista de aterrizaje. El receptor de radio, que en ese momento chillaba suavemente, había sido ajustado de acuerdo con la frecuencia de onda del transmisor de Sam, el cual aguardaba pacientemente en la cumbre de la colina, frente a las charcas.

El día era pesado y bochornoso. Hacia el este se advertían indicios de tormenta: varios cúmulos avanzaban como gigantes sobre la sabana.

Debra, David y Conrad Berg, sentados a la sombra de un ala del aparato, porque en la cabina hacía un calor insoportable, charlaban de mil cosas intrascendentes, pero atentos a los chillidos del receptor y muy tensos y preocupados.

—No vendrá —dijo Debra poco antes de mediodía.

—Vendrá —la contradijo Conrad—. Estos búfalos lo tentarán terriblemente. Tal vez no venga hoy... pero mañana o pasado estará aquí.

David se puso de pie y trepó al avión, cuya puerta estaba abierta. Adelantándose hacia el asiento del piloto, tomó el micrófono.

—¿Me oyes Sam? —dijo.

Después de una larga pausa, durante la cual Sam luchó con su transmisor, llegó su voz débil, pero clara:

—Le escucho, *Nkosi*.

—¿Has visto algo?

—Nada.

—Sigue vigilando.

—Yebho, Nkosi.

Jane apareció con un almuerzo frío y, a pesar de su preocupación, comieron de buena gana.

Estaban a punto de emprenderla con la torta de leche cuando de pronto el receptor comenzó a vibrar y zumbar. La voz de Sam llegó nítidamente hasta donde se hallaban sentados.

—¡Ya está aquí!

—Alerta todo el mundo... ¡Adelante! —gritó David, y se precipitaron en la cabina.

Debra pisoteó la torta de leche de Jane. Entonces David la cogió de un brazo y la condujo hasta un asiento.

—Bright Lance, ¡arriba! —David se echó a reír, muy excitado.

Mas súbitamente los recuerdos lo acribillaron como puñales y recordó a Joe suspendido en el espacio, en posición «seis arriba». Pero enseguida barrió tal imagen de su mente y después de girar descendió bruscamente en dirección al blanco. Sin preocuparse de cobrar altura siguió volando casi a ras de las copas de los árboles.

Conrad Berg estaba apoltonado en el asiento trasero. Su rostro, más rojo que de costumbre, parecía a punto de reventar como un tomate demasiado maduro.

—¿Dónde está la llave del coche? —preguntó con ansiedad.

—En la ranura correspondiente... Además, el depósito está lleno.

—¿No puede ir más rápido? —gruñó Conrad.

—¿Ha traído su transmisor portátil? —inquirió David para ponerlo, a su vez, a prueba.

—¡Aquí está!

En efecto, Berg lo tenía asido con una de sus poderosas manos, semejantes a garras, en tanto en la otra sostenía su escopeta Magnum 450 de dos cañones.

El avión se elevaba al llegar a los árboles más altos y pasaba a muy pocos pies del terreno, donde éste ascendía. Como una exhalación dejaron atrás la cerca que señalaba el límite de la finca. A lo lejos se divisaban ya las colinas de Jabulani.

—¿Listo? —le dijo David a Conrad, mientras se disponía a aterrizar. Poco después el avión corría hacia el hangar donde aguardaba el Land-Rover.

Conrad saltó a tierra, apenas la máquina se detuvo, cerró la portezuela de la cabina y echó a correr hacia el Land-Rover. Por

su parte, David empujó el acelerador hacia delante, hizo girar el aparato y avanzando luego en línea recta se aprestó a despegar, antes que el motor del Navajo desarrollase toda su potencia.

Mientras se elevaba vio correr el Land-Rover a través de la pista de aterrizaje, levantando una densa capa de polvo.

—¿Me oye, Connie?

—Perfectamente —tronó la voz de Conrad en el amplificador.

David giró en dirección a la cinta gris de la carretera que corría entre los árboles, más allá de las colinas.

Volando sobre ella, a ciento sesenta metros de altura, trató de localizar el sector abierto del parque.

El camión Ford verde, invisible desde tierra, se hallaba de nuevo estacionado en una espesura de ébanos silvestres. Sin embargo, David lo distinguía nítidamente. Akkers no pensó jamás que alguien lo observaría desde arriba.

—Connie, acabo de localizar el camión. Se halla oculto entre varios ébanos, a un kilómetro más o menos de la ribera del río Luzane. Lo mejor que puede usted hacer es seguir por la carretera hasta el puente y bajar después al lecho seco del Luzane para cortar el paso a Akkers antes de que llegue al camión.

—De acuerdo, David.

—Muévase, entonces.

—Me estoy moviendo.

El Land-Rover levantó una nube de polvo que se elevó por encima de los árboles. Conrad debía de estar apretando el acelerador a fondo.

—Voy a tratar de localizar al propio Akkers... para perseguirlo y arrojarlo en sus brazos.

—¡Magnífico!

David describió un gran arco, elevándose sobre las colinas, escudriñando el terreno en toda su extensión. Abajo resplandecían las charcas. Empujando los aceleradores hacia delante, lentamente, ascendió para evitar las crestas de las colinas. En el pico más alto una diminuta figura se movía frenéticamente.

—Sam está bailando una danza guerrera —gruñó David, mientras cambiaba ligeramente de rumbo para pasar cerca de aquél.

Sam cesó entonces en su imitación de un molino de viento y extendió uno de sus brazos hacia el oeste. David se dio por enterado agitando una mano y virando de nuevo se desplazó, perdiendo altura, sobre las laderas que descendían hacia occidente.



Delante de él se extendía la llanura como una piel de leopardo moteada por oscuros arbustos y dorados claros cubiertos de hierba. Habría volado un minuto en tal sentido cuando divisó una masa oscura que se movía lentamente, a su vanguardia, sobre la hierba pálida: los supervivientes del rebaño de búfalos, que huían en pelotón, sin dirección y desesperadamente.

—Los búfalos —le dijo a Debra—, corriendo alocadamente. Algo los ha espantado.

Debra permanecía tranquila y atenta a su lado, con las manos en su regazo, sin ver.

—¡Ah! —exclamó David—. ¡Lo voy a sorprender con las manos en la masa!

En el centro de uno de los mayores claros de hierba yacía de perfil el negro cuerpo, semejante a un escarabajo, de un búfalo muerto. Su hinchada panza y sus rígidas patas se recortaban en el suelo.

Cuatro hombres, obviamente dispuestos a despedazarlo, formaban un círculo a su alrededor. Tres eran africanos. Uno de ellos esgrimía un cuchillo.

El cuarto individuo era Johan Akkers. Su figura, alta y desvaída, era inconfundible.

Akkers llevaba un sombrero Fedora negro y viejo, que desentonaba, por su solemne apariencia, con el tipo de operación que estaba realizando. Sus tirantes se cruzaban sobre su camisa color canela. De su mano derecha pendía un rifle que casi rozaba la tierra.

Al oír el rugido de los motores giró en redondo, clavó su vista en el cielo y quedó paralizado de asombro.

—¡Cerdo...! ¡Cerdo sanguinario! —murmuró David, montando en violenta cólera contra los depredadores—. ¡Agárrate bien! —avisó a Debra, y se lanzó en picada sobre Akkers.

El grupo que rodeaba al búfalo se dispersó rápidamente. Cada individuo escogió una vía de escape y se lanzó por ella a la carrera. Pero David eligió al larguirucho fugitivo, que con su chato sombrero bien encasquetado hasta las orejas trataba de escabullirse.

Los bordes de las hélices recortaron el césped seco cuando se hallaba a punto de alcanzar a Akkers, en plena carrera. Impulsado por la furia irracional del animal macho que protege a los suyos se lanzó sobre él para despedazarlo con las aspas de sus hélices.

Mientras David se aprestaba a ello, Akkers miró hacia atrás

por encima de su hombro. El miedo infundió un matiz terroso a su cara. Sus ojos, negros y hundidos, recordaban las órbitas vacías de una calavera. Al ver girar a pocos pies de su cabeza las aspas asesinas, se arrojó de bruces a la hierba.

El «Navajo» pasó rugiendo a escasas pulgadas de su cuerpo yacente. David describió una cerrada curva, barriendo el césped con el borde de su ala. De pronto advirtió que Akkers se ponía en pie y echaba a correr hacia los árboles situados a unos cincuenta pasos de distancia.

David enderezó el aparato y enfiló de nuevo hacia el fugitivo, pero enseguida comprendió que no lograría darle caza antes que aquél llegara al bosque. Acelerando a fondo atravesó el claro, pero Akkers llegó pesadamente al santuario vegetal y se guareció junto a un voluminoso tronco color plomo. Luego, girando sobre sí mismo, colocó su rifle a la altura de su hombro y apuntó al avión que se aproximaba a él. Aunque el arma temblaba en sus manos, se hallaba a muy corta distancia del blanco.

—¡Agáchate! —le gritó David a Debra, al tiempo que impulsaba la cabeza de ésta más abajo del nivel del parabrisas. Inmediatamente empujó el acelerador hacia delante y ascendió casi verticalmente.

Por encima del rugido de los motores oyó David el ruido metálico producido por el proyectil al dar en el fuselaje del avión.

—¿Qué pasa, David? —preguntó Debra.

—Ha hecho fuego contra el avión... Pero de todas maneras lo hemos atrapado. Ahora se dirigirá hacia el camión, donde lo está esperando Conrad.

Mientras giraba sobre las copas de los árboles, David veía trotar, de vez en cuando, al alto individuo, a través del bosque, que le servía de segura vía de escape.

—David... ¿Me oye usted? —resonó de pronto la voz de Conrad en la tensa atmósfera de la cabina.

—¿Qué ocurre, Connie?

—El asunto se ha complicado. He rozado una roca y el cárter de aceite del Land-Rover pierde ahora por todos lados.

—¿Cómo diablos le ha ocurrido tal cosa?

—Fue al querer tomar un atajo.

—¿A qué distancia se halla usted del río Luzane?

—A tres millas, más o menos...

—¡Dios mío! Se le va a escapar, maldito sea —juró David—. Está a sólo dos millas del camión y corre como si huyera de un recaudador de impuestos.

—Usted no conoce al viejo Connie. Le estaré esperando cuando llegue —le prometió Berg.

—¡Buena suerte! —gritó David. La transmisión cesó súbitamente. Akkers corría ahora contorneando la base de las colinas. Su sombrero se bamboleaba entre los árboles.

Con su ala derecha siempre apuntando hacia él, David giró en redondo, cerniéndose, implacable, sobre su presa.

De pronto, algo que se movía en la desnuda ladera de la colina, sobre Akkers, llamó la atención de David. Durante un momento pensó que se trataba de un animal. Pero luego casi perdió el aliento al comprobar que estaba equivocado.

—¿Qué pasa? —inquirió Debra al sentir su desasosiego.

—Pasa que ese estúpido de Sam, a quien Connie le ordenó que no se moviera de su apostadero, porque está desarmado, ha echado a correr cuesta abajo como una liebre para cortarle el paso a Akkers.

—¿No hay modo de pararlo? —le preguntó Debra ansiosamente. Pero David no se molestó en contestarle.

Cuatro veces tuvo que llamar a Conrad para que éste le contestase con su voz ronca y sin aliento, a causa de la agitada carrera.

—Sam corre hacia Akkers para hacerle frente...

—¡Oh...! ¡Maldito sea! —gimió Conrad—. Le voy a dar un puntapié en su negro trasero.

—Siga corriendo —dijo David—. Voy a acercarme a él.

David, que volaba a cien metros de altura, sobre Akkers y Sam, vio claramente la escena: Akkers, al darse cuenta de que alguien corría colina abajo hacia él, se paró en seco y levantó un tanto el rifle. Quizá previno antes a Sam. Pero lo cierto fue que éste siguió corriendo y saltando sobre las rocas hacia el hombre por cuya culpa sus hijos hablan muerto carbonizados.

Akkers levantó su rifle y apoyando la culata en su hombro apuntó deliberadamente hacia Sam. El arma dio un brinco y su cañón se desvió ligeramente hacia arriba al recular su culata. Las piernas de Sam siguieron la carrera, mientras su pecho era empujado violentamente hacia atrás por el proyectil de extremo suave y aguzado.

El diminuto cuerpo moreno saltó y rodó cuesta abajo y, por último, quedó tendido y abierto de piernas y brazos junto a unos arbustos.

David advirtió que Akkers cargaba de nuevo su rifle y se agachaba para recoger la cápsula vacía. Luego Akkers miró el avión que describía círculos sobre él.

A David le pareció que el traficante reía obscenamente y que su risa era tan falsa como cuando, haciendo crujir los dientes, producía una especie de cloqueo. Acto seguido empezó a trotar nuevamente hacia el camión.

—Connie, Akkers ha matado a Sam —dijo David con voz ronca, junto a su micrófono.

Conrad Berg corría pesadamente por el terreno quebrado y arenoso. Había perdido el sombrero y su rostro, grande y rojo, estaba bañado en sudor. Sus cabellos lacios y grises pendían, como un emplaste, sobre su frente. Su transmisor portátil rebotaba en su espalda y la culata de su rifle golpeaba rítmicamente contra su cadera.

Berg corría ensimismado y sombrío, esforzándose por olvidar los violentos latidos de su corazón y el suplicio de aspirar un aire que quemaba sus pulmones. Una rama de espino le desgarró la piel de un brazo. Sin embargo, Berg no alteró el ritmo de su marcha.

De pronto, levantó su rostro colorado y sudoroso hacia el cielo y vio al avión, que en ese momento giraba delante y un poco hacia su izquierda, marcando la posición de Akkers. Era evidente que Conrad perdía terreno en su desesperado intento de cortar la retirada al fugitivo.

Del aparato de radio, que seguía rebotando en su espalda, surgieron chillidos, a los que Berg no prestó la menor atención. Ya era demasiado tarde para detenerse. Si hacía un alto caería exhausto en tierra. Aquel hombre grande y pesado llevaba corridos cinco kilómetros de una manera torpe y dificultosa, y respirando un aire abrasador y enervante... Casi acabado, estaba quemando sus últimas energías.

Súbitamente le pareció que la tierra se abría a sus pies y cayó hacia delante. Resbalando y rodando alternativamente llegó al lecho del río, donde quedó tendido boca arriba. Como el aparato de radio se hundía cada vez más en su carne y lo mortificaba, tiró de él hasta que lo sacó de debajo de su espalda.

Siempre tendido en la arena, jadeando como un perro y engeguecido por las gotas de sudor que caían sobre sus ojos, manoteó en busca del botón del transmisor.

—David —farfulló—, estoy en el lecho del río. ¿Me ve?

El avión describía en ese instante un arco sobre él. La respuesta de David llegó instantáneamente.

—Lo estoy viendo, Connie. Se halla usted a cien metros, río abajo, del camión. Akkers acaba de llegar al coche y descenderá de un momento a otro por el lecho del río.

Trabajosamente, jadeando y esforzándose por respirar, Conrad Berg logró ponerse de rodillas... en el preciso instante en que a sus oídos llegaba el zumbido de un motor y enseguida el rechinar de una caja de velocidades y un ronroneo metálico. Después de desabrochar las correas que sujetaban la pesada radio a su cuerpo y de colocar ésta en el suelo, Berg echó mano de su fusil, abrió mediante un golpe seco la recámara para verificar la carga y se puso en pie.

Asombrado de la flojedad de su macizo cuerpo, se dirigió, dando tumbos, hacia el centro del lecho seco del río, de dos metros de profundidad y cuatro de ancho en ese lugar. Sus riberas descendían a pico, a causa de las avenidas de agua, y en su fondo de fina arena blanca se veían algunos pequeños cantos rodados no mayores que una pelota de béisbol. El río constituía una excelente vía clandestina de acceso a Jabulani. Las huellas del camión de Akkers eran bien visibles en la blanda arena. Johan Akkers, inclinado sobre el volante, con su negro sombrero encasquetado hasta las cejas y su rostro grisáceo y brillante a causa del sudor que lo cubría, vio de pronto a Conrad plantado en medio del río.

—¡Alto! —gritó Conrad, levantando su rifle—. ¡Si no se detiene haré fuego!

El camión siguió bamboleándose y patinando y su motor protestando como si lo atormentaran. Akkers comenzó a reír. Conrad percibió su boca abierta y el temblor de sus hombros. El rugido se acrecentó y el oscilante vehículo siguió avanzando como si nada hubiera ocurrido.

Conrad levantó su rifle de dos gruesos cañones y apuntó hacia Akkers. Desde tan corta distancia podía colocar fácilmente una bala en cada uno de los hundidos ojos de Johan Akkers. Sin embargo, éste no se agachó, ni hizo movimiento alguno para eludir la amenaza que se cernía sobre él. Por el contrario, siguió riendo. Conrad percibía claramente las oscilaciones de su floja dentadura.

Berg se mantuvo firme. El camión se hallaba ya a menos de veinte metros de distancia...

Para que un hombre haga fuego, deliberadamente y a sangre fría sobre otro hombre, es necesario que se halle en un estado muy particular de ánimo, sólo factible en el soldado o el oficial que sirve a la ley —en los cuales ello responde a un reflejo condicionado—, en un fugitivo aterrizado o en un criminal frenético y lunático.

Conrad Berg no correspondía a ninguna de esas categorías humanas. Como la mayor parte de los individuos corpulentos y vigorosos era, fundamentalmente, una buena persona. Toda su actividad se centraba en la idea de proteger y estimular la vida en general. De modo que no pudo oprimir el gatillo.

Cuando el camión se hallaba a quince pies de él, Berg se arrojó hacia un costado. Johan Akkers giró velozmente para embestirlo. El vehículo golpeó a Berg de costado, lanzándolo contra la acantilada ribera de tierra. Después, sin gobierno, se desvió y, por último, ya lejos de Berg, rozó la ribera, provocando un remolino de polvo y guijarros y se bamboleó peligrosamente, a pesar de los desesperados esfuerzos que hacía Akkers para dominarlo.

Finalmente recuperó su dominio sobre la máquina y, acelerando a fondo, se lanzó cuesta abajo por el lecho del río.

Conrad quedó tendido en la suave arena, junto a la empinada cuesta.

Cuando el camión lo derribó, Berg sintió que el hueso de su cadera se hacía añicos como un cristal. Sus pulmones quedaron sin aire al hacer impacto en sus costillas la metálica carrocería. De perfil en la arena, sentía el amargo y salado sabor de la sangre, que fluía lentamente hacia su boca. Estaba seguro de que una de sus costillas había perforado como una lanza uno de sus pulmones y de que aquella sangre procedía de un lugar muy profundo de su cuerpo.

Al volver la cabeza advirtió que su aparato de radio se hallaba a diez pasos de distancia, cerca de la orilla opuesta. Entonces comenzó a deslizarse en su dirección. Su pierna herida se arrastraba a sus espaldas, contorsionándose grotescamente.

—David —cuchicheó junto al micrófono—, no pude atajarlo... Se me escapó —y escupió la sangre que llenaba su boca en la blanca arena.

David localizó el camión cuando éste ascendía por la ribera, desde la parte baja del puente de cemento del río Luzane. Después de chocar contra la zanja de desagüe y saltar sobre ella, el vehículo llegó, bamboleándose, a la carretera, por la que enfiló velozmente hacia el oeste, en dirección de la carretera principal y Bandolier Hill. La nube de polvo que surgía de debajo de su chasis verde le sirvió de punto de referencia a David cuando éste viró a dos millas de distancia y delante de Akkers.

Más adelante, el Luzane torcía bruscamente, contorneando un afloramiento rocoso, a partir del cual corría en línea recta durante dos millas, bordeada por espesos bosques. Más adelante se

elevaba y descendía como una montaña rusa, atravesaba el lecho seco del río y cruzaba transversalmente los campos.

Al completar el giro, David bajó su tren de aterrizaje y desaceleró. El Navajo perdió altura y se desplazó sobre la polvorienta carretera como si sobrevolara una pista de aterrizaje. Directamente delante de él emergía una columna de polvo, desde el camión fugitivo.

Aunque arriesgándose a un choque frontal, David se concentró fríamente en la operación de aterrizaje en la estrecha senda flanqueada por altas paredes vegetales. Con gran serenidad explicó su plan a Debra y trató de infundirle confianza.

Poco después se deslizó por la estrecha carretera y cuando la máquina se detuvo, volvió a impulsar el acelerador hacia delante y se situó en el centro del camino, con el motor en marcha, pero contenido. Desarrollaba la velocidad necesaria para despegar en caso de que Akkers prefiriera chocar a rendirse...

De pronto el terreno se elevó considerablemente. Mientras ascendían apareció el camión verde en la cresta, a no más de cien metros de distancia.

Las dos máquinas se aproximaban a una velocidad combinada de casi trescientos kilómetros por hora. El shock que ello le produjo a Akkers superó su capacidad de resistencia.

La presencia del avión que iba a su encuentro y, sobre todo, las aspas de las hélices, conformando dos discos vertiginosos, sometieron a dura prueba los nervios ya destrozados de Akkers.

Al realizar éste una violenta maniobra el camión patinó, pero, fracasando en su intento de rozar el ala izquierda del Navajo, pasó como un cohete junto a éste y se desvió fuera del camino.

Las ruedas delanteras dieron en el canal de desagüe y a continuación el vehículo cayó dando tumbos en el lado opuesto, giró dos veces sobre sí mismo, ruidosamente, al romperse los cristales de las ventanillas y abrirse las portezuelas, y terminó por estrellarse de costado en un árbol. David paró los aceleradores y apretó a fondo el freno de las ruedas. El Navajo se detuvo bruscamente.

—¡Aguárdame aquí! —le gritó a Debra, y saltó al camino.

Su rostro era una tensa máscara de tejidos cicatrizados, pero sus ojos llameaban, mientras corría velozmente hacia los restos del camión verde.

Apenas lo vio, Akkers, que había ido a parar fuera del vehículo, se puso trabajosamente de pie y se dirigió, dando tumbos, hacia el camión. Al ver su rifle en la cabina, trató de trepar por la

carrocería y de meterse en ella por la portezuela abierta. La sangre que brotaba de una profunda herida de su frente caía sobre sus ojos, impidiéndole ver. Después de enjugársela con la palma de su mano, miró a su alrededor.

David, que había atravesado el canal de riego, corría hacia él.

Akkers descendió de la carrocería y buscó a tientas el cuchillo de monte que pendía de su cinturón. Éste, de acero de Sheffield, afilado como una navaja y de ocho pulgadas de largo, tenía mango de hueso.

Akkers sopesó cautelosamente su arma y la esgrimió luego a la manera clásica de los cuchilleros, en tanto enjugaba la sangre que cubría su rostro con su mano libre. Agazapándose ligeramente se situó frente a David. Su puño, huesudo y poderoso, cubría enteramente el mango del cuchillo.

David se detuvo muy cerca de él, con sus ojos fijos en el arma.

Akkers comenzó a reír de nuevo en falso y en forma despacible. Reía históricamente, como un hombre al borde de la locura. La punta de su cuchillo trazaba lentos arabescos en el aire, al modo de los magnéticos desplazamientos de una enhiesta cobra.

David lo observaba atentamente, mientras giraba a su alrededor, un tanto agachado. Apelando a todo su coraje y a su experiencia de paracaidista, se aprestaba a hacer frente al desnudo acero. Akkers hizo una rápida pirueta y saltó hacia delante, y cuando David lo eludió, estalló en una sonora carcajada.

Nuevamente se desplazaron circularmente. Akkers parecía estar chupando su floja dentadura, mientras reía burlonamente. Sus ojos color verde sucio miraban con fijeza a su adversario desde las profundidades de sus hundidas cuencas.

David empezó a retroceder lentamente, de espaldas al camión. Por último, Akkers lo acorraló contra la carrocería. Con la celeridad de un leopardo herido y un vigor inusitado arremetió contra David. Su cuchillo silbó en dirección del abdomen de aquél. Pero David sujetó la muñeca de la mano que sostenía el cuchillo y, bajándola, neutralizó la cuchillada. Ahora se hallaban pecho contra pecho y cara a cara, como dos amantes. Los dientes de Akkers hedían.

La lucha prosiguió en silencio. Como dos bailarines, adoptaron diversas posturas para contrarrestar, cada uno, ya un giro, ya una embestida de su contrincante.

David sentía que la mano que esgrimía el cuchillo se retorció para liberarse de la suya. Las manos y los brazos de Akkers eran



de acero. Sin duda no podría sujetarlos mucho más tiempo. Dentro de unos segundos se librarían de él y el acero penetraría en su vientre.

De pronto David endureció sus piernas y giró el cuerpo de una manera que, tomando desprevenido a Akkers, le hizo perder a éste el equilibrio. Ello le permitió a David colocar su otra mano sobre el brazo armado de su oponente. No obstante, incluso con ambas manos le resultaba difícil contener a Akkers.

Los dos contendientes se inclinaban hacia uno u otro lado, alternativamente, arrastraban los pies, jadeaban, gruñían y apelaban a todas sus energías.

Finalmente perdieron pie y, siempre juntos, fueron a dar contra el capó del camión, que olía a aceite y quemaba.

David, que había concentrado todo su potencial físico contra el cuchillo, sintió que la mano libre de Akkers se aproximaba a su garganta. Entonces agachó la cabeza y hundió su barbilla en su pecho. Pero los dedos del otro, accionados como un poderoso mecanismo de acero se clavaron, implacables, en su carne y, levantando su barbilla, comenzaron a apretar su garganta para privarlo del aire que alimentaba sus pulmones.

Desesperado, David tiró del brazo armado de Akkers y comprobó que oponía menos resistencia que antes, por hallarse aquél empeñado en estrangularlo. También advirtió que su hombro rozaba el marco metálico del parabrisas roto, del que sólo restaban cristales puntiagudos que se sucedían como los dientes de una tosca pero terrible sierra de cristal.

David sentía que los dedos de Akkers se hundían cada vez más en su garganta, oprimiendo el cartílago de su laringe y obstruyendo las arterias que irrigaban su cerebro. Su visión se oscureció y comenzó a ver estrellas, como si estuviera luchando, comprimido por ocho trajes de vuelo superpuestos, contra un avión enemigo.

Concentrando en una postrera explosión sus últimas energías empujó desesperado el brazo armado de Akkers hacia la hilera de cristales puntiagudos. Akkers profirió un alarido y aflojó su presión sobre el cuello de David, quien, una y otra vez, aserró el brazo de su enemigo con la sierra de cristal. Ésta desgarró la carne y la grasa de Akkers y abrió en su brazo una herida semejante a una rosa de pétalos desiguales. Sistemáticamente aserró David los nervios, arterias y tendones, hasta que la mano sin vida de Akkers soltó el cuchillo, mientras éste chillaba como una mujer.

David se desembarazó de su enemigo de un empujón. Akkers cayó de rodillas, sin dejar de chillar en ningún momento. David frotó la carne magullada de su cuello y, mientras aspiraba aire, porque había perdido el aliento, sintió que a su cerebro aflucía sangre fresca.

—Señor Jesús, me muero... Me estoy desangrando. ¡Oh, ayúdame, Jesús querido! —gritó Akkers, dejando caer su brazo mutilado sobre su abdomen—. ¡Ayúdame, Dios mío! No me dejes morir. ¡Sálvame, Jesús, sálvame!

La sangre que brotaba de su brazo fluía por la parte delantera de su pantalón. Su boca, al caer al suelo su dentadura postiza, se convirtió en un oscuro vacío que contrastaba con el pálido brillo de su rostro.

—¡Me ha matado! ¡Me desangraré hasta morir! —chilló, estirando la cabeza hacia David—. ¡Sálvame! ¡No me deje morir!

David se apartó del camión, corrió dos metros en dirección del hombre arrodillado y aplicó a éste un preciso puntapié en la barbilla que impulsó su cabeza violentamente hacia atrás.

Akkers, boca arriba, permaneció inmóvil y tranquilo, en tanto David, sobre él, sollozaba, esforzándose por cobrar aliento.

\* \* \*

A los efectos de la sentencia final, el juez Barnard, de la Corte Suprema, División Transvaal, tomó en cuenta cuatro testimonios y fallos de culpabilidad previos: dos encuadrados en el Acta de Conservación de la Vida Silvestre; uno por asalto con circunstancia agravante y el cuarto por asalto con el propósito de ocasionar grave lesión física.

El magistrado halló a Johan Akkers culpable de doce violaciones del Acta de Conservación de la Vida Silvestre, pero englobando los doce cargos en uno, lo condenó a tres años de trabajos forzados —sentencia no redimible por multa— y decretó la confiscación de las armas y automóviles utilizados en la comisión de tales delitos. También lo halló culpable de asalto, con circunstancia agravante, y lo condenó por ello a tres años de trabajos forzados, sentencia, como la anterior, irredimible por multa.

Por su parte, el fiscal modificó el cargo que se le hacía de intento de asesinato, y lo calificó de intento de provocar grave lesión física. El fallo en tal sentido fue de cinco años de cárcel, sin opción a multa.

Respecto del último cargo —asesinato—, el juez Barnard, que halló culpable a Akkers, declaró ante la Corte: «Al considerar, en este caso, la pena de muerte, hube de tener en cuenta el hecho de que el acusado actuó como un animal acorralado en una trampa. Considero, pues, que no hubo premeditación de su parte...»

La condena por este último delito fue: dieciocho años de cárcel. Todas las sentencias, que se cumplirían consecutivamente, fueron confirmadas a pesar de haber sido apeladas.

Conrad Berg, que se hallaba en el hospital, con una pierna enyesada y un vaso de ginebra Old Buck en la mano, comentó:

—Durante los próximos veintiocho años no tendremos que preocuparnos por ese hijo de puta... ¡Oh, perdón, mistress Morgan!

—Veintinueve años, querido... —lo corrigió con firmeza Jane Berg.

En julio apareció la edición americana de *Un lugar propio*, que cayó en el implacable e insondable mar de la indiferencia pública, donde tantos buenos libros naufragan. La obra no produjo siquiera una leve onda en su superficie.

Bobby Dugan, el nuevo agente literario de Debra en América, le escribió a la autora que estaba terriblemente apenado... y desilusionado, porque había esperado, por lo menos, alguna mención por parte de la crítica.

David consideró tal silencio como un insulto directo y personal y durante una semana vagó por la finca delirando a voz en grito de tal manera, que hacía pensar que de un momento a otro viajaría a Estados Unidos para ejercer algún acto de violencia física contra aquel país... al modo de un minúsculo Vietnam a la inversa.

—¡Son unos estúpidos! —clamó un día—. Es el libro más bello jamás escrito.

—¡Oh, David...! —protestó Debra modestamente.

—¡No exagero! De buena gana iría allá para refregárselo en las narices.

Debra lo imaginó abriendo a puntapiés las puertas de todas las editoriales de Nueva York y poniendo en fuga a los críticos literarios que, presas de pánico, saltaban por las ventanas de los rascacielos o se encerraban en los baños femeninos para eludir su cólera.

—David, querido, eres maravilloso —dijo Debra riendo entre dientes, regocijada.

Sin embargo, se sentía herida en lo más profundo. A partir de entonces, el deseo y la urgencia de escribir declinaron en ella como un fuego que vacilara cada vez más, ante un viento frío y hostil.

Ahora, cuando se sentaba frente a su escritorio y aproximaba el micrófono a sus labios, ya no se llenaban éstos de palabras ansiosas por cobrar vida, ni en su mente bullían, como antes, mil ideas deseosas de manifestarse. Por otra parte, lo que hasta entonces le había parecido una comedia, cuyos personajes reían, lloraban y cantaban, se convirtió de pronto en un cielo oscuro, sin el aliciente del color o la forma.

Durante horas y horas permanecía inmóvil ante su escritorio, prestando oídos a los cantos de los pájaros que poblaban el jardín.

David, que captó plenamente su desesperación, se esforzó por ayudarla. Cuando la meditación ante su escritorio no rendía frutos, insistía en que lo acompañara en su recorrido a lo largo de las nuevas cercas o en la pesca de la gran brema azul de Mozambique, en las profundas charcas de Jabulani.

Como Debra tenía ya una clara idea de la situación de las cosas en el interior de la casa y sus alrededores, David comenzó a enseñarle a valerse por sí misma. Todos los días contorneaban las charcas. De esa manera Debra aprendió a identificar los puntos de referencia que jalonaban el trayecto. Con el bastón tallado que David le regaló, buscaba a tientas dichos mojones. Por su parte, Zulú tuvo bien pronto una cabal idea del papel que le correspondía desempeñar en tales excursiones. David colgó una pequeña campanilla de plata en su collar para que Debra se orientara por él. Poco después, aquélla se aventuró a salir de la casa sin la compañía de David, guiándose por el perro. De vez en cuando verificaba su posición, comparando la de Zulú con la de algún punto de referencia.

Durante un tiempo David estuvo absorbido por la tarea de quitar la cerca de Berg, que seguía en cama a causa de su pierna maltrecha. Además, debió colocar otras para proteger los tres límites vulnerables de Jabulani. Posteriormente organizó y adiestró una fuerza propia de *rangers* africanos, diseñó sus uniformes y construyó puestos de avanzada para ellos en los principales puntos de acceso a la finca. De cuando en cuando volaba a Nelspruit para consultar con Conrad Berg al respecto. Berg fue quien le sugirió la conveniencia de realizar una estimación de los recursos hidráulicos de Jabulani. Para proporcionar agua a las

áreas de la finca apartadas de las charcas estudió la posibilidad de construir presas o depósitos de agua. Como estaba siempre en movimiento, sus músculos se endurecieron y broncearon y su cuerpo se espigó. No obstante, pasaba muchas horas junto a Debra.

Las diapositivas en color de 25 mm que David había sacado de los búfalos antes que Johan Akkers los exterminara resultaron, por desgracia, muy deficientes, según comprobó cuando las recibió, ya reveladas, del laboratorio. Los enormes animales parecían recortarse en el horizonte y los picabueyes que deambulaban sobre ellos parecían como minúsculas motas grises.

Este fracaso acicateó a David, quien retornó un día de Nelspruit con un teleobjetivo de 600 mm.

Mientras se suponía que Debra trabajaba en su obra literaria, David, junto a ella, enfocaba desde la ventana los pájaros del jardín.

Al principio los resultados fueron desalentadores. De treinta y seis fotografías, sólo una mereció ser conservada. De verdad que era muy bella. Se trataba de un alcaudón de los bosques, de cabeza cenicienta. Sorprendido en el instante de alzar el vuelo, se mantenía en perfecto equilibrio entre sus alas, en tanto el sol revelaba su vistoso plumaje y arrancaba destellos dorados a su único ojo visible.

Atrapado por el arte fotográfico, David compró tantas lentes, cámaras y trípodes que, por último, Debra protestó contra aquel hobby enteramente visual del que se hallaba excluida.

Entonces David tuvo otra idea genial: compró las grabaciones de cantos de pájaros de June Stannard, y Debra se mostró encantada. El rostro de la ciega se iluminaba cuando, al escuchar atentamente los discos, identificaba el canto de algún pájaro que le era familiar.

Por otra parte, ello la impulsó a realizar sus propias grabaciones de cantos de pájaros, en las que se entremezclaban el tintineo de la campanilla de Zulú, el zumbido del Land-Rover de David, las voces de los criados que discutían en el patio de la cocina... y el lejano parloteo de algún reluciente estornino.

—No se pueden comparar con los discos de June —se lamentó Debra amargamente—. ¿Cómo se las arreglará para grabar desde tan cerca y tan nítidamente?

David, que a veces leía para los dos, fue construyendo a ratos un reflector parabólico para Debra. Aunque de aspecto no muy atractivo, funcionaba perfectamente. Orientándolo hacia la

fuerza del sonido captaba y dirigía las ondas sonoras hacia un micrófono.

Más tarde se atrevieron a abandonar la ventana del estudio de Debra y a alejarse de la casa.

David construyó varios refugios permanentes y confortables junto a los abrevaderos, y cuando los *rangers* localizaban el nido de alguna especie interesante de pájaro montaban escondites con lonas y bardas, a veces sobre altos soportes, en los que David y Debra pasaban muchas horas dichosas, filmando animales y grabando voces silvestres. Incluso Zulú, sin la campanilla en tales ocasiones, se acostumbró a acompañarlos en silencio.

Lentamente llegaron a reunir una vasta colección de fotografías y discos, de tipo profesional. Un día David se atrevió a enviar doce de sus mejores diapositivas al *Africa Wild Life Magazine*. Dos semanas después recibió una carta de aceptación y un cheque de cien dólares. Esta suma representaba menos del uno por ciento del capital empleado en instrumental fotográfico.

David estaba en la gloria y Debra casi tan contenta como él. Esa noche bebieron dos botellas de Veuve Clicquot en la cena y, excitados por el champaña y la noticia, hicieron el amor poniendo en juego toda su inventiva. A raíz de la aparición en *Wild Life* de las fotografías de David y del texto respectivo escrito por Debra, recibieron una enorme cantidad de cartas de personas afines de todo el mundo y la petición, por parte de los editores, de un largo artículo ilustrado sobre Jabulani y los planes de Morgan para convertirlo en un santuario de caza.

Debra fue a partir de entonces el hermoso modelo de las fotografías que ilustraban el artículo, al que se consagró por entero. Por su parte, David colaboró con algunas ideas y con su sentido crítico.

Debra dio la espalda a su nuevo libro, pero el placer del trabajo en pareja le hizo olvidar su desilusión literaria.

Su correspondencia con otros conservacionistas implicó para ambos un valioso estímulo intelectual y las ocasionales visitas de Conrad Berg y Jane satisficieron su necesidad de contacto humano. Tal relación les permitía eludir cualquier otro tipo de vida social, porque aún se sentían molestos en presencia de extraños.

Poco antes de que estuviera listo el artículo para *Wild Life*, llegó una carta de Bobby Dugan, de Nueva York. Uno de los escasos ejemplares en circulación de *Un lugar propio* había caído en las manos de la directora de la revista *Cosmopolitan*, quien lo encontró tan interesante que le proponía a Debra la publicación

de la obra en varios números de su revista. También era posible que publicara un artículo acerca de la autora. Bobby le pedía a Debra una selección de fotografías suyas, acompañada de una nota autobiográfica de cuatro mil palabras. Como las fotografías ya estaban dispuestas para ser enviadas a *Wild Life*, Debra escribió las cuatro mil palabras en poco más de tres horas. David colaboró con varias sugerencias: unas saludables; otras obscenas.

Por el mismo correo despacharon la cinta magnetofónica, las fotografías y el artículo para *Wild Life*.

Casi un mes después de tal envío y cuando aún no habían recibido respuesta alguna, ocurrió algo que les hizo olvidar por completo el asunto. Un día, al caer la tarde, durante una tregua en sus actividades, David y Debra se sentaron a descansar en un pequeño refugio de cerco y argamasa, situado junto a la charca principal. David había colocado la cámara sobre su trípode, junto a una de las ventanas. El reflector de Debra, que se elevaba por encima de la techumbre, camuflado con pintura, era manejado desde dentro mediante una manivela situada cerca de la cabeza de Debra.

El agua oscura de la charca se mantenía en calma, excepto cuando alguna brema ascendía a la superficie. Una bandada de alegres palomas se había alineado al borde del agua, a continuación de varias bulliciosas y moteadas gallinas de Guinea. Después de cada sorbo apuntaban con sus picos hacia el cielo para que el agua descendiera por sus gargantas.

De pronto David cogió por la muñeca a Debra para indicarle que se mantuviera alerta. Por la intensidad del apretón Debra dedujo que estaba viendo algo insólito. Aproximándose a David para no perder una sola palabra de la descripción que éste le haría en voz baja, conectó con su mano derecha el magnetófono, mientras con la izquierda se aprestaba a orientar el reflector.

Un rebaño de nyalas, variedad rara de antílope, en extremo tímido, se aproximaba al abrevadero, sin atreverse a apartarse del bosque. Todos tenían las orejas erguidas. Las ventanas de sus hocicos temblaban al aspirar el aire y sus enormes ojos oscuros brillaban como lámparas en la penumbra.

Seis hembras sin cuernos y de suave pelaje color castaño, con estrías blancas, avanzaban delicada y cautelosamente detrás de los dos machos del rebaño. Éstos se diferenciaban tanto de ellas que parecían animales de otra especie. De color púrpura oscuro y peludos, tenían unas crines ásperas que, nacidas entre sus orejas, se prolongaban hasta sus grupas. Sus cuernos, gruesos y en

espiral, acababan en puntas color crema. Entre sus ojos lucían una especie de marca blanca y triangular.

Después de cada paso hacían un alto y miraban a su alrededor, con la infinita paciencia propia de los seres selváticos, siempre alerta ante la posibilidad de un peligro inminente.

De esa manera descendieron hasta la orilla de la charca.

Tan cerca pasaron del refugio que David no se atrevió a disparar su cámara por temor de que el clic del obturador los espantara.

Él y Debra permanecieron inmóviles, en tanto los antílopes se aproximaban al abrevadero.

Debra sonrió encantada cuando el macho principal resopló suavemente sobre la superficie de la charca antes de beber y al oír el ruido del primer sorbo. Cuando vio a todos bebiendo, David enfocó cuidadosamente al grupo entero. Pero al oír el clic del obturador el macho más próximo dio un brinco y emitió un ronco y vibrante ladrido de alarma. Instantáneamente todos los antílopes giraron sobre sí mismos y emprendieron la fuga, como pálicos fantasmas, entre los oscuros árboles.

—¡Lo he grabado! ¡Lo he grabado! —exclamó Debra alborozada—. ¡Hurra!... Tan cerca ha sonado su voz que casi ha hecho estallar mis tímpanos.

La noticia de lo ocurrido convulsionó a Jabulani. Nadie había visto allí jamás un antílope nyala, ni siquiera en tiempos del padre de David.

Enseguida se adoptaron medidas para atraer a los antílopes. Criados y *rangers* recibieron la orden de no acercarse a las charcas para que la presencia humana no amedrentase ni pusiese en fuga al rebaño antes de que éste cobrase confianza y se estableciese definitivamente en el lugar.

Poco después llegó Conrad Berg, todavía enyesado y cojeando pesadamente, como lo haría el resto de su vida.

Desde el refugio y junto a David y Debra observó Berg el rebaño. Ya en la finca, mientras comía un succulento churrasco frente a un fuego de troncos y un vaso de Old Buck, expresó su opinión al respecto:

—Estoy seguro de que no proceden del parque. Si hubiera yo visto anteriormente un antílope macho tan grande, lo hubiera reconocido enseguida. Deben de haber huido de alguna finca lindante. ¿Cercó usted ya el límite sur?

—Todavía no.

—Entonces han entrado por allí. Hartos de los turistas, ha-



brán venido en busca de un ambiente más tranquilo —y después de echar un trago de ginebra—: Aquí podrá usted hacer su agosto. Dentro de pocos años Jabulani será un verdadero centro de interés... como Mala-Mala... Safaris de primer orden, a precios económicos.

—Escuche, Connie: yo soy demasiado egoísta para compartir esto con nadie.

Las distracciones y el tiempo en sí mismo le permitieron a Debra recobrase del fracaso de *Un lugar propio* en Estados Unidos.

Súbitamente, una mañana se sentó ante su escritorio y comenzó a trabajar en su segunda novela. Esa noche le dijo a David:

—El mayor inconveniente es el título. Un libro es como una criatura: sólo comienza a existir cuando se le da un nombre.

—¿Lo tienes ya? —inquirió él.

—Sí.

—¿Cuál es?

Debra vaciló, como avergonzada, antes de pronunciar el título ante otra persona.

—Pienso que podría ser *Esa cosa brillante y sagrada*.

David estuvo pensando un rato, mientras repetía el título en voz baja.

—¿Te gusta? —le preguntó ella ansiosamente.

—Es magnífico —respondió David—. Te aseguro que me gusta de verdad.

A partir de entonces Debra se enfrascó en su obra y los días les parecieron demasiado breves para contener tanto amor y alegría y realizar los trabajos en que estaban empeñados.

El timbre del teléfono sonó cuando se hallaban ante el asador, en el jardín delantero. Como la llamada era insistente, David corrió hacia la casa.

—¿Miss Mordecai, dice usted? —David estaba perplejo. Aquel nombre le era vagamente familiar.

—Sí. Hay una llamada personal para miss Debra Mordecai, desde Nueva York —repitió la impaciente operadora.

Por último, David comprendió realmente de quién se trataba.

—Un momentito —dijo, y llamó a gritos a Debra.

Por primera vez Debra escuchó la voz de Bobby Dugan:

—Asómbrate, muchacha —gritó el agente desde el otro extremo de la línea—. Pero antes siéntate para no caerte de espaldas. ¡Tu papi te comunicará algo que te hará saltar de alegría! *Cosmo-*

*politán* ha publicado tu nota autobiográfica y una fotografía tuya a toda página. El éxito te aguarda. Dios mío, estabas para comer...

Debra se echó a reír y le hizo una seña a David para que aproximara su oído al auricular.

—...el sábado se agotaron todos los ejemplares de la revista y el lunes la gente se agolpó ante las librerías y casi derribó sus puertas. Todo el mundo está entusiasmado con tu libro, querida. En cinco días se vendieron diecisiete mil ejemplares. De un salto te has situado en el quinto lugar en la lista de *best-sellers* del *New York Times*. Es un libro excepcional, monstruoso, fenomenal... Venderemos fácilmente medio millón de volúmenes. Los principales diarios y revistas nos lo reclaman, porque perdieron los ejemplares que les enviamos tres meses atrás. Doubleday está lanzando una nueva edición de cincuenta mil ejemplares. Yo les dije que no tienen sentido de la realidad y que deberían imprimir cien mil. Pero esto es sólo el comienzo, querida... La semana próxima la costa Oeste arderá de extremo a extremo y desde todos los rincones del país nos pedirán tu libro...

Bobby Dugan siguió hablando un rato en el mismo tono y proclamando a gritos sus planes y esperanzas. Mientras tanto, Debra sonreía suavemente.

—¡No! No puedo creerlo —dijo—. Es imposible...

En la cena bebieron tres botellas de Veuve Clicquot y poco antes de medianoche Debra quedó embarazada.

«La obra de miss Mordecai está escrita en un soberbio estilo, posee una gran calidad literaria y es tan amena como un *best-seller*», dijo *The New York Times*.

«¿Quién dijo que la buena literatura es aburrida?», se preguntó *Times*. «El talento de Debra Mordecai arde como una llama pura y limpia.» «Miss Mordecai nos agarra del pelo, nos arroja contra la pared y después contra el suelo y, por último, nos endosa un puntapié en las entrañas. En suma, nos deja tan maltrechos como si hubiéramos sufrido un accidente automovilístico», añadió *Free Press*. Hinchido de orgullo, David le regaló a Conrad Berg un ejemplar autografiado de *Un lugar propio*.

Impresionado por la lectura del libro, Conrad, que ya no la llamaba mistress Morgan, sino por su nombre de pila, Debra, sufrió una recaída.

—¿Cómo puede pensar tantas cosas, mistress Morgan? —le preguntó con admiración.

—Debra —rectificó ésta.

—Ella no necesita pensar —aclaró Jane Berg—. Simplemente escribe cuando está *inspirada*.

Bobby Dugan tenía razón: tuvieron que imprimir otros cincuenta mil ejemplares.

\* \* \*

Parecía que los hados, después de ensañarse cruelmente con ellos, habían resuelto derramar todos sus dones sobre Debra y David.

Mientras su vientre crecía día a día ante su mesa de madera de olivo, Debra sentía que las palabras brotaban de nuevo en ella tan vigorosas y cristalinas como las aguas del Collar de Perlas. Sin embargo, aún le quedaba tiempo para ayudar a David en su colección fotográfica de las aves de rapiña de la sabana, en sus diarias incursiones por diversas áreas de Jabulani y en lo que atañía al mobiliario y demás accesorios de la vacía *nursery*.

Conrad Berg la visitó en secreto un día para que lo ayudase a convencer a David de que debía aceptar su candidatura para un cargo en la Junta Administradora de Parques Nacionales.

Ambos discutieron el asunto exhaustivamente. Las plazas, en tal organismo, otorgaban prestigio y eran generalmente ocupadas por personas de más edad e influencia que David. No obstante, Berg confiaba que la aureola del apellido Morgan, la fortuna de David y el hecho de ser éste propietario de Jabulani, al igual que su actuación como conservador y el mucho tiempo que podría dedicar a la Junta, prevalecerían en su favor.

—Sí —decidió Debra—. Le hará bien conocer a otra gente y salir de vez en cuando. Aquí nos convertiremos en dos ermitaños.

—¿Se adaptará?

—No se preocupe. Yo me encargaré de ello —le aseguró Debra.

Ésta no se equivocó. Después de su inicial desconcierto, durante la primera sesión de la Junta a que asistió y una vez que los restantes miembros de aquel organismo se acostumbraron a ver su espantoso rostro y descubrieron que éste ocultaba una recia y afable personalidad, David fue cobrando confianza en sí mismo. Su aplomo se acrecentaba con cada viaje que realizaba a Pretori, lugar de reunión de la Junta.

Debra debía acompañarlo cuando volaba hacia allí. Durante las deliberaciones ella y Jane Berg compraban ropas para su fu-

turo bebé y los artículos indispensables, o bien de lujo, que no podían adquirir en Nelspruit.

Sin embargo, en noviembre Debra decayó físicamente y se sintió demasiado pesada y molesta para viajar tan lejos en la cabina del Navajo, sobre todo antes de las lluvias, cuando la atmósfera, agitada por la tormenta y saturada de electricidad, resultaba bochornosa. En tales circunstancias el vuelo se volvía muy irregular. Por otra parte, en aquel momento se hallaba absorbida por la elaboración de los últimos capítulos de su nuevo libro.

—Aquí estaré completamente segura —insistió Debra un día—. Dispongo de teléfono y cuento con seis *rangers*, cuatro criados y un feroz sabueso.

David arguyó y protestó durante cinco días, antes de la reunión de la Junta y sólo cedió después de haberse fijado él mismo un horario estricto.

—Si salgo antes del amanecer llegaré a la reunión a las nueve. De modo que a las tres de la tarde estaré libre y a las seis y media, como muy tarde, estaré de regreso —rezongó—. Si no fuese por el presupuesto o la cuestión financiera les diría... que estoy enfermo.

—Debes ir, querido. Se trata de una reunión importante.

—¿No tienes miedo?

—Ni siquiera advertiré tu ausencia.

—Si fuera cierto lo que dices me quedaría para castigarte —dijo David en tono apesadumbrado.

Hacia la madrugada aparecieron cúmulos color vino y fuego y otros del matiz de la fruta madura. Semejantes al humo flotaban, magníficos, muy por encima del minúsculo aparato, mucho más allá del techo que el Navajo podía alcanzar.

David se desplazaba por los corredores aéreos solo y en paz, con la euforia que el espacio siempre despertaba en él.

De vez en cuando alteraba su itinerario para evitar alguna formación nubosa, dentro de la cual lo acechaban el desastre y la muerte; poderosos vientos que arrancarían las alas del avión y arrojarían sus pedazos hacia las alturas, donde ningún hombre sobreviviría a la falta de oxígeno.

En Grand Central, donde aterrizó, lo esperaba un taxi. Mientras viajaba a Pretoria leyó los diarios de la mañana. Sólo cuando sus ojos dieron con el pronóstico meteorológico, según el cual un frente de tormenta se desplazaba rápidamente desde el Canal de Mozambique, se sintió un poco molesto.

Antes de entrar en el salón de la Junta le pidió a la recepcionista que lo pusiera en comunicación con Jabulani.

—Hay un retraso de dos horas, míster Morgan.

—No importa. Llámeme cuando establezca la comunicación.

A mediodía, al pasar la Junta al salón intermedio para almorzar, volvió a preguntarle a la empleada:

—¿Qué pasa con mi comunicación?

—Perdón, míster Morgan. Iba a decirle que las líneas han quedado interrumpidas. Está lloviendo torrencialmente en la baja sabana.

El vago malestar que David había experimentado anteriormente se convirtió en una ligera alarma.

—¿Me haría el favor de comunicarme con la oficina meteorológica?

El estado del tiempo era uniforme en toda la zona. Desde Barberton hasta Mpunda Milia y desde Lourenço Marques hasta Machadodorp llovía copiosa y sostenidamente. El techo de nubes superaba los veinte mil pies y podía afirmarse que arrancaba del suelo. El Navajo no tenía equipo de oxígeno y carecía de instrumentos electrónicos de vuelo.

—¿Cuánto durará? —inquirió David en tono imperativo—. ¿Cuándo cree usted que aclarará?

—Es difícil predecirlo, señor. Quizá dos o tres días.

—Maldita... ¡Maldita sea! —exclamó David amargamente y bajó a la cantina situada en la planta baja del edificio gubernamental.

Conrad Berg, que se hallaba sentado ante una mesa, en un rincón, junto a dos miembros de la Junta, se puso de pie de un salto en cuanto vio a David y atravesó cojeando, pero rápidamente, el salón.

—David —dijo, cogiendo a éste de un brazo. Su cara redonda y rojiza estaba mortalmente seria—. Acabo de enterarme de que Johan Akkers se fugó anoche de la cárcel. Se perdió de vista hace diecisiete horas.

David se estremeció. Durante un rato miró fijamente y mudo de asombro a Berg.

—¿Debra está sola?

David asintió con la cabeza. Su rostro estaba rígido a causa de sus tensas cicatrices, pero sus ojos se oscurecieron de temor.

—Mejor será que vuele allá enseguida para protegerla.

—A causa del mal tiempo... han suspendido todos los vuelos en esa área.

—¡Vaya en mi camión! —lo urgió Conrad.  
—Necesito un vehículo más rápido.  
—¿Quiere que le acompañe?  
—No —respondió David—. Si usted no se halla presente en la reunión no aprobarán la colocación de la nueva cerca. Yo me las arreglaré.

Debra estaba trabajando en su escritorio cuando comenzó a soplar el viento. Inmediatamente desconectó el grabador y salió a la terraza, seguida de cerca por Zulú.

Durante un momento aguzó el oído, pero no logró precisar la índole del sonido: una especie de susurro o suspiro, un rumor semejante al lejano estallido de una ola contra una playa de guijarros.

El perro se apretó contra su pierna. Debra se agazapó y deslizó un brazo en torno del cuello del animal, mientras el viento, creciendo en intensidad, agitaba las ramas de los marulas y producía mil crujidos y ruidos como de matracas.

Zulú lloriqueó. Debra entonces lo abrazó más estrechamente.

—Calma, muchacho, calma —susurró, mientras una poderosa y chillona ráfaga de viento fustigaba violentamente las copas de los árboles y hacía crujir y desgajaba las ramas superiores.

Después el viento dio en la tela metálica de la terraza, provocando un chasquido semejante al de una vela mayor que se hinchara súbitamente.

Todas las puertas y ventanas mal cerradas de la casa resonaban como si ésta fuese cañoneada.

Debra se puso de pie de un brinco y regresó a todo correr a su cuarto de trabajo, cuya ventana se bamboleaba ruidosamente y dejaba entrar un constante remolino de polvo y partículas de basura. Empujando con su hombro cerró la ventana asegurándola con cerrojo. Luego corrió a las otras habitaciones para hacer lo mismo y, por último, entró en una de las viviendas de la servidumbre.

Entre todos cerraron las restantes puertas y ventanas.

—La lluvia se acerca, señora. Va a llover mucho.

—Vuelvan junto a sus familias —dijo Debra.

—¿Y la cena, señora?

—No se preocupen por mí. Me la prepararé yo misma.

Muy agradecidos, los criados se alejaron a través de los remolinos de polvo, en dirección de sus chozas situadas detrás de una colina.

El viento sopló durante quince minutos. Debra, que se hallaba junto a la tela metálica, sintió que tiraba de su cuerpo y lo fustigaba como un látigo. La bravura selvática del viento era tan contagiosa que, excitada por él, rompió a reír eufórica, ruidosamente.

De pronto el viento cesó tan bruscamente como había comenzado. Debra sintió que se abría camino, desgarrando cosas y clavando sus garras en cuanto hallaba a su paso, sobre las colinas que bordeaban las charcas.

En el profundo silencio posterior el mundo entero pareció quedar en suspenso y a la espera de una nueva embestida de los elementos. La temperatura descendió de tal manera que fue como si alguien hubiese abierto la puerta de una gigantesca heladera. Debra tiritó y se abrazó a sí misma. Aunque no veía los densos nubarrones negros que rodaban sobre Jabulani, de algún modo presentía su imponente y amenazador aspecto, a causa del frío que experimentaba.

El primer trueno fue como una explosión eléctrica que chamuscara el aire. Tomó tan desprevenida a Debra que ésta lanzó un grito. Le pareció que el rayo sacudía el firmamento y las propias entrañas de la tierra.

Girando sobre sí misma echó a andar a tientas hacia la casa y cerró con llave la puerta de su habitación. Pero las paredes apenas atenuaron el furioso estruendo de la lluvia que se desató poco después. El agua repiqueteaba en los cristales de las ventanas, castigaba de tal modo los muros que ensordecía a Debra y colándose por la tela metálica inundó la terraza.

Pero eso no era nada comparado con los rayos y truenos que atormentaban los nervios de Debra. Contra ellos se sentía indefensa. Siempre la sobresaltaban y parecían apuntar hacia ella.

En cuclillas junto a su sofá-cama, Debra se aferró al suave y cálido cuerpo del perro, en busca de consuelo. Ahora lamentaba haber despedido a los criados y ponía en duda su capacidad para seguir soportando aquel bombardeo.

Finalmente, resultándole éste intolerable, se dirigió a tientas al cuarto de estar. En su infortunio casi se extravió en su propia casa. Sin embargo, logró dar con el teléfono y colocó el auricular junto a su oído.

Todo fue inútil. El aparato no funcionaba. No obstante, pese a que no daba el tono, lo zarandeó salvajemente y gritó, desesperada, junto al micrófono. Por último, soltó el auricular, que quedó pendiendo del cable.

Mientras regresaba dando tumbos a su cuarto de trabajo empezó a sollozar y a oprimir al niño que llevaba en su vientre hinchado. Dejándose caer en el sofá-cama, se cubrió los oídos con ambas manos.

—Dios mío, haz que cese la tormenta... Por favor, haz que termine de una vez.

La gran carretera nacional, ancha y llana hasta la ciudad minera de Witbank, se dividía en seis franjas paralelas, en las que regían otras tantas velocidades máximas. David enfiló con su Pontiac alquilado hacia la de tránsito veloz y se olvidó de que estaba apretando a fondo el acelerador. Tan sólidamente se adaptaba su máquina a la carretera, que casi no requería su atención. David pudo, pues, explayarse mentalmente en varias historias de terror y concentrarse en la imagen de Johan Akkers, según lo había visto en el tribunal cuando, desde el banquillo de los acusados, lo había mirado ferozmente.

Recordaba perfectamente sus ojos, borrosos y hundidos en sus profundas cuencas, y su boca moviéndose como para lanzar un escupitajo. Mientras los guardias lo conducían a la escalinata que descendía a los sótanos, Akkers, librándose de ellos durante un momento, se volvió para gritarle:

—Algún día me las pagarás, *Scarface* —y riendo entre dientes, añadió—: Aunque tenga que esperar veintinueve años te atraparé.

Después los guardias se lo habían llevado.

A partir de Witbank, la carretera, más estrecha, se hallaba muy concurrida. Además, abundaba en curvas pronunciadas y pendientes peligrosas. Absorbido por la conducción de su poderosa máquina, David barrió los fantasmas de su mente. En la curva de Lydenburg se desplazó por una de las esquinas del triángulo. Ahora sólo veía alguno que otro camión. De modo que pudo apretar de nuevo el acelerador a fondo y avanzar a lo largo del alto acantilado que bordeaba la carretera. De pronto ésta giraba y descendía hacia la baja sabana.

Al salir del túnel Erasmus se encontró bajo la lluvia. La densa masa de agua gris, que ocupaba todo el espacio circundante, se abalanzó sobre el Pontiac. Como la carretera había desaparecido bajo el agua, David apenas lograba identificar sus bordes. De nada le servían sus limpiaparabrisas, ya que el agua caía a torrentes sobre los cristales.

Después de encender los faros delanteros aceleró hasta donde se lo permitía su coraje. Inclinado sobre el volante trató de



percibir las cosas a través de la impenetrable cortina, de un matiz gris azulado.

La noche llegó rápidamente a causa de los bajos y oscuros nubarrones. La luz de sus propios faros lo cegaba al reflejarse en la carretera inundada. Las gotas eran tan grandes como piedras de granizo. Reduciendo la velocidad de su coche empezó a descender hacia Bandolier Hill.

En la oscuridad casi pasó de largo un recodo y debió retroceder hacia la carretera. El coche se bamboleó en la desigual superficie de un terreno fangoso y resbaladizo como la grasa. Nuevamente debió aminorar su velocidad. En cierto momento patinó y fue a parar a la cuneta. De modo que tuvo que bajarse y amontonar varias piedras junto a las ruedas. Acelerando a fondo logró sacar el Pontiac del atolladero y reanudó la marcha.

Al llegar al puente del Luzane llevaba seis horas de viaje y eran ya poco más de las ocho de la noche.

De pronto, otra rareza del tiempo: cesó de llover.

Directamente encima de su cabeza aparecieron las estrellas, envueltas en una especie de niebla. Acá y allá giraban las nubes lentamente, como si lo hicieran en torno del eje de una gran rueda.

Los faros del Pontiac hendían la oscuridad hasta más allá de la turbulenta corriente. Su haz llegaba a la ribera opuesta, situada a unos cien metros de distancia.

El puente estaba cubierto por quince pies de agua. Ésta circulaba tan velozmente que sus ondas y remolinos parecían esculpidos en mármol color castaño. Innumerables árboles, arrancados de raíz por la tormenta, flotaban río abajo.

Parecía imposible que el cauce de aquella furiosa masa de agua hubiera sido en otro tiempo un lecho seco, estrecho y arenoso, en suma, el lugar donde Johan Akkers había lanzado su camión Ford color verde contra Conrad.

David descendió del coche y se encaminó hacia la orilla, donde se detuvo. Al cabo de un rato comprobó que el agua se acercaba cada vez más a sus pies, lo que indicaba que seguía subiendo de nivel. Al mirar hacia arriba dedujo que la tregua sería breve. Tomada ya su decisión, regresó corriendo al Pontiac y retrocedió con éste hasta el punto más alto del terreno, donde se detuvo, con sus faros apuntando siempre hacia la ribera. Luego, de pie junto a la portezuela, se quitó la ropa y quedó en ropa interior. Luego deslizó el cinturón fuera de su pantalón, ciñó con él su cintura y ató sus zapatos, con las cintas de éstos, al cinturón.

Descalzo echó a correr hacia el río. Ya en el agua, empezó a caminar lentamente para verificar el grado de inclinación del cauce.

Como la ribera descendía rápidamente, pronto el agua le llegó a las rodillas y, tirando de su cuerpo, trató de hacerle perder pie.

Endureciendo sus músculos, braceó contra la corriente y aguardó, con la vista clavada río arriba.

De pronto vio descender un árbol con sus raíces proyectadas hacia arriba, a la manera de otros tantos brazos suplicantes. Balanceándose en la corriente, no tardaría en pasar ante él.

David aspiró profundamente y se aprestó para el momento decisivo. Seis poderosas brazadas le bastaron para tomarse de una de las raíces. Instantáneamente se desplazó fuera de la franja luminosa trazada por los faros del coche y se precipitó vertiginosamente río abajo. El árbol rodaba y brincaba violentamente y unas veces se sumergía y otras reaparecía en la superficie. Cada vez que esto ocurría David tosía y jadeaba.

Súbitamente sintió un golpe en un costado de su cuerpo. Su camisa fue desgarrada y su piel lacerada por algún objeto. Otra vez el árbol se sumergió y David giró en torbellino y se aferró desesperadamente al tronco.

A su alrededor reinaba una absoluta oscuridad y sólo se oía el estruendo del agua enloquecida y amenazadora que no cesaba de golpearlo y maltratarlo. Las piedras y las maderas arrastradas por el agua raspaban y magullaban su carne.

De repente el tronco rebotó contra algo, giró sobre sí mismo y volvió a ser lanzado corriente abajo.

Cegado por el lodo, David sabía que no podría sobrellevar aquella situación mucho más tiempo. Sus fuerzas decaían notablemente y su mente y sus miembros funcionaban cada vez con mayor lentitud, como los de un pugilista vapuleado durante diez asaltos.

Su única esperanza estribaba en la posibilidad de que el obstáculo que acababa de embestir el árbol resultara ser la ribera opuesta propiamente dicha. Desprendiéndose del tronco al que tan desesperadamente se había aferrado, empezó a nadar de forma oblicua, a través del río, poniendo en juego todas sus energías.

Se detuvo frente a un espino cuyas ramas colgantes sobre las turbulentas aguas hirieron sus manos cuando las cerró sobre sus espaldas. David profirió un grito de dolor, pero no se soltó de ellas.

Lentamente se arrastró fuera del río y ascendió por la ribera, tosiendo secamente a causa del agua acumulada en sus pulmones. Ya a salvo, se tendió de cara contra el lodo y vomitó a chorros por la boca y la nariz toda el agua que había tragado.

Durante largo rato permaneció en esa posición, exhausto, hasta que la tos cedió un poco y volvió a respirar normalmente. Sus zapatos habían desaparecido en el río. Después de ponerse trabajosamente de pie avanzó, dando tumbos, en la oscuridad.

Mientras corría iba arrancando con los dientes los trozos de espinas clavados en las palmas de sus manos.

Arriba brillaban las estrellas.

Guiándose por su débil luz se dirigió hacia la carretera y echó a correr por ella. A cada paso que daba aumentaban sus fuerzas. El gran silencio circundante sólo era turbado por las gotas que caían de los árboles y algún ocasional trueno lejano.

A cuatro kilómetros de la finca percibió una forma oscura al lado de la carretera. Sólo cuando llegó a pocos pasos de ella advirtió que se trataba de un Chevy último modelo. Alguien lo había abandonado al atascarse en uno de los numerosos huecos fangosos abiertos por las lluvias recientes. Las puertas del coche estaban cerradas, pero sin llave. David encendió sus luces interiores y las de estacionamiento. En el asiento delantero había una mancha de sangre fresca seca y oscura y en el trasero un atado de ropas. David lo desató rápidamente y halló un traje de lienzo basto que enseguida identificó: era de presidiario. Durante un momento lo miró fija y estúpidamente. Mas de pronto recibió el duro impacto de la realidad.

El coche había sido robado y la sangre quizá proviniera de su infortunado propietario. Probablemente el asesino había sustituido su traje de presidiario por el del dueño del Chevy. A David ya no le cupo duda de que Johan Akkers se hallaba en Jabulani, adonde habría llegado seguramente antes de que el puente sobre el río Luzane se hubiera hecho infranqueable, o sea, hacía tres o cuatro horas. David arrojó el traje de presidiario y echó a correr.

\* \* \*

Johan Akkers inició el cruce del río Luzane cuando las aguas de éste, en creciente, se arremolinaban ya sobre el muro del puente y la lluvia tendía sobre él una tupida y cegadora cortina blanca.

El lodo, arrojado como a paladas por el río, dificultaba la marcha del vehículo y comenzaba a filtrarse por los bordes de las portezuelas y a inundar las tablas del suelo. El agua formaba remolinos en torno de los pies de Akkers.

Sin embargo, éste logró ponerse a salvo en la opuesta y lejana ribera. Una vez allí sometió a su máquina a una dura prueba en su marcha alocada. Las ruedas giraban a menudo, sin avanzar en el suave lodo. El Chevy patinaba y se bamboleaba como un borracho que perdiera pie.

Cuanto más se aproximaba a Jabulani más temerario y nervioso se mostraba Akkers.

Antes de su condena y encarcelamiento había sido un ser morboso y solapado, de tortuosas maneras y apasionado temperamento. Rechazado y despreciado por los demás, había actuado a la defensiva, aislado en su propio mundo, aunque listo para descargar su violencia en cualquier momento. Sin embargo, nunca hasta entonces había sobrepasado los límites de la razón.

Mas durante los dos años que trabajó y languideció en la cárcel, su odio y su deseo de venganza lo impulsaron a transponer aquellos precarios límites.

La venganza era ahora el motivo central de su existencia. Cien veces, cada día, la había ensayado mentalmente durante aquel lapso. De acuerdo con sus planes, setenta y dos horas le bastarían para concretar su propósito. Lo que ocurriera después de esos tres días no le importaba en absoluto. Para lograr su objetivo infectó una de sus encías, introduciendo en ella una aguja emponzoñada con partículas de sus excrementos.

Según lo previsto fue conducido a la clínica dental.

Sin mucho esfuerzo se libró del guardia. En cuando al dentista, colaboró con un escalpelo que Akkers colocó sobre su garganta.

Fuera de la prisión, Akkers utilizó el escalpelo y se asombró vagamente de la cantidad de sangre que podía brotar de una garganta humana.

Después de abandonar al dentista, echado sobre el volante de su coche, en un terreno baldío, se puso su guardapolvo blanco y se encaminó hacia un cruce de calles donde había varios semáforos.

Allí esperó un rato.

Cuando surgió la luz roja, un Chevy flamante y reluciente se detuvo ante él. Akkers abrió la portezuela y se sentó al lado del conductor.

Este individuo, regordete y al parecer acaudalado, más pequeño que Akkers y de rostro pálido y suave, y manos también suaves y pequeñas y sin vello, había cumplido mansamente sus instrucciones.

Poco después Akkers hizo rodar su cuerpo blanco y débil, en camiseta y calzoncillos, hacia una espesa mata próxima a una ruta secundaria y, después de ocultarlo con hierbas, recorrió el primer tramo de la carretera, ya fuera de la ciudad, en cuarenta minutos.

Siempre por senderos secundarios, avanzó con cautela hacia el este. Su infectado maxilar le dolía terriblemente, a pesar del antibiótico que le había inyectado el dentista. Su enorme mano mutilada actuaba torpe y desmañadamente sobre la palanca de cambios de velocidad, porque sus nervios y tendones, seccionados largo tiempo atrás, nunca habían recobrado su continuidad anterior. Aquella manaza era una cosa inerte e inútil.

Con la astucia de un animal predatorio y orientándose por los comunicados radiofónicos, fue abriéndose camino lentamente a través de la red tendida a su alrededor. Cuando llegó a Jabulani no pudo contenerse por más tiempo.

Mientras corría a cuarenta millas por hora, el coche se atascó en el fango. Las ruedas del Chevy se movían sin avanzar y patinaban, salpicando barro. Su parte trasera se hundió profundamente en el pozo y el resto del vehículo se asentó plácidamente en el lodo. Después de abandonar el coche siguió andando rápidamente bajo la lluvia, a grandes zancadas. En cierta ocasión rió estúpidamente e hizo chasquear sus dientes. Pero enseguida se contuvo y siguió corriendo en silencio.

Caía la tarde cuando llegó a la cumbre de la colina situada a espaldas de Jabulani. Allí permaneció dos horas, echado, mirando atentamente hacia abajo, a través de la lluvia, esperando que anoheciera completamente.

Cuando al llegar la noche las luces de la casa no se encendieron sufrió una desilusión.

Entonces comenzó a descender cautelosamente por la colina sumida en la oscuridad.

Evitando las dependencias de la servidumbre se dirigió, a través de los árboles, hacia la pequeña pista de aterrizaje. Al llegar al límite del bosque echó a correr hacia el hangar y luego se deslizó a lo largo de una de sus paredes, hasta que dio con su puerta lateral.

Ya dentro extendió sus brazos frenéticamente en las tinieblas, en busca del aparato que esperaba encontrar allí.

Cuando se convenció de que el avión no estaba en el hangar, lanzó un gemido de frustración.

David y Debra no se hallaban en casa...

De modo que su plan tan cuidadosamente elaborado y sus esfuerzos habían sido inútiles. Gruñendo como un animal estrelló su puño sano contra la pared, regodeándose en su propia frustración.

Tan hondos eran su odio y su cólera que, temblando como si tuviera fiebre, lanzó un grito salvaje, incoherente y sin sentido.

De pronto la lluvia cesó. De manera tan brusca dejó de tamborilear en el techo de chapa del hangar, que Akkers pensó que iba a enloquecer.

Al salir del hangar echó una ojeada a su alrededor. Las estrellas titilaban, envueltas en la bruma. Sólo se oían el gorgoteo y los cloqueos del agua que discurría por los senderos y el rumor de las gotas que caían de los árboles.

Ahora había un leve resplandor en la atmósfera. Los muros de la casa brillaban débilmente entre los árboles.

Akkers pensó que podía hacer estragos en ella, que allí encontraría la manera de olvidarse de su terrible fracaso. En la casa había muebles que podía destrozar y cercos a las que era factible prender fuego, a pesar de la lluvia... desde dentro.

Repentinamente echó a correr a través de los árboles empapados en dirección al edificio.

Cuando Debra despertó, el silencio era total a su alrededor. Se había dormido en plena tormenta, quizá para huir de la realidad.

A tientas buscó la piel cálida y confortadora del perro, pero éste se había ido, dejando la huella tibia de su cuerpo en la cama.

Debra aguzó el oído, pero sólo captó el rumor del agua de las acequias y el de truenos lejanos, semejantes a gruñidos. Súbitamente se acordó de su pánico reciente y se avergonzó de sí misma.

En pie, junto a la cama, empezó a tiritar de frío: estaba cubierta únicamente con su amplia y suelta blusa de mujer embarazada y sus pantalones, cuyo elástico, en la parte delantera, los hacía adaptables a su creciente cintura. Deslizándose sus pies por el suelo de piedra, dio con sus zapatillas, propias de una bailarina de ballet, que se calzó enseguida.

En el preciso momento en que se dirigía hacia el cuarto de vestir para ponerse un suéter, después de lo cual pensaba prepa-

rarse una taza de sopa caliente, oyó ladrar a Zulu, que se hallaba en el jardín delantero.

Evidentemente el perro había salido por la pequeña puerta que David hizo abrir para él en el muro de la terraza.

Zulu ladraba de varias maneras, que Debra interpretaba perfectamente: una, impersonal, equivalente canino de las palabras de un sereno que anunciara: «Las diez de esta noche de junio... y todo está en calma»; otro, en forma de aullido prolongado, que daba a entender: «Afuera hay luna llena... y mi sangre de lobo no me dejará dormir»; cierto ladrido, más agudo y sugestivo, implicaba: «Algo se mueve junto al cuarto de bombas... Debe de ser un león», y por último, a veces su ladrido, a modo de clamor desesperado, quería decir: «¡Cuidado! ¡Cuidado!, un terrible peligro nos amenaza».

Este último tipo de ladrido era el que Debra escuchaba en ese momento. Luego Zulu empezó a gruñir con sus mandíbulas apretadas, como si mordiese a alguien.

Al salir a la terraza, Debra sintió que en sus delgadas zapatillas penetraba agua fangosa.

Zulu acometía a alguien en el jardín de al lado. Debra oyó forcejeos, gruñidos y el rumor de dos cuerpos trabados en dura lucha.

Perpleja y sin saber qué hacer, guardó silencio. De ninguna manera podía ir en ayuda de Zulu. Como era ciega se hallaría indefensa ante el intruso.

No había salido aún de su asombro cuando oyó un fuerte golpe, un impacto sobre un hueso que crujía y enseguida el ruido sordo de un cuerpo que caía por tierra. Simultáneamente, Zulu dejó de gruñir. Algo le había ocurrido al perro. Debra se sintió desamparada en el silencio de la noche.

No... no... El silencio no era absoluto. Alguien respiraba, jadeaba dificultosamente cerca de allí.

Debra retrocedió encogiéndose hasta el muro de la terraza, alerta y expectante.

De pronto oyó pasos... pasos humanos que, a través del jardín, se acercaban a la casa. Los zapatos del intruso chapoteaban en los charcos y salpicaban agua fangosa.

Debra quiso gritar de forma desafiante, pero su voz se ahogó en su oprimida garganta. Después trató de correr, pero sus piernas se quedaron paralizadas cuando oyó los pasos del intruso, ya en la escalera exterior.

Una mano se deslizó por la tela metálica y luego dio con el picaporte, que enseguida rechinó levemente.

Por último, Debra recobró el habla.

—¿Quién anda ahí? —exclamó. Su voz, impregnada por el pánico, resonó en el silencio nocturno.

Instantáneamente el chirrido cesó. El intruso quedó petrificado ante su reto.

Debra lo imaginó, fuera quien fuere, inmóvil en lo alto de la escalinata, escrutando la oscura terraza a través de la tela metálica y esforzándose por localizarla. La joven se alegró de haberse puesto la blusa oscura y los pantalones negros.

Alerta y sin moverse, afinó el oído. Un viento suave agitaba las copas de los árboles, produciendo de vez en cuando un breve repiqueteo de gotas dispersas. Una lechuza de monte profirió un grito de protesta cerca de la represa y un autillo chilló ásperamente entre los arbustos de nochebuena.

El silencio se prolongaba demasiado. Debra sabía que no podría mantenerse inmóvil mucho más tiempo. Sus labios comenzaban a temblar de frío. El temor y la criatura que alojaba en su vientre comprimían su vejiga. Tuvo ganas de echar a correr... Pero no sabía hacia dónde dirigirse.

Súbitamente el silencio fue roto por la risa terriblemente cercana y burlona de un hombre que parecía haber perdido el juicio. Su sonido oprimió el corazón de Debra y estrujando sus pulmones la dejó sin aire. La presión en su vejiga se hizo intolerable... Porque inmediatamente identificó aquella risa morbosa y demencial, grabada a fuego en su memoria.

La mano del hombre sacudió el picaporte, tiró de él y trató de forzarlo. Luego el intruso estrelló su hombro contra la estrecha puerta, demasiado endeble para resistir tan rudo trato. Debra estaba segura de que cedería rápidamente.

De pronto la joven lanzó un grito, un agudísimo alarido de terror, que pareció arrancarla del hechizo que la paralizaba. Sus piernas recobraron el movimiento y su cerebro la facultad de pensar.

Girando sobre sí misma acertó a correr hacia su cuarto de trabajo. Una vez allí cerró la puerta de golpe, a la que echó llave con presteza.

Agazapada junto a la puerta, pensó en su desesperada situación. Una vez dentro de la casa, Akkers accionaría el interruptor, el generador eléctrico respondería automáticamente a su demanda y al encenderse las luces se hallaría a su merced. La mejor defensa de Debra era la oscuridad. En las tinieblas se sentía segura, porque estaba acostumbrada a ellas.



El grito del autillo y el chillido de la lechuza de monte le habían anunciado la llegada de la noche. Además, tal vez las nubes siguieran ocultando la luna y las estrellas. La oscuridad, pues, se hallaba afuera, en el bosque. De modo que debía abandonar la casa y esforzarse por alcanzar las dependencias de la servidumbre.

Mientras corría por las habitaciones hacia la parte posterior de la casa, pensó que necesitaba echar mano de algo para defenderse. Las armas de fuego se hallaban en el despacho de David, dentro de un gabinete de acero, cuya llave estaba en poder de él.

Al llegar a la cocina encontró su pesado bastón en el sitio acostumbrado, detrás de la puerta. Armada con el bastón y dando un suspiro de alivio descorrió el cerrojo de la puerta de la cocina.

En ese preciso instante la puerta principal de la casa fue abierta de un empujón, pese a que estaba cerrada con llave. Akkers acababa de cargar contra ella y trataba de entrar en la sala de estar.

Debra cerró la puerta a sus espaldas y comenzó a atravesar el patio, sin correr, porque debía contar los pasos, para no extrañarse. Su objetivo era la senda que, contorneando la colina posterior, conducía a las chozas de la servidumbre.

El primer punto de referencia era el portón que se abría en la cerca exterior de Jabulani. No había llegado a él cuando sintió vibrar el generador eléctrico, vuelto a la vida en la estación de energía motriz situada más allá de los garajes. Akkers había dado con un conmutador.

Debra, que apenas iniciaba su recorrido, echó a correr hacia la cerca de alambres de púas y cuando llegó a ésta empezó a buscar frenéticamente el portón. Sobre su cabeza zumbaban y chisporroteaban los electrodos de una de las lámparas de arco voltaico que se sucedían a lo largo de la cerca y cuya luz abarcaba todo el jardín.

Akkers debía de haber hallado el conmutador situado tras las puertas de la cocina. Debra no dudaba que ahora se hallaba bajo la intensa luz de los arcos voltaicos y al oír gritar a Akkers a su espalda ya no dudó que éste la había descubierto.

En ese momento dio con el portón. Exhalando un suspiro de alivio lo abrió violentamente y echó a correr.

Tenía que salir de la zona iluminada e internarse en las tinieblas. Para ella la luz implicaba un peligro mortal y la oscuridad

un santuario. La senda se bifurcaba. El ramal de la izquierda conducía a las charcas y el de la derecha a las chozas de los criados. Debra tomó éste último. Detrás de ella el portón se cerró con gran estrépito. Él la seguía.

Debra iba midiendo mentalmente la distancia que recorría. Quinientos pasos la llevaron a una roca que, a la izquierda del sendero, indicaba la siguiente bifurcación. Allí tropezó y cayó pesadamente, despellejándose las rodillas.

Después de rodar un breve trecho logró ponerse de rodillas. Su bastón había desaparecido. Pero no podía desperdiciar un solo segundo en su búsqueda. De modo que, orientándose a tientas, reanudó su carrera.

Sin embargo, cincuenta pasos más allá advirtió su error. El ramal que había elegido descendía hacia el cuarto de bombas, o sea que le era casi desconocido, ya que muy pocas veces había transitado por allí.

Más adelante no dobló por donde debía y dio en un terreno quebrado, por el que anduvo a tumbos, hasta que sus tobillos se enredaron en una tupida mata... y otra vez cayó pesadamente, de costado, y quedó sin aliento.

Aunque se había extraviado por completo, estaba segura de que se hallaba fuera del alcance de los arcos voltaicos. Felizmente la oscuridad la protegía. No obstante, su corazón palpitaba alocadamente, sentía náuseas y estaba aterrorizada.

Haciendo un esfuerzo trató de dominar su agitada respiración, rítmica y nítidamente, pese a que la tierra estaba saturada de agua. Al parecer, Akkers avanzaba directamente a su encuentro.

Debra se adhirió al suelo y hundió la cara en sus brazos para amortiguar el rumor de su respiración. De ese modo, las aparatosas pisadas pasaron a su lado y siguieron de largo.

Debra sintió un gran alivio... Pero su alegría fue prematura, porque de repente Akkers se detuvo tan cerca de ella que Debra percibía claramente su anhelante respiración.

De pie, muy próximo a la joven tendida en la hierba, Akkers aguzaba el oído para localizarla. El tiempo transcurría muy lentamente. A Debra le parecía interminable aquel silencio que, por último, fue quebrado por su perseguidor.

—¡Ah! ¡Está allí! —dijo Akkers, riendo burlonamente—. Desde aquí la veo perfectamente.

A Debra le dio un vuelco el corazón. Akkers se hallaba más cerca de lo que ella había imaginado. Estuvo a punto de pegar

un salto y echar a correr de nuevo... Pero una voz interior la detuvo.

—La veo claramente en su escondite —insistió él, riendo como un tonto—. Con este enorme cuchillo le voy a cortar...

Debra, pegada a la hierba, tembló, acobardada, al oír las obscenidades que brotaron de la boca de Akkers. Pero de pronto comprendió que allí estaba segura. La noche y la hierba le servían de escudo. Akkers no tenía la menor idea de dónde se encontraba. Simplemente trataba de aterrorizarla para que, al echar a correr de nuevo, ella se pusiera de manifiesto.

A partir de ese instante, Debra se esforzó por mantenerse inmóvil y en silencio.

Finalmente, Akkers dejó de amenazarla y de insistir en sus sádicas baladronadas. Con la paciencia de un cazador se mantenía alerta, tratando de orientarse por el oído. Los minutos transcurrían pausadamente. A Debra le dolía la vejiga como si sobre ella tuviera un hierro candente.

De pronto sintió ganas de sollozar en voz alta. Algo repugnante, salido de la húmeda hierba, se deslizaba por uno de sus brazos irritando su piel. Horrorizada, descubrió que se trataba de un insecto de múltiples patas... Sin embargo, se esforzó por no moverse.

El escorpión, la araña o lo que fuere, empezó a subir por su cuello. Debra sabía que sus nervios cederían de un momento a otro.

De pronto Akkers habló de nuevo:

—¡Muy bien! ¡Iré a buscar una linterna! Con ella, por más que corra, la encontraré. Volveré enseguida. No crea que se va a burlar de mí. El viejo Akkers tiene más mañas que usted pelos en su cabeza.

Acto seguido, Akkers echó a andar pesada y ruidosamente...

Debra estuvo a punto de espantar al insecto de su mejilla. Pero su instinto de conservación la obligó a contenerse.

Durante cinco, quizá diez minutos, permaneció inmóvil. El insecto comenzó a deslizarse por sus cabellos.

Nuevamente la voz de Akkers irrumpió en la oscuridad, cerca de ella:

—Muy bien. Eres una puta muy lista. Pero ya te atraparé.

Debra lo oyó alejarse. Ahora estaba segura de que se había ido de verdad. Temblando de asco espantó al insecto de su cabelletera y, poniéndose de pie, se encaminó lentamente hacia el bosque. Aunque sus dedos estaban fríos y agarrotados, lograron

descorrer el cierre de sus pantalones para aflojarlos. Luego se puso en cuclillas para atenuar el fuego que ardía en su bajo vientre.

Cuando volvió a enderezarse sintió que la criatura se movía en sus entrañas. Eso despertó su instinto maternal: tenía que ponerse a salvo para proteger a su bebé.

De pronto se acordó del refugio situado junto a una de las charcas. Pero ¿cómo llegaría hasta allí?... Porque estaba completamente desorientada. Pero enseguida recordó lo que David le había dicho respecto del tormentoso viento del oeste, que en ese momento soplaba débilmente.

Debra esperó un instante. Cuando la siguiente ráfaga se estrelló contra su mejilla, giró sobre sí misma y avanzó en dirección contraria, es decir, hacia el bosque, con sus brazos extendidos hacia delante para evitar los árboles. Una vez en las charcas, avanzando por la orilla, le sería fácil alcanzar el refugio.

Pero como en el centro de la tormenta los vientos ciclónicos soplaban circularmente, Debra, que se guiaba por ellos, comenzó a girar sin sentido en el bosque.

Akkers entró como una tromba en las iluminadas habitaciones de Jabulani y se dedicó a tirar violentamente de todos los cajones y a abrir a puntapiés las puertas de los armarios cerrados con llave.

En el despacho de David registró a fondo los cajones de su escritorio, tratando de dar con las llaves que le permitirían abrir el gabinete donde el dueño de la casa guardaba sus armas de fuego. Al no encontrarlas rió estúpidamente y desahogó su frustración con varios juramentos.

Después cruzó la habitación y se detuvo ante una pequeña alacena, de la que extrajo una linterna de unidad sellada y una docena de paquetes de cartuchos de escopeta. Al desplazar con su pulgar el interruptor surgió de la linterna un haz de luz más blanca y brillante que las lámparas que iluminaban el aposento. La dentadura de Akkers rechinó cuando éste rió entre dientes, satisfecho.

Una vez más se precipitó en la cocina, donde se retrasó para escoger, en el cajón de los cubiertos, un largo cuchillo de acero inoxidable; empuñándolo atravesó el patio, dejó atrás el portón y se lanzó a la carrera por el sendero exterior.

A la luz de la linterna percibió claramente en el blando suelo las huellas de Debra y las suyas propias sobre aquéllas. Poco después llegó a la bifurcación en que Debra se equivocara de cami-

no y donde persistía la huella de su cuerpo, que allí había caído de bruces.

—¡Hembra astuta...! —dijo Akkers entre dientes y, en pos de las huellas, se internó en la espesura.

La pista era fácil de seguir, porque Debra había trazado una especie de sendero a través de la empapada hierba y sacudido las gotas que pendían de las ramas, a ambos costados del trayecto. Para un cazador avezado se trataba de una huella clarísima.

De tanto en tanto Akkers se detenía y dirigía el haz luminoso de la linterna hacia los árboles situados más adelante. Ahora le roía la codicia del cazador que retorna al motivo central de su existencia. Su ancestral instinto cazador se complacía en la persecución.

Cautelosamente siguió avanzando por la zigzagueante pista. Las huellas iban de un lado a otro y describían amplios círculos.

De pronto, al detenerse y dirigir la luz de su linterna hacia los penachos de hierba, saturados de agua, percibió una forma pálida y redonda, que se movía en el extremo del haz luminoso.

Una mujer de rostro tenso y descolorido avanzaba en su dirección. La luz de la linterna la siguió en su marcha lenta e insegura. Con los brazos extendidos hacia delante como una sonámbula, la mujer se desplazaba con gran cautela, pero sin reparar que se hallaba como cautiva entre los límites del haz de la linterna.

Súbitamente la mujer se detuvo y abrazando su hinchado vientre comenzó a sollozar de miedo y cansancio.

Las perneras de su pantalón se hallaban empapadas y sus delgadas zapatillas hechas tiras. En tanto Debra cojeaba hacia él, Akkers advirtió que los labios y los brazos de ella estaban pálidos y temblaban de frío.

Debra avanzaba hacia Akkers, que la observaba en silencio, como un pollo hacia una magnética cobra. Sus largos y oscuros cabellos pendían como cuerdas húmedas sobre su cara y sus hombros. Su ligera blusa, muy mojada, se adhería a su vientre, protuberante como un montículo.

Él permaneció inmóvil, regodeándose en la idea de que la tenía en su poder. Prolongando lo más posible la consumación de su venganza, atesoraba cada segundo como un avaro cada moneda.

Cuando Debra estuvo a cinco pasos de él, Akkers enfocó su rostro con la linterna y rió tontamente. La cara de ella se crispó. Chillando y girando como un animal salvaje, Debra echó a correr a ciegas.

Habría recorrido unos veinte metros, como volando, cuando fue a dar de cabeza contra el tronco de un marula. Despedida por éste retrocedió y cayendo de rodillas empezó a sollozar en voz alta y a acariciar su mejilla magullada. Luego, haciendo un gran esfuerzo, se puso de pie y volviendo e inclinando la cabeza hacia un costado, trató de percibir el más leve ruido que se produjera a su alrededor.

Akkers se desplazaba en torno de ella, riendo estúpidamente.

Debra volvió a chillar y echó a correr, despavorida y desatinadamente... Mas de pronto, al hundirse sus pies en la cueva de un oso hormiguero cayó pesadamente y empezó a llorar de nuevo.

Akkers la seguía pausada y silenciosamente. Por primera vez, desde hacía dos años, se divertía de veras y, como un gato, deseaba prolongar su deleite. Inclinandose sobre ella, cuchicheó una inmundicia. Debra reaccionó instantáneamente: poniéndose dificultosamente de pie huyó a todo correr alocadamente, sin noción alguna del rumbo que seguía, entre los árboles. Akkers la siguió. En su extraviado cerebro, Debra se convirtió en el compendio de todos los animales que había cazado y matado en su vida.

David corría descalzo por el blanco camino de tierra, sin prestar atención a su carne magullada y maltrecha. Tampoco lo preocupaban los violentos latidos de su corazón ni la protesta de sus pulmones. En el lugar en que la carretera giraba y descendía hacia la finca, se detuvo bruscamente y, jadeando, clavó sus ojos en el rojizo fulgor de los reflectores que iluminaban el jardín y las tierras adyacentes a Jabulani. Aquello no tenía sentido. Terriblemente alarmado, David comenzó a correr colina abajo.

Ya en la casa, recorrió las desiertas y saqueadas habitaciones llamando a gritos a Debra. Pero el eco pareció burlarse de él.

Cuando llegó a la terraza delantera advirtió que algo se movía en la oscuridad, más allá de la puerta de tela metálica.

—¡Zulú! —gritó, adelantándose—. ¡Aquí, muchacho! ¿Dónde está ella?

El perro subió dando tumbos por la escalera y movió su rabo, por salvar las apariencias, ya que estaba evidentemente deteriorado. Un violento golpe había roto o dislocado su mandíbula de tal modo que ésta pendía hacia un costado grotescamente. Zulú se hallaba aún muy aturdido. Arrodillándose a su lado, David le preguntó:

—¿Dónde está ella, Zulú? ¿Dónde está Debra? —el perro pareció esforzarse por recobrar su lucidez—. ¿Me oyes, muchacho? ¿Dónde está Debra?... En la casa no está... ¿Dónde puede estar? ¡Búscala, muchacho, búscala!

David condujo al labrador al patio. El perro siguió valerosamente a su amo, mientras éste contorneaba el edificio. Al llegar a la puerta trasera, Zulú aspiró el fresco olor de la tierra húmeda. Entonces avanzó resueltamente hacia el portón. Allí David, a la luz de los reflectores, descubrió las huellas de Debra y las enormes pisadas del hombre que la seguía.

Mientras Zulú cruzaba el patio, David se volvió para dirigirse a su despacho.

Aunque su linterna había desaparecido, encontró otra de bolsillo en una de las estanterías de la biblioteca.

Después de meter la linterna en uno de sus bolsillos agarró un puñado de cartuchos. Acto seguido abrió el gabinete donde guardaba sus armas, sacó del bastidor una escopeta Purdey y empezó a cargarla mientras corría.

Más allá del portón, Zulú avanzaba dando tumbos por el sendero exterior. David se apresuró a seguirlo.

Johan Akkers no era ya un hombre, sino un mero animal. La presa que huía de él había despertado en el perseguidor la pasión absorbente y depredatoria de la caza y el deseo de matar... pero sazonando éste con la felina intención de deleitarse con el sufrimiento de su víctima.

Por eso jugaba con ella y posponía la emocionante faena de darle muerte.

Pero, de todas maneras, el momento culminante llegó. Su sentido atávico del ritual de la caza —porque cada tipo de matanza deportiva exige una ceremonia definida— lo convenció de que debía ultimar a su presa.

Acercándose a ésta desde atrás, extendió su mano mutilada, semejante a una garra, hacia delante y mediante un rápido movimiento enroscó en su muñeca un mechón de la abundante cabellera negra de Debra. Enseguida, al tirar del mechón hacia atrás, el blanco y largo cuello de Debra quedó al descubierto y listo para el degüello.

Pero repentinamente y con un vigor y una ferocidad que él no sospechaba, Debra se volvió y, al localizarlo exactamente por primera vez, lo embistió con su cuerpo duro, fuerte y flexible, a la manera de un acosado animal salvaje.

Tomado por sorpresa, Akkers perdió el equilibrio y cayó de espaldas, con ella encima.

Para proteger sus ojos soltó el cuchillo y la linterna, porque Debra había clavado en ellos sus uñas largas y puntiagudas. Akkers sintió que éstas se hundían en sus mejillas y su nariz.

Debra chillaba como una gata, porque ella también se había transformado en un animal.

La rígida zarpa en que Akkers había enroscado el tupido mechón de Debra se libró de éste, y en tanto la mano derecha aferraba a su víctima, la izquierda se estrelló, dura e insensible como un garrote, en la sien de Debra. Un solo golpe le había bastado poco antes para aturdir y romperle la mandíbula al perro. Ahora la sien de Debra sonó como el tronco de un árbol herido por un hacha. Todo espíritu de lucha cesó en ella. Akkers, de rodillas y sosteniendo con su mano sana el cuerpo de Debra, comenzó a golpear con la otra, rítmica y despiadadamente, la cabeza de su víctima. A la luz de la caída linterna vio surgir un borbotón de sangre negra de la nariz de Debra. La mano mutilada de Akkers castigaba y hacía crujir el cráneo de aquélla en forma implacable. Incluso cuando Debra perdió el conocimiento, Akkers siguió golpeándola. Por último, éste se puso de pie, tomó la linterna y dirigió su haz en varias direcciones, hasta que percibió el centelleo del cuchillo sobre la hierba.

La más antigua tradición de la caza exige del cazador que remate su faena de cierta manera. Se trata de la ceremonia del destripamiento. El cazador triunfante debe abrir la panza de la pieza, introducir sus manos por la abertura y extraer las vísceras aún calientes de su víctima.

Johan Akkers levantó el cuchillo, situó la linterna en el suelo de modo que su luz diese de lleno en el cuerpo yacente de Debra y ya junto a ésta lo hizo girar con un pie, hasta colocarlo boca arriba. Un negro y empapado mechón cayó sobre el rostro de Debra.

Akkers, de rodillas a su lado, enganchó uno de sus dedos en la parte delantera de la blusa y de un tirón desgarró la tela. El grande y redondo vientre de Debra quedó al descubierto como un fruto blanco y maduro, en cuyo centro descollaba el hoyo negro de su ombligo.

Akkers rió entre dientes, enjugó con uno de sus brazos las gotas de lluvia y sudor que cubrían su rostro y cambiando de posición el cuchillo para que su hoja quedara casi acostada, abrió el vientre de Debra delicadamente, desde la entrepierna hasta la pri-



mera costilla sin rozar siquiera los intestinos, con la maestría de un hábil cirujano, tal como lo había hecho con muchas otras víctimas.

De pronto, algo que se movió en las sombras, cerca del límite de la luz del farol, lo obligó a levantar la cabeza. Entonces vio al perro negro, que corría velozmente a su encuentro. Los ojos del animal relucían a la luz de la linterna.

Akkers levantó los brazos para proteger su garganta. En ese preciso instante el peludo animal se abalanzó sobre él. Hombre y perro rodaron por el suelo.

Zulú, al tener sus mandíbulas inutilizadas, se limitó a boquear sobre la carne de su enemigo.

Akkers giró el mango del cuchillo y asestó una puñalada que, entre dos costillas, llegó al fiel corazón del perro.

Zulú profirió un gemido y se desplomó. Akkers empujó lejos de sí el cuerpo negro del animal, desenterró el cuchillo de su carne y se arrastró hacia donde se hallaba Debra.

La intervención de Zulú le permitió a David llegar a tiempo al lugar. Una vez allí corrió directamente hacia Akkers. Éste lo miró desde abajo. Sus ojos color verde sucio brillaron a la luz de la linterna. Esgrimiendo el largo cuchillo manchado en la sangre de Zulú, Akkers se dispuso a hacer frente a David. Pero cuando empezaba a ponerse de pie, con la cabeza gacha y en actitud agresiva, tal como solía hacerlo su mandril, David colocó los dos cañones de su escopeta contra su cara y oprimió los dos gatillos. De la boca del arma surgió un relámpago amarillo, acompañado de un ruido atronador. Todas las municiones llegaron a destino. La cabeza de Akkers, de su boca para arriba, desapareció. El resto de su cuerpo cayó sobre la hierba. Sus piernas siguieron moviéndose durante un rato convulsivamente. David dejó caer la escopeta y corrió hacia Debra. De rodillas a su lado musitó:

—¡Perdón, querida mía..., oh perdón, por favor! No debí dejarte sola.

Lentamente la puso de pie y, apretándola contra su pecho, la llevó cargada a la casa. Hacia la madrugada dio a luz una niña muy pequeña y mustia, nacida prematuramente. De haber sido atendida por un médico avezado la criatura se habría salvado, ya que luchó valientemente por sobrevivir. Pero David era muy torpe e ignorante y no la ayudó en absoluto. Además, el río muy crecido constituía una barrera insalvable y el teléfono no funcionaba. Por otra parte, Debra seguía inconsciente. Producido el alumbramiento, David envolvió el minúsculo cuerpo azulado en una sá-

bana limpia y lo colocó suavemente en la cuna que le estaba destinada. Un hondo sentimiento de culpa lo abrumaba por no haber sabido proteger a quienes más necesitaban de él.

A las tres de la tarde Conrad Berg logró abrirse paso a través del Luzane, cuyas aguas bullían más arriba de las grandes ruedas de su camión y tres horas después Debra se hallaba en una sala privada del hospital de Nelspruit. Cuarenta y ocho horas más tarde recobró el conocimiento, pero su rostro, hinchado y lleno de magulladuras, tenía un aspecto grotesco.

Cerca de la cumbre de la colina más próxima a Jabulani había una terraza natural, una especie de explanada desde la que se dominaba toda la finca. En ese remoto y apacible lugar enterraron a la niña, en un sepulcro que David labró en la roca viva con sus propias manos.

A decir verdad, fue mejor que Debra nunca tuviese a la niña en sus brazos, ni sobre su pecho y que jamás oyera su llanto, ni aspirase su olor de cachorra.

De esa manera el duelo no fue para ella paralizante ni destructivo. Debra y David solían visitar su tumba regularmente.

Un domingo por la mañana, mientras se hallaban sentados en el banco de piedra situado junto al sepulcro, Debra, por primera vez, planteó la cuestión de un segundo hijo.

—Te retrasaste demasiado con la primera, míster Morgan —se quejó—. Espero que hayas perfeccionado tu técnica.

A continuación descendieron de la colina, colocaron sus cañas de pescar y el canasto con las provisiones en el Land-Rover y se dirigieron hacia las charcas.

Las brevas de Mozambique afluyeron junto a los anzuelos durante una hora. Debra y David se disputaron los gordos y amarillos gusanos que él había llevado para utilizar como cebos.

Debra pescó cinco de alrededor de tres libras de peso y David una docena de esos grandes peces azules antes que las aguas volvieran a su inmovilidad anterior. Entonces abandonaron las cañas y abrieron la heladera portátil. Sobre una manta de viaje y bajo el espejo follaje de un árbol de la fiebre, bebieron vino blanco helado.

La primavera africana, cediendo ya ante el verano, comenzaba a poblar la espesura con innumerables voces y una secreta actividad.

Los laboriosos pájaros tejedores construían, muy atareados, sus nidos a modo de canastillos, en lo alto de las cañas, que se inclinaban bajo su peso. Sus brillantes alas amarillas se agitaban

continuamente, en tanto sus cabezas negras no cesaban de moverse, mientras realizaban su labor.

En la orilla más lejana de la charca un martín pescador, verdadera joya alada, observaba desde una rama seca el agua inmóvil. De cuando en cuando su pico se hundía como un relámpago azul en la charca y poco después emergía apretando en su extremo un pez plateado que daba desesperados coletazos.

Innumerables mariposas, blancas, amarillas y color bronce, se alineaban a lo largo de la orilla, más abajo de donde ellos se encontraban y, mucho más arriba, las abejas que volaban hacia la colmena situada en el acantilado resplandecían como motas doradas y relucientes sobre las serenas charcas.

El agua atraía a su seno toda forma de vida. Poco después de mediodía David rozó un brazo de Debra.

—Ya están aquí los nyalas —cuchicheó.

Éstos asomaron entre los árboles, en la orilla más lejana de la charca. Tímidos y espantadizos avanzaban de cuando en cuando varios metros, con gran cautela, y luego se detenían para mirar atentamente a su alrededor con sus enormes ojos negros. Irguiendo las orejas, olfateaban el aire. Su bella piel estriada se confundía con la sombra de los árboles.

—Las hembras están muy panzudas —dijo David—. Dentro de unas semanas parirán. Todo fructifica en la naturaleza.

Cuando se volvió a medias hacia Debra, ésta, poseída por idéntico deseo, se acercó a él.

Después que los nyalas saciaran su sed y se alejaron y que un águila pescadora, de cabeza y alas color castaño oscuro, realizara varios círculos sobre ellos y emitiera varias veces su fantasmal y escalofriante chillido, David y Debra hicieron el amor a la sombra del árbol, junto a las tranquilas y cristalinas aguas.

Mientras la poseía, David escudriñaba el semblante de Debra. Ésta permanecía con los ojos cerrados. Su oscura cabellera se extendía como un paño negro y reluciente sobre la manta. La herida de su sien había palidecido hasta adquirir un tono entre amarillo y azulino... Porque hacía ya dos meses que Debra había abandonado el hospital. Una blanca y minúscula señal —lo que quedaba de una antigua herida de granada— resaltaba contra la pálida magulladura de un golpe más reciente. Sus mejillas se habían coloreado y el suave rocío de su sudor daba un toque de lozanía a su frente y su labio superior.

De cuando en cuando, Debra profería una especie de arrullo y lloriqueaba suavemente como un cachorro.

David la contemplaba absorto y henchido de felicidad.

Un rayo de sol atravesó la cúpula vegetal y dio de lleno en el rostro de Debra, que adquirió entonces el tono áureo, cálido y luminoso de las madonas que resplandecen en las pinturas medievales.

De pronto, David no pudo ya contenerse y estalló como una ola contra una roca. Su estado de ánimo repercutió en Debra, que lanzó un grito y abrió completamente los ojos. Esto permitió a David sondearlos y percibir un cúmulo de motas doradas en sus profundidades. Sus pupilas eran dos enormes lagos negros. Sin embargo, cuando el sol dio de lleno en ellas, se contrajeron instantáneamente, convirtiéndose en dos puntos oscuros.

Incluso en pleno éxtasis amoroso, aquel fenómeno conmovió terriblemente a David.

Mucho después, mientras descansaban muy tranquilos y juntos, Debra le preguntó:

—¿Ha ocurrido algo malo, David?

—No, querida, ¿qué podría ocurrirnos?

—No sé, he sentido algo... ciertos signos emanados de ti que hubiera captado estando tú aquí y yo en el otro extremo del mundo.

Él se rió y se apartó de ella, sintiéndose un tanto culpable. Quizás había sido una treta de su imaginación o bien una ilusión óptica. De modo que trató de borrar la idea de su mente.

Hacía fresco y anochecía cuando David guardó la manta y las cañas de pescar y regresaron al Land-Rover. Como deseaba echar un vistazo a la cerca que cubría el límite sur de la finca, se dirigió por la carretera corta-fuegos.

Después de veinte minutos de silencio, Debra tocó el brazo de David.

—Cuando estés dispuesto a decirme lo que te preocupa, habla, porque yo hace tiempo que estoy dispuesta a escucharte.

Él entonces comenzó a hablar hasta por los codos para distraerla y distraerse... aunque muy volublemente.

Durante la noche, David se levantó y se dirigió al cuarto de baño. Al volver permaneció un rato junto a la cama, observando la oscura forma de su esposa dormida.

Se hallaba a punto de abandonar la habitación cuando desde las charcas llegó a sus oídos el rugido de un león. El sonido resonó claramente en la habitación, a pesar de los cuatro kilómetros que mediaban entre ambos lugares.

Ello deparó a David el pretexto que buscaba. Tomando la linterna que se hallaba en su mesita de noche, la encendió exacta-

mente encima de la cara de Debra. Tan sereno y bello le pareció aquel rostro que tuvo ganas de inclinarse sobre él para besarlo. Sin embargo, prefirió llamarla:

—¡Despierta, Debra, querida!

Ella se estremeció y abrió los ojos.

David dirigió entonces el haz de la linterna hacia su rostro y otra vez —no le cupo ya duda— los dos grandes círculos negros de sus pupilas se contrajeron.

—¿Qué pasa, David? —murmuró Debra, adormilada.

—Cerca de las charcas un león está dando un concierto. Pensé que te gustaría escucharlo.

Ella desvió la cabeza ligeramente, como si el fuerte rayo de luz la molestara. No obstante, respondió dulcemente:

—¡Oh... por supuesto! Me encantan esos terribles rugidos. ¿De dónde habrá venido ese león?

David apagó la linterna y se deslizó junto a su esposa.

—Supongo que del sur... Seguramente habrá cavado bajo la cerca un pozo capaz de albergar un camión —dijo, y mientras sus tibios cuerpos se estrechaban bajo la sábana, trató de hablar naturalmente, en tanto los rugidos se debilitaban paulatinamente a medida que el león se alejaba en dirección a la reserva.

Acto seguido hicieron el amor. Pero David no volvió a conciliar el sueño y estrechó en sus brazos a Debra hasta el amanecer.

Sin embargo, sólo después de una semana se decidió a escribir la siguiente carta:

*Estimado doctor Edelman:*

*¿Recuerda usted que convinimos que yo debía escribirle apenas advirtiese alguna alteración en los ojos o en la salud, en general, de Debra? Pues bien, recientemente Debra fue protagonista de un suceso desgraciado. Alguien la golpeó repetidas veces en la cabeza y permaneció inconsciente durante sesenta horas. Temiendo una fractura o alguna lesión grave la hospitalicé.*

*Felizmente fue dada de alta a los diez días.*

*Eso ocurrió hace, poco más o menos, dos meses. Y bien, a partir de entonces he notado que sus ojos son sensibles a la luz, cosa que no ocurría en absoluto hasta la fecha de tal percance. Además, suele quejarse de fuertes jaquecas.*

*Después de someterla a diversas pruebas con luz solar y artificial, no me cabe ya duda de que bajo el estímulo de una luz potente sus pupilas se contraen instantáneamente como las de cualquier persona normal.*

*En consecuencia, creo que corresponde una revisión de su diagnóstico original. No obstante, deseo recalcar que debemos actuar muy discretamente para no despertar en ella una esperanza que pudiese resultar infundada.*

*Le agradeceré infinitamente su opinión al respecto. Mientras tanto, a la espera de su consejo, lo saludo muy cordialmente.*

*David Morgan.*

David metió la carta en el sobre y le puso sellos. No obstante, cuando, a la semana siguiente, regresó de Nelspruit, adonde había viajado en avión para hacer algunas compras, el sobre seguía en el bolsillo superior de su chaqueta de cuero.

Los días transcurrían en calma, encuadrados en una agradable rutina. Debra completó el primer borrador de su nueva novela y recibió una invitación, por parte de Bobby Dugan, para dar conferencias en cinco grandes ciudades norteamericanas. Su última novela, *Un lugar propio*, llevaba ya treinta y dos semanas en la lista de bestsellers del *New York Times* y su agente le informó que era «más explosiva que una pistola».

David dijo entonces que, por su parte, podía dar fe de que ella era más explosiva de lo que pensaba su agente.

Debra lo tachó de libertino y agregó que en realidad no tenía sentido que una chica tan circunspecta como ella fuera la amante de un hombre semejante. Luego escribió a Dugan para comunicarle que rechazaba su invitación.

—¿Qué necesidad tenemos de ver gente? —dijo David, sabiendo perfectamente que ella había procedido así pensando en él.

También estaba seguro de que la autora, ciega y hermosa, de un gran bestseller habría causado sensación en Estados Unidos, y que el viaje habría convertido a Debra en una superestrella. Esto hacía más condenable su retraso en enviar la carta al doctor Edelman.

David trató de reflexionar sobre sus motivaciones y de justificar tal dilación, diciéndose a sí mismo que el hecho de que las pupilas de Debra se mostraran sensibles a la luz no implicaba que ella recobrarla la visión. Por otra parte, Debra se había adaptado ya a un mundo en el que era feliz. Por consiguiente, cometería una crueldad quien, fomentando en ella una falsa esperanza, la impulsara a someterse a una operación quizá terrible.

Al teorizar de esta manera se esforzaba por convencerse de que estaba pensando únicamente en ella. Sin embargo, sabía perfectamente que sólo trataba de engañarse a sí mismo. En suma,

David Morgan estaba defendiendo la causa de David Morgan... ya que si Debra recobraba la vista, su frágil felicidad —la de él— se derrumbaría instantáneamente.

Una mañana David salió solo en el Land-Rover y al llegar al límite más lejano de Jabulani detuvo su coche en una especie de escondite formado por un grupo de arbustos espinosos. Después de parar el motor y sin moverse de su asiento manipuló el espejo retrovisor hasta que se vio reflejado en él. Durante casi una hora examinó atentamente la masa informe de su rostro casi inhumano, tratando de descubrir en él algo rescatable... fuera de sus ojos. Por último llegó a la conclusión de que ninguna mujer dotada del sentido de la vista podría vivir a su lado, ni sonreírle, ni besarlo. Tampoco se atrevería a tocarlo, ni acariciarlo en el momento supremo de la entrega.

Poco después regresó lentamente a la casa.

Debra, que lo estaba esperando en la fresca sombra que cubría la parte superior de la escalera exterior, se echó a reír y se lanzó escalera abajo, hacia el sol, en cuanto oyó el ruido del motor del coche. En ese momento llevaba un jean descolorido y una vistosa blusa color rosa.

Cuando David estuvo a su lado, levantó su rostro y buscó a tientas con sus labios la boca de él.

Debra había asado carne sobre un fuego de troncos y aunque se sentaron muy juntos, cerca de éste, bajo los árboles, para escuchar los rumores nocturnos mientras cenaban, sentían un poco de frío.

Antes de cenar, Debra se había puesto encima un suéter de cachemira y David, sobre los hombros, su chaqueta de aviador.

La carta, todavía junto a su corazón, parecía que le quemaba el pecho. Por último, David desabrochó la solapa del bolsillo y sacó la carta. Mientras Debra hablaba alegremente, extendiendo sus manos hacia los crepitantes troncos, él examinó el sobre una y otra vez, volviéndolo lentamente hacia un lado y otro.

De pronto, como si se tratara de un escorpión, lo arrojó a las llamas y observó cómo se ennegrecía, enroscaba y contraía hasta que quedó reducido a cenizas.

Sin embargo, el problema no estaba resuelto.

Esa noche no pudo pegar un ojo. Las palabras de la carta, grabadas hondamente en su memoria, comenzaron a desfilar en solemne procesión por su mente. En ningún momento le dieron tregua, y aunque sus ojos estaban irritados y la cabeza le dolía de cansancio, no pudo dormir.

Durante varios días se mostró taciturno y quisquilloso. Debra, que captó su estado de ánimo, pese a cuanto él hizo por disimularlo, se alarmó de veras, creyendo que estaba enfadado con ella.

Durante ese lapso le demostró su amor de mil maneras y se esforzó por descubrir y disipar la causa de su malestar.

Pero su preocupación no hizo más que intensificar el sentimiento de culpa que abrumaba a David.

Como apelando a un recurso extremo, un día, hacia el atardecer, resolvieron ir de paseo al Collar de Perlas.

Al llegar a destino, descendieron del Land-Rover y tomados de la mano se dirigieron hacia el borde del agua. Sentados en un tronco muerto, semioculto entre las cañas, permanecieron largo rato en silencio.

Por primera vez no tenían nada que decirse.

Cuando el gran disco rojo del sol desapareció tras las copas de los árboles y el bosque quedó sumido en las tinieblas, empezaron a surgir de éste los nyalas. Cautamente y con temor se desplazaban fuera de la zona oscura.

David dio un ligero codazo a Debra. Ésta inclinó la cabeza para oír mejor y se acercó más a David para captar su cuchicheo:

—Parecen fantasmas que tuvieran resortes en las patas. Desde aquí advierto el temblor de sus músculos. Los machos dan la impresión de que están a punto de sufrir una crisis nerviosa. Tan atentamente escuchan, que juraría que sus orejas se han estirado hasta el doble de su tamaño normal. Algún leopardo debe de estar acechándolos desde el cañaveral. —De pronto se interrumpió y luego exclamó quedamente: —¡Oh, no...! ¡Se trata de otra cosa!

—¿Qué pasa, David? —inquirió Debra, tirando de su brazo con insistencia y muerta de curiosidad.

—¡Un nuevo cervatillo! —dijo David con voz jubilosa—. Una de las hembras acaba de parir. ¡Oh, qué hermosura, Debra! Sus patas son tan endebles que se doblan y su piel es de color beige claro.

A continuación describió la forma en que el vacilante cervatillo seguía a su madre hacia campo abierto.

El interés con que Debra escuchaba su relato demostraba a las claras que el caso de aquella madre y su recién nacido había repercutido hondamente en su corazón.

Tal vez recordaba ella en ese momento a su hijita muerta.

Debra apretó fuertemente el brazo de David. Sus ojos ciegos parecían refulgir en la creciente oscuridad. Repentinamente, no



pudiendo ya reprimir la tristeza y las frustraciones acumuladas en su interior, exclamó en voz baja, pero dolorosamente nítida:

—¡Ojalá pudiera verlo! ¡Oh, Dios, haz que pueda ver! ¡Por favor, haz que mis ojos vean! —y comenzó a llorar. Gruesas lágrimas brotaban de sus ojos, mientras su cuerpo se retorció de angustia.

En el lado opuesto de la charca los nyalas, atemorizados, se precipitaron en el bosque. David estrechó a Debra fuertemente contra su pecho y acunó su cabeza entre sus manos. Las lágrimas de Debra, húmedas y frías, atravesaron su camisa.

Un viento gélido y desesperado soplaba en el alma de David.

Esa noche éste escribió otra carta a la luz de una lámpara de gas, en tanto Debra, en el lado opuesto de la habitación, tejía el suéter que le había prometido para el invierno y lo imaginaba enfrascado en las cuentas de la finca. David no tuvo dificultad alguna en repetir, palabra por palabra, el texto de la anterior misiva. De modo que en pocos minutos la redactó y selló.

—¿Trabajarás en tu libro mañana por la mañana? —le preguntó como descuidadamente a Debra; al contestar ésta afirmativamente, agregó—: Yo tengo que ir a Nelspruit. Creo que estaré allí una o dos horas.

A la mañana siguiente David se elevó a tal altura que parecía dispuesto a divorciarse de la tierra. En realidad, todavía no podía creer en lo que estaba haciendo. Es más: se consideraba incapaz de semejante sacrificio... y se preguntaba si era posible amar a una persona hasta el punto de correr el riesgo de destruir el propio vínculo amoroso, por mejorar la condición física del ser amado. Finalmente, mientras volaba hacia el sur, se respondió a sí mismo afirmativamente y se consideró apto para afrontar tal desafío.

Debra, quizá más que nadie en el mundo, necesitaba del sentido de la vista, porque su ceguera le cortaba las alas. Su talento de narradora se veía privado del cincuenta por ciento de sus posibilidades para manifestarse: no podía describir lo que no veía.

De repente David comprendió el sentido de su grito: «¡Oh, Dios mío, haz que pueda ver! ¡Por favor, haz que mis ojos vean!», y deseó que Dios la escuchara.

Comparadas con aquella necesidad de Debra, las suyas propias le parecieron triviales e insignificantes. «¡Dios mío, haz que Debra recobre la vista!», oró en silencio.

Apenas descendió del Navajo, en el pequeño aeródromo de Nelspruit llamó a un taxi y se hizo conducir al edificio de co-

reos. Allí le dijo al chofer que esperara, mientras él despachaba la carta y retiraba la correspondencia acumulada en su casillero postal.

—¿Adónde vamos? —le preguntó el chofer al verle salir.

David iba a decir que lo llevara de regreso al aeródromo cuando, de pronto, se le ocurrió una idea:

—A la tienda de licores —respondió.

Allí compró un cajón de champaña Veuve Clicquot y emprendió el regreso a Jabulani, ligero como una burbuja. Era como si hubiese echado a rodar una rueda o una bola que, librada a sí misma, no dependía en absoluto de su voluntad. Ahora se sentía libre de sus dudas anteriores y exento de culpa. Cualesquiera que fuesen las consecuencias de su acción sabía que estaba en condiciones de afrontarlas.

Debra, que captó enseguida su cambio de humor, rió de buena gana y se colgó de su cuello, aliviada.

—¿Qué ha *pasado*, David? —inquirió, intrigada—. Durante varias semanas te sentí desdichado y sufrí mucho por ti. De repente viajas a Nelspruit y al cabo de una o dos horas vuelves zumbando como una dínamo. ¿Qué demonios te ocurre, Morgan?

—Simplemente, acabo de descubrir que te amo más de lo que pensaba —respondió él, retribuyendo su abrazo.

—¿Terriblemente? —le preguntó Debra.

—¿Terriblemente! —respondió él.

—¡Bravo! —exclamó Debra, dando unas palmadas.

El Veuve Clicquot resultó muy oportuno. De entre la correspondencia que había retirado en Nelspruit, David extrajo una carta de Bobby Dugan, en la que éste exaltaba cálidamente los valores de los primeros capítulos de la nueva novela de Debra, que también había entusiasmado a los editores. Dugan se las ingenió para obtener de éstos un anticipo de cien mil dólares.

—¡Eres rica! —dijo David, echándose a reír.

—Por eso te casaste conmigo, icazador de dotes! —dijo Debra, riendo excitada.

David se sentía muy orgulloso de ella y no cabía en sí de gozo.

—Les ha gustado, David —dijo Debra, en tono serio—. Les ha gustado *de veras*. Yo ya empezaba a dudar...

El dinero, carente de sentido en sí mismo, sólo le interesaba como instrumento de valoración de su libro. «Una buena suma de dinero constituye el más sincero de los elogios», pensaba Debra.

—Serían unos imbéciles si no apreciaran tu libro —dijo David, y enseguida agregó—: Ocurre que tengo un cajón de botellas de champaña francés. ¿Cuántas pongo en la heladera, una o varias?

—Morgan, eres un hombre genial —dijo Debra—. Cuando actúas como ahora comprendo por qué estoy enamorada de ti.

Las semanas siguientes fueron las más dichosas de sus vidas.

David las gozó con toda su alma, precisamente porque advertía negros nubarrones en su horizonte. Ese período de abundancia lo fascinaba, a causa de una posible escasez futura. De modo que se esforzó por prolongarlo hasta más allá de su fatal limitación de tiempo.

Cinco semanas tardó David en decidirse a viajar de nuevo a Nelspruit y cuando lo hizo fue a requerimiento de Debra, quien estaba ansiosa por lograr noticias de su agente y sus editores y por revisar la copia mecanografiada de su nueva obra.

—Quisiera ir a la peluquería. Además, aunque podemos pasarnos perfectamente sin amigos, creo que no estaría mal que habláramos con alguien... digamos una vez al mes... ¿Qué opinas?

—¿Tanto tiempo hace que no hablamos con nadie? —inquirió David con aire inocente, aunque había llevado minuciosamente la cuenta de los días transcurridos y registrado y sopesado cada hecho ocurrido en ese lapso, paladeándolo y almacenándolo en su memoria para los áridos días que preveía en el futuro.

Mientras salía del salón de belleza en que acababa de dejar a Debra, David alcanzó a oír el ruego de ésta a la peluquera: «Por favor, no me haga esos rizos pequeños y tiesos, como embadurnados con barniz, que llevan algunas...» A despecho de su ansiedad, David hizo una mueca burlona, porque siempre la había creído partidaria del peinado que ella denominaba «Modern Cape Dutch» o «Randburg Renaissance».

Su casilla postal estaba repleta de correspondencia. David escogió del montón tres cartas del agente norteamericano de Debra y dos sobres con sellos israelíes. Uno de los sobres procedentes de Israel era tan ilegible como una receta médica. David se preguntó cómo había podido llegar a destino. La escritura del segundo era inconfundible. Las letras se sucedían en filas marciales y los trazos superiores semejabán las armas de una compañía erizada de picas. En un banco del parque, bajo un purpúreo jacarandá, abrió primero la carta del doctor Edelman. Le costó mucho descifrarla porque estaba escrita en hebreo:

*Estimado David:*

*Su carta me sorprendió tanto que me llevó a examinar de nuevo las radiografías. Le aseguro que éstas no dejan lugar a dudas. Si tuviera que interpretarlas nuevamente no vacilaría en confirmar mi prognosis original...*

A pesar de sí mismo, David experimentó cierto alivio.

*...Sin embargo, si algo he aprendido en veinticinco años de práctica médica es una cosa llamada «humildad». Por tanto debo aceptar como correctas sus observaciones acerca de la sensibilidad lumínica de los ojos de Debra. Sentado esto, cabe aceptar también el funcionamiento, al menos parcial, de sus nervios ópticos. De ello se desprende que éstos no fueron seccionados completamente. En consecuencia es razonable suponer que, por no hallarse enteramente fragmentados y a causa, tal vez, de los golpes que recibió Debra recientemente en su cabeza, sus nervios ópticos han recobrado en parte su capacidad de reacción.*

*El quid de la cuestión estriba en determinar hasta qué punto se han sensibilizado.*

*Otra vez debo prevenirle que quizá dicha recuperación nunca vaya más allá de lo que es actualmente: una mínima capacidad de reacción ante la luz, sin ningún acrecentamiento de la visión en general. Acaso esa sensibilidad lumínica sea algo más intensa de lo que suponemos. Por consiguiente, no debemos descartar la posibilidad de intensificarla ligeramente, mediante un tratamiento especial. Sin embargo, dudo que ella perciba jamás otra cosa que un vago resplandor y una que otra sombra imprecisa.*

*Por eso pienso que cualquier éxito que obtuviéramos en tal sentido, por importante que fuera, resultaría insignificante comparado con el riesgo que implica una intervención quirúrgica en esa área tan vulnerable.*

*Me agradecería examinar a Debra. No obstante, considerando que no sería oportuno que usted viajara a Jerusalén, me he tomado la libertad de escribirle a un amigo mío de El Cabo —el doctor Ruben Friedman—, que es una autoridad mundial en el área de la oftalmología. Adjunto le envío a usted una copia de la carta que remití a dicho facultativo, en la que incluí las radiografías y la historia clínica de Debra.*

*Le aconsejo que visite con su esposa al doctor Friedman y que confíe plenamente en él.*

*Debo decirle que la unidad oftalmológica del hospital Groote Schuur goza de fama universal y que dispone del instrumental necesario para cualquier tipo de tratamiento... ¡Le aseguro que sus actividades no se limitan a los trasplantes de corazón!*

*Cumplo en informarle, además, que me permití mostrarle su carta al general Mordecai, con quien he discutido el caso...*

David dobló la misiva cuidadosamente. «¿Por qué demonios metió al brig en este asunto? ¿Por qué introducir a un corcel de guerra en un jardín de rosas?», pensó, mientras abría la carta del brig.

*Estimado David:*

*El doctor Edelman me habló del asunto y yo enseguida conversé al respecto por teléfono con Friedman, de Ciudad del Cabo, quien examinará a Debra.*

*Desde hace varios años vengo aplazando el cumplimiento de una invitación para pronunciar varias conferencias en Sudáfrica. En tal sentido me ha estado urgiendo constantemente el Consejo Sionista Sudafricano. Hoy les he escrito para decirles que estoy a su disposición.*

*Ello sería un buen pretexto para llevar a Debra a Ciudad del Cabo. Dígale a Debra que mis compromisos no me permiten visitarlos en su granja, pero que necesito verla con urgencia. Dentro de poco le confirmaré las fechas respectivas. Espero verla entonces...*

La carta estaba escrita en el estilo característico del brig, o sea, era tajante, imperativa y daba por descontada su obediencia. Pero el asunto había escapado de las manos de David y ya no le era posible emprender la retirada. Sin embargo, cabía la posibilidad de un fracaso. David se sorprendió a sí mismo deseando que ello ocurriera... y se avergonzó ligeramente de su egoísmo.

Luego dio vuelta el papel y escribió en su reverso el borrador de una carta apócrifa, en la que el brig se explayaba sobre su próxima gira. Aquella misiva estaba destinada a Debra. David se divirtió en imitar el estilo del brig, para leérsela, después, en voz alta a Debra.

Ésta se entusiasmó con la noticia. David experimentó entonces una pizca de remordimiento por su comedia.

—¡Qué maravilloso será volver a verle! ¿Vendrá mi madre con él...?

—De eso no dice nada... Pero dudo que ella venga.

A continuación David ordenó las cartas por orden cronológico, de acuerdo con las fechas estampadas en los sellos, y las leyó en voz alta. Las dos primeras constituían, en realidad, sendos comentarios críticos sobre *Burning Bright*. David las dejó aparte, porque debían ser contestadas detalladamente... Pero la tercera contenía malas noticias... para él.

United Artists deseaba rodar *Un lugar propio* y ofrecía una impresionante cantidad de dólares por la opción por un año, en contraste con la otra opción, o sea, la compra definitiva de la obra, mediante cierta suma de dinero y un pequeño porcentaje sobre las utilidades.

No obstante, si Debra se trasladaba a California y escribía el guión, Bobby Dugan estaba seguro de que obtendría doscientos cincuenta mil dólares. A continuación su agente recalca que, incluso a los novelistas consagrados, rara vez se les pedía que escribieran sus propios guiones. De modo que tal ofrecimiento no podía ser rechazado a la ligera. Por último Dugan la urgía a aceptar la oferta.

—¿No es cierto que no deseamos ver a nadie? —dijo Debra riendo y descartando el ofrecimiento demasiado rápidamente. Sin embargo, David alcanzó a ver la anhelante expresión de su semblante antes que ella volviera la cabeza y dijera alegremente: —¿Quedó alguna botella de champaña, Morgan? Creo que deberíamos celebrarlo, ¿no te parece?

—Según pintan las cosas, Debra, creo que deberías aprovechar esta oportunidad —replicó David, mientras se dirigía hacia la heladera. El champaña se elevó, espumoso, hasta el borde de la copa. Antes de que la espuma descendiera y de entregar la copa a Debra, David ya había tomado una decisión. —Pienso que debes aceptar su ofrecimiento y considerar seriamente el viaje a Hollywood —concluyó, colocando la copa en manos de Debra.

—No hay nada que considerar —dijo Debra—. Todo lo que deseamos se halla aquí.

—No, no contestes enseguida.

—¿Qué quieres decir? —inquirió ella, perpleja, y bajó la copa sin probar siquiera el champaña.

—Esperaremos hasta... digamos después de nuestra entrevista con el *brig* en Ciudad del Cabo.

—¿Por qué? —Debra parecía intrigada. —¿Cambiará acaso nuestra situación de aquí a entonces?

—No... Pero se trata de un asunto muy importante... que, sin embargo, no requiere una respuesta inmediata.

—*Beseder!* —exclamó Debra, aceptando prestamente su proposición, y levantando su copa brindó—: Te amo.

—Te amo —respondió él alegrándose, mientras bebía, de las muchas opciones con que ella contaba.

El retraso del *brig* en cumplir los requisitos relacionados con su viaje les permitió gozar de tres semanas más en Jabulani antes de la visita a Ciudad del Cabo. David disfrutó de ellas plenamente, acuciado por la idea de su probable expulsión del Edén que compartía con Debra.

En aquella feliz etapa la naturaleza, cómplice de su dicha, les brindó lo mejor de sí misma. Las buenas lluvias caían por la tarde. Todas las mañanas el cielo aparecía cubierto de altas nubes y la atmósfera, bochornosa y cargada de electricidad, presagiaba el rayo. Hacia el crepúsculo los relámpagos zigzagueaban sobre el fondo dorado de las nubes, que un sol iracundo convertía en un matiz similar al del bronce bruñido y luego en el sonrojo de una virgen. Más tarde, cuando sus cuerpos se entrelazaban en la oscuridad, sonaban los truenos como martillazos y los relámpagos iluminaban la ventana, que semejaba un alucinante grabado al agua fuerte. Inmediatamente se desencadenaba la lluvia, cuyo estrépito hacía pensar en una hoguera infernal y en los cascos de innumerables animales a la carrera. Con David a su lado, Debra no tenía miedo.

Por la mañana temprano la atmósfera era fresca y diáfana. Las hojas de los árboles, recién lavadas, resplandecían al sol y la tierra, oscurecida por el agua, mostraba las lentejuelas de sus charcas.

Las lluvias infundieron vida a los seres y las cosas. Todos los días les deparaban pequeñas sorpresas: ya una visita inesperada, o algún extraño acontecimiento.

Una pareja de águilas pescadoras que había construido su nido, áspero y enorme, en lo alto de un *mhobahoba* situado en la cabecera de las charcas, empezó a enseñarles a sus dos vástagos a encaramarse en la rama que servía de sostén al nido. Día tras día los dos aguiluchos parecían cobrar coraje, mientras sus progenitores los preparaban frenéticamente para el gran día de su primer vuelo.

Súbitamente una mañana, mientras desayunaban en la escalera exterior, David y Debra oyeron un coro de rípidos chillidos, que resonaban como un pomposo himno triunfal. David tomó

entonces a Debra de la mano y se dirigieron a campo abierto. Al mirar hacia arriba vio David cuatro negras siluetas que con sus alas desplegadas se recortaban en el claro azul del cielo. Su propio espíritu se remontó a la par de aquellas aves en el momento supremo del vuelo.

Las cuatro águilas se alejaron describiendo amplios círculos. Poco después apenas eran unas pequeñas motas. Finalmente desaparecieron en dirección de las tierras otoñales regadas por el río Zambeze, situadas a dos mil millas hacia el norte.

Sin embargo, cierto episodio ocurrido en esos días ensombreció y llenó de tristeza sus almas.

Una mañana, después de recorrer cuatro millas hacia el norte y más allá de la hilera de colinas, llegaron a una estrecha planicie cuneiforme, en la que crecía un grupo de elevados *leadwoods*.

Un par de águilas había escogido el más alto *leadwood* para aparearse. La hembra era joven y hermosa, pero el macho había dejado ya atrás su juventud.

Estaba la pareja construyendo su nido en un cerro cuando se vio perturbada por la intrusión de un gran macho solitario, joven y rapaz, arrogante y codicioso. David lo había visto varias veces acechando el territorio enemigo, pero evitando cautamente inmiscuirse en el espacio aéreo que la pareja consideraba propio.

El intruso había escogido una rama sobre una colina desde la cual dominaba la planicie y, ganando cada día más confianza, se aprestaba evidentemente para el ataque. El conflicto inminente fascinaba a David, quien simpatizaba con el águila mayor. Ésta, posada en lo alto del *leadwood*, ponía de manifiesto su intención guerrera mediante ásperos chillidos de desaffo o bien patrullando sus fronteras y batiendo sus grandes alas, siempre tras los límites de la zona que estimaba de su propiedad.

Aquel día David decidió ascender a la planicie para instalar su cámara en un lugar que le permitiera enfocar el nido cómodamente y también impulsado por el deseo de presenciar desde una posición privilegiada la lucha que se avecinaba entre los dos machos. No fue casualidad el hecho de encontrarse en el teatro de la acción cuando estallaron las hostilidades.

David y Debra treparon por la brecha existente entre las colinas e hicieron un alto para recobrar el aliento, junto a una roca aislada desde la que se dominaba toda la planicie. El campo de batalla se extendía a sus pies.



El águila mayor se hallaba en el nido. David percibió su oscura silueta agachada: su cabeza hundida en su blanco y poderoso pecho, y recorrió enseguida con sus prismáticos las crestas de las colinas en busca del invasor. Pero éste no daba señales de vida. Dejó caer, pues, los prismáticos sobre su pecho y durante un rato habló tranquilamente con Debra.

De pronto David cesó de hablar, atraído por la nueva actitud del águila mayor. Batiendo sus grandes alas negras, ésta ascendió rápidamente, como urgida por un hecho nuevo. Cuando pasó sobre sus cabezas, David pudo ver claramente su pico corvo y cruel y su níveo pecho imperial salpicado de motas oscuras.

De repente el águila abrió su pico amarillo y profirió un áspero desafío. La mirada experta de David recorrió el cielo y las nubes, como cuando luchaba en el espacio, y descubrió enseguida el astuto plan del intruso. El águila joven había escogido el momento y la línea vectorial de ataque con una habilidad insólita a su edad. Su silueta negra se recortaba nítidamente a gran altura, contra el sol. Flagrante transgresor, desafiaba al águila mayor a elevarse para hacerle frente. David sintió que su sangre hormigueaba de simpatía hacia el atacado, en tanto éste cobraba altura lentamente.

Jadeando y a grandes rasgos describió a Debra la escena. Ella también simpatizaba con el águila mayor.

—¡Cuéntame...! —exclamó Debra ansiosamente.

El águila joven volaba tranquilamente, describiendo círculos, con la cabeza erguida, mientras esperaba a su adversario.

—¡El joven se ha dispuesto a atacar! —dijo David, con voz tensa, mientras el agresor, con las alas levantadas, se lanzaba en picada sobre su enemigo.

—¡Lo oigo perfectamente! —cuchicheó Debra. Las alas del atacante crujían como un matorral seco y en llamas, mientras descendía sobre el águila mayor.

—¡Hazte a un lado, hacia la izquierda! ¡Ahora...! —le gritó David maquinalmente al águila vieja, como si se tratara de un compañero de escuadrilla, y apretando de tal modo la mano de Debra que ésta dio un brinco.

El águila vieja pareció prestar oídos a su consejero, ya que, plegando las alas, se desvió ligeramente fuera de la trayectoria del atacante, que pasó zumbando a su lado. Las garras del joven se cerraron inútilmente en el aire, mientras descendía a plomo sobre la hoya de la planicie.

El águila vieja, aprovechando la oportunidad que se le pre-

sentaba, cesó de balancearse con las alas un tanto erguidas y se lanzó en busca de su enemigo. Con una hábil maniobra, producto de su experiencia, descolocó al joven.

—¡Dale...! ¡Cuando gire! —gritó David— ¡Ahora!

El águila joven se acercaba velozmente a las copas de los árboles, o sea, iba al encuentro de una muerte fulminante. Ahuecando las alas trataba de frenarse, al par que giraba desesperadamente para evitar el letal zarpazo de su adversario. En ese instante era muy vulnerable.

Así lo entendió la mayor, que se precipitó inexorablemente sobre el intruso y hundió sus garras en su cuerpo en el momento preciso en que ésta giraba.

El sordo ruido del impacto llegó claramente a los oídos de los dos testigos de la colina. Las plumas de las águilas —negras, las de las alas; blancas, las del pecho— se entremezclaron, formando un estrépito semejante al de una serie de estampidos.

Implacablemente ligados por las afiladas garras del águila vieja, descendieron dando tumbos, con sus alas entrelazadas. Las plumas desprendidas de sus cuerpos volaban en el aire, como flores de cardo impulsadas por la brisa.

Siempre trabados en mortal combate, dieron contra las ramas superiores de un *leadwood* y atravesando la copa del árbol fueron a parar a un cerro, como un montón de plumas. Sus alas quedaron pendiendo de las ramas. Guiando a Debra por el fragoso terreno, David se lanzó colina abajo a través del tupido follaje, en dirección hacia el *leadwood*.

—¿Lo ves? —preguntó Debra ansiosamente, mientras David enfocaba con sus prismáticos a los contendientes.

—Han caído en una trampa —respondió David—. El águila vieja ha enterrado de tal forma sus garras en el espinazo de la otra que nunca podrá sacarlas de allí. Han quedado colgando a uno y otro lado de la horqueta.

Los agudos chillidos de odio y dolor resonaban en las laderas circundantes. Luego la hembra empezó a revolotear, acongojada, sobre el *leadwood*. Su agudo lamento se unió a los quejidos de los contendientes.

—El águila joven está moribunda —dijo David.

A través de sus anteojos percibió las gotas color carmín que desde su abierto pico amarillo caían y refulgían en su nivea pechuga, como una hilera de rubíes sobre el pecho de un rey agonizante.

—¿Y la vieja? —preguntó Debra que, atenta y consternada

escuchaba, con la cabeza echada hacia atrás, el clamor de las águilas.

—Jamás podrá desprender sus garras... Las de estas aves se cierran automáticamente, apenas hacen presión sobre algo. Nunca podrá aflojarlas... También morirá.

—¿No puedes hacer algo? —le preguntó Debra, tirando de su brazo—. ¿No puedes ayudarla?

Suavemente trató David de explicarle que aquellas dos águilas se hallaban trabadas a veinticinco metros de altura y que el tronco del *leadwood* carecía de ramas y era completamente liso hasta dieciséis metros del suelo. Por otra parte, sólo después de varios días de ingentes esfuerzos sería posible llegar a donde se encontraban... y entonces sería demasiado tarde.

—Hay que tener en cuenta que se trata de dos animales salvajes, feroces y peligrosos. Si alguien se acercara a ellos, con sus picos y garras le arrancarían los ojos y desgarrarían su carne hasta sus huesos. La naturaleza no acepta interferencias en sus designios.

—Entonces, ¿no podemos hacer nada? —imploró Debra ansiosa.

—Sí —respondió David tranquilamente—. Podemos venir mañana por la mañana para comprobar si se ha liberado... pero con una escopeta para rematarla si está viva todavía.

Cuando por la mañana llegaron junto al *leadwood*, el águila joven, ya muerta, pendía floja y grotescamente, pero el águila vieja, aún con vida, aunque débil y moribunda, seguía aferrada al cuerpo de la otra. Sin embargo, sus ardientes ojos amarillos echaban furiosas chispas.

Al oír las voces de David y Debra torció su áspera y vieja cabeza y abriendo el pico lanzó un postrer chillido de desafío. David cargó su escopeta, cerró, mediante un golpe seco, los dos cañones y clavó sus ojos en el águila superviviente.

«No sólo tú, mi viejo amigo...», pensó. Acto seguido levantó la escopeta, la apoyó en su hombro y disparó las dos cargas de perdigones contra el blanco.

El águila, despedazada, quedó colgando de la rama. Su sangre, que al principio manó abundantemente, empezó a caer en gotas lentas y oscuras. A David le pareció que acababa de destruir una parte de sí mismo.

El recuerdo de aquel episodio ensombreció parcialmente la diáfana atmósfera de los días siguientes.

Éstos pasaron demasiado rápidamente para David. En las postrimerías de ese período él y Debra se dedicaron a recorrer Jabulani y a visitar sus rincones preferidos, tratando de localizar los diversos rebaños o animales aislados que allí habitaban, como quien se despidió de un grupo de amigos.

La víspera de su partida se sentaron al atardecer bajo los eucaliptos azules, junto a las charcas, y allí permanecieron hasta que el sol desapareció en el horizonte, envuelto en un esplendoroso manto purpúreo, que luego adquirió un tono rosa pálido. Cuando los mosquitos comenzaron a zumbar en torno de sus cabezas, echaron a andar, tomados de la mano, y así llegaron, ya de noche, a la casa.

Después hicieron las maletas y pusieron sus bolsos en la escalinata para tenerlos a mano a la mañana siguiente.

Junto al fuego en que se asaba la carne bebieron champaña y, animados por éste, rieron de buena gana en su pequeño islote de luz circundado por el vasto océano de la noche africana.

Sin embargo, aquellas risas repercutieron hondamente en el ánimo de David, que les atribuyó el carácter de una despedida, de un límite que marcaba el fin de una época y el comienzo de otra.

A la mañana siguiente, después de despegar del pequeño aeródromo, David describió dos círculos con su avión sobre la finca antes de cobrar altura lentamente.

Bajo los rayos casi horizontales del sol, las charcas brillaban como el bronce.

La tierra se mostraba exuberante, pero los árboles, a diferencia de los del hemisferio Norte, no prometían una sombra fresca.

Los criados, reunidos en el patio, los saludaron con una mano, mientras con la otra protegían sus ojos del sol. Sus sombras, largas y estrechas, se proyectaban en la tierra rojiza.

El avión giró y enseguida se encaminó por la ruta definitiva.

—Ciudad del Cabo, hacia ti nos dirigimos —dijo David.

Debra sonrió, y estirando su brazo dejó caer una de sus manos sobre la pierna de David, a modo de cálida y silenciosa demostración de compañerismo.

Al llegar a destino prefirieron la añeja elegancia y los espaciosos jardines de palmas del Mount Nelson Hotel —donde alquilaron una *suite*— a las modernas estructuras de cristal y cemento situadas frente a la playa y las rocas de Sea Point.

Durante dos días no salieron de la *suite*, mientras esperaban al *brig*, porque David se había desacostumbrado al trato social

masivo y detestaba las multitudes, las miradas de los curiosos y los murmullos de conmiseración de los que hallaban a su paso.

El *brig* llamó a su puerta cuarenta y ocho horas después de la llegada de ambos al hotel y una vez dentro marchó hacia ellos a grandes zancadas y con su habitual aire resuelto y agresivo. Seguía siendo el hombre que David recordaba: duro, delgado y moreno. Después de abrazar a Debra le tendió a David una mano seca y áspera. Pero éste tuvo la impresión de que sus fieros ojos de guerrero lo miraban de una manera nueva y calculadora.

Mientras Debra se bañaba y se ponía su traje de noche, el *brig* llevó a David a su propia *suite*, donde, sin preguntarle qué bebida prefería, le sirvió whisky en un vaso. Inmediatamente le explicó a David sus planes.

—Friedman asistirá a la recepción. Allí le presentaré a Debra y los dejaré solos un momento para que hablen. En la mesa lo sentaré junto a Debra. Ello nos ayudará a persuadirla respecto de la conveniencia de un examen de la vista.

—Antes de seguir más adelante, señor —le interrumpió David—, deseo que usted me asegure que nunca le insinuará a Debra que existe la menor posibilidad de que recobre la vista.

—Muy bien.

—Aun cuando, escúcheme bien, aun cuando Friedman resolviera operarla. En tal caso le diremos cualquier cosa menos que se trata de un intento de hacer que recobre la vista.

—No me parece conveniente —le espetó el *brig*, irritado—. Creo que Debra debe ser informada. No sería justo...

David consideró que ahora le correspondía a él encolerizarse. Aunque su fría máscara permanecía impasible, la ranura que en su cara hacía las veces de boca palideció y sus ojos azules llamaron.

—Permítame que sea yo quien determine lo que es justo. Yo la conozco mejor que usted y sé cómo siente y cómo piensa. Si le damos a entender que es posible que recobre la vista, se verá ante el mismo dilema en que yo me encuentro desde que admití tal posibilidad. Por consiguiente, estimo que debemos abstenernos de decirle la verdad.

—No comprendo qué quiere decir —dijo el *brig* en tono severo.

Su mutua hostilidad era tangible como una atmósfera bochornosa y saturada de electricidad.

—Me explicaré —dijo David, sosteniendo la mirada de su interlocutor y sin dejarse intimidar por el feroz talante del viejo

guerrero—. Su hija y yo nos hemos construido un mundo propio y feliz.

El *brig* asintió con la cabeza.

—Así es, y estoy dispuesto a admitirlo. Pero debo decirle que es un mundo artificial, una especie de invernáculo, que no tiene nada que ver con la realidad, en suma, un mundo imaginario...

David sintió que la cólera hacía echar por tierra su razón y consideró ofensivos aquellos términos para Debra y para él, aunque reconoció que, en parte, se justificaban.

—Usted puede opinar como le plazca, señor. Pero para mí y para Debra se trata de un mundo real... y maravilloso.

El *brig* guardó silencio.

—Le prevengo —prosiguió David— que vacilé mucho antes de admitir tal posibilidad para Debra. Incluso, después de admitirla, estuve a punto de soslayarla, en aras de mi egoísta felicidad personal.

—Insisto en que ello no tiene sentido para mí. ¿En qué forma puede perjudicarlo a usted el hecho de que Debra recobre la vista?

—Míreme bien —le dijo David con voz serena.

El *brig* lo miró ferozmente, echando fuego por los ojos y esperando lo peor. Pero al comprender que eso era todo, su dureza se atenuó y, por primera vez, vio *realmente* el rostro terriblemente mutilado de David, aquella grotesca imitación de ser humano. Súbitamente, el *brig* se olvidó de que era el padre de Debra y empezó a mirar la situación desde el mismo ángulo en que la juzgaba David. Entonces bajó los ojos y volvió a llenar su vaso de whisky.

—Si de mí depende que recobre la vista, la recobraré. Por alto que sea el precio que deba pagar por ello. —David sintió el temblor de su propia voz. —No obstante, creo que ella me ama tanto que no vacilaría en renunciar a la visión si tuviera que escoger entre ambas opciones. Pero yo no quiero colocarla en tan violenta situación.

El *brig* levantó su vaso y de un trago sorbió la mitad de su contenido.

—Está bien. Se hará como usted dice.

Quizá se debiera al whisky... Sea como fuere, David percibió en su voz, por primera vez desde que lo conocía, un tono emocionado.

—Muchas gracias, señor —dijo David, dejando sobre la mesa el vaso, cuyo contenido ni siquiera había probado—. Y aho-

ra, si me lo permite, iré a cambiarme de traje —y se dirigió hacia la puerta.

—¡David! —lo llamó el *brig*.

David se volvió.

El diente de oro del general brilló bajo su negro bigote, cuando éste, extrañamente turbado, pero muy cordialmente, le dijo sonriendo:

—Confío en usted.

La recepción tuvo lugar en el salón de actos del Heerengracht Hotel.

Mientras subían en el ascensor, Debra, que al parecer captó el temor de David, apretó fuertemente su brazo y susurró:

—No me dejes sola ni un momento esta noche. Te necesitaré.

David comprendió que trataba de distraerlo y se mostró muy reconocido por ello, ya que, evidentemente, formaban una pareja grotesca. Aunque estaba completamente seguro de que casi todos los invitados habían sido informados al respecto, no dudaba de que sufriría terriblemente. En respuesta a sus palabras rozó con su cara la mejilla de Debra.

La joven llevaba suelto su pelo oscuro, suave y brillante. El sol le había dado a su tez un matiz dorado. Su cuerpo estaba enfundado en un sencillo vestido verde que llegaba al suelo. Pero sus hombros y sus brazos se hallaban desnudos. Éstos eran fuertes y suaves. El brillo de su piel realzaba la fina textura de su carne. Apenas se había maquillado. Un ligero toque en los labios y la serena expresión de sus ojos le bastaron para poner de manifiesto su gracia natural, en tanto avanzaba del brazo de David, quien recibió de ella la exacta cuota de coraje que necesitaba para afrontar a la gente apiñada en el salón.

El ambiente era muy distinguido: mujeres que lucían ropas de seda y joyas, y hombres con trajes oscuros, cuyo aplomo y pesadez física pregonaban su poder y su riqueza. El *brig*, duro y delgado, incluso de paisano descollaba entre aquellos rollizos y satisfechos individuos como un halcón en una bandada de faisanes.

De pronto apareció, aparentemente de forma casual, ante ellos y les presentó al doctor Ruben Friedman, un individuo bajo y de recia contextura, cuya cabeza, desproporcionada respecto del resto de su cuerpo, estaba siempre erguida y alerta. Su pelo, entrecano, estaba cortado casi al rape. Sin embargo, a David

le gustaron sus brillantes ojos de pájaro y su espontánea sonrisa. La mano que les tendió era cálida, aunque seca y firme. También Debra simpatizó con él en cuanto oyó el timbre de voz y captó su calor humano.

Cuando entraron en el comedor Debra le pidió a David que se lo describiera y se echó a reír cuando éste le dijo:

—Parece un oso koala.

A partir de entonces conversaron alegremente hasta que sirvieron el pescado. La mujer de Friedman, una muchacha delgada que usaba gafas con armazón de carey, ni hermosa ni vulgar, pero tan espontánea y cordial como su marido, se inclinó sobre éste para intervenir en la conversación. De pronto David la oyó decir:

—¿Le agradecería almorzar mañana con nosotros? Bueno, no sé si podrá usted soportar a una pandilla de chicos molestos y chillones.

—Casi nunca comemos fuera... —replicó Debra en un tono que a David le pareció vacilante. Enseguida se volvió hacia él: —¿Qué opinas?

Al aceptar David la invitación todos se rieron como viejos amigos. Sin embargo, éste se mantuvo en silencio y aislado, porque sabía que se trataba de un subterfugio. Súbitamente se sintió abrumado por el oleaje sonoro de las voces y el tintineo de los cubiertos. Cómo echaba de menos el silencio nocturno de la sabana y su soledad, que no era tal, cuando la compartía con Debra.

Cuando el maestro de ceremonias se levantó para presentar al orador, David experimentó un gran alivio, porque ello indicaba que su tormento tocaba a su fin y que de un momento a otro podría escabullirse de allí y ponerse a cubierto, junto con Debra, de las curiosas y molestas miradas de la gente.

El discurso preliminar fue meloso y profesional y estuvo salpicado de bromas que provocaron muchas risitas. Sin embargo, era tan insustancial que cinco minutos después de escucharlo nadie lo recordaba en absoluto.

Luego el *brig* se puso de pie y miró a su alrededor con aire olímpico y despreciativo. Sus ojos reflejaban el desdén del guerrero por los hombres sedentarios. Aunque aquellos individuos, ricos y poderosos, parecían amedrentados por su penetrante mirada, David advirtió que se regodeaban por ello. Aquel hombre era para ellos una extraña fuente de placer sustitutivo, un símbolo que les transmitía una honda confianza, una especie de



punto de convergencia de sus deseos. Era como ellos y, a la vez, distinto. En suma, parecía el depositario del orgullo y la fuerza de su raza.

Incluso David se asombró de la potente energía que irradiaba aquel flaco y viejo guerrero, cuya fuerza interior impregnaba la atmósfera del salón y dominaba a su auditorio. A David le parecía que el *brig* era inmortal e invencible. Su pulso se aceleró y se sintió arrastrado por el torrente de sus palabras:

—...pero todo eso tiene un precio y parte de ese precio reside en una constante vigilia, en un perpetuo estado de alerta. Cada uno de nosotros se halla dispuesto a defender, en cualquier momento, lo que nos pertenece... y debe, por otra parte, estar dispuesto a cumplir sin chistar cualquier sacrificio que se le exija, aunque éste involucre su propia vida o lo más querido...

Súbitamente David comprendió que el *brig* aludía a él y tuvo conciencia de que se estaban mirando fijamente a través del salón. El general le transmitía en ese momento un mensaje de aliento y simpatía, que, sin embargo, fue mal interpretado por algunos concurrentes. Éstos, que sabían que el rostro desfigurado de David y la ceguera de Debra eran dos productos de la guerra, interpretaron mal sus miradas y las palabras del *brig*. De pronto uno de ellos comenzó a aplaudir.

Inmediatamente alguien lo imitó. En las mesas surgieron comentarios superficiales. Sin embargo, los aplausos arreciaron hasta convertirse en un ruido atronador. Algunos volvieron sus cabezas hacia David y Debra, mientras aplaudían. Otros siguieron su ejemplo. Muchas sillas fueron arrastradas al ponerse de pie hombres y mujeres. Todos sonreían, sin dejar de aplaudir. El edificio entero resonó con los aplausos. No había una sola persona sentada.

Debra ignoraba la causa. De pronto, la desesperada presión de la mano de David y la voz de éste la sacaron de su incertidumbre.

—Vámonos de aquí... enseguida. Todos nos están mirando. Nadie nos quita los ojos de encima.

Debra sintió que la mano de él se estremecía a causa de la implacable curiosidad de la gente.

—Vámonos de aquí.

En respuesta a su urgente llamamiento, Debra se puso de pie. Con el corazón transido de dolor lo siguió fuera del salón, mientras los atronadores aplausos de la concurrencia se estrellaban como los golpes de un enemigo en la indefensa cabeza

de David y todos los ojos recorrían desaprensivamente su deteriorada carne.

Incluso ya en el santuario de su *suite*, David siguió temblando como si tuviera fiebre.

—¡Qué miserable! —cuchicheó, mientras se servía un vaso de whisky—. ¡Qué miserable! ¿Qué le hemos hecho para que se ensañe con nosotros de esa manera?

—Escucha, David —murmuró ella, buscando a tientas su mano—. Estoy segura de que no ha querido ofenderte, de que ha querido manifestar que se siente orgulloso de ti.

David tenía ganas de huir y de refugiarse en el santuario de Jabulani. De tal modo experimentó el deseo de decirle «¡Vamos!», sabiendo que ella aceptaría inmediatamente su invitación, que tuvo que luchar consigo mismo como contra un enemigo.

El whisky le pareció tan malo y desagradable que no le ofreció vía alguna de escape. De manera que dejó el vaso sobre el mostrador del bar privado y se volvió hacia Debra.

—Sí, querido, es como yo te digo —murmuró ésta, junto a los labios de David.

Evidentemente se sentía orgullosa y satisfecha de ser un oasis para él. Como de costumbre fue capaz de elevarse junto a él sobre la tormenta y valiéndose del impetuoso viento de su amor, lo condujo muy lejos, a un plano en el que reinaba la paz, la seguridad y la alegría.

Durante la noche David se despertó. Debra dormía tranquilamente. La luz plateada de la luna, reflejándose en las ventanas francesas, le permitió observar el rostro de Debra. Sin embargo, poco después la luz le pareció tan pobre que, estirando un brazo hacia su mesita de noche, encendió el velador.

Debra se movió y empezó a exhalar breves suspiros y a despertarse paulatinamente. Cuando por último su mano entorpecida por el sueño apartó el mechón que ocultaba sus ojos, David tuvo el primer indicio de la terrible pérdida que se cernía sobre él, ya que estaba seguro de que no había movido en absoluto la cama al encender el velador. Lo que implicaba que lo que había molestado a Debra era, fuera de toda duda, la luz.

Esa noche ni siquiera el acto sexual lo distrajo de su preocupación.

La casa de Ruben Friedman era un elocuente símbolo de su condición social.

Edificada en un terreno elevado, frente al mar, poseía un prado en declive que llegaba hasta la playa. Grandes *melkhouts* de matiz verde oscuro rodeaban la piscina. Había, además, una hermosa cabaña y un área especial destinada a los asadores.

Aquel día la horda de hijos de Marion Friedman había quedado reducida a los dos más pequeños. El resto se hallaba, quizá, convenientemente distribuido en las casas de varios granjeros amigos.

Los dos pequeños atisbaron, despavoridos, durante un momento el rostro de David, pero ante una severa advertencia de su madre, se dirigieron hacia la piscina, donde se zambulleron. Finalmente se entregaron a sus juegos.

Como el *brig* debía pronunciar otra conferencia, los cuatro adultos restantes se dedicaron a conversar amablemente. De algún modo, el hecho de que Ruben fuera médico contribuyó a que David y Debra se sintiesen cómodos. Durante la conversación, Debra se refirió a ello y a las heridas de ambos, circunstancia que aprovechó Ruben para preguntarle solícitamente:

—¿No le molesta hablar de ese tema?

—No. Con usted, no. Al fin y al cabo los pacientes suelen desnudarse ante los médicos.

—Por favor, querida, no vaya usted a desnudarse ante Ruben. ¡Yo lo hice y ya tengo seis hijos! —la previno Marion.

Todos se echaron a reír. Ruby, que había salido en las primeras horas de la mañana, regresó con media docena de enormes cangrejos, obtenidos en el agua limpia y cristalina de una charca de lecho rocoso, llena de algas, de la cual él se jactaba diciendo que era su pecera privada.

Después de envolver los mariscos en frescas algas marinas, los calentó al vapor hasta que adquirieron un brillante tinte escarlata. Cuando abrió sus caparazones apareció la carne succulenta y blanca como la leche.

—Y ahora voy a enseñarles algo... Después me dirán si no es el pollo más fino que han visto jamás —y mientras exhibía en alto el despanzurrado marisco, agregó jactanciosamente—: Ustedes son testigos de que tiene dos patas y plumas.

David admitió que nunca había comido un pollo más exquisito y mientras contribuía a su digestión con un vaso de Cape Riesling seco, pensó que no era un gran sacrificio repetir el plato. Tan alegres estaban David y Debra que cuando, por último, Ruben aludió al verdadero motivo de la visita, se estrecharon.

De pronto Ruben, inclinándose sobre la mesa para llenar de nuevo el vaso de Debra, hizo una pausa y dijo:

—¿Desde cuándo no se ha sometido a un examen oftalmológico? —y colocando suavemente su mano bajo la barbilla de Debra, levantó la cara de ésta para observar sus ojos.

David, tenso y nervioso, se movió rápidamente en su asiento, dispuesto a no perder el más mínimo detalle de la escena.

—Desde que salí de Israel... aunque posteriormente, en el hospital, me sacaron varias radiografías.

—¿Alguna vez tiene jaqueca? —le preguntó Ruby.

Debra asintió con la cabeza. Ruby gruñó y retiró la mano de su barbilla.

—Supongo que podrían tacharme de comerciante y decir que trato de obtener clientes. No obstante, creo que debería usted someterse a periódicas revisiones. Dos años es mucho tiempo. Sobre todo porque tiene usted un cuerpo extraño en su cráneo.

—Nunca pienso en ello —dijo Debra, frunciendo ligeramente el entrecejo y palpando la cicatriz de su sien.

David experimentó cierto remordimiento al participar activamente en la conversación.

—No correrás peligro alguno, querida. Pienso que deberías permitir que Ruby te examinara, ya que estamos aquí. Quién sabe cuándo se nos presentará otra ocasión como ésta.

—¡Oh... David! —dijo Debra, desechando la idea—. Estoy segura de que quieres regresar lo antes posible a Jabulani. Yo también lo deseo.

—Lo mismo da que regresemos hoy, mañana o pasado. Si no aprovechamos esta ocasión, más tarde nos arrepentiremos de ello.

Debra volvió su cabeza hacia Ruby.

—¿Cuánto tiempo durará el examen?

—Un día. La revisaré por la mañana y a la tarde le sacaremos varias radiografías.

—¿Cuándo podría usted revisarla? —inquirió David. Su voz lo traicionó, porque la fecha había sido fijada cinco semanas atrás.

—Oh, estoy seguro de que podremos revisarla enseguida; mañana, por ejemplo, aunque tenga que posponer otros compromisos. El suyo es un caso muy especial.

David extendió su brazo y cogió la mano de Debra.

—¿De acuerdo, querida? —le preguntó.

—De acuerdo, David —respondió ella.

Los consultorios de Ruby se hallaban en el Centro Médico que se erguía sobre el puerto y frente a la costa opuesta de Table Bay, donde el viento del sudeste deshacía las crestas de las olas, produciendo blancos estallidos, y amontonaba, sobre las lejanas playas de la bahía, densas nubes semejantes a una humareda.

Las salas estaban decoradas con buen gusto y esmero: dos paisajes originales de Pierneef, varias espléndidas alfombras de Samarcanda y un Abedah bañado de oro. Incluso la recepcionista de Ruby parecía la *hostess* de un Playboy Club, una conejita sin orejas ni cola. Evidentemente, el doctor Friedman apreciaba las cosas bellas. Aunque los esperaba, la recepcionista no pudo evitar al mirar el rostro de David que sus ojos se dilataran y sus mejillas palidieran.

—El doctor Friedman los está esperando, señor y señora Morgan. Me dijo que los hiciera pasar a los dos.

Ruby parecía otro hombre sin su próspera panza sobresaliendo fuera del cinturón de su traje de baño. Sin embargo, apretó muy cordialmente el brazo de Debra.

—¿Permitiremos que David esté presente? —le preguntó a Debra, con aire de conspirador.

—Que se quede —respondió ella. Después de la consabida historia clínica, en la que Ruby se mostró muy minucioso, éste pareció conforme, y los condujo a la sala de reconocimientos médicos. El sillón le pareció a David semejante al de un dentista. Ruby lo adaptó a las necesidades del momento y una vez que Debra se echó hacia atrás confortablemente, dirigió la luz hacia sus pupilas.

—Los ojos están perfectamente bien —dijo, por fin— y son muy hermosos. ¿No le parece, David?

—¡Maravillosos! —respondió el aludido.

Ruby enderezó a Debra en el sillón, aplicó los electrodos en su brazo y manipuló un complicado aparato electrónico.

—ECG —se aventuró a decir David.

Ruby rió entre dientes e hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No. Es un pequeño invento mío, del que me siento muy orgulloso. Aunque no es más que una variante del antiguo detector de mentiras.

—¿Otro interrogatorio? —le preguntó Debra.

—No. Ahora encenderemos diversas luces ante su cara para verificar sus reacciones subconscientes.

—Ya las sabemos de memoria —dijo Debra. Su irritación fue patente para Ruby y David.

—Puede ser. Pero se trata de una operación de rutina que debemos cumplir ineludiblemente —respondió Ruby para apaciguarla, y volviéndose hacia David agregó—: Por favor, no se acerque. Las luces son muy potentes y usted no tiene que mirarlas.

David retrocedió, mientras Ruby preparaba el mecanismo. Un rollo de papel cuadriculado comenzó a deslizarse lentamente, bajo un punzón móvil, que enseguida empezó a oscilar rítmicamente. En una pantalla separada, de cristal, un punto luminoso color verde inició un movimiento similar, dejando tras de sí una borrosa estela semejante a la cola de un cometa.

David pensó en la pantalla de radar del panel de mandos de un *jet* Mirage. Ruby apagó las luces superiores y la habitación quedó sumida en la oscuridad. Sólo subsistía el punto verde en la pantalla de cristal.

—¿Está lista, Debra? Bien. Ahora abra los ojos y mire directamente hacia delante.

Una brillante luz azul inundó, de golpe, el cuarto. El punto verde pegó un brinco, quedando su ritmo uniforme. Durante un breve lapso se movió alocadamente, pero luego volvió a moverse rítmicamente. Debra acababa de percibir el relámpago azul, aunque de un modo inconsciente. La vibración luminosa llegó a su cerebro y el dispositivo electrónico registró su reacción instintiva. El juego de luces prosiguió durante veinte minutos. Ruby variaba de vez en cuando la intensidad de la luz y los enfoques. Por último, se dio por satisfecho y encendió las luces de la habitación.

—¿Y? —le preguntó Debra, animada—. ¿Aprobé el examen?

—No hacen falta más pruebas —respondió Ruby—. Todo salió espléndidamente y de acuerdo con nuestras previsiones.

—¿Puedo irme ahora?

—Sí. Vayan a almorzar. Pero esta tarde tienen que ver al radiólogo. Mi recepcionista arregló la entrevista, creo, para las dos y media. Le aconsejo que la vea enseguida para que le confirme personalmente la hora exacta.

Ruby anuló hábilmente todos los esfuerzos de David para quedarse a solas con él.

—Apenas conozca el resultado de las radiografías se lo haré saber. Aquí le anotaré la dirección del radiólogo. —Ruby garrapeó unas palabras en su recetario y entregó la hoja a David. La frase rezaba: «Venga a verme mañana por la mañana, *solo*».

David asintió con la cabeza y tomó a Debra del brazo. Luego miró fijamente a Ruby, esforzándose por descubrir alguna reacción en su rostro, pero el facultativo se limitó a encogerse de hombros y a poner en blanco sus ojos, como un comediante de *music hall* que desea reflejar perplejidad.

El *brig* almorzó con ellos en la *suite* del Mount Nelson, porque David seguía sintiéndose incómodo en los salones públicos.

El general extrajo del fondo de sí mismo cierto encanto secreto, como si pensara que debía ayudarles de alguna manera y los hizo reír de buena gana al contarles varias anécdotas relacionadas con la infancia de Debra y la vida de su familia, después de la partida de América. David sintió un profundo agradecimiento hacia él. Tan rápidamente pasó el tiempo que tuvo de urgir a Debra para llegar a tiempo a la cita.

—Escucha, querida: usaré dos técnicas contigo...

«¿Por qué será que los hombres de más de cuarenta años la tratan como a una niña de doce?», se preguntó David.

—Primero sacaremos cinco, a la manera de las fotos policiales: de frente, de atrás, de los dos costados y de arriba.

El radiólogo era un hombre de tez rojiza, cabellos grises, manos enormes y hombros tan amplios como los de un luchador profesional.

—No es necesario que te desvistas... —dijo riendo entre dientes. No obstante, David creyó advertir un dejo de frustración en su voz—. Después tendremos que afrontar la terrible tarea de fotografiar el interior de tu cabeza mediante una serie de tomas de movimiento, o sea, realizaremos una tomografía. Será necesario sujetar tu cabeza para que se mantenga firme. La cámara describirá un círculo a tu alrededor, pero enfocando siempre el punto que nos interesa. Registraremos cuanto ocurre en tu linda cabeza.

—Espero que no se sorprenda usted demasiado, doctor —le dijo Debra.

El radiólogo pareció confundido durante un momento, pero enseguida prorrumpió en una alegre risotada. Más tarde, David le oyó contar muy complacido el episodio a la enfermera.

El asunto resultó muy aburrido.

Mientras regresaban en coche al hotel, Debra, aproximándose a David, le dijo:

—¿Volveremos enseguida a Jabulani?

—Lo más pronto posible —respondió él.

A regañadientes aceptó David la presencia del *brig*, quien in-

sistió en asistir a su entrevista con Ruby Friedman. Aquélla fue una de las pocas veces en que David le mintió a su esposa, a quien dijo que tenía que hablar con los contadores del grupo Morgan.

Debra, que se hallaba tendida al sol, enjuta, bronceada y encantadora, junto a la piscina del hotel, lucía una bikini color verde cuando él se marchó.

Ruby Friedman, sentado ante su escritorio y enfrente de ellos, adoptó un tono brusco y profesional y fue directamente al grano:

—Caballeros, ha surgido un problema, un terrible problema. Primeramente les mostraré las radiografías para ilustrar lo que enseguida les explicaré. —Ruby hizo girar su sillón y, una vez frente al visor, encendió una luz que otorgó un extraordinario relieve a las radiografías. —Éstas son las placas que me envió Edelman desde Jerusalén. En ellas podemos apreciar debidamente el fragmento de granada —nítida y triangular, la partícula de acero aparecía incrustada en la borrosa estructura ósea—. Aquí se ve claramente su trayectoria a través del quiasma óptico. El desgarró y la fragmentación del hueso son evidentes. El diagnóstico primitivo de Edelman, basado en estas placas y en la incapacidad de captación de la luz y las formas, parece confirmarse. El nervio óptico está seccionado. De modo que en tal sentido no hay nada que agregar —mediante un rápido movimiento Ruby aflojó los sujetadores de las placas y reemplazó éstas por otras—. Aquí tenemos la segunda serie de placas obtenidas ayer. Ante todo observen en qué forma se ha consolidado y enquistado el fragmento de granada —el claro contorno anterior se había suavizado a causa de una excrecencia ósea surgida a su alrededor—. He aquí un hecho positivo y muy deseado. Sin embargo, en el canal del quiasma hallamos otra excrecencia que puede dar lugar a un sinnúmero de interpretaciones. Podemos pensar en una cicatriz, en una acumulación de partículas óseas o en algún tipo de excrecencia benigna o maligna. —Ruby colocó otra serie de placas en el visor. —Finalmente, en esta tomografía, producto de una técnica distinta, percibimos claramente los contornos de tal excrecencia, que parece adaptarse a la forma del canal óseo del quiasma, excepto aquí —y Ruby rozó con su dedo una pequeña muesca semicircular, abierta en el extremo superior de la excrecencia—. Esta pequeña mácula corre a lo largo del eje principal del cráneo, pero arriba gira al modo de una U invertida. Quizás éste sea el mayor descubrimiento que hemos efectuado.

Ruby apagó la luz del visor.

—No entiendo ni jota de eso —dijo el *brig* con voz chillona,



porque le molestaba que alguien de otra especialidad lo colocara en una posición desairada.

—Tiene usted razón —dijo Ruby con voz suave—. Éste ha sido, simplemente, el prólogo de mi exposición —y volviendo junto a su escritorio cambió de actitud. El disertante acababa de transformarse en una autoridad en la materia—. He aquí mis conclusiones: Es evidente que el nervio óptico funciona en cierta medida y que transmite algún estímulo al cerebro. Por lo menos una parte de él se halla intacta. El problema estriba en saber hasta qué punto reacciona y si tal reacción puede ser acrecentada. Es posible que el fragmento de granada haya atravesado el nervio... o cortado tres, cuatro o cinco de las seis fibras que lo componen. Eso no lo sabemos exactamente. Pero lo que sí sabemos es que una lesión de tal naturaleza es irreversible. En suma, es posible que lo que subsiste del nervio no sea más de lo que hasta ahora demuestra ser, o sea, muy poca cosa.

Ruby hizo una pausa. Los dos hombres, sentados enfrente de él, se inclinaron hacia delante y lo miraron atentamente.

—Ésa es la faz sombría del asunto... Si resulta cierta, entonces Debra está verdaderamente ciega y seguirá estándolo el resto de su vida. No obstante, enfocando el asunto desde otro ángulo, es posible conjeturar que el nervio óptico en sí mismo haya sufrido muy poco o nada en absoluto. Quiera Dios que así sea.

—Entonces, ¿por qué no ve? —inquirió David irritado y molesto por tales palabras, acosado como aquel toro que un día lejano había visto en un redondel—. Debe usted optar por una u otra hipótesis.

Por primera vez los ojos de Ruby penetraron más allá de la máscara inexpresiva y llena de cicatrices de David y captaron en los ojos de éste, azules como los cañones de acero de un rifle, la herida que sus palabras acababan de inferirle.

—Perdón, David. Temo que, atraído por las extrañas circunstancias que lo rodean, he enfocado este caso desde un ángulo puramente académico en lugar de hacerlo desde su particular punto de vista. Por eso ahora hablaré sin rodeos —y echándose hacia atrás en su asiento prosiguió—: Hace un momento les mostré la muesca que interrumpe la línea del quiasma. Y bien, creo que se trata del propio nervio que, desplazado de su posición normal, retorcido y aplastado por varios fragmentos óseos y por una partícula metálica —como una manguera oprimida por un objeto— se ha visto impedido de transmitir estímulos al cerebro.

—¿Y los golpes que recibió en la sien...?

—Bueno, es posible que hayan alterado la posición primitiva de tales fragmentos óseos o del mismo nervio en una medida apenas suficiente para que éste transmita débiles estímulos al cerebro. Tal como la manguera, librada en ínfima medida del peso que la oprime, dejaría pasar muy poca agua mientras no se la liberase totalmente.

Durante un momento los tres guardaron silencio y meditaron sobre tan grata posibilidad.

—¿Cree usted que sus ojos están en buenas condiciones? —preguntó, finalmente, el *brig*.

—Perfectamente bien —respondió Ruby, subrayando sus palabras con un movimiento afirmativo de cabeza.

—¿Podría usted demostrarlo? Mejor dicho, ¿qué haría usted inmediatamente? —le preguntó David con voz serena.

—Sólo cabe un procedimiento: ir directamente a la zona exacta del trauma.

—¿Quiere usted decir que hay que operar? —le preguntó David—. ¿Abriría usted el cráneo de Debra?

El espanto que David experimentó sólo se reflejó en sus ojos.

—Por supuesto —respondió Ruby.

—Su cabeza... —a David se le puso la carne de gallina cuando pensó en cierto implacable bisturí. De pronto imaginó el bello rostro de Debra terriblemente mutilado y sus hermosos ojos ciegos impregnados de angustia—. Su cara... —su voz temblaba ahora—. No... No permitiré que usted corte su cara, que la arruine como arruinaron la mía...

—¡David! —la voz terrible del *brig* sonó como un trozo de hielo que se resquebraja.

David se hundió en el asiento.

—Comprendo sus sentimientos —dijo Ruby, cuya voz suave contrastó notablemente con la del *brig*—. Pero no se alarme. Cortaremos a partir del nacimiento del cabello y hacia atrás. De modo que no quedará desfigurada. La cicatriz permanecerá bajo su pelo cuando éste vuelva a crecer. Además, la incisión será muy pequeña.

—No quiero que sufra más. —David se esforzó por dominar su voz, pero su emoción era evidente. —Ya ha sufrido demasiado, ¿me entiende?

—Está en juego su visión —prorrumpió el *brig*, otra vez con un tono duro y frío—. Un pequeño dolor no es gran precio.

—Apenas sufrirá, David. Menos incluso que si la operásemos de apendicitis.

Nuevamente guardaron silencio. Los dos hombres mayores observaban al más joven, torturado por la duda.

—¿Qué posibilidades hay de un buen resultado? —preguntó David, mirando a Ruby en demanda de auxilio y esperando que alguien decidiera por él, que otro asumiera la responsabilidad.

—Es imposible predecir el resultado —respondió Ruby, moviendo la cabeza.

—¡Oh, Dios mío...! ¿Cómo puedo decidir, si desconozco los términos de la alternativa? —exclamó David.

—Muy bien. Me explicaré. Es posible, no probable, que recobre parcialmente la vista —Ruby escogía las palabras cuidadosamente— y también existe la remota posibilidad de que recupere toda o casi toda la facultad de ver.

—Eso es lo mejor que puede ocurrir —asintió David—. ¿Qué sería lo peor?

—Lo peor que podría ocurrir es que no sucediera nada. De todas maneras, el dolor físico será insignificante.

David saltó de su asiento y cruzó el cuarto en dirección de las ventanas. Por una de ellas miró hacia la gran bahía, donde estaban anclados varios barcos-cisterna, y luego, más allá, hacia las lejanas colinas del Tygerberg, que se recortaban como un humo azul en el cielo claro.

—Ya conoce usted la alternativa, David —dijo el *brig*, implacable, sin darle cuartel y conminándole a afrontar su destino.

—Está bien —dijo David, rindiéndose por fin y aproximándose a los otros—. Acepto, pero con una condición ineludible: Debra no debe saber en modo alguno que existe la posibilidad de que recupere la vista.

Friedman hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Ella debe saberlo.

El bigote del *brig* se erizó instantáneamente.

—¿Por qué no quiere usted que lo sepa?

—Usted conoce perfectamente el motivo —respondió David sin mirarlo.

—¿Cómo vamos a llevarla a la mesa de operaciones sin darle ninguna explicación? —dijo Ruby.

—Ella tiene frecuentes jaquecas. Le diremos que usted ha descubierto una excrecencia en su cabeza que es necesario extirpar... De modo que no le mentiremos.

—No —dijo Ruby, sacudiendo la cabeza—. No puedo decirle tal cosa. No quiero engañarla.

—Bien, entonces se lo diré yo —dijo David, con voz firme y

resuelta—. También me encargaré de comunicarle el resultado, bueno o malo, de la operación. En todos los casos seré yo quien la ponga al tanto de lo ocurrido. ¿De acuerdo?

Después de un instante de silencio, Ruby y el *brig* asintieron mediante sendos movimientos de cabeza y murmuraron su aceptación de las condiciones establecidas por David.

David le ordenó al chef del hotel que preparase un canasto con viandas para un picnic y al encargado del bar una heladera portátil con dos botellas de champaña.

Aunque estaba ansioso por elevarse en el espacio, necesitaba consagrarse a Debra. De modo que, reprimiendo de mala gana su deseo de volar, tomó con Debra el funicular que circulaba entre los escarpados acantilados de Table Mountain. Desde la estación superior se dirigieron de la mano por un estrecho sendero que atravesaba la meseta, a un solitario lugar situado al borde del acantilado. Allí se sentaron, mucho más arriba de la ciudad y del inconmensurable océano.

Desde setecientos metros más abajo de donde se encontraban, llegaban hasta ellos los ruidos urbanos, débiles y dislocados, en alas del viento interminable o rebotando contra las paredes rocosas de los cañones: la bocina de algún automóvil, el estridente chirrido de las locomotoras en las agujas, el llamamiento del almuecín convocando a los fieles del Islam a la oración, los distantes chillidos de los escolares al salir del aula...

Sin embargo, todos aquellos ruidos humanos parecían acentuar su soledad. La brisa, que soplaba del sudeste fresca y pura, contrastaba con la atmósfera sucia de la ciudad.

Mientras bebían champaña, muy juntos, David meditaba acerca de su decisión. Se hallaba a punto de hablar cuando Debra, anticipándose a sus palabras, dijo:

—¡Qué bello es vivir y amar, querido! Tú y yo somos muy felices, ¿no es cierto?

Él emitió un sonido gutural, al parecer de aprobación, pero no se atrevió a hablar. Por último dijo:

—Si pudieras modificar tu destino, ¿harías algún cambio?

Ella se echó a reír.

—¡Oh, por supuesto! Nadie está enteramente satisfecho de su vida, a menos que sea un muerto que camina... Yo, por ejemplo, modificaría algunos detalles. Pero no lo principal: nuestro amor.

—¿Qué cambiarías?

—Entre otras cosas, mi estilo. Me agradaría escribir mejor.

Nuevamente callaron, mientras bebían champaña.

—El sol está descendiendo rápidamente —dijo David.

—Descríbelo —le exigió ella.

David trató de hallar palabras dignas de los colores que fluctuaban sobre las nubes y del océano que rielaba y despedía reflejos cegadores bajo los postreros rayos de oro y sangre del sol. Pero se detuvo impotente en medio de una frase.

—Hoy vi a Ruby Friedman —dijo intempestivamente, al no encontrar las palabras que buscaba.

Ella se aproximó aún más a él, como solía hacerlo en ocasiones semejantes: como un tímido animal salvaje, paralizado de miedo, al percibir el olor de un temible depredador.

—Eso me da mala espina —dijo ella, por fin.

—¿Por qué? —le preguntó él instantáneamente.

—Porque me trajiste aquí para hablarme de eso... y porque estás asustado.

—No —respondió David.

—Sí, lo siento en el aire muy claramente: estás asustado por mí.

—No estoy asustado —David trató de tranquilizarla—, sino simplemente un poco preocupado. Eso es todo.

—Dime la verdad.

—Se trata de una pequeña excrescencia. No es peligrosa. Pero ellos consideran que hay que hacer algo al respecto.

La explicación, tan cuidadosamente preparada, surgió a borbotones de sus labios. Durante un momento, Debra guardó silencio. Luego le preguntó:

—¿Es necesario, absolutamente necesario extirparla?

—Sí —respondió David.

Debra asintió con la cabeza y, para demostrarle que confiaba plenamente en él, le sonrió y apretó su brazo.

—No te alarmes, David, querido. Todo saldrá bien. Nadie podrá nada contra nosotros, porque en nuestro mundo particular somos invulnerables.

Ahora era ella quien se esforzaba por animar al más abatido de los dos.

—Por supuesto, todo saldrá bien —dijo David atrayéndola hacia sí tan bruscamente, que derramó un poco de champaña de su copa.

—¿Cuándo será? —le preguntó Debra.

—Mañana iremos al hospital. Entonces te prepararán para el día siguiente.

—¿Tan pronto?

—Pienso que es mejor terminar con esto de una vez.

—Sí. Tienes razón.

Debra apartó su cabeza de él para beber el champaña, asustada, a pesar de su reciente alarde de coraje.

—¿Abrirán mi cabeza?

—Sí —dijo él.

Debra, pegada a su cuerpo, comenzó a temblar.

—Es una operación sencilla —dijo David.

—Por supuesto; es muy sencilla —convino ella con rapidez.

Súbitamente, a cierta altura de la noche, David se despertó e instantáneamente tuvo la certeza de que se hallaba solo, de que ella no estaba, enroscada y tibia, durmiendo a su lado.

A toda prisa se deslizó fuera del lecho y, cruzando la habitación, se dirigió al cuarto de baño. Al hallarlo vacío se encaminó sin hacer ruido al recibidor de la suite y encendió la luz.

Al oír el golpe seco producido por el conmutador, Debra volvió la cabeza hacia otra parte, aunque no con la rapidez necesaria para evitar que él viera las brillantes lágrimas color gris perla que rodaban por sus mejillas.

David avanzó hacia ella rápidamente.

—Querida...

—No podía dormir... —dijo Debra.

—No importa.

David se arrodilló junto al sofá en que ella estaba sentada, pero no la tocó.

—Soñé... —dijo ella—, soñé que estabas nadando en una charca de agua clara. De pronto, al mirar tú hacia arriba y llamarme, vi tu amado rostro, hermoso y sonriente... —David se estremeció de angustia al pensar que el David que ella había visto en su sueño era el de antes, o sea, «el hermoso David de sus sueños», y no la monstruosa piltrafa que él era ahora. —De pronto comenzaste a hundirte; poco a poco te fuiste sumergiendo y tu rostro se fue esfumando... —la voz de Debra vaciló y se quebró. Durante un momento guardó silencio—. Fue un sueño espantoso... Yo empecé a gritar y traté de correr hacia ti, pero, impotente y petrificada, te vi desaparecer bajo las aguas, que se oscurecieron. De pronto me desperté. Mi cabeza era un antro oscuro, envuelto en una niebla negra, que giraba vertiginosamente en mi interior.

—No fue más que un sueño —dijo David.

—David —susurró ella—. Si mañana... si mañana ocurre algo...

—No pasará nada —dijo él casi gruñendo.

Entonces ella levantó una mano y tocó el rostro de David, y al dar con sus labios, la detuvo allí para imponerle silencio.

—Pase lo que pase —dijo Debra—, recuerda la época en que fuimos felices. No olvides que siempre te he amado.

El hospital Groote Schuur se yergue en la parte inferior de las laderas del Pico del Diablo, una elevada montaña cónica separada del macizo del Table Mountain por una profunda garganta. Su cumbre es de piedra gris. Debajo se suceden los oscuros pinares y las verdes laderas de la extensa hacienda que Cecil John Rhodes legó a la nación. Numerosos rebaños de ciervos y antílopes pacen apaciblemente en los grandes espacios libres. El viento del sudeste arrastra continuamente nubes que, impulsadas por el viento, parecen flamear como gallardetes sobre la cresta de la montaña.

El hospital es un imponente complejo de edificios de una blancura deslumbrante, construido con sólida piedra tallada y coronado por techos de tejas rojas.

Ruby Friedman había ejercido toda su influencia para poner a Debra en un cuarto individual. Al llegar fueron recibidos por la enfermera del piso, que los estaba esperando. Enseguida se llevaron a Debra, y David se sintió solo y desamparado. Pero hacia el atardecer la vio sentada en su cama, luciendo una suave chaqueta de cachemira que él le había regalado y rodeada por las numerosas flores que pidió para ella.

—Huelen maravillosamente —le dijo Debra, agradecida—. Es como si estuviera en un jardín.

El turbante que rodeaba su cabeza y sus ojos serenos y dorados, que parecían clavados en una lejana imagen, le daban un aire exótico y misterioso.

—Te han afeitado la cabeza.

David experimentó una ligera desazón, porque no había previsto que ella tuviera que sacrificar también su reluciente y sedosa cabellera negra. Aquél era el golpe de gracia, la indignidad final. Debra pareció compartir tal sentimiento, ya que, en vez de referirse a ello, le dijo, muy alegremente, que se comportaban magníficamente con ella y se esforzaban por animarla.

—Me tratan como a una reina —concluyó riendo.

El *brig*, que se hallaba junto a David, desentonaba en aquel ambiente, con su aire hosco y reservado. De tal manera perdieron los dos su espontaneidad ante él, que la llegada de Ruby Friedman implicó un alivio para ambos. El agradable y bullan-

guero doctor se excusó ante Debra por los inconvenientes que ésta había tenido que soportar.

—La enfermera me ha dicho que ya te han afeitado y que estás preparada. Por desgracia, debo decirte que no puedes comer ni beber nada, excepto los somníferos que te receté.

—¿Cuándo me llevarán al quirófano?

—Muy temprano. Abajo ya está todo dispuesto para mañana a las ocho de la mañana. Estoy muy contento, porque te operará Billy Cooper. Tuvimos mucha suerte al conseguir que aceptara. Bueno, me debe algunos favores. Yo estaré a su lado y, además, será secundado por uno de los mejores equipos.

—Escuche, Ruby: a algunos hombres se les permite acompañar a sus esposas internadas...

—Sí —dijo Ruby, un tanto indeciso. Al parecer, las palabras de Debra lo tomaron desprevenido.

—¿No podría David presenciar la operación? Así estaríamos juntos en el momento decisivo. Se lo pido en nombre de los dos.

—Con el mayor respeto, querida, debo decirte que en este caso no se trata de un parto.

—¿No puede usted disponer que se le permita entrar al quirófano? —le suplicó Debra.

La elocuencia de sus ojos y la expresión de su rostro hubieran conmovido al corazón más duro.

—Lo siento —dijo Ruby, negando con la cabeza—. Es completamente imposible —pero enseguida la consoló—: Sin embargo, puedo hacer otra cosa, tratar de que se le permita el acceso al aula de los estudiantes. Será casi lo mismo. En realidad, desde allí podrá seguir la operación mejor que en el propio quirófano, ya que transmitiremos, para ese lugar únicamente, por circuito cerrado de televisión.

—¡Oh, hágame el favor! —dijo Debra, aceptando inmediatamente el ofrecimiento—. Me gustaría que estuviéramos cerca uno de otro y conectados de alguna manera. ¿No es cierto, querido, que deseamos estar siempre juntos? —y sonrió con el rostro vuelto hacia donde creía que se hallaba David.

Pero como éste se había desplazado hacia un lado, la sonrisa de Debra no encontró a su destinatario.

Aquel gesto de Debra le dolió hondamente a David.

—¿Estarás allí mañana, David?

Aunque el hecho de ver un bisturí en acción le revolvió el estómago, David hizo un esfuerzo para contestarle:

—Sí. Estaré allí.



A punto estuvo de añadir «siempre», pero se contuvo a sí mismo abruptamente.

A esa hora temprana sólo había dos estudiantes en la reducida aula, donde los alumnos se sentaban en dos filas semicirculares de mullidas butacas ante un pequeño televisor: una muchacha gorda de bonito rostro y pelo semejante al de un perro lanudo y un joven alto, de tez pálida y dientes deteriorados. De los bolsillos de sus chaquetas de hilo blanco pendían, con calculado descuido, sus estetoscopios.

Después de dirigir una breve mirada de asombro a David, los dos estudiantes se olvidaron de él y comenzaron a charlar en su jerga médica.

—Cooper explorará el parietal...

—Algo que verdaderamente me interesa...

La muchacha no hacía más que fumar Gauloises azules. La sala, sin ventilación alguna, hedía a tabaco. El humo irritó aún más los ojos de David, que antes de entrar allí ya los sentía como en carne viva e inflamados por haber dormido poco.

David miraba continuamente su reloj, mientras imaginaba a Debra sometida en el último momento a vejámenes tales como la limpieza interna y externa de su cuerpo, la bata y las inyecciones sedantes y antisépticas.

Los minutos transcurrían lentamente...

De pronto la pantalla se iluminó y el televisor comenzó a zumbar. La imagen tembló un instante y luego se estabilizó en una panorámica del quirófano. La transmisión era en color. El matiz verde de los guardapolvos que se movían en torno a la mesa de operaciones se confundía con el verde más apagado de las paredes del quirófano. Como la cámara enfocaba desde lo alto, las figuras sólo se veían en parte. Los micrófonos captaron los cuchicheos y las entrecortadas frases intercambiadas por el cirujano y el anestesista.

—¿Todo listo, Mike?

David sintió una especie de náusea, proveniente de la boca de su estómago, y lamentó no haber desayunado. El alimento hubiese llenado el vacío existente debajo de sus costillas.

—Bien —dijo el cirujano. Su voz sonó agudamente cuando se volvió hacia el micrófono—. ¿Estamos ya en pantalla?

—Sí, doctor —respondió la enfermera.

Con un tono de resignación el cirujano se dirigió a su invisible auditorio:

—Perfectamente... La paciente es una mujer de veintiséis años. Los síntomas: pérdida total de la vista en ambos ojos. La causa: supuesto deterioro del nervio óptico o contracción del mismo en el quiasma óptico o sus proximidades. Haremos una exploración quirúrgica en el área afectada. Actúa el médico cirujano William Cooper, secundado por el doctor Ruben Friedman.

Mientras tanto la cámara se había desplazado sobre la mesa de operaciones.

Súbitamente David comprobó, asombrado, que había estado mirando todo el tiempo a Debra, sin darse cuenta de ello. El rostro de ésta y la mitad inferior de su cabeza aparecían oscurecidos por varias capas de gasas esterilizadas. Sólo se hallaba al descubierto el cráneo afeitado, semejante a un balón o a un huevo: forma inhumana bañada en antiséptico, que relucía bajo las potentes luces superiores.

—Por favor, enfermera, el escalpelo.

David, rígido en su asiento, se inclinó hacia delante. De tal manera se aferraron sus manos a los brazos de la butaca que sus nudillos palidieron, en tanto Cooper efectuaba la primera incisión, deslizando la hoja de acero a través de la suave piel de la paciente. Al abrirse la carne, comenzaron a brotar gotas y pequeños chorros de sangre de los minúsculos vasos sanguíneos. Las impersonales manos del cirujano, cubiertas con guantes de goma amarillos, se movían, sin embargo, ágilmente y con firmeza.

Una tira ovalada de piel y carne fue impelida hacia atrás, dejando al descubierto un hueso reluciente. Nuevamente sintió David un gran escozor cuando el cirujano echó mano de un taladro manual semejante al de un carpintero. Con voz impersonal siguió comentando Cooper el proceso, mientras iniciaba la trepanación. Mientras giraba la manivela, el reluciente acero penetraba rápidamente en el hueso. De ese modo perforó un redondo agujero en cada una de las cuatro esquinas del mismo.

—Por favor, enfermera, déme el elevador periostial.

De nuevo sintió David una contracción en su estómago cuando el cirujano metió el brillante introductor de acero en uno de los cuatro agujeros. Después de varias maniobras suaves la punta del instrumento apareció por la segunda perforación. Mediante el introductor, Cooper pasó una afilada sierra, delgada como un alambre de acero, por debajo del hueso y con salida por los dos agujeros. Acto seguido, tirando alternativamente de uno y otro extremo aserró el hueso. Cuatro veces repitió la operación, aserrando por sus cuatro costados la cuadrada superficie ósea.

Cuando por último levantó el trozo, ya suelto, de hueso, pareció que abría una trampa de acero al cráneo de Debra.

Mientras el cirujano trabajaba, David sintió subir desde la parte inferior de su estómago un nudo que, finalmente, llegó a su garganta. Brillantes gotas de sudor frío, provocadas por las náuseas, brotaron de su frente. Sin embargo, su horror se convirtió en asombro cuando al atisbar la cámara por la abertura del cráneo apareció en la pantalla una masa amorfa y pálida, recubierta por la recia membrana llamada duramadre, o sea, el encéfalo de Debra.

Con mano diestra hizo Cooper una incisión en la duramadre.

—Aquí tenemos el lóbulo frontal, que desplazaremos, para explorar la base del cráneo.

Rápidamente, pero con gran pericia y esmero, y utilizando un retractor de acero inoxidable, similar a un calzador, levantó Cooper el cerebro y lo corrió hacia un lado. Mientras miraba fijamente el cerebro de Debra, David tuvo la impresión de que estaba escrutando la esencia de su ser, ahora vulnerable y a la vista de todos, o sea, lo que hacía de ella el ser que era.

¿En qué parte de aquella masa suave y pálida se asentaría su genio literario? ¿En cuál de sus numerosos pliegues y repliegues se alojaría su rica imaginación? ¿En qué lugares secretos se nutrirían su amor por él y su risa, y en qué oculto valle de esa materia se originarían sus lágrimas?

Aquel insondable misterio lo mantenía en vilo, mientras el retractor exploraba cada vez más profundamente y la cámara se acercaba con lentitud a la abertura para enfocar el interior del cráneo.

Cooper abrió la duramadre en su límite extremo y comentó:

—Ésta es la curva interior del seno esfenoidal... Obsérvenla bien, porque será el punto de acceso al quiasma...

David advirtió una gran tensión en la voz del cirujano mientras sus manos se movían lenta pero firmemente hacia su objetivo.

—He aquí algo muy interesante... Por favor, enfoquen esto. Quiero que salga en pantalla. ¡Hola! Evidentemente se trata de una deformación ósea... —el tono de su voz demostró su satisfacción.

Los dos estudiantes sentados junto a David lanzaron sendas exclamaciones y se inclinaron aún más hacia delante.

David vio un tejido suave y húmedo y, en el fondo de la herida, una superficie consistente y brillante, sobre la que convergie-

ron simultáneamente las cabezas de varios instrumentos de acero, como un grupo de abejas metálicas sobre los estambres de una flor rosada y amarilla. Cooper empezó a raspar el hueso hasta que dio con el fragmento de granada.

—He aquí el cuerpo extraño... Escuche, enfermera, ¿podemos echar otra mirada a las radiografías?

La cámara se desplazó bruscamente hacia el visor de radiografías. Los dos estudiantes volvieron a asombrarse. La muchacha aspiró afanosamente el hediondo humo de su Gauloise.

—Muchas gracias.

La cámara volvió nuevamente a la mesa de operaciones. Ahora David veía perfectamente el oscuro fragmento de granada incrustado en el hueso.

—¿Qué opina, doctor Friedman? ¿Lo extraemos?

—Sí. Creo que debe extraerlo.

Delicadamente los largos y angostos insectos de acero empezaron a morder en torno del oscuro fragmento. Cuando éste salió de su nicho, Cooper lanzó un gruñido de satisfacción. Con mucho cuidado lo retiró del hueso. David oyó nítidamente el ruido metálico que produjo el fragmento al caer en un recipiente.

—¡Magnífico! ¡Magnífico! —exclamó Cooper, animándose a sí mismo, mientras taponaba con cera de abeja el agujero en que había estado incrustado el fragmento para evitar una hemorragia—. Ahora buscaremos los nervios ópticos.

Éstos parecían dos gusanos blancos. David los veía con toda claridad. Avanzando separadamente, convergían en la abertura del canal óseo, donde se unían y desaparecían.

—Esta extraña excrecencia ósea tiene mucho que ver con el cuerpo extraño que acabamos de extraer. Al parecer está bloqueando el canal y ha estrujado o seccionado el nervio. ¿Qué aconseja usted, doctor Friedman?

—Yo extirparía esa excrecencia para ver qué deterioro ha producido en el nervio de esa área.

—Excelente idea. Enfermera, necesito un buen recortador de hueso.

Después de otra rápida selección y una hábil manipulación de diversos instrumentos de acero, Cooper comenzó a trabajar en la blanca excrecencia ósea, semejante a un coral de los mares tropicales en miniatura.

Con mucho cuidado fue recortando la excrecencia con el afilado instrumento de acero y quitando cada partícula extraída del hueso.

—Esta esquirla fue incrustada en el canal por el fragmento de acero. Es muy grande y, oprimida por un peso considerable, se consolidó allí.

Cooper siguió trabajando con esmero. Paulatinamente, desde debajo de la excrecencia, fue apareciendo el nervio, similar a un gusano blanco.

—¡Vean qué interesante! —dijo excitado—. Sí, miren esto... Por favor, acerque la cámara —la cámara se aproximó ligeramente y corrigió el enfoque—. El nervio fue impelido hacia arriba y aplastado por un cuerpo extraño. Su contracción es evidente. Sin embargo, aunque achatado, se halla intacto.

Al levantar Cooper otra porción de hueso, el nervio surgió a la luz en toda su longitud.

—He aquí un hecho notable, que creo se ha de dar solamente en uno de cada mil o cada millón de casos semejantes. Al parecer el nervio no ha sufrido daño alguno. Sin embargo, el fragmento pasó tan cerca de él que necesariamente debió de rozarlo.

Delicadamente Cooper levantó el nervio con el extremo romo de una sonda.

—Completamente intacto, aunque aplanado. ¿Cree usted, doctor Friedman, que está atrofiado en alguna medida?

—Pienso que podemos confiar plenamente en su total recuperación.

A pesar de las máscaras, el aire triunfal de ambos médicos se traslució en sus ojos. Al observarlos, David sintió que dentro de él luchaban encontradas emociones.

Abrumado bajo un peso extraño, David siguió los movimientos de Cooper. Éste volvió a colocar en su lugar la porción de cráneo que había extraído. Una vez suturada la parte de cuero cabelludo cortada para la operación, no quedó vestigio alguno que diera la pauta de la extensión y profundidad de la herida. La cámara se desplazó hacia otro quirófano, donde una niña debía ser intervenida a causa de una abultada hernia. El interés de los estudiantes convergió en aquel nuevo caso.

David se puso de pie y abandonando el aula se introdujo en el ascensor. En la sala de espera del piso de Debra aguardó hasta que se abrieron de nuevo las puertas del ascensor. Dos enfermeros vestidos de blanco empujaron la camilla rodante por el pasillo, en dirección al cuarto de Debra. Ésta se hallaba mortalmente pálida. Sus ojos y sus labios daban la impresión de estar magullados. Su cabeza, cubierta de vendas, parecía envuelta en un turbante. En la sábana que la cubría se veía una mancha de

sangre parda y seca. La camilla dejó tras de sí una estela de olor a anestésico.

Poco después apareció Ruben Friedman, pero no con su indumentaria de cirujano, sino luciendo un costoso y ligero traje de pelo de camello y una corbata Dior, de seda, que costaba veinte guineas. Bronceado y saludable, parecía regodearse en su proeza.

—¿Vio la operación? —le preguntó a David.

Al responderle éste afirmativamente, agregó, eufórico:

—Fue extraordinaria, ¿no? —y se frotó las manos, satisfecho, mientras reía entre dientes—. ¡Dios mío!, una cosa semejante lo hace sentirse a uno espléndidamente bien y lo induce a pensar que, aunque no vuelva a hacer nada más en su vida, ésta ya se justifica plenamente.

Incapaz de contener su entusiasmo le asestó en broma a David un aparatoso puñetazo en la espalda.

—Extraordinaria —repitió, paladeando la palabra.

—¿Cuándo sabrá usted el resultado? —le preguntó David serenamente.

—Ya lo conozco... y estoy dispuesto a arriesgar mi reputación científica en tal sentido.

—¿Se hallará en condiciones de ver cuando se recobre de los efectos de la anestesia?

—¡Por Dios, no! —dijo Ruby, ahogando su risa—. El nervio ha estado contraído durante varios años. Por consiguiente, deberá pasar un tiempo prudencial para que se recobre.

—¿Cuánto?

—¿Qué pasa cuando se nos duerme una pierna después de haber estado sentados en una mala posición? Al volver la sangre a ella sigue entumecida y hormiguea durante cierto lapso hasta que se normaliza la circulación.

—¿Cuánto? —insistió David.

—Cuando ella despierte el nervio funcionará alocadamente y empezará a enviar toda suerte de mensajes incoherentes a su cerebro: verá formas y colores extraños, como si estuviera drogada. Sólo después de cierto tiempo, dos semanas, quizás un mes, verá con claridad. Recobrado el nervio plenamente, trabajará entonces de forma normal.

—Dos semanas —dijo David, como un condenado a muerte que escuchara con alivio el anuncio de la suspensión temporal de su sentencia.

—Por supuesto, ya puede comunicarle la buena nueva —dijo Ruby nuevamente y se dispuso a aplicarle otro simulado puñeta-

zo en la espalda. Pero de pronto se contuvo—. ¡Qué suerte maravillosa tiene usted al poder darle esa noticia!

—No —respondió David—. Todavía no...

—Tendrá usted que explicarle la primera visión que ella capte. Los colores y las formas de sus alucinaciones la perturbarán.

—Le diremos que así son los primeros efectos postoperatorios y dejaremos que se adapte por sí misma a su nueva situación.

—David, yo... —comenzó a decir Ruby, pero calló brusca- mente al percibir un salvaje resplandor azul en los ojos que lo observaban desde la máscara llena de cicatrices.

—De acuerdo con lo convenido —dijo David, tan furiosamente que Ruby dio un paso atrás—, yo se lo diré cuando lo estime conveniente.

De pronto, en la oscuridad que la rodeaba brilló una minúscula luz ambarina, tenue y remota, que enseguida se escindió en dos como una ameba. Los dos nuevos puntos luminosos se subdividieron, dando lugar a otros que, a su vez, se separaron hasta que el universo entero se pobló de estrellas.

La luz latía y palpitaba. Vibrante y triunfalmente cambió de color varias veces, tornándose sucesivamente blanca y deslumbrante como el destello de un diamante incomparable, azul como un océano tropical bañado por el sol, verde como una floresta y dorada como las arenas del desierto. En suma, se convirtió en un juego de colores que se entremezclaban y que unas veces perdían su brillo y otras volvían a fulgurar esplendorosamente, manteniéndola cautiva.

Súbitamente todos aquellos resplandores cobraron forma concreta y empezaron a girar como gigantescas ruedas de fuegos artificiales. Después de elevarse a gran altura estallaban en ríos flamígeros que, a su vez, producían nuevas cascadas luminosas.

Ella estaba espantada de aquella multitud de formas y colores, azorada de tanta belleza. Por último, no pudiendo soportar aquello en silencio, prorrumpió en gritos. Instantáneamente, una mano fuerte, dura y familiar asió las suyas, y la voz del amado le infundió coraje y serenidad.

—¡David! —gritó, aliviada.

—Tranquilízate y descansa, querida.

—David, David... —sollozó, mientras un torrente multicolor, un aluvión insoportable por su riqueza y variedad, se derramaba sobre ella, abrumándola por su extensión y profundidad.

—Estoy aquí, a tu lado, querida.

—¿Qué me está pasando, David? ¿Qué ocurre?  
—Estás perfectamente bien. La operación fue un éxito. Tu mejoría se acentúa.  
—No veo más que colores. Nunca me ocurrió nada parecido.  
—Eso quiere decir que la operación dio buen resultado. Extirparon la excrescencia.  
—Tengo miedo, David.  
—No tienes por qué asustarte, querida.  
—No me sueltes, David. Sálvame.  
En el círculo formado por los brazos de él su miedo fue cediendo. Lentamente aprendió ella a flotar sobre las olas de aquel mar luminoso y a adaptarse a su embate paulatinamente. Finalmente las miró con asombro e intenso placer.  
—¡Qué hermosura, David! De ahora en adelante y contigo a mi lado no tendré miedo. ¡Qué maravilla!  
—Cuéntame —dijo David.  
—No puedo... Es imposible... No encuentro palabras para describir lo que veo.  
—¡Haz un esfuerzo! —dijo él.

David se hallaba solo en la *suite*. Había pasado la medianoche cuando lograron ponerlo en comunicación con Nueva York.  
—Aquí Robert Dugan... ¿Con quién hablo? —sonó la voz clara y comercial de Bobby.  
—Con David Morgan.  
—¿Con quién?  
—Con el esposo de Debra Mordecai.  
—Oh... ¿Qué tal, David? —La voz del agente se volvió más cordial. —Es un verdadero placer para mí hablar con usted. ¿Cómo está Debra?  
Evidentemente, el interés de Dugan por David estaba determinado exclusivamente por su condición de esposo de Debra.  
—Lo he llamado precisamente para hablarle de ella... Ha sido operada y se halla en el hospital.  
—Dios mío... Supongo que no será una cosa grave.  
—Está muy bien. Dentro de varios días se levantará y de aquí a un par de semanas reanudará su labor.  
—¡Magnífico! Me alegro de todo corazón.  
—Escuche, quiero que lleve adelante las gestiones relacionadas con el guión de *Un lugar propio* y que el contrato respectivo esté preparado con la mayor brevedad posible.  
—¿Lo escribirá Debra? —Dugan no cabía en sí de alegría.



—Inmediatamente.

—¡Qué maravillosa noticia!

—Espero que logre un buen contrato.

—Por supuesto, muchacho. La pequeña es un *boom* y la cosa será muy fácil. ¡Se lo aseguro!

—¿Cuánto tiempo le llevará el guión?

—Deberá trabajar con ellos durante seis meses —calculó Dugan—. El productor se halla actualmente en Roma, donde está rodando una película. Probablemente querrá que trabaje a su lado.

—¡Magnífico! —dijo David—. Le gustará Roma.

—¿La acompañará usted?

—No —respondió David cautelosamente—. No... Irá sola.

—¿Podrá arreglárselas sin su compañía? —Dugan parecía preocupado.

—De ahora en adelante no necesitará ayuda de nadie.

—Espero que así sea —dijo Dugan.

Su voz denotó sus dudas al respecto.

—Así será —respondió David abruptamente—. Pasando a otra cosa, ¿sigue en pie la invitación para que Debra pronuncie una serie de conferencias?

—Desde luego. Todo el mundo quiere oírla. Como le dije hace tiempo, Debra es más explosiva que una pistola.

—Disponga lo necesario para que realice la gira al concluir el guión.

—Muy bien, muchacho. Así se habla. Ahora empezamos a obrar con inteligencia. ¡La pequeña será un *boom*!

—Eso es lo que yo quiero —dijo David—, que sea un éxito. Hágala trabajar, ¿me oye? Que no tenga tiempo para pensar...

—La mantendré siempre ocupada —dijo Dugan. De pronto, como si hubiera advertido algo extraño en el tono de David, agregó: —¿Le ocurre algo, David? ¿Algún problema doméstico? ¿Desea hablarme de ello?

—No, no tengo nada que decirle. Simplemente le ruego que la cuide bien.

—Por supuesto, la cuidaré. —Dugan se mostraba ahora más sobrio—. Escuche, David...

—¿Qué ocurre?

—Lo siento... Sea cual fuere su problema, lo siento en el alma.

—Está bien. No me pasa nada.

David dio por terminada la conversación, porque sus manos temblaban de tal manera que dejó caer el teléfono de la mesa. Éste, que era de plástico, se rajó. Dejándolo en el suelo salió del edi-

ficio y se internó en la noche. A solas deambuló por la ciudad dormida hasta que, ya cerca del amanecer, se sintió lo suficientemente cansado para dormir.

La orgía de colores comenzó a declinar y a estabilizarse en formas móviles pero definidas, o sea, cesó en los estallidos luminosos que tanto la habían perturbado. Emergiendo del seno gris de la ceguera, que durante tantos años había taponado su cabeza como un sucio algodón, comenzó a animarse ante aquellos bellos colores, después de superar las molestias postoperatorias, que duraron varios días. Ahora experimentaba un profundo bienestar y una vaga expectativa, como no la había sentido desde su infancia, cuando esperaba, ansiosa, la llegada de los días de fiesta.

En las profundidades de su subconsciente surgió la idea, imprecisa aún, de que recobraría la vista de un momento a otro. No obstante, tal pensamiento no había llegado todavía a su conciencia. Aunque estaba segura del cambio y se sintió feliz al abandonar la oscura mazmorra de la nada y entrar en un mundo luminoso, no pensaba en otros cambios, ni en la posibilidad de que aquellos colores y fantasías se transformasen en formas reales.

Todos los días esperaba David que ella le diera a entender que estaba a punto de recobrar la vista... esperaba y temía sus palabras en tal sentido. Pero Debra nunca se refería a ello.

Hasta donde se lo permitía la rutina hospitalaria, David permanecía a su lado y atesoraba los minutos de ese lapso, escatimando su tiempo como un avaro las monedas de su decreciente caudal. Sin embargo, el entusiasmo de Debra era tan contagioso que él no podía menos que reír con ella y compartir su optimismo, cada vez que le anunciaba su inminente alta y el retorno de ambos al santuario de Jabulani.

No había en Debra duda alguna, ni sombras que empañaran su felicidad. Paulatinamente David llegó a creer que aquello no terminaría nunca, que su dicha era inmortal y que su amor sobreviviría a cualquier presión externa. Tan felices y fuertes se sentían cuando estaban juntos, a causa del burbujeante entusiasmo de Debra, que David no dudaba en absoluto de que ella recobraría la visión y aguantaría perfectamente el shock que sufriría al ver su rostro.

Sin embargo, todavía no confiaba lo suficiente en sí mismo para decirle la verdad. Al fin y al cabo, el plazo aún no había vencido. Ruby Friedman le había asegurado que dentro de dos sema-

nas ella estaría en condiciones de verlo. Por consiguiente, David consideraba que debía aprovechar hasta el último instante de aquel tiempo feliz.

En sus noches solitarias no podía dormir a causa de las innumerables y frenéticas imágenes que poblaban su cerebro. El especialista en cirugía estética le había dicho que era posible mejorar en cierta medida su horrendo rostro. Pero al pensar en el bisturí se le ponía la carne de gallina. No obstante, era posible que los médicos lo volvieran más presentable.

Al día siguiente se atrevió a arrostrar las curiosas miradas de centenares de personas en las Grandes Tiendas Stuttafords, en la calle Odderey. La joven del departamento de pelucas, una vez puesta del impacto que le produjo su cara, lo condujo a un pequeño compartimiento encortinado, donde trató de reunir el coraje suficiente para buscar una peluca que ocultase las cicatrices de su cuero cabelludo.

Al observar en el espejo su rostro rígido y deforme, coronado por aquella cabellera fina y rizada, David se rió por primera vez de sí mismo, aunque la risa tornó aún más grotesca su boca sin labios y retorcida como la de un animal atrapado en una trampa.

—¡Dios mío! —exclamó, riendo—. ¡Frankenstein en el trineo!

La vendedora, que a duras penas se había dominado hasta entonces, estalló, desconcertada, en una histérica risita.

Más tarde David intentó describirle la escena a Debra, en son de burla, a fin de prepararla para el instante en que vería su rostro, pero no consiguió dar con las palabras adecuadas. De modo que pasó otro día sin que adoptara actitud alguna, limitándose ambos a gozar esas últimas horas de intensa felicidad. Al día siguiente Debra comenzó a dar muestras de un gran desasosiego.

—¿Cuándo me darán de alta, querido? Me siento maravillosamente bien. Es ridículo que siga postrada en cama. Quiero volver a Jabulani. Tengo mucho que hacer allá —y riendo entre dientes—: Hace diez días que me tienen encerrada. No estoy acostumbrada a la vida monacal. A decir verdad, mi robusto amante, estoy en celo...

—¿Cierro la puerta con llave? —sugirió David.

—Dios mío, me he casado con un genio —exclamó encantada, y agregó enseguida—: Por primera vez viviré tal experiencia en tecnicolor. Tal vez me aficione a ello.

Al día siguiente, al volver a su *suite* hacia el atardecer, David se encontró con Ruby Friedman y el *brig*, quienes inmediatamente comunicaron el motivo de su visita.

—Creo que ha dejado usted pasar mucho tiempo. Hace días que debió informar a Debra —dijo el *brig* en tono severo.

—El señor tiene razón, David. No está usted procediendo correctamente con ella. Debí prepararla con tiempo para que se adaptara paulatinamente a su nueva situación.

—Se lo diré cuando yo lo estime oportuno —murmuró David tozudamente.

—¿Cuándo ocurrirá eso? —preguntó el *brig* en tono perentorio.

Su diente de oro pareció relucir iracundo bajo su bigote.

—Pronto.

—David —dijo Ruby sin aplacarlo—, es posible que ella recobre la vista en cualquier momento. Su mejoría es tan rápida que quizá vea mucho antes de lo que yo había previsto.

—Yo sé lo que tengo que hacer —respondió David—. ¿Por qué insisten en molestarme? Les he dicho que se lo diré... y cumpliré mi palabra. Déjenme en paz.

—Está bien —dijo el *brig*, encrespado—. El plazo vencerá mañana a mediodía. Si para entonces no se lo ha dicho, se lo diré yo.

—Usted es un miserable —dijo David con odio.

Los labios del *brig* palidieron. Los otros dos advirtieron que se esforzaba por contenerse.

—Comprendo su resistencia —dijo el *brig* en tono mesurado— y simpatizo con usted. Sin embargo, ante todo me interesa Debra. Usted sólo piensa en lo suyo y vive apiadándose de sí mismo. Pero yo no voy a permitirle que siga perjudicando a Debra. Ella ya ha sufrido demasiado. De modo que decídase y dígaselo de una vez.

—Sí —respondió David, asintiendo simultáneamente con la cabeza—. Se lo diré.

—¿Cuándo? —insistió el *brig*.

—Mañana por la mañana —contestó David.

\* \* \*

La mañana era cálida y brillante. Abajo, frente a su cuarto, el jardín estaba florecido. David se retrasó en su *suite*, ante su desayuno, lo más posible y leyó de cabo a rabo los diarios matutinos. Por último se puso cuidadosamente un traje oscuro y una camisa color lila. Ya a punto de salir se observó en el espejo de cuerpo entero.

—Hace tiempo que te conozco y, sin embargo, sigo sintiéndome incómodo a tu lado —le dijo a la imagen del espejo—. Roguemos porque alguien te quiera más que yo.

El portero tenía ya preparado un taxi bajo el pórtico. Al sentarse en el asiento posterior, David sintió un gran peso en el estómago. Esa mañana el trayecto le pareció más corto que de costumbre. Después de pagar al chofer y mientras ascendía por la escalinata que conducía a la entrada principal del Hospital Groote Schuur, echó una ojeada a su reloj de pulsera: eran poco más de las once. Al cruzar el *hall* en dirección del ascensor, apenas reparó en las muchas personas que lo miraban con curiosidad.

El *brig* lo estaba esperando en la sala de visitas del piso de Debra. Alto y ceñudo en sus ropas civiles, salió a recibirlo al pasillo.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó David, con aire displicente.

Su nueva intrusión le molestó terriblemente.

—Pensé que podría ayudarlo en algo.

—¡Muchas gracias! —le respondió David sarcásticamente y sin tomarse el trabajo de disimular su cólera.

El *brig* dejó que ésta pasara de largo y no se dio por enterado ni con gestos ni con palabras.

—¿Quiere que lo acompañe? —le preguntó amablemente.

—No, gracias. —David le dio la espalda: —Puedo arreglármelas solo. —Y echó a andar por el pasillo.

—¡David! —lo llamó el *brig* con voz suave.

El interpelado titubeó un instante y luego se volvió.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

Durante un largo lapso se miraron fijamente. De pronto el *brig* hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Nada... No ocurre nada —contestó, y siguió con la mirada al alto joven de cabeza monstruosa que, después de darle de nuevo la espalda, echó a andar rápidamente hacia el cuarto de Debra.

Los pasos de David retumbaban en el desierto corredor como los de un condenado a muerte que ascendiera a la horca.

La suave brisa marina apenas aligeraba la cálida atmósfera matinal. Debra, sentada ante la abierta ventana, aspiraba la fragancia de los bosques de pinos, que el aire ardiente llevaba hasta ella. De vez en cuando aquel aroma, límpido y resinoso, se mezclaba con el olor del mar y de las algas marinas. Debra se sentía tranquila y feliz, pese al retraso de David. Esa misma maña-

na, más temprano y durante su primera ronda diaria, Ruby Friedman le había dirigido algunas bromas y por último le anunció que al cabo de una semana, poco más o menos, sería dada de alta. La noticia había acrecentado todavía más su dicha.

Adormecida por la bochornosa atmósfera, cerró los ojos. Los violentos colores que estaban en su cabeza perdieron fuerza hasta convertirse en un cúmulo de suaves matices, que formaron a su alrededor una especie de capullo de gusano de seda. Debra entonces se dejó estar en las mullidas fronteras del sueño.

David la halló hundida en su asiento, con las piernas enroscadas entre sí e inclinadas hacia un lado y su rostro lateralmente iluminado por la luz procedente de la ventana. Las vendas de su cabeza, limpias y muy recientes, semejaban un blanco turbante, y su níveo vestido, lleno de tenues encajes, parecía un traje de novia.

David, junto a su silla, observaba atentamente su rostro pálido. Sin embargo, las manchas oscuras situadas bajo sus ojos se habían aclarado y la curva de sus gruesos labios denotaba paz y serenidad.

Con infinita dulzura se inclinó hacia delante y colocó su mano abierta sobre su mejilla. Ella se agitó en sueños y abrió sus ojos color miel oscura, salpicados de motas doradas. Aquellos ojos eran muy bellos, pero vagos y neblinosos, y no veían. Pero de pronto David percibió un cambio en ellos. Súbitamente se mostraron agudos y penetrantes y lo enfocaron con decisión. Ella le estaba mirando... ¡y lo veía!

Debra había sido arrancada de las cálidas fronteras del sueño por el contacto de su mano, tan leve como el roce de una hoja otoñal. Al abrir los ojos se encontró envuelta en nubes de oro. Luego, repentinamente, como la bruma barrida por el viento de la mañana, aquellas nubes se disiparon y ella vio ante sí la cabeza de un monstruo que flotaba en su dirección... Una colosal cabeza sin cuerpo que parecía surgida del propio infierno, una cara llena de lívidas estrías y cuyas brutales y toscas facciones sólo podían pertenecer a un huésped del averno. Debra se cubrió el rostro con las manos y empezó a gritar. Instantáneamente David giró sobre sí mismo, y salió corriendo de la habitación, dando un portazo. Sus pasos retumbaron a lo largo del pasillo. El *brig*, al oírlo, apareció en el corredor.

—¡David! —gritó y extendió un brazo para contenerlo, pero David lo rechazó salvajemente. Su puño se estrelló en el pecho del *brig* arrojándolo contra la pared.

Cuando el *brig*, recobrando el equilibrio, se apartó del muro dando tumbos y oprimiendo su pecho, David había desaparecido. Sus frenéticos pasos resonaban ahora en la caja de la escalera.

—¡David! —graznó el *brig*—. ¡Espere!

Pero como ya apenas se oían sus pasos, el *brig* optó por volverse. Angustiado se precipitó sobre la puerta tras la cual sollozaba histéricamente su hija.

Al oír la puerta, Debra lo miró por encima de sus manos, que todavía ocultaban su rostro. El terror y el asombro prevalecían en sus ojos.

—Te veo —susurró—. Ahora te veo.

El *brig* avanzó rápidamente hacia ella y la atrajo hacia el círculo protector de sus brazos.

—No temas —le dijo torpemente—. Todo saldrá bien.

Debra se aferró a su padre, ahogando sus sollozos.

—Tuve un sueño, un horrible sueño —murmuró, temblando junto al cuerpo del *brig*. De pronto, desasiéndose de los brazos de éste, exclamó: —David... ¿Dónde está David? Quiero verlo, necesito verlo ahora mismo.

El *brig*, rígido, comprendió que no lo había reconocido.

—Quiero verlo ahora mismo —repitió Debra.

—Acabas de verlo, querida —replicó el *brig* lentamente.

Durante largo rato ella no entendió absolutamente nada. Luego empezó a comprender, poco a poco.

—¿David...? ¿Ése era David? —dijo con voz temblorosa.

El *brig* asintió con la cabeza, mientras la observaba, tratando de descubrir algún indicio de repugnancia u horror en su semblante.

—¡Oh, Dios mío!... ¿Qué he hecho? Apenas lo he visto he empezado a gritar... ¡Pobre David! Lo he espantado con mis gritos.

—De manera que, pese a todo, ¿quieres verlo? —le preguntó el *brig*.

—¿Cómo se te ocurre preguntarme tal cosa? —dijo Debra, echando chispas por los ojos—. ¡Debes saber que lo necesito más que a ningún otro ser en el mundo!

—¿A pesar de su condición actual?

—Si piensas que ello modificará mis sentimientos, te diré que no me conoces —de pronto su expresión cambió de nuevo, trasluciendo una gran preocupación—: Búscalo —le ordenó—. Pronto... Antes de que cometa alguna estupidez.

—No sé a dónde ha ido —respondió el *brig*, interesado ahora por la posibilidad que acababa de sugerir su hija.

—Sólo hay un sitio al que puede haber ido en un trance tan doloroso como el que está viviendo —dijo Debra—: El espacio.

—Sí —coincidió el *brig* enseguida.

—Baja a la Oficina de Control Aéreo. Allí podrás comunicarte con él.

El *brig* se volvió hacia la puerta, en tanto Debra lo urgía:

—Búscalos, papá... Lo necesito. Búscalos.

El Navajo parecía avanzar hacia el sur por su propia cuenta. Sólo cuando su redondo y bruñido morro apuntó hacia donde debía hacerlo, o sea, hacia lo alto, elevándose en forma sostenida a una increíble altura en el cielo inmaculadamente azul, supo David a dónde iba.

La sólida y chata montaña, con sus brillantes guirnaldas de nubes, se alejaba cada vez más a sus espaldas. Allí terminaba la tierra. Después lo esperaba la gran barrera de los hielos y el mar inmenso y cruel.

David echó una ojeada a su medidor de combustible. Aunque sus ojos seguían turbios, logró discernir la aguja, situada algo más allá de la mitad del dial.

A lo sumo el combustible le alcanzaría para tres horas de vuelo. David se estremeció y, a la vez, experimentó un gran alivio al presentir el fin de sus sufrimientos. Sabía perfectamente que aquello terminaría más allá de los muelles, en el inmenso mar. Mientras tanto, seguiría ascendiendo hasta que sus motores, faltos de alimento, dejaran de funcionar. Entonces bajaría el morro y descendería verticalmente a la manera veloz y suicida de un águila maltrecha y moribunda. El desenlace sería vertiginoso: el metálico fuselaje se internaría con él en un sepulcro no más desolado que el desierto en que ahora vivía.

De pronto la radio empezó a funcionar y a emitir chillidos y zumbidos. El Control Aéreo gruñó su señal de llamada a través de un sinfín de crujidos estáticos. Se hallaba a punto de desconectar el receptor cuando una voz bien conocida detuvo su mano.

—David: aquí el *brig*.

La voz y el tono lo transportaron a un tiempo lejano y a otra cabina y otro país.

—Hace tiempo me desobedeció usted. Cumpla ahora mi orden.

La boca de David se endureció hasta convertirse en una vaga línea incolora. Otra vez adelantó su mano para desconectar el receptor. Sabía que lo estaban observando en la pantalla de ra-



dar y que seguían su itinerario. Sin duda el *brig* había adivinado sus intenciones. Y bien, ¿qué podían hacerle?

—David —dijo el *brig* más suavemente. Su seguro instinto le dictó las únicas palabras que David escucharía: —Acabo de hablar con Debra. Ella lo necesita, lo necesita desesperadamente.

La mano de David vaciló sobre el receptor.

—Escuche, David: le repito que ella lo necesita... Siempre lo necesitará.

David parpadeó, porque de nuevo las lágrimas ardían en sus ojos.

—Regrese, David. Hágalo por ella.

Súbitamente, en las tinieblas de su alma, vio surgir David una luz, un tenue y trémulo resplandor, que empezó a crecer y a extenderse hasta que lo rodeó por completo.

—David, aquí el *brig* —habló otra vez el viejo guerrero, duro e insobornable—. Regrese a la base inmediatamente.

David hizo una mueca burlona y levantó el micrófono hasta sus labios. Luego oprimió el botón de contacto y, como mucho tiempo atrás, se dio por notificado en hebreo:

—*Beseder!* Aquí el jefe del grupo Bright Lance: regreso a la base.

E inmediatamente hizo girar y lanzó en picada al Navajo.

La montaña se recortaba, chata y azul, sobre el horizonte.

David dejó que su aparato se hundiera gradualmente en aquella dirección. Indudablemente lo aguardaban días difíciles que pondrían a prueba su paciencia y su coraje. Sin embargo, el premio sería digno de tal esfuerzo. Súbitamente sintió la urgente necesidad de hallarse a solas con Debra en la apacible atmósfera de Jabulani.